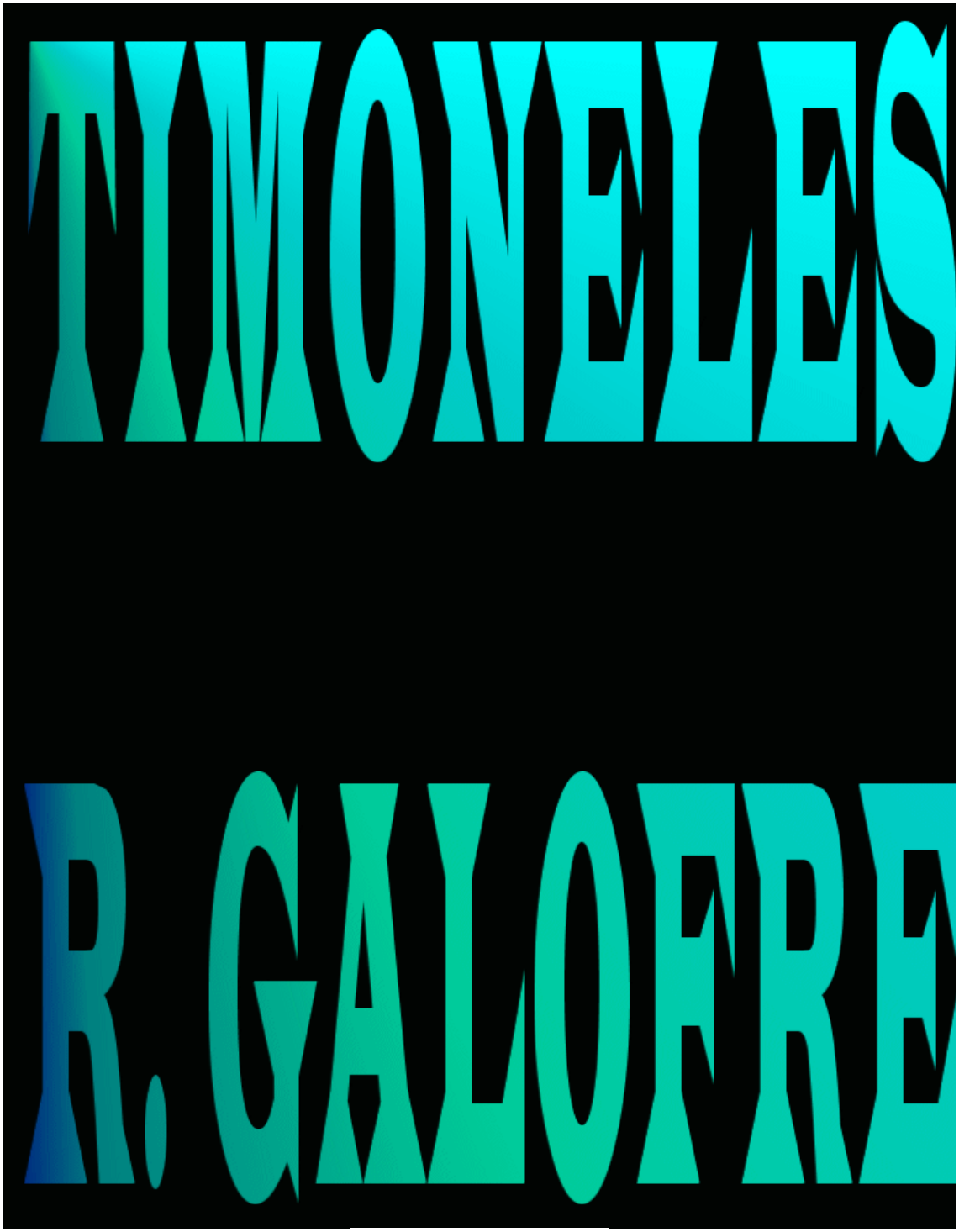
TIMONELES
R. GALOFRE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I: LA PRIMERA MUERTE

Después de unos segundos de descanso, se levantó, subió la exquisita lencería blanca acomodándola rítmicamente a sus caderas, bajó la estrecha e insinuante falda de ejecutiva sensual. Abrochó pausadamente los botones de la chaqueta, que eran los únicos de su atuendo que habían sido liberados previamente de su ojal, y bajó la mirada dedicando unos segundos a observar el motivo de su forcejeo que allí reposaba en el acuoso lecho y que la miraba con expresión expectante. Sintió internamente la placidez que invade al haber culminado un trabajo arduo pero íntimamente deseado y, con el último botón, decidió que era hora de abandonar este clima tan especial, mezcla de ruidos y aromas profundos, que solamente se puede crear a la sombra de una actividad clandestina. El momento de salir había llegado, además tenía mucho trabajo que realizar. Presionó el pulsador de la cadena del váter y viendo cómo la escuadra de barcos procedentes de sus entrañas daban vueltas preparándose para ser embebidos por ese aterrador mundo de las cloacas, se dio la vuelta en el ínfimo espacio que las empresas dedican a esta actividad tan olorosa. Y se dispuso a abrir la puerta para volver al ruidoso mundo después de haber estado recluida en soledad eliminando tan íntimo producto.

El agua del inodoro empezó a salir pero, al contrario de lo que era de esperar, siguió sin intención de detenerse. La mujer miraba el suceso, con curiosidad primero, con sorpresa después y con inquietud, al fin, ya que se daba cuenta de que el líquido evacuador empezaba a desbordarse y que sólo lo impedía la gruesa arandela posa nalgas que, excepcionalmente, cumplía funciones de dique. La exclusiva flota de barcos tenía una clara misión y era emigrar hacia el suelo del habitáculo. Sin embargo, allí estaban, retenidos, pero no por mucho tiempo, a la espera del incremento del caudal necesario.

Ella empezó a sentir los primeros síntomas de pánico que predecían un ataque de nervios acorde a la situación, pero mantuvo la serenidad ya que inconscientemente sabía que, con salir y cerrar la boca, se ahorraría todas las enojosas situaciones que pudieran derivar de su estado actual. Echó mano al pomo de la puerta dirigiéndole una rápida mirada y sin descuidar el desarrollo de los acontecimientos. Cuando ¡horror! El invariablemente estúpido y minúsculo pestillo central que permitiría su salvación, como siempre ocurre, no volvió a su posición vertical. Persistió en su horizontalidad y esto indicaba que requería la presencia de su otra mano para hacer presión girando el pomo, a la vez que intentaba, por segunda vez, desbloquear el pestillo. Mientras tanto, a sus pies, una pequeña barca de pesca que por su tamaño reducido había transgredido el límite de lo decente y ya navegaba por el suelo del servicio, chocó contra el tacón de su zapato izquierdo como ocurre con una embarcación despistada y la roca apartada de un acantilado. La mujer no paraba de girar la cabeza, ahora al espectáculo acuoso, ahora al exasperante pomo que seguía sin girar sobre sí mismo. Nerviosismo bajo control, era lo que reinaba en su mente hasta que un súbito aumento del nivel del agua superó todas las barreras físicas y un aterrador desfile se desplegó a sus pies. Ella sabía que pedir ayuda a gritos para abrir la puerta era evidenciar una situación burlesca y que requeriría probablemente la presencia de un hombre, y por supuesto, de casi todos los comentarios de los demás compañeros de trabajo -que aprovecharían la ocasión para darle brillo al tan peligroso mordaz morbo masculino-. También, en su interior y como una premonición, sabía que, antes la muerte que pasar por todo esto.

Pasados un par de minutos, el agobio ya empezó a rozarla con niveles que nunca había sentido anteriormente. Fue entonces cuando vio lo que consideró superaba todo lo anterior: una fragata estaba cruzando los límites del habitáculo por debajo de la puerta para aventurarse al exterior. Nerviosamente intentó franquearle el paso ya que, el hecho de quedarse ridículamente encerrada, aún podía excusarlo con una buena dosis de humor; pero, que cualquier compañero de trabajo pudiera ver algo que evidenciaba tan irrefutablemente su procedencia y el camino seguido para su botadura, podía herir definitivamente su autoestima. No lo consiguió y como la flota era muy disciplinada, detrás de la aventurera le siguieron un buque de carga, dos o tres veleros y finalmente, aunque bastante rezagado, el gran trasatlántico. Inspiró, separó los labios para gritar, y... .

Y hasta aquí llegué a imaginarme lo que pasó. En esos momentos no se me ocurrieron más explicaciones coherentes para los sucesos posteriores.

Me presentaré, soy Manolo Boada, investigador privado especialista en sucesos epidemiológicos de la empresa Manolo & Otón y en el año 2021 estuve dirigiendo esta investigación por encargo del jefe de la policía, que dada la naturaleza del caso, requería de mis servicios. Mi primer paso fue desplazarme al lugar del crimen para ver si descubría alguna pista interesante y me encontré con los hechos siguientes: Mujer blanca (muy guapa), joven, de treinta y pico, vestía traje de ejecutiva (lucía encajes preciosos bajo la falda), muerta en el servicio de señoras de su empresa, no aparentaba que hubiera sido golpeada ni se observaba corte alguno. A destacar fue la increíble gran cantidad de productos desaprovechados por su digestión, hecho sorprendente y que, hasta ese mismo instante, creía imposible en una mujer y, si era bella, menos. De hecho tengo miedo de que me haya generado algún tipo de trauma irremediable.

Cuando entré en la escena de la tragedia todo el suelo estaba lleno de ello y era recogido por los oficiales de policía con claras referencias a la madre de la difunta. Existía un testigo que fue el que dio la voz de alarma y que era una compañera de trabajo llamada Eutimia Quebrado Rebollo, sin comentarios, que oyó cómo la sin vida pedía auxilio y que, al percatarse de que el problema estaba en la puerta y, después de sortear varias fragatas, decidió pedir ayuda. Tras darse la vuelta y dirigirse a la salida pensando cómo debía tratar el hecho, oyó un pavoroso y horrendo y horripilante y horroroso y apocalíptico y espantoso y espeluznante y aterrador y horrísono y monstruoso e imponente grito que procedía de la sin futuro, según sus propias palabras -por lo que concluí, era, la Quebrado Rebollo, una mujer que se expresaba usualmente de este modo tan detallado y amplio a la vez, para desgracia de sus compañeros de trabajo-.

Le faltó tiempo para salir corriendo y aprovechó, ya que la situación lo permitía, para pedir socorro a gritos. Acudió toda la empresa, principalmente los hombres, predeciblemente valientes y de acción, y después de las lógicas exclamaciones por el amplio despliegue de las fuerzas navales que flotaban en el suelo y que acosaban a cualquiera que se adentrase en la sala destinada a los servicios, abrieron la puerta atinando con un clip desdoblado en el agujero que lo permite, y el cuerpo de la mujer, ya sin vida, se desplomó en el acuoso suelo para susto de los presentes.

Ya no tenía nada más. Intenté recrear los acontecimientos anteriores a la hora de la muerte, tal y como te he contado, pero si fue por natural o por mano ajena y quién y por qué era un enigma. La mujer estaba felizmente casada, no se le conocía ningún “échame aquí unos polvitos” y su trabajo tampoco tenía ninguna conexión aparente con alguna razón para el asesinato. Yo tan sólo sabía que, tal como me relató Eutímia Quebrado Rebollo, sin comentarios, y el estado del suelo del servicio de señoras lo corroboraba, el agua no paraba de salir y más tarde todo funcionaba correctamente -apenas treinta

minutos después pulsamos de la cadena, salió la cantidad justa y engullió todo lo posible-. Hasta un operario repasó la instalación y dictaminó, previo pago de una cantidad monstruosa de dinero, que todo estaba en perfecto estado.

-Estas cosas ya las acostumbran a hacer estos dichosos artilugios comedores de emisiones humanas- diagnosticó el experto.

Salí de la empresa un poco perturbado por la belleza de los encajes y decidí distraer mis instintos a base de un poco de pesas. Pasé por mi casa para recoger el correo y la bolsa de deportes. Seguidamente me dirigí con el alma repleta de buenas intenciones a sufrir un rato levantando, estúpidamente, un montón de hierro -costumbre que reconozco bastante peculiar, pero que compensa, o por lo menos así creo y espero-. Las pesas transcurrieron como siempre, pero algo raro ocurrió cuando estaba apunto de introducirme en la sauna. Al levantar la pierna para entrar noté como si una corriente fría recorriera los dedos de mis pies y un silencio repentino invadiera la estancia. Para horror mío, eran verdad mis más profundos terrores, Mariano Fernández el Bipelma se había apuntado a mi gimnasio y me dirigía una exagerada sonrisa desde el fondo como invitación a intercambiar estupideces. Era uno de esos momentos en que un infarto representaría más una liberación que una catástrofe:

-Hola Mariano, ¿qué tal?, -dije sin mucha ilusión, a lo que me contestó:

-Muy bien, yo diría maravilloso pero, ¿te acuerdas de Juan Jofré? Sí, hombre, el pequeñito con la cosa larga, síií. El que estaba desesperado por Mariola Isidro, la duermegallinas. ¿Te acuerdas de cuando fuimos de safari a la costa y encontraste a .....? .

Yo hasta este momento aguanté como un jabato por respeto a su mujer, que estaba de muy bien ver, pero superó rapidamente mi resistencia y dejé de escuchar.

De vez en cuando asomaba en mi consciente alguna frase como la de: -como ya sabes he bautizado a mi pequeñín como “Romualdo”, en honor a su madre adoptiva-, lo que me provocaba una huida inmediata de vuelta al plano inconsciente. No sé si duró mucho o muchísimo, pero como todo no es eterno y las torturas menos, me pareció, por los gestos, que se estaba despidiendo, a lo que murmuré:

-Ha sido un grato placer volverte a ver.

Miré el reloj y eran treinta minutos más tarde. Treinta minutos de mi vida habían sido robados por Mariano Fernández el Bipelma. Era una realidad a afrontar y que requería una reacción a la medida de la agresió. Así que, me comuniqué por el interfono con aquel ser arropado por una desbordada masa muscular y dueño del gimnasio, para preguntarle por los hábitos y horarios del temido. Cuestión de supervivencia pura y dura.

También era cuestión de vida o muerte el salir de la sauna que con tanto no consciente, no era, evidentemente, consciente del rato que llevaba y ya superaba con creces el límite recomendado, provocándome un flojeo de los miembros inferiores con el consiguiente sentimiento desagradable de ridículo.

Por cierto, no me duché con la protocolaria cinco grados centígrados por la única y poderosa razón de que ¡No soy de los que caen en la estupidez de sufrir el shock térmico! Si me preguntas el porqué, puedo responderte simplemente y llanamente con un ¡no tengo el suficiente valor!

Después de asegurarme que no me estuviera preparando una emboscada, salí de los vestuarios y, por suerte, sólo me interceptó el abultado deportista para corresponder a mis peticiones relativas al Bipelma. Mientras me detallaba el horario en el que bajo ningún concepto debía poner un pie en el gimnasio, me vinieron a la memoria las veces que he presenciado la reacción de sorpresa que sufrieron ciertos personajes de ambos

sexos cuando descubrieron que, debajo de esos muchos kilos de músculos, había una mente y, por cierto, muy lúcida. Mala costumbre la de colgar etiquetas antes de tiempo, especialmente, y esto puedo certificarlo en este caso en particular, para las que se consideraban de elevado grado intelectual.

Con la información bien memorizada, salí a la calle con la clara intención de seguir con mi investigación. Como no conocía la causa de la muerte y era estúpido empezar a divagar sobre las mil formas de realizar un crimen contra una mujer preciosa en un lavabo público y con lo que ya sabes flotando por el suelo, decidí, sin mucha determinación, pasear dirección a mi casa he intentar no pensar en ello hasta el día siguiente en el que me darían el resultado de la autopsia.

No lo logré y mi imaginación empezó a jugar con mi mente: supongamos que fueran unos extraterrestres que desearan eliminar a los habitantes de la tierra para utilizarla como mundo destinado a pasar las vacaciones, igual a como lo hacemos nosotros con muchos insectos y algún mamífero cuando reunimos el dinero suficiente para construirnos una casa encima de su morada. Pues bien, ellos decidieron eliminar a estos seres tan molestos, o sea, a nosotros, y diseñaron unos aparatitos que lanzados en los lavabos tenían la misión de destruir a la raza humana guiados por el olfato.

-Creo que tiene muchos puntos débiles esta teoría -recapacité.

Pero, ¿y si estos extraterrestres fueran como gusanillos acuáticos y se metieran por cualquier orificio humano que encontraran, que sólo pudieran vivir en sitios húmedos y que lo de la mujer muerta fuera un asesinato perpetrado por ellos? Es fácil imaginar la manera en que se introdujeron en el intestino de la víctima y también es sencillo seguirle el camino hígado arriba, torciendo por algunas venas para, después de luchar con algún macrófago muy desarrollado, llegar al corazón. No quiero ni pensar qué pueden hacer unos gusanillos en este órgano, pero empieza a estar todo claro, el crimen de la lencería de encaje en el lavabo fue perpetrado por los marcianos. A lo mejor están sucediendo casos parecidos por todas partes y yo sin enterarme. A lo mejor estos waterianos -que es como les he bautizado por su procedencia-, después de hacer no sé qué con el corazón de sus víctimas, se apoderan de la mente y a las 12 horas vuelven a la vida a sus reservorios, levantándose de sus tumbas cuales zombies. A lo mejor esto fue debido a que hubo uno, el primero, que pasó por aquí y por casualidad fue a parar al cuerpo de una exquisita mujer y después de descubrir el truco de la resurrección, se puso a funcionar como un loco gozando de su nuevo envoltorio. Seguro que cuando llegó de vuelta a su galaxia lo contó todo y ahora ya los tenemos de turismo sexual en nuestros cuerpos.

Ya empezaba a preguntarme muy seriamente sobre mi salud mental cuando, al fin llegué a casa. Como siempre, dejé las llaves en un precioso platillo regalo de comunión y, después de sacarme la corbata, la camisa y los pantalones, me dirigí a la cocina apartando la mirada de un espejo que hice colocar cuando era más joven y delgado. Me negaba y me niego a aceptar la derrota en el monólogo con la edad, y digo monólogo porque por más que yo le dé argumento de peso para mantenerme joven, ella sigue fría, distante, callada y terriblemente terca.

Después de cocinarme unos “no sé qué de algo que parecía no sé qué”, con un cierto gustillo a pescado, me acosté. O por lo menos lo intenté, ya que los gusanillos waterianos no dejaban de importunarme y llevaba demasiadas horas sin pisar un servicio. Además, la cerveza que me había tomado daba su do de pelvis en esos momentos. Decidí, pues, hacer un favor a las flores de mi vecina, confiado de que de allí no saltarían miles de fideos dentudos para introducirse en mis virginales agujeros y, por lo tanto, era un lugar seguro.

Entre sueños de encajes y espaguetis cabroncetes pasé la noche hasta que una llamada a primera hora me despertó. Activé el teléfono y oí una voz masculina que me decía dulcemente:

-Morirás.

Y repetía con sensualidad.

-Morirás.

Este despertar pudiera haberme matado de verdad si no fuera porque ya estaba acostumbrado al servicio de despertador que el casero de mi edificio ofrecía gratuitamente a sus inquilinos a cambio de que le dejáramos probar nuevos sistemas psicológicos de recuperación de la consciencia. Éste, el arrendador, era un hombre bastante mayor con una vida en su haber muy inquieta y aventurera. Resulta que, después de negocios no muy transparentes, compró un edificio y decidió pasar la última época de su vida gestionando la propiedad en que se me había ocurrido alquilar un apartamento. Pasado un tiempo vio que tenía mucho tiempo libre y, por una desastrosa casualidad, le cayó en sus manos un libro sobre psicología y por aquello de no aburrirse, ocupó el tiempo libre que daba su trabajo en ser un amante de la psique. La estudió con tesón día y noche, pasando a ser el sustituto de sus ansias de nuevas sensaciones. El único inconveniente es que los inquilinos, a cambio de cierta relajación en el pago, nos hemos convertido en sus conejillos de indias y, aunque la mayoría de las veces tienen gracia sus embolados, hay otras en que lo utilizaría como reservorio pasivo en algún caso mío de disentería aguda.

-Ya va Marmitóoooooon, -y alargué expresamente la o para que se enterara de que estaba hasta los innombrables de su: -Morirás, en tono sensual.

Marmitón es el nombre que poco a poco ha ido emergiendo de todos los arrendatarios después de conocerle sus inclinaciones y con el que le apodamos por aquello de los druidas, la marmita y las pócimas.

Desayuné patatas de churrero y cerveza sin gas y bajé a por el periódico.

Las estupideces de siempre: por un lado el político, por otro, el deportista y en medio el intelectual. Todo arreglado. Repasé las películas que podía seleccionar en la televisión y miré, por encima, el horóscopo que me decía algo sobre que se me haría realidad una intuición del día anterior. “Los waterianos han invadido la tierra”, pensé que aparecería en algún titular, así que fui pasando hoja tras hoja, riéndome de mi estupidez, pero con cierto miedo inconsciente. No encontré este texto, pero sí que leí otro que decía: Hombre maduro muere en un lavabo público.

No lo pensé más, cogí mi coche y me presenté en el lugar de esta segunda muerte. Por el camino repasé mentalmente lo que decía la nota de prensa sobre una extraña obturación de las cañerías. ¿Será un complot de los técnicos en volúmenes acuosos, o sea fontaneros?

De hecho, es agradable llegar a estos minúsculos habitáculos de los servicios unipersonales cuando las necesidades apremian, aunque menos entusiasta es la usual sorpresa que te encuentras al levantar la tapa o al asomar la mirada al evacuatorio si ésta ya está abierta, pero, en fin, esta es una más de las incomodidades que debemos superar con tal de que se nos permita ocupar el tiempo trabajando. Seres con tan poca eficacia en la transformación de alimentos como nosotros deberían campar libres por la autorreciclable naturaleza; siempre que, claro está, se hayan eliminado previamente otros productores de contaminación como las industrias y las motos ruidosas, especialmente las de poca cilindrada.

****

Esta segunda muerte era idéntica a la primera, salvo en que no había encaje a la vista ¡qué pena!, ya que era un hombre barrigudo y calvo. Volví a encontrarme con la misma flota que vi en el primer caso, aunque los barcos eran de distinto calado y, distintos eran también los policías que se dedicaban, eso sí, a la misma actividad que en el anterior y con idéntica actitud acerca de la madre de la víctima. Era muy curioso que en esta ocasión no hubo atasco de la puerta y que el descansado difunto había salido fuera y que algo o alguien le hizo volver a observar atentamente lo que ocurría en el reducido habitáculo, cayendo fulminado segundos después -según declaró un empleado de la limpieza que estaba allí observando atónito la invasión de la escuadra, tan numerosa como barriga poseía la víctima-. El trabajador también explicó que mientras estaba en pleno shock, debido al súbito incremento de trabajo que se le presentaba, oyó un "gritón" (por suerte este testigo no era tan explícito como nuestra amiga Eutimia Quebrado Rebollo, aunque un poco más leído no hubiera ido mal), fue corriendo al apartado de los boxes y llegó a tiempo para ver cómo caía de espaldas el ya sin vida.

Volvió el fontanero a llenar sus ya repletos bolsillos y dictaminó como quien es poseedor de la sabiduría que le da el poder, que no le pasaba nada a las tuberías ni al retrete. Hice tomar muestras de todo y especialmente del agua de la taza porque parecía que éste era el origen.

Salí de la olorosa escena del crimen para entrar en otra no menos olorosa y desagradable, la sala de necropsias. Allí me esperaba el médico forense para comunicarme que, aparte de que le hubiera gustado haber visto a la señora y a sus encajes en vida, cosa que me extrañó ya que le tenía por un necrófilo de bien, no aparecía ninguna causa externa que le provocara la muerte. Sin embargo, continuó explicando, había una causa interna muy clara y era que la señora había muerto de una parada cardio-respiratoria producida por algo que aún estaba por determinar. Enviaría muestras al laboratorio y tardaría en conocerlo por lo menos dos días, pero existía la posibilidad de que fuera una sustancia neurotóxica muy potente. También me comentó que se apreciaba una alteración de la mucosa del intestino grueso, muy cerca del esfínter y que, por sus características, parecía producida por un parásito.

Esto quería decir que aún seguía en pie mi posible invasión de los waterianos, aunque la teoría del submarinista con una jeringuilla que me acababa de inventar en ese mismo instante no era de despreciar y no estaba mal como argumento para un libro policíaco.

Le pregunté acerca del nuevo cadáver y me contestó que, como no había lencería de encaje, lo aplazaría hasta el día siguiente, argumento que me dejó sin fuerza moral para obligarle a adelantar la necropsia. Así que salí y estuve deambulando por las calles dándole vueltas a la teoría del submarinista y de las visiones que debería de tener en el ejercicio de su perturbación: unas agradables, otras no tanto, pero todas ellas muy íntimas. A lo mejor le surgieron sus ansias de eliminar a seres humanos de esta forma tan peculiar cuando su padre fue despedido de una gran empresa porque era el creador de una potente y minúscula cámara de vídeo y no deseaba que se utilizara para fines militares. Este hecho provocó en su progenitor unas ansias incontenibles de venganza y colocó sus artefactos en los puntos clave de todos los servicios para luego vender las imágenes de sus excompañeros y compañeras, principalmente estas últimas, por Internet. Esta obsesión del cabeza de familia y que él vivió en su casa, junto a una indescriptible capacidad para el contorsionismo y el desprecio de las mujeres por su enclenque físico, fue el caldo de cultivo para tan curiosa venganza.

Sólo faltaba en mi hipótesis resolver el inconveniente de cómo podía obtener el tóxico que ponía en la jeringuilla, pero caí en la cuenta de que cualquier película es un amplio manual sobre mil formas de matar, por lo tanto, la anoté mentalmente como una teoría posible.

Por suerte estaba llegando a la casa de la primera víctima.

-Aún no sé cómo logro solucionar casos teniendo esta imaginación. Será que a base de suponer, alguna acierto -me dije al entrar.

La entrevista, que no pienso relatar por respeto al señor y a la víctima, no trajo nada nuevo a la investigación. Era una familia normal sin hijos, ambos ejecutivos y con un buen nivel de vida. La víctima no tenía vicios conocidos ni se le había notado nada especial en los últimos días. Di mi más sincero pésame al condolido ya que por mucho que me crean desaprensivo por lo de los encajes, en mi profesión, en la que los cadáveres aparecen cada día y para que deje de ser importante la muerte, se buscan argucias para menospreciarla como es la de ignorarla. Teniendo en cuenta esto, ¿qué hombre no se fijaría en una lencería bien colocada?

Cuando salí ya eran más de las siete y pensé que un día tan apacible como el de hoy con sólo un muerto, una visita a necropsias y el haber estado con un hombre destrozado por el dolor, se debía rematar con más dosis de pena y decidí ir a hablar con la viuda de la segunda víctima. Llamé a la central de policía para pedir su identificación y, para grata sorpresa mía, era un divorciado y su mujer vivía en Argentina. Espléndido, no tendría que pasar por una sesión de autorreestructuración moral como la que debo practicarme después de cada entrevista con los parientes del muerto.

La casa del difunto era la típica de un separado, con el orden frío y la falsa atmósfera de hogar que crea la visita dos veces por semana de una sirvienta que hace la comida, la ropa y lo ordena todo a su modo. No vi nada a destacar: las típicas fotos del muerto cazando; cientos de películas de porno virtual de mediana-alta calidad según mi humilde opinión; unas cuatro decenas de botes de conserva; la nevera prácticamente vacía de comida pero llena de bebida; una cama con lucecita de esas que se atenúa la intensidad; dos paquetes de 32 preservativos sabor a plátano y en una caja bien escondida pero curiosamente a mano, las fotos de su ex mujer.

-Es dura la vida –sentencié pensativamente.

Salí más desmoralizado que nunca ya que esta casa era un calco de la mía y me fui a conocer a la sirvienta -por si le quedaban unas horas semanales libres en su agenda-. Era una mujer de cincuenta años pasados, fuerte, gorda y peleona, pero educada y afable. Me ofreció unos pastelitos buenísimos que me animaron a preguntarle por su salario y si le iría bien cruzar toda la ciudad para cuidar de mi casa ahora que tenía un cliente menos. Una joya así no debía dejarla escapar. Quedamos en llamarnos; es un buen inicio; estaba ilusionado.

Volví a casa intentando responder, en nombre de la señora de la limpieza, las preguntas sobre el muerto que no le había hecho. Después de cenar en un bar unas tapas de aceitunas con mayonesa fui a sacar a Otón, que es mi perro, un precioso Fox Terrier y al que le tengo tanto cariño que lo he metido a socio. Un poco cabroncete y orgulloso sí que lo es, de hecho nos tenemos aquello de “sin ti porque me muero y contigo porque me matas”, pero creo que en el fondo nos queremos.

Dimos un largo paseo con atraco incluido y al volver tuve la mayor de mis sorpresas, y he tenido muchas, por suerte. Primero no le di importancia, pero conforme me aproximaba un terrible presentimiento iba apoderándose de mí. A cada paso mi sentido de la vista me lo confirmaba más y me invadía una terrible, apabullante y creciente congoja que me aconsejaba salir corriendo en dirección opuesta. Mis piernas no

reaccionaron a la sensatez y seguí, cual autómata, acortando la distancia hacia la tercera dimensión.

CAPÍTULO II: CUESTIÓN DE ENCAJES

Creo que ni el divorcio con mi ex mujer no me produjo tanto efecto como este encuentro. Mi corazón exclamó a gritos que la visión que contemplaba excedía su cuota de trabajo diaria, y que si no me relajaba, dejaría de suministrar alimento a mis neuronas. Así que decidí, por el bien de las pocas que me quedaban, no sacar conclusiones antes de tiempo. Saludé a la visita afablemente como quien da los buenos días a la vecina y la hice pasar a mi despacho. El hecho de que Otón no se pusiera furioso y no sacara espuma por la boca o huyera despavorido, también me ayudó.

La invité a café antes de que dijera ni una palabra y huí a la cocina para prepararlo, aprovechando estos minutos para dar un respiro a mi garganta que con tanta obstrucción, parecía cubo de basurero.

Debo reconocer que, por necesidades del trabajo, hace tiempo que practiqué unos agujeros muy bien disimulados en la pared que da al despacho con el fin de observar a los clientes y deducir algo más de su personalidad. Es práctica habitual en mí dejarlos un rato solos e ir corriendo a comportarme como un "voyeur". Y así lo hice. Puse la cafetera en el fuego y me dispuse a espiar qué pasaba en la habitación contigua: si estaba flotando cual bruja, despegándose la cara cual zombie, succionando el miembro de algún demonio o sacaba algún artilugio y se comunicaba con sus parientes los waterianos.

Nada de eso, la primera víctima –la de los encajes bajo falda- estaba sentada en mi despacho, respirando a pleno pulmón, toda ella muy bella y aguardando a que yo apareciera. La mujer observaba todos los rincones de la habitación, entreteniéndose en dibujar con el dedo en el polvo de la mesa de despacho que, como podéis suponer por la reacción que tuve con la señora de la limpieza del barrigudo muerto, era mucho. Su actitud –espalda recta, frente relajada, perfil curvilíneo…, muy curvilíneo- entraba en los márgenes de la normalidad hasta que, en lo que se tarda en decir amén, la cosa cambió radicalmente: comenzó a moverse inquieta en la silla; su mano, que antes jugueteaba alegremente, aplastó los surcos que había trazado en el polvo de la mesa; su nariz, antes perfilada y apacible, fue pasto de sus propios dedos que la estrujaron impulsivamente. A partir de ese instante, la crispación se adueñó de sus actos. Yo ya estaba terriblemente nervioso. Ella, rígida como una estaca, dirigía miradas fugaces e inquietas a la puerta, como si temiera que alguien entrara antes de haber sufrido totalmente la metamorfosis en, vete a saber que cosa. Yo, aterrorizado, temí lo peor. Ella, poseída por convulsiones y babeos –o por lo menos es lo que me pareció-, hizo un intento de levantarse, pero desistió. Yo ya me veía realizando algún tipo de exorcismo o intentando correr más que mi sombra en la huida; cuando..., para estupor mío, se puso de pie de golpe como si de una diosa poseída se tratara, y levantó su falda para ordenar la minúscula lencería blanca que llevaba. Esta escena, que de por sí ya da para mucho, tuvo una continuidad aún más espectacular ya que, para eterna satisfacción de mis ojos, se dedicó, con la sencillez de un acto cotidiano, a aleccionarme de como una deseable mujer endereza el trozo de tela que, traviesamente, se le ha escondido entre los pliegues de su entrepierna menos intelectual.

¡UAAAAAAAUUUUUU! Mi corazón dijo basta y creo que me desmayé ya que recobré la consciencia en sus brazos. Resulta que al oír el golpe que me di contra el suelo fue a buscarme y me encontró inconsciente. Yo, al tenerla tan cerca de mi cara,

esperaba que una lengua bífida saliera de su boca y agarrara la mía para arrancármela de cuajo, cuando me dijo mirando a los agujeros:

-Sr. Manolo, no es costumbre de personas educadas el espiar a las mujeres en sus momentos más delicados.

A lo que respondí:

-Sra. Muerta, no debería ser costumbre entre los zombies el llevar tal lencería y tan bien puesta, que aun sin vida, es de seres decentes el no provocar infartos a los vivos.

Me besó en la frente con unos cálidos y carnosos labios y dejándome en el suelo se incorporó y se fue a sacar la cafetera del fuego que estaba a punto de expansión, y sirviendo dos cafés, empezó a relatar su historia.

Se llamaba Airón y era la hermana gemela de la primera víctima. Su familia procedía de un pequeño pueblo en el que ella ejercía de veterinaria y que amaba por encima de todos los placeres que la gran ciudad podía ofrecerle, pero que lo había dejado atrás temporalmente, porque sentía la imparable necesidad de conocer quién fue en vida la víctima, cómo pensaba y cómo obraba. La muerte de un familiar tan cercano no parecía que hubiera hecho mucho destrozo en ella, pero me lo aclaró contándome que hacía más de treinta años que habían sido separadas y adoptadas por familias diferentes.

Pregunté con una mal disimulada doble intención:

-¿Tan fuerte es esta necesidad entre gemelas para dejar marido e hijos en un apacible pueblo e ir a parar a un sucio despacho de un investigador? Y ella me contestó, para gloria y alabanzas de todos los dioses, vírgenes y santos, que no existían tal marido e hijos.

Como uno ya es gato viejo y me noto cuando se me sube el guapo vacilón, intenté que el acto instintivo de retocar con la mano mi imagen, fuera lo más disimulado posible; hinché pecho, escondí barriga, enderecé la camisa y pregunté con aire profesional por el motivo de su visita.

-¿En qué puedo servirla? –y se me ocurrieron varias posibilidades.

-¿Ha sido asesinada? –me respondió preguntando a su vez.

-¿Por qué cree que lo ha sido? –dije sorprendido.

-Corren rumores muy extraños sobre su muerte.

-No lo sabré seguro hasta mañana –respondí, en vez de desmentirlo rotundamente como mi profesión me obligaba.

Entonces se levantó, salió de la habitación para sorpresa mía y antes de que pudiera decir “pero ¿dónde está?”, entró y de pie frente a la mesa dejó un sobre encima con estas palabras:

-Espero que me tenga al corriente, dentro de él tiene la dirección del hotel en que me hospedo. No saldré de esta ciudad sin saberlo todo sobre la muerte de mi hermana.

Y se fue. Estuve un rato embelesado por su imagen que aún flotaba en el aire, dejando que mi vista vagara por la mesa hasta que me di cuenta de que el sobre abultaba demasiado para contener solamente una dirección. Lo cogí interesado por si había caído algo extra y leí la nota que estaba escrita en el dorso: “Quien es capaz de perder la conciencia con solamente la visión de mis prendas íntimas, se merece poseerlas”.

Y lo que escondía el envoltorio era ese maravilloso, deslumbrante, milagroso, sorprendente, pasmoso, admirable, asombroso, majestuoso, espléndido, soberbio, mágico, quimérico, fantástico, prodigioso y fascinantemente oloroso trapito femenino que había visto con mis propios ojos estar amparado en tan acogedor lugar.

Siento que la forma de expresarse de Quebrado Rebollo haya influido en mí para esta descripción, pero creo que la situación se merece este despliegue tan amplio de adjetivos a su estilo. Lástima que mi conocimiento de la lengua castellana no sea tan

profundo como el de un escritor y sólo consigo esbozar el intenso desborde de emociones que sentí al abrir el sobre, porque si no, puede que me quedara detenido en este momento de la narración, describiendo y describiendo, en un interminable y obsesivo capítulo. Aunque, por otra parte, es mejor dejar a la libre imaginación de cada uno lo que sentiría si hubiera estado en mi lugar y, lo más importante, qué habría hecho a continuación.

Entre sueños blancos con puntas pasé la noche en espera del resultado de la segunda necropsia. Me levanté, guardé mi nuevo talismán en sitio seguro y a salvo de la husmeante nariz de mi apreciado socio Otón y, después de desayunar el resto de las patatas de churrero del día anterior, algo blandas por cierto, con una buena dosis de café sintético frío, salí a comprar el periódico por aquello de hacer ejercicio, con la esperanza de que todo hubiera sido una coincidencia y que no había caso ni más muertes.

Como siempre los políticos estaban en primer plano, cediendo paso a las tragedias y en tercer lugar la reina indiscutible de toda sociedad bien amansada, el fútbol. Me indigna, una vez más, que la mayoría estemos luchando por cuatro euros y, para nuestro martirio, un jovencito engominado, acompañado por una bella pero no muy despejada jovencita y un coche socialmente posicionado de alto coste, reciba a cambio de golpear un balón, cientos de millones. Está claro que le tengo envidia pero, dejando a un lado mis sentimientos, es un insulto para el/la señor/a que sufre ocho y nueve horas de trabajo diarios, para el/la que ha tenido que devanarse los sesos estudiando, o para el/la empresario/a que está a punto del infarto cada fin de mes. A todos ellos les dedico esta crítica y lanzo al aire la idea de crear una asociación para la defensa psíquica del proletario, con estatutos orientados a la lucha contra el abuso de la moral trabajadora ¡Que ganen dinero, pero menos! A lo mejor repartiendo este sobrante entre las escuelas de los barrios marginados lograríamos levantar el nivel de este país.

-Creo que me he despertado con mal pie -pensé y pasé las hojas hasta llegar a la página de sucesos. Con el alma más sosegada después del encontronazo con el futbolista, empecé a leer las noticias y nada aparecía sobre alguna defunción en los lavabos hasta que, para horror mío, allí estaba y empezaba a asomar con titulares tipo cuatro sobre diez. “Extraña coincidencia, dos muertes por infarto en un mismo servicio de señoras”.

Doblé el periódico, tropecé con dos o tres personas, ama de casa con carrito incluida, y cogí un taxi en dirección a la comisaría. Nada más entrar en el edificio, mi móvil se puso a sonar. Mientras caminaba hacia la puerta acristalada del jefe de policía, una voz masculina preguntaba si era yo el que contestaba. Abrí la puerta y me encontré frente a frente con el dueño del despacho y mandamás de todo aquel tinglado, hablándonos mutuamente por el teléfono. Como la situación tenía su gracia, de una forma inconsciente, decidimos seguir con el juego, así que me senté sin pedirle permiso, puse los pies en su mesa, y nos preguntamos mutuamente dónde estaba cada uno y si llovía. Él me recriminó que hacía mucho que no me veía el pelo y que me pasara por su oficina porque tenía un caso que olía mal y yo le contesté que iría si me prometía no llevar aquella corbata horrorosa de color rosa que le había regalado su mujer y que estaba, en esos momentos, viendo en frente de mí. Quedamos en darnos un abrazo y colgamos a la vez.

Después de una sonrisa de complicidad y de obligarme a bajar los pies con expresivos sonidos guturales, nos pusimos manos a la obra. Estas muertes empezaban a parecer una gripe de infartos waterianos. Le pregunté por qué había contratado a un investigador especializado en sucesos epidemiológicos como era yo, antes de saber que estas defunciones podían ser los indicios de algo mucho más grave. Él me contestó que

no era del todo cierto, que antes del caso de la de los encajes habían fallecido dos personas más en idénticas circunstancias, pero que no se investigó porque parecían simples paros cardiacos. Sin embargo, al tener noticias de, como mínimo, tres víctimas más y de la extraña forma de morir de todas ellas, que descartaba asesinatos en serie, le pareció un caso para un especialista en epidemias.

Pedí el resultado de la autopsia de la segunda víctima –el hombre barrigudo de los preservativos sabor plátano-, y me lanzó una carpeta abierta en la que estaban remarcadas las palabras “parada cardio-respiratoria”.

-Otro más -pensé y miré el apartado del intestino grueso y allí estaban las lesiones. Le comenté lo de la noticia de sucesos y torció el labio en señal de catástrofe. Estas últimas dos muertes habían sucedido de la misma forma que las anteriores, la única diferencia es que no llevaban encajes provocadores, cosa que fue lo primero que le pregunté, y que en una de ellas no hubo desbordamiento aparente o, por lo menos, la cantidad de barcos surcando el amplio mar del servicio de señoras no era digna de dos emisiones, sólo de una. Tendríamos que esperar a que los análisis lo corroboraran. Lo que quedaba claro es que lo de la puerta del servicio cerrada de la hermana de Airón, fue un estúpido guiño del azar ya que no hubo en estas tres últimas muertes ningún problema con los pomos y las cerraduras.

Leí la descripción de los hechos según un testigo y parecía que estuvieran relatando los casos anteriores. Resulta que se fueron las dos al servicio, igual que otras tres compañeras. Después de los ruiditos indecorosos de costumbre, la primera pulsó el botón del desagüe y cuando estaba abriendo la puerta empezó a gritar y cayó fulminada, mientras que “el come desechos humanos” empezaba a desbordarse. La segunda, que oyó el grito, intentó salir, pero no lo consiguió. Otro doloroso aullido fue lo único que emitió en vida. Ambas estaban muertas.

Tampoco tenían ninguna relación aparente con las dos anteriores víctimas, ya que eran de diferentes edades, grupo social, parte de la ciudad, educación y hábitos. Empezaba a inquietarme con tanta muerte y la teoría del submarinista de la jeringuilla no parecía ser solución al enigma. A lo mejor los waterianos podrían ser la clave, así que le conté lo de los fideos dentudos y juguetones al jefe de policía.

Es curioso con qué desfachatez los guardianes del orden y la paz abusan de la autoridad otorgada por el propio ciudadano. En menos de tres minutos dos guardias me habían arrastrado hasta la puerta mientras iba oyendo no precisamente palabras amorosas de su jefe acerca de la profesionalidad y no sé qué más. Así que en la calle terminé de contarme a mí mismo la invasión wateriana. Aún sigo creyéndola una buena historia de terror marciano.

El siguiente paso estaba claro, invitar a comer a Airon con la excusa profesional de mantenerla al tanto de mis investigaciones. Cogí el calienta cráneos, marqué su número y pedí por la habitación. A los pocos segundos me respondió una suave y aterciopelada voz de.. ¡no sé quién! Aquella no era su voz, se habían equivocado. Volví a llamar con el temor de que todo hubiera sido un engaño y que no se hospedara allí o que realmente fuera una zombie y yo hubiera estado inspirando el aroma íntimo de la dama muerte. Esta vez la cosa fue bien y quedé con ella en un bonito restaurante regalado por una preciosa vista al mar Mediterráneo.

Colgué el cuenta penas y seguidamente marqué el número del laboratorio para preguntar por el análisis del agua y heces de los retretes. Me contestó una becaria, que siempre hay, y después me pasó a su jefe, con quien mantuve una conversación muy interesante sobre el nivel de dichas falsas trabajadoras. Me comentó, para envidia mía,

que últimamente había subido mucho con la adquisición de las dos últimas y que realmente valía la pena pasarse por allí. Quedé para tomar un café un día de esos.

En cuanto a los análisis de heces, habían salido muy pocos restos de parásitos pero era muy difícil determinar el tipo. Realizaría pruebas y que al día siguiente me daría algún resultado. Y que en lo referente a las muestras de la necropsia para determinar la sustancia tóxica y su modo de acción, estaba trabajando en ello.

Airón apareció estupenda, con un vestido que permitía descubrir partes de su silueta al son de los ondulantes movimientos de su figura. Únicamente tenía una duda sobre su hábito de hacer regalos, ¿habría traído de su pueblecito más lencería o por el contrario sólo lo puesto?, y si sólo traía lo puesto y ahora lo tenía yo ¿qué llevaría en estos momentos? Supongo que no hubiera sido muy apropiado preguntarlo, así que decidí hacer una suposición que no voy a descubrir, y con el alma bien sembrada de incitadoras imágenes le relaté lo que hasta este momento había descubierto.

-Todo parece indicar que.... -y en este momento estuve tentado de contarle lo de los fideos waterianos, pero tuve miedo de que disminuyera mi credibilidad, así que decidí seguir en el plano técnico- la muerte ha sido ocasionada por una fuerte sustancia neurotóxica y que, por otra parte, se han observado unas pequeñas erosiones en el intestino, así como restos de un parásito sin determinar que puede, cosa poco frecuente, ser el origen de la sustancia nociva. Su nombre y costumbres los desconocemos, así como de dónde procede, qué vía de entrada y de transmisión utiliza. Tampoco parece que haya ninguna relación entre las víctimas y por lo tanto ninguna forma de contagio evidente.

Le expliqué que daría orden de que se investigaran los hábitos alimentarios, que el proceso estaba en marcha y que nunca había visto a un parásito matar de esta forma. Ella me dio su visión profesional del tema y estuvo de acuerdo conmigo en que tampoco recordaba en el reino animal a ningún bichito tan peculiar. A lo mejor podía ser que fuera alguna enfermedad tropical ya que empieza a ser usual que con tanto viaje aparezcan sorpresas a la vuelta.

Estuvimos casi toda la comida hablando de estos apasionantes temas, contándonos historietas de parásitos, enfermedades, lesiones, epitelios destruidos, hígados inflamados, corazones infartados, gusanitos y gusanazos, etc. Hasta terminé detallándole mi teoría de los extraterrestres entre risa y risa. Una velada memorable. Me había enamorado.

Quedamos en que la tendría al corriente y que ella consultaría tratados sobre parasitología para ver si encontraba algo. No pude reprimirme y le di las gracias por su presente del otro día, añadiendo que lo tenía en gran estima. Me besó en la mejilla, se dio la vuelta y se fue calle abajo sin contestar.

Me quedé viéndola cómo andaba y específicamente cómo se movían rítmicamente aquellas dos masas cárnicas que acompañaban a sus muslos, visión que me despertó un incontrolable deseo de sumergirme entre ellas como cuando escondes la cara en un cojín y lo zarandeas.

-Debía probarlo aunque fuera lo último que hiciera -me dije.

Ya eran más de las siete y decidí llamar a mi equipo para crear el comité de crisis. Cogí el “otra vez está sonando” y los fui citando para el día siguiente a las ocho de la mañana en mi despacho y con la explícita recomendación de que vinieran en pie de guerra porque presentía una lucha sin cuartel.

Tenía esperanzas de que no hubiera una epidemia de muertes en el horizonte, que no ocurriría nada al día siguiente y que todo se cerraría con algunos insultos de mis

colaboradores por el madrugón. Pero por las trazas que iba dibujando esta mano mortal, todo hacía pensar en algo más grave.

CAPÍTULO III: EN ESTADO DE ALERTA

Fueron llegando uno a uno para alegría de Otón, que se divertía mucho con ellos. El primero en entrar fue Michael el Datos, un gabacho renegado muy bueno con cualquier maquinita electrónica. Su falta de estatura y sus jerseys estilo Jean-Paul Belmondo no han sido en absoluto inconvenientes para que desarrolle una mente analítica, precisa, ordenada y, por cierto, también algo hostil y contradictoria. Él y su ordenador pueden llegar a cualquier base de datos, incluso a las más secretas, para obtener información sobre los focos conocidos de virus, bacterias o lo que haga falta. Le di los buenos días, me respondió con un gruñido muy propio suyo y se fue directamente a la habitación en la que había dispuesto varias camas. En segundo lugar llegó Juan el Cojonazos, que es uno de los seres más impertinentes, incansables, metomentodo y sacadores de quicio que conozco, pero que sabe con mucha eficacia utilizar estos defectos para obtener todo lo que desea de una persona. Su cara, más que provocar indiferencia, la impone; sus carnes estilo puro nervio, su mediana estatura, su carácter neurótico y su apariencia ordinaria, junto a las "virtudes" antes citadas, le convierten en un ser perfectamente diseñado para pasar desapercibido, husmear y seguir pistas. El tercero fue Don Enrique, un jubilado expolítico y exespía, canoso, educado, diplomático y elegante; especialista en mantenerse de pie en medio del más bravo huracán y con una gran cualidad en su haber: tiene muchos contactos a todos los niveles y allanando caminos es una gloria. Y por último, el médico guaperas más presentable que conozco, Vacunillas Pepe, todo un crac de la biología, la inmunología y las relaciones femeninas. He de reconocer que, aparte de su físico agraciado, de vestir ropajes que comunican sutilmente su posición acomodada y de emitir una imagen de permanente promesa consagrada, logra envolver muy eficazmente a sus víctimas sentimentales con una fina red hecha de poesía, educación, galanteo, armonía y delicados detalles sorprendentemente oportunos. Sólo una vez le vi fallar en un requiebro, pero me es imposible contarlo ya que es una de aquellas historias que entran en los pactos tipo "yo no lo suelto si tú te olvidas de lo mío"; o sea, es una pena pero mejor dejarlo.

Mientras se aposentaban y el Cojonazos empezaba a hacer honor a su nombre, llamé al jefe de policía para preguntar si había algún nuevo caso y me contestó de inmediato con un:

-Hasta ahora van 12.

Le conté que ya tenía a mi equipo a punto y que declarase el estado de alerta entre sus policías y que cualquier cosa que pudiera tener alguna, aunque fuera remota, relación con las muertes debía ser comunicada a Michael el Datos.

Cuando los logré reunir en la sala y al ir a empezar la reunión, sonó el timbre de la puerta. Fue a abrir Don Enrique, reapareciendo por la puerta con cara de circunstancias seguido de mi casero Marmitón, que había olido a actividad y juraba y perjuraba que si lo dejábamos quedarse podría ser de mucha ayuda; en cambio, si lo rechazábamos, nos haría la vida imposible. Le pedí que me acompañara a la cocina y, después de un rápido regateo con el número de mensualidades que dejaría de pagar a cambio de su inestimable ayuda, volvimos a la sala y empezamos, al fin, la reunión.

Les expliqué detalladamente lo que había sucedido, excepto, claro está, lo de la olorosa prenda y su dueña. Todos coincidieron en que parecía obra de un parásito pero que era muy raro lo de la sustancia tóxica ya que no conocían antecedentes de algo

parecido. Otra cosa extraña, misteriosa y que aparentemente no tenía nada que ver con el caso, era el desborde de los tragadesechos humanos. Podía ser una casualidad, pero en cualquier caso era interesante estudiarlo por si nos diera alguna pista a seguir. También les conté mi teoría "wateriana" y, curiosamente cada uno reaccionó distinto: D. Enrique me miró preocupado; Michael el "Datos" instintivamente me dio por un caso perdido, aunque sé que le divirtió; Cojonazos Pepe preguntó algo así como "¿has notado algún ruido raro dentro de tu cabeza últimamente?"; Marmitón aseguró que era interesante mi razonamiento y que si se lo permitía me pasaría un test de no sé quién; y por último, Vacunillas Pepe insistió en presentarme a un colega suyo especialista en demencia senil. Era el momento de ponernos manos a la obra y así lo hicimos.

Michael activó todos sus teléfonos y empezó la búsqueda de epidemias y epizootías que cursaran con síntomas parecidos. Abrió la ficha de nuestro asesino no visible e introdujo todo lo que conocíamos.

Vacunillas Pepe se fue al laboratorio y a la sala de autopsias para ver si descubría algo más y al Cojonazos lo mandé a que buscara entre las víctimas o entre sus familiares cualquier cosa que nos diera una idea del camino que usaba nuestro minúsculo asesino para transmitirse. Debía investigar si tenían animales de compañía o qué cosas comían, si habían viajado recientemente, etc. A Don Enrique y a Marmitón les encargué que dieran un vistazo a todos los periódicos televisivos y que sintetizaran toda la información, valorando el grado de alerta social que había y sus posibles repercusiones en un futuro próximo. Y yo me fui a pasear a Otón.

Después de broncas varias de mi cuadrúpedo con todos los de su misma condición que encontró por el camino, compré un par de periódicos de papel por aquello de que luce intelectual. Primero leí El Imparcial -que era uno de los más serios- y en la página tres empezaba a asomar la epidemia con titulares tipo seis sobre diez con el siguiente texto ”Extraña sucesión de muertes en los servicios”. Parecía que la cosa estuviera calentándose deprisa pero aún se mantuviera bajo control. Después se me ocurrió ojear La Verdad -que de verdad tiene bien poco- y con sólo mirar la primera página recibí una patada en pleno rostro perpetrada por las siguientes tres palabras: “Defecar puede matar”. Después seguía con un amplio artículo sobre la muy posible existencia de seres en las cloacas que subían por las cañerías y se introducían por los orificios de los descomedores y en pocos segundos causaban una muerte horrorosa. Incluso aclaraba que provenía la información de fuentes fidedignas.

Estuve un buen rato pensando a quién había dicho lo de los waterianos. Sólo lo conté a Airón y al jefe, sin mencionar a los de mi grupo pero estos eran de fiar. Llamé inmediatamente a la futura mujer de mi vida y con voz de estúpido le pregunté si lo había comentado con alguien, a lo que me contestó que ni pensarlo, que si quería que la tomasen por loca. Le pedí que viniera por la noche a mi casa para que conociera al equipo, con la infantil excusa de que era veterinaria y podría ayudar muchísimo en la investigación. Le sugerí que comprara La Verdad.

Pensándolo mejor, esa estúpida suposición del periódico podía causar una inmensa turbación en cualquier mente razonable. Si la primera versión de la película Tiburón nos privó de uno de los más grandes placeres al provocarnos un terror instintivo a bañarnos de noche en el mar -especialmente gratificante es si se hace desnudo y con buena compañía-. ¿Qué pasaría si rodaran otra producción con el argumento tan embarazoso de los waterianos? Hemos de aceptar que cuando estamos enfrascados en la dura tarea de evacuar, pasamos por uno de los instantes de nuestra vida biológica en que nos encontramos más indefensos -posiblemente exista otro, pero es de naturaleza distinta, aunque algunos gestos se parezcan- y que, además, deberemos recaer irremediablemente

en la misma actividad más tarde o más temprano. En esa postura tenemos nuestras aberturas especialmente preparadas para que una cosa delgada y viscosa, incluso puede que llena de ventosillas o pequeños ganchos, salte de la sucia agua para introducirse en nuestro reservado más íntimo. Se podría decir que esta imagen supera cualquier terror preestablecido, incluido la de una aguja pinchando el globo ocular o una hoja de afeitar cortando lentamente un pezón. Aunque**,** todo esto es baladí si lo comparamos con lo que pudiera suceder cuando, una vez dentro, nuestro amigo dentudo ascendiera gancho a gancho y se retorciera hasta desfigurar el intestino. Sin hablar de las mujeres y su doble vía de acceso.

¿Qué podría pasar si estos titulares llegasen a influir de tal manera en la población que esta tuviera miedo a ir al evacuatorio? Probablemente se solucionase con la resurrección de aquel útil pero en desuso artilugio: el orinal. ¡Todo el mundo a aposentar las nalgas en este ingenio sin desagüe!

Hasta este momento puede parecer, por el razonamiento anterior, que realmente no existiría un problema terminal si los waterianos nos invadieran, pero... ¿quién es capaz de dejar en su casa una vía abierta al mundo de estos gusanos dentudos?, ¿quién es lo bastante confiado para creer que no saldrán de la taza y vendrán a visitarnos mientras dormimos o nos saltarán a la cara mientras miramos curiosos a que algún conducto engulla lo que acabamos de tirar? Yo no y creo que nadie lo sería, por lo que ya me imagino los desagües taponados y los come desechos humanos clausurados. También es fácil imaginar el desastre que esto acarrearía, ¿qué haríamos con tanta porquería en casa o en el trabajo? ¿quién la recogería?, ¿dónde la guardaríamos?, ¿en bolsas goteantes de plástico?, ¿en recipientes aptos para el microondas?, ¿en grandes garrafas y los domingos nos iríamos al campo a vaciarlas? No tengo ni idea de cuánto defecamos de media al año, pero si le sumamos el agua de la cocina y la de la lavadora, así como todos los residuos que, disimuladamente, van a parar directamente a la cloaca: suma un buen empaste. Un pánico de estas características podría provocar un colapso en nuestra sociedad, especialmente en la de la ciudad. Imaginad lo mal que olería todo y lo bien que iría el negocio de los desodorantes.

Estaba en estos pensamientos tan encantadores cuando el “joder, otra vez” se puso a sonar, conecté y una voz acostumbrada a mandar me dijo:

-Ya van 36, ven inmediatamente y mentalízate para una rueda de prensa, tú eres el encargado de resolverlo. De camino compra La Verdad -y colgó.

-Yo soy el encargado de resolverlo -repetí mecánicamente pero inconsciente de las repercusiones de lo que estaba diciendo.

Desde que la política de privatización del gobierno había puesto en manos de especialistas privados todo el trabajo delicado y que no fuera lo que se puede considerar mantenimiento (desalojar casas, poner multas y cerrar los bares por la noche); en todos los otros embrollos en los que recaía una mayor presión social y se necesitaba tener elevados conocimientos sobre algo determinado, pasaron la responsabilidad a grupos de élite no gubernamentales de renombrada reputación y muy especializados en el tema en cuestión, por aquello de que si no lo haces bien no te pago y por lo tanto el nivel de eficacia se incrementa.

Lo más terrible del tema es que no únicamente han delegado la parte técnica, sino todo el paquete, y esto quiere decir que no basta en descubrir que éste o aquél es el responsable de esto o aquello, además debemos saber cómo decirlo, responsabilizarnos de nuestras declaraciones y tener en cuenta su incidencia en la sociedad. Es como si te cae un muerto en las manos, no sólo tienes que aguantar el cadáver sino también el dolor de su esposa, el desconcierto de los hijos, el futuro de la familia, la hipoteca del

coche y los consejos de la abuela. En otras palabras, te endosan un conflicto para que lo soluciones desde el inicio hasta el fin; de esta manera el gobierno sale impune, si te equivocas te la "reducen drásticamente de tamaño" y por la cuenta que te trae, te dejas la piel en ello. Aunque siempre, claro está, tienes a otros por encima, que también son privados, como es el caso del jefe de policía, y que no te quitan el ojo por si estás más por las faldas de la vecina que por la cuestión en sí.

Otra cosa que me asusta casi tanto como que me apliquen una "reducción de efectivos", es cuando alguien te dice que tienes veinte hambrientos periodistas a la espera de que les eches carne y si no lo haces, te la arrancarán de una manera u otra. Y eso era lo que me esperaba en ese momento, así que: llamé rápidamente a Don Enrique para que me informara de las conclusiones que habían obtenido de la calle. Honestamente he de admitir que incrementó desmesuradamente mi acongojo. El asunto estaba caliente, la gente no se creía demasiado lo de los gusanillos, pero había quedado un poso en él que un ligero patinazo podía hacer crecer la semilla de la credulidad hasta límites incontrolables.

Por supuesto cuando consulté a Juan el Cojonazos no me dio ningún respiro. ¡Nada que te pueda hacer la vida fácil! me dijo haciendo, como siempre, honor a su nombre. Colgué y marqué seguidamente el número de Vacunillas Pepe con la esperanza de que tuviera algo que hiciera desaparecer la masacre en pocas horas y me dijo:

-Manolo, han salido los análisis de las heces del lavabo y han encontrado partes de un parásito muy atípico. Ellos creen que podría ser el causante de las muertes, aunque tienen dudas razonables para no estar seguros completamente. Lo que sí está claro es que no pertenecen a un endoparásito conocido porque**,** según consultas realizadas a los mejores expertos, nunca había sido tipificado hasta ahora. En cuanto a la víctima número uno, la de los bellos encajes, es definitivo que fue muerta por una sustancia neurotóxina que le produjo la parada cardio-respiratoria. Lo interesante es que el tóxico tampoco ha sido catalogado hasta el momento. Resumiendo, anteriormente no habían salido a la luz ni el agente causal ni el parásito que supuestamente lo produce; o dicho llanamente: huele a nuevo. Y por si aún estas de pie, ya debes de saber que no es común en parasitología la presencia de estas sustancias neurotóxicas; que los hongos aún las pueden producir, pero los parásitos no. Por lo que, y por una vez en la vida, creo que la teoría tuya de los waterianos que nos contaste pudiera ser la solución al enigma. Definitivamente debemos tomar medidas contundentes contra la invasión alienígena. ¡Todos unidos contra los gusanitos verdes! ¡Muerte al marciano dentudo!

Colgué sin contestarle, porque sabía que lo hacía para encabronarme y no quería que se diese cuenta de que lo había conseguido completamente. Antes de destrozar el “la madre que lo...” contra el suelo, llamé a Michael el Datos y le pedí por favor, hasta creo que le supliqué, que me dijera que había encontrado algún foco histórico de algo parecido y que se curaba con bicarbonato. A lo que me contestó con un “no” escueto y colgó.

CAPÍTULO IV: LA RUEDA DE PRENSA

Estaba a punto de ser devorado por hambrientos periodistas en la habitación contigua y yo sólo podía pensar en que no debí haber destrozado mi teléfono móvil a base de patadas. Pero como el daño ya estaba hecho y bien hecho, os lo puedo asegurar por el descanso que me quedó después, entré en la sala de la inmolación. Todos estaban allí esperando desgarrar mis vísceras para obtener un titular, todos me miraban con cara de deseo y con dos preguntas clave: ¿Es verdad la teoría de los gusanillos? y si no lo es, ¿cuál es la causa de tantas muertes?

Subí a la tarima y como quien esta allí de paseo me encaré a su primera pregunta. Era la de “Al filo de la noticia”:

-¿Es verdad la teoría de los gusanillos?.

-Nunca falla -pensé.

-Me gusta mucho que me hayas hecho esta pregunta porque la creo sumamente interesante. Puedo decirte rotundamente que no sé de qué absurda mente ha podido salir, pero puedo asegurar que esta es una teoría que a nadie de mi equipo se nos ha pasado ni ligeramente por la cabeza, y ya conocéis nuestra larga experiencia en casos epidemiológicos y lo rigurosos y científicos que somos en la determinación, aislamiento y muerte del agente causal. No hay, repito, no hay ninguna evidencia que nos indique la posible existencia de estos seres.

Seguidamente acosó el de “La voz de la realidad” con otra pregunta sorpresa:

-¿Si no lo es, cuál es la causa de tantas muertes?

-Original -volví a pensar.

-Pues para esto estoy aquí, para aclarar este malentendido. Parece que estas muertes han sido debidas a un parásito importado de países tropicales y que, por la impresión que tenemos, se transmite por el agua de bebida y nunca, repito, nunca puede infestarnos por vía rectal. Aconsejamos que no cunda el pánico ya que pronto eliminaremos dicho agente causal de nuestras aguas. La situación está bajo control.

Y les dejé la siguiente pregunta en el aire para que la hicieran.

-¿Entonces qué medidas contra esta infección debemos tomar? -preguntó el de “La última hora”.

-La infestación, ya que creemos que está producida por un parásito y no por un microbio -maticé para que se dieran cuenta que era todo un profesional -se puede impedir no bebiendo agua del grifo por una temporada. Beban agua embotellada ya que todas ellas tienen los controles sanitarios correspondientes en orden.

De esta manera me darían un poco más de tiempo y fomentaría las industrias nacionales de agua embotellada, que siempre está bien visto. Además qué podía decirles, que no teníamos ni idea, que esta plaga avanzaba de una forma diabólicamente desenfrenada y que realmente no teníamos nada con qué empezar. Cundiría el pánico y como no podía explicarles la situación y esperar que colaboraran en mantener la calma debido a sus ansias de titular, no tuve más remedio que inventarme esta historia.

Y entonces salió el hijo de su madre de “La verdad” y dijo:

-¿Cómo es posible que si se transmite por el agua sólo haya casos aislados y no todos estén en una zona determinada? ¿Y por qué enviaron a una patrulla de supervisores de cloacas a cerrar las tuberías del edificio de la segunda víctima y filtrar todo el líquido en búsqueda de gusanos?

Quedé alucinado, no tenía ni idea de que se hubiera dado esta orden. Alguien había tomado iniciativas sin mi permiso.

-En respuesta a su primera pregunta -improvisé-, le diré que no es una infestación masiva y que sólo se ha difundido a partir de un enlace de aguas por un técnico de conducciones que las ha contaminado involuntariamente. Esto ha hecho que únicamente algunas personas hayan bebido de esta agua y que sean de diferentes zonas de la ciudad. Y en lo referente a la segunda, no es verdad que buscaran gusanos, sino que se les dijo que recogieran muestras para descartar la presencia de cualquier parásito en esas aguas.

Y si me permite -añadí resentido- le diré que antes de publicar algo que pueda acarrear daño a alguien o que provoque alarma social, deben pensárselo muy bien. Su profesión está siendo una de las más importantes del siglo XXI ya que su materia prima de trabajo es la información y por ello, están marcando el rumbo de este milenio. Todos estamos en el mismo barco, ustedes que tienen la fuerza que les da ser poseedores de la difusión de la información, utilícenla para que el derrotero sea el correcto, no para dirigirlo hacia un acantilado. Muchas gracias y les tendremos informados.

Salí acompañado de murmullos subidos de tono, pero es que ya es hora de que alguien les diga, y no pretendo ser yo, que existe una ética profesional y que no es suficiente con soltar verdades, sino que también es importante saber cómo decirlas y qué tratamiento se les debe de dar. A veces por acaparar audiencia se transforman cosas ciertas en falsas o se le da más importancia a un insulto vomitado por el gerente de un equipo de fútbol que al esfuerzo y dedicación altruista de un grupo de ayuda a disminuidos. Parece que estemos en una sociedad en que se preste más atención a las trivialidades y que sea más de admirar un impresentable que vive de serlo, que al trabajo de científicos, artistas, escritores, periodistas especializados, programadores excepcionales o simples ciudadanos. Ya entiendo que es más fácil caer en las garras de la mediocridad y hacer lo que siempre ha funcionado, pero ¿no saldrá algún periodista joven que coja el reto de hacer interesante algo aparentemente aburrido?

De hecho creo que el gobierno europeo ha advertido del extremo peligro que existe si seguimos idolatrando y potenciando lo absurdo. Recuerdo haber leído textos de hace unos veinte años, allá por el año 2000, en que el concepto que defiende el ecologismo de preservar la naturaleza pasó en cuestión de tres décadas, de las manos de unos idealistas con incipiente incidencia social a las de los muy prestigiosos científicos. Generando, por ello, un elevado grado de concienciación, aunque en el día de hoy poco hemos mejorado. Pues este mismo fenómeno es lo que está ocurriendo actualmente pero referido a la información. Por mucho 2021 en que transcurrió este relato o incluso en la actualidad, siete años más tarde, no nos hemos dado cuenta de que existe un grave peligro ya que cuanta más gente intente mejorar la sociedad con su esfuerzo, más lo logrará y éste no es precisamente el camino que hemos tomado. Cada parte implicada se excusa en la otra, así la sociedad dice que se come lo que los periodistas dan y estos últimos dan de comer lo que el público desea. Es un peligroso pez devorador de futuro que se muerde la cola.

Tampoco creo que se deba crear una religión informativa en la que el devoto que se esfuerce y mejore espiritualmente y socialmente llegue a acceder al paraíso mediático (televicismo religioso), aunque seguro que generaría más resultados positivos que la senda actual.

CAPÍTULO V: OTRO DÍA MÁS

Enfurecido fui a buscar al jefe de policía y lo encontré refugiado en su despacho. Mi intención era entrar arrasando cualquier mueble que se acercara a mí, con el fin de arrancarle una declaración de culpabilidad. No fue necesario, ya que su placa voló hasta mis manos y con voz ronca dejó a mi criterio su futuro inmediato. Me aclaró que lo había hecho porque pensó demasiado en mi teoría de los waterianos y se asustó tanto que mandó hacer una comprobación de rutina.

-Me debes una -le dije y me fui con una inconfesable sensación morbosa, mezcla de poder y venganza. Por una vez el jefe había perdido los papeles y mi fecunda imaginación era la causa.

Al salir a la calle intenté tranquilizarme pero, ¿cómo no?, sonó el “Ya estoy hasta los innombrables de él”. Era Vacunillas Pepe sonriendo de oreja a oreja y felicitándome por una rueda de prensa tan socarrona. Por supuesto le contesté con un “vete a tomar por el saco”. Se quedó en silencio y de pronto me preguntó qué quería decir exactamente “vete a tomar por el saco”. La verdad es que no lo sé, conozco frases parecidas, pero “por el saco” no atino a entender. Será que a alguien le gustan los sacos de una forma especial e íntima.

-Manolo, hay novedades -me dijo-, también han encontrado parásitos en el pulmón y estos están enteros. Son raros, pero tienen una morfología parecida a otro ya catalogado anteriormente. Creo que a este podremos seguirle la pista. Ya he dado las características a Michael para que investigue por ahí y yo haré algunas consultas a colegas.

-¿Cómo es posible que nadie haya visto antes que en el pulmón había material? -pregunté cabreado.

-No sé, no habrán mirado -y colgó.

Necesitaba urgentemente una buena dosis de buenos pensamientos, así que intenté imaginar el gusto que tiene un helado de coco saboreado después de una ducha relajante y con una apacible puesta de sol en el horizonte. Parecerá sorprendente, pero desde que era adolescente esta situación ha sido uno de mis deseos preferidos que nunca he podido materializar completamente. Unicamente una vez casi lo conseguí, pero se me ocurrió, para mi eterno martirio, intentar modernizarlo y escogí otro color. No funcionó. ¡A quién se le ocurre dotar a un honesto helado de un tonalidad indescriptible! ¡No hay derecho! ¡Donde esté un buen helado blanco de polvos que se quiten los de verde casi fosforescente!

-Hablando de pensamientos confortantes, esta noche veré a mi querida veterinaria, a ver si hay suerte y pone a prueba mi tono muscular -pensé con ilusión.

Debía comer, aunque sólo fuera por no dejar a mi estómago ocioso. Así que, fui en búsqueda de algo que pareciera algo de verdad y entré en un brasería para masticar un buen trozo de materia verdadera modificada genéticamente: la carne. Cuando me acerqué al empleado para pedir mesa, y sin darme tiempo a nada, me preguntó muy nervioso acerca de la “epidemia del lavabo” y que él había bebido agua del grifo hasta ese día y que si podía ir al servicio y que si aún estaba vivo indicaba que no lo tenía o si podría ser que necesitara tiempo para crecer el "miscrobio" y aparecería más tarde. Intenté tranquilizarlo, pero con este jaleo ya se habían reunido a mi alrededor todos los clientes, los camareros, el cocinero y la lavaplatos. Únicamente faltaba la ternera, con algún trozo de menos, dando saltitos e intentando ver desde el fondo del coro.

Salí corriendo, paré un taxi y me sumergí en el reconfortante mundo solitario del asiento trasero de un coche. Pero ¡no! El taxista se empeñó en informarme de que ya eran 58 los muertos -según decían por la radio-, y remató la faena aclarando que no se creía demasiado lo que dijo el "tío ese que habían contratado para arreglar el embrollo". Resulta que él lo había oído y no visto porque tenía el visualizador estropeado, pero seguro que debía de ser un enchufado hijo de papá, inepto y botarate.

-Por si acaso no pienso poner mis nalgas en algo que se parezca a un váter -añadió.

Callé porque tenía las de perder ya que sabía que si me delataba, mi futuro inmediato podría ser algo más cansado que la situación en la que me encontraba. Pagué el importe del taxi y por la ventanilla, cuando iba a arrancar, le dije:

-No ha oído lo último, han descubierto que también se esconden en los asientos de los coches -y me fui dando por satisfecha mi venganza. Aún recuerdo cómo salió volando de su taxi dando fuertes palmadas a su trasero.

Entré en casa y todo parecía tranquilo. Otón vino a saludarme dando saltitos sobre mis partes sensibles, costumbre que le encanta al muy perro. Fui directamente a la cocina para prepararme algún refrigerio y para sorpresa mía estaban Don Enrique, Marmitón y Michael el Datos acabando todas las reservas de cualquier cosa comestible que hubiera en la casa. Hasta Otón había tomado parte en ello. Me enfadé mucho y creo que les dije que eran unos esperpénticos gazapos de la naturaleza. Por suerte, Don Enrique me conocía desde hacía demasiado tiempo como para hacerme caso y calmó los ánimos. Por supuesto, siguieron comiendo a boca llena.

Les di dinero al dúo de maduritos para que fueran a comprar y llenaran la despensa de comida y bebida para todo el equipo durante tres o cuatro días ya que predecía unas buenas sesiones de trabajo. Y me quedé a solas con Michael el Datos que, después de emitir dos o tres gruñidos, me contó lo del nuevo parásito.

-Te he estado llamando y no contestabas. Algo me huele mal, Manolo. No he encontrado nada de ningún parásito civil que sea idéntico al que hemos localizado en el pulmón. Hay uno que se parece y fue aislado, determinado y clasificado en el año 2000. Según dice la historia, volvieron de Panamá unos turistas americanos con un polizón en su interior parecido al nuestro, pero éste sólo producía tos seca, era fácil de eliminar y el remedio era un fármaco llamado Bencomiol, que aún existe y que es muy usado en las parasitosis. Pero te repito que era un familiar, pero no igual al que hemos encontrado. Y por supuesto, no tenía ninguna actividad letal ni podía localizarse en el intestino.

-Sin embargo, algo es algo -murmuré mientras cortaba la comunicación.

Cogí el teléfono, llamé inmediatamente al Cojonazos y oí un "Sí, dígame" que provenía de un rostro desesperado. Me contó que no había encontrado ningún nexo común o vector posible. Que algunos sólo bebían agua embotellada. Y que, incluso, una de las víctimas nunca se había acercado a un retrete ya que solía hacer sus necesidades en la parcela que tenía detrás de su casa, por ser hombre de profundas creencia ecologistas y recicladoras, perturbando la paz olfativa de sus vecinos. Le conté lo de la tos seca y le pedí que diera la vuelta y preguntara a los parientes de las víctimas si habían notado algún desarreglo respiratorio y que volviera a las doce para una reunión de urgencia.

-¿Alguno tuvo algo digestivo los días antes de su muerte? -le pregunté.

-De los siete que he visitado, dos tenían restreñimiento, pero uno lo padecía siempre.

-Nada anormal -pensé mientras colgaba el teléfono.

Mientras tanto, Michael estaba en su ordenador haciendo un rastreo de los informes de la policía sobre las muertes y buscando toses secas.

Llamé a Vacunillas Pepe, para ver cómo iban las pruebas que estaban realizando con el bicho de los pulmones y si habían encontrado algún antiparasitario que fuera bien.

-Negativo y negativo -respondió el muy ser despreciable-. Negativo porque el parásito ataca exclusivamente los humanos y no infesta a las ratas autorizadas de laboratorio. Y negativo porque es evidente que si no hemos podido hacer que vivan, menos sabremos cómo eliminarlos. Pero, apreciado Manolo, existe la posibilidad que si utilizamos monos para experimentar, ya que son primos cercanos, haya muchas posibilidades de que reproduzcan la enfermedad y de este modo, podremos probar posibles tratamientos.

-¿Qué te parece? ¿qué hago? -continuó-, si pido permiso a las sociedades ecologistas para utilizar primates tardaremos demasiados meses y nos enviarán muchas inspecciones enojosas durante la investigación. O por el contrario, me juego mi carrera y empiezo ya sin pedir el consentimiento.

-No te preocupes, yo soy el responsable, yo asumo la responsabilidad. Falsea un certificado de uso de animales para fines médicos y haz las pruebas inmediatamente. Esto se ha convertido en un caso de vida o muerte y creo que, aunque me pese sacrificar seres inocentes, en esta ocasión está justificado. Si consigues infestarlos intenta con un fármaco sugerencia de nuestro amigo el Datos que se llama Bencomiol. Y te esperamos a las doce para una reunión general -le dije un poco acojonado ya que desde que la ecología es un argumento electoral de peso, no es aconsejable jugar con estos temas; además, si no saliera bien, seguro que me retirarían mi permiso profesional.

Se me ocurrió poner la televisión y la cerré inmediatamente. Todo eran muertos en el acto. En el acto de descomer, claro está.

Llamé al jefe para pedirle alguna pista y.. nada. Únicamente dijo que habían contratado dos equipos más del país, los mejores y que tendríamos una reunión conjunta los tres al día siguiente.

-Creía que los mejores éramos nosotros -balbuceé antes de colgar.

-Manolo -vociferó el Datos- sale algo en el ordenador del Ministerio de Sanidad Americano sobre el parásito catalogado. Poca cosa, pero parece interesante. Dice que es un parásito potencialmente peligroso por la facilidad que tiene de hacerse resistente a los fármacos mediante mutación genética. Le seguiré la pista.

Me lo temía, siempre hay algún jodido toqueteando cromosomas y provocando cruces indecentes, o los propios parásitos se apañan ellos solos para romper con las viejas costumbres, cambiar de ropajes e ir en busca de nuevas sensaciones. Hay que cagarse, nunca mejor dicho.

Llamé a Don Enrique para que moviera urgentemente sus influencias, se enterara si había habido alguien a quien se le hubiera ocurrido jugar con el bichito o si se conocían variaciones en su forma de actuar.

CAPÍTULO VI: REUNIÓN GENERAL

De pronto un grito espantoso, terrorífico, espeluznante, etc. (según forma de expresarse de la Rebollo), se oyó en el apartamento rompiendo en mil pedazos el crispado ambiente que ya se respiraba. Airón había llegado y como la entrada no estaba iluminada se asustó al encontrarse con un par de patas en su barriga que la hicieron tropezar con el San Jeremías herencia de mi abuela, cayéndole encima. Todo un San Jeremías a oscuras y con algo vivo y pequeñito rozándole las piernas, reconozco que fue una buena razón para que descargara sus pulmones tal como lo hizo. Resulta que no sonó el timbre de la puerta y como siempre estaba abierta en época de guerra, entró. Sólo Otón la oyó y salió a saludarla con su cola ejerciendo de ventilador, dándole el alegre recibimiento del saltito.

Después de miles de excusas, presenté a Airón a los miembros del equipo que estaban en el piso. Tuve miedo, lo confieso, porque una veterinaria y un perro no hacen buena pareja, pero por el contrario, fue toda una lección de caricias y de “qué bonito”, “qué precioso”, “qué monada” que se dedicaron mutuamente, una con palabras y el otro con lametazos, ignorando totalmente nuestra presencia.

He de confesar que, pese a todo, tuvo un detalle ya que, entre achuchones y caricias inmerecidas que estaba regalando a mi perro, levantó la vista y fue a dar un beso a Michael, ganando su aprecio eternamente. Un poco celosillo me puse ya que no había derecho, todos menos yo. Pues debió intuirlo, ya que me dedicó un sentido y profundo beso en la mejilla que aún se me rizan los pelillos cuando lo recuerdo.

Le actualicé el estado de la situación y al descubrir que la solución del agua mineral había sido un engaño, para sorpresa mía me preguntó si siempre mentía tan bien como lo hacía en la televisión.

-Sólo cuando la situación es desesperada -respondí.

-Pues conmigo no hay situación desesperada que valga -dijo con una mezcla de coquetería, advertencia y juego. La cosa parecía prometer excelencias.

En este momento llegaron Don Enrique y Marmitón, el cual se lo estaba pasando en grande psicoanalizando todo lo que veía, incluido a su compañero de compras. La sorpresa al encontrarse a una mujer en la sala no les fue precisamente desagradable, hasta D. Enrique comentó algo sobre la falta de un toque femenino en la investigación, como si de la decoración de una casa se tratara.

-Manolo, no tengo nada aún, pero he hecho una llamada a un amigo americano muy bien relacionado y con unos cuantos dólares se pondrá en marcha. ¿Qué hago, sigo adelante? -preguntó D. Enrique.

-Haz lo que puedas -le dije desesperado- pero que no sean muchos, que estos John Waynes se piensan que todo el campo es orégano.

-Marmitón, ¿por qué no haces la cena como una experiencia psicológica positiva y transfieres tu energía emotiva para construir una base bien estructurada de fundamentos conductistas? -le dijo Vacunillas Pepe que acababa de llegar del descuartizacuerpos.

-Vale, muy buena idea -respondió mi casero para sorpresa de todos- y se fue todo animado a vivir una experiencia psicológica determinante mientras preparaba la cena.

Lo que no le pareció al Vacunillas tan buena idea fue la impresión que tuvo que soportar cuando iba a sacarse el olor de la sala de necropsias por petición de los presentes, y se encontró cara a cara con la que hacía apenas dos horas había estado, guante en mano, metiendo sus dedos por entre sus pulmones y hurgando en su intestino.

Por lo que se ve no tuvo una reacción remarcablemente espectacular, sino más bien lo contrario, ya que Airón vino a mi lado y en voz baja me preguntó quién era el tipo ese tan raro que se había puesto blanco al verla, empezando a temblar y a balbucear cosas ininteligibles. También me dijo que se sentó en el suelo del pasillo en el que se cruzaron y que le dio miedo porque empezó a respirar haciendo mucho ruido. Rápidamente fui a tranquilizarlo y, efectivamente, aún estaba en pleno ataque de ansiedad. Después de que un jarrón de agua fría cayera por casualidad en su cabeza, le pude explicar que era Airón, la hermana gemela de la muerta y que había olvidado comentarle su existencia. De verdad, de verdad..., creí que me mataba; sólo decía estúpidas cosas sobre mi persona que no pienso contar por ser totalmente ciertas. Entre grito y grito lo empujamos hacia el servicio para introducirlo en la bañera y abrir el grifo. Lastima que para mantenerlo bajo el chorro tuvimos que estar con él. Los únicos que se libraron fueron Otón y Airón, que se dedicaron a mirar y a divertirse con la escena desde una distancia prudencial.

Supongo que no es propio de profesionales comportarse de este modo, pero sirvió para que, después de secarnos, estuviéramos preparados para la reunión-cena. Nada más empezar con la comida psiconutricional, que era como Marmitón la había bautizado, llegó el Cojonazos con la típica sonrisa tocacojones suya. Primero dio las buenas noches, se dirigió directamente a la dama y sin ser presentado la besó en la mano y le preguntó si tenía novio. Me quedé helado y expectante. Airón, nerviosa y dudosa, optó por una salida por el forro, contestándole que estaba en ello pero que si lo quería podía ser él. Esto le gustó y con una sonrisa la volvió a besar y se sentó en su sitio tranquilamente. Le conté lo de las gemelas ya que nunca había visto a la víctima número uno y desconocía el parecido de nuestra invitada con su hermana, y declaró que era un insulto a la belleza que seres como ella desaparecieran. Realmente estaba desconocido y algo me decía que esta falta de estupidez era producto de la desesperación por no haber conseguido nada.

Marmitón sirvió el primer plato y con él di inicio a la reunión de trabajo con estas palabras:

-Creo que está claro que nuestro asesino es un parásito, aunque no debemos descartar otras posibles causas como es una intoxicación alimentaria o una infección -alguno de la mesa dijo algo sobre unos gusanos dentudos, pero no hice caso-, también es importante que aclaremos si hay sólo uno o varios bichitos y qué relación existe con los desbordes de los reposatraseros. Esta reunión no debe terminar sin antes determinar un plan de acción para mañana. Ya sabéis que están muriendo muchas personas y que esto está tomando tal dimensión que hasta han contratado dos equipos más, así que, es tu turno, Vacunillas:

Mensaje al lector: Como sé que casi nunca se puede leer una novela de un tirón -sino en muchos tironcillos-, y que esto puede lograr el maldito efecto de que se olviden algunos detalles de la trama; seguidamente transcribo los diálogos que tuvieron lugar en la reunión y que repiten los resultados que ya conoces de las investigaciones de cada uno. Por lo tanto, si crees que no necesitas un resumen de los hechos, te invito a que saltes siete párrafos y sigas leyendo en donde Marmitón da su opinión sobre el asunto. Como verás, su razonamiento está a la altura del hermano pasmado de la prima segunda de Sigmund Freud.

-Lo que he descubierto hasta el momento -explicó Vacunillas- es que existe un parásito intestinal y otro en el pulmón, que por los restos del primero parece que sea

pariente directo del segundo. Las muertes son producidas por una parada cardio-respiratoria desencadenada por una sustancia que desconocemos y que se está investigando. Las pruebas en animales de laboratorio no han logrado reproducir la enfermedad y estamos esperando el resultado en primates.

-Tu turno, Cojonazos.

-He visitado el entorno de diez de las víctimas y lo único que he encontrado ha sido: nada. No hay nexo aparente entre los difuntos y he descartado hasta ahora que el agua sea el vehículo del parásito y que exista algún ser que salga de los tragaderos unipersonales. Además todos viven y trabajan en zonas distintas. De hecho, cuando parece que he dado con la vía de difusión para unos, para otros no lo puede ser por alguna razón de peso. Estoy hundido en la miseria, o sea no me apretéis que no tengo moral para aguantar vuestras sutilezas -a lo que todos callamos, que si de impresentable tiene un rato, de profesional también y se lo toma muy en serio.

-¿Y del tema de las toses qué hay? -pregunté.

-Esto es lo único que he encontrado en común entre los difuntos, todos tenían episodios de toses secas y convulsivas. También he descubierto que muchos de ellos habían padecido un fuerte estreñimiento los días anteriores a su muerte. Pero de determinar cual ha sido la vía de contagio, nada de nada.

Seguidamente intervino Michael para detallar lo del brote que hubo a causa de un primo hermano de nuestro parásito pulmonar, explicó que lo trajeron unos turistas, que se difundía por contacto directo y que era muy fácil de eliminar. También comentó que no había encontrado nada más sobre este episodio.

Por ahora no había nada concluyente, así que le tocó el turno a D. Enrique el cual relató la conversación con su confidente y ..., ya que estaba en ello, comentó de pasada que no había derecho, que cobraría más el americanucho con un soplo, que él con toda la investigación. Esta situación se merecía que me hiciera el desentendido y así lo hice, aunque todos, incluido Otón, se quedaron mirándome en silencio.

Y por último se le ocurrió a Marmitón decir que existía una opción que no habíamos tenido en cuenta y que se basaba en que todo podía ser debido a la manifestación espontánea de una psicosis latente colectiva y que las muertes se desencadenaban por la afloración al plano consciente de un deseo íntimo de terminar con la vida de cada uno. Las propias víctimas aprovechaban el trayecto letal de la supuesta epidemia para llevar a cabo su anhelo casi sin ellos saberlo. Y concluyó la explicación con un intentó de hacer más descriptiva su teoría comparando lo que estaba sucediendo con la caída de una bola de nieve por una ladera nevada. Que conforme baja se va haciendo más grande, pero que termina cuando pierde la inercia. Así de simple se resolvería nuestro problema.

Creo que solo Otón siguió la explicación de mi casero con atención y aún no me explico el porqué. Supongo que al ser un perro es más fácil comportarte educadamente, o simplemente le gusta cómo mueve la boca, o le entretiene la forma de trazar dibujos en el aire que utiliza el aprendiz de psicólogo para acompañar sus discursos. En cualquier caso es un hecho que me perturbó mucho y que me hizo tomar la decisión de llevarlo al psiquiatra canino cuando todo esto se solucionara.

Después de esta insensata teoría de Marmitón, que la creo muy inferior a la mía del submarinista, llegó el turno a Airón, que no dijo nada en absoluto.

-Esta mujer me apasiona -pensé, ya que no siempre encuentras a alguien que sepa mantener la boca cerrada cuando no tiene nada que decir, sea macho o hembra.

-¿Cuál es el plan de ataque? -pregunté.

Silencio, todos habían agachado la cabeza y se entretenían en garabatear dibujitos en las hojas de papel o jugar con los restos de comida, pero ninguno dijo nada. Sólo el Cojonazos soltó: -Esto te toca a ti, que por algo eres el jefe -para alegría de los presentes ya que nos tenía preocupados con su inusual buena actitud.

Y como responsable me comporté, dando por terminada la reunión. Lo pensaría mientras acompañaba Airón a su casa.

CAPÍTULO VII: BENCOMIOL

El suave roce de la mejilla de Airón sobre la mía al despedirnos, más un susurrante "hasta mañana", arraigaron profundamente en los dos conceptos que más he confundido desde siempre: el amor y el sexo. Estaba extasiado y este fue, precisamente, el motivo por el que se me ocurrió la nefasta idea de llamar al jefe de policía para que me diese nuevas. Angustiado exclamó que pasaban de cien las defunciones y que si yo no tenía nada nuevo que se ahorcaría con su corbata rosa. Le disuadí amablemente alegando que ese complemento no parecía que fuese a aguantar su peso y que mejor sería que lo intentase pegándose un tiro. Contestó no sé qué de mi madre y pasé a describirle los dos síntomas (estreñimiento y toses secas) que parecían ser determinantes de la enfermedad. Añadí que, si alguien los padecía, una posible curación podría ser un fármaco llamado Bencomiol. No sabíamos si funcionaba realmente, pero era lo único que habíamos descubierto. Le aconsejé que hiciera lo mismo que yo: comprar varias cajas por si acaso y, acordamos, de mutuo acuerdo, el no decir nada hasta la rueda de prensa que teníamos convocada el día siguiente a las nueve.

Al colgar, estuve pensando en la cantidad de gente que sufre tos y problemas para ir suelto. Esto se podría convertir en un saqueo masivo de las farmacias para conseguir el preciado medicamento, con la consecuente histeria colectiva al descubrir que no había para todos.

Por si aún tenía alguna duda sobre las repercusiones de declarar públicamente el nombre de este fármaco, al llegar a casa no encontré a nadie. Todos los de mi profesional e inteligente equipo estaban comprando el dichoso antiparasitario. Y precisamente en ese instante, en medio de la sala de trabajo de mi apartamento, me di cuenta de la horrible envergadura de la situación. Debía ser muy sutil en la rueda de prensa si no quería que se desencadenase una descomunal catástrofe social. Pero, por si acaso, decidí llamar al Hospital General y pedir hablar con su director con urgencia.

Después de varias horas de lucha con casi todos los intermediarios que impiden el acceso directo al mandamás, logré a las cuatro de la madrugada despertar al durmiente director. Por suerte era hombre profesional y rápidamente se dio cuenta de que si era el responsable de la lucha contra la epidemia de muertes el que lo llamaba, posiblemente sería algo importante. Muy amablemente me escuchó, con algún bostezo por su parte, y acordamos no dar el nombre de fármaco a la prensa; su hospital requisaría el máximo numero de pastillas del antiparasitario; habilitaría unos edificios poniendo a casi todo su personal en alerta; se pondría en contacto con otros centros más pequeños de otras ciudades para prepararles y, muy importante, yo utilizaría la rueda de prensa del día siguiente para tranquilizar a la población. ¡Cómo si esto último fuera lo más fácil!

Inmediatamente volví a llamar al jefe de policía para comunicarle las nuevas. Pero algo en mi interior me decía que no podía confiar en él y, por el tono de voz, deduje que probablemente tendría que desmentir algunos rumores ciertos en la rueda de prensa.

Mientras estaba en estos pensamiento tan alentadores, mi cuerpo me aconsejó, mediante el sutil sistema de provocarme algún que otro mareo, que durmiera un poco; así que le hice caso y lo intenté. Tres horas menos seis minutos más tarde sonó el despertador. Me lo miré realmente enfadado y, cuando logré reordenar mis neuronas, me di cuenta que todo seguía como antes. La hecatombe esperaba su turno para caer sobre mi carrera profesional y personal.

Ya estaba de camino a la rueda de prensa cuando me acordé de que, si mi ánimo empeoraba, no tenía comunicador móvil con qué desfogarme; así que paré a comprar uno, di mi número personal de teléfono y, después de introducirlo en el aparato, salí de la tienda decidido a comerme el mundo. Después de todo, tenía respuestas para el interrogatorio que se avecindaba, poseía un "artilugio de comunicación" para destrozarlo a gusto e irradiaba felicidad en el corazón -ya que intuí que Airón, al despedirse la noche anterior, no le hubiera molestado el darme un besazo en plenos morros de aquellos que contaminan a gusto y hacen temblar la tierra-. Lo tenía todo y no debía preocuparme.

Todo menos moral para aguantar la primera llamada de mi nuevecito teléfono. Era Vacunillas Pepe que llevaba toda la noche probando con primates y el muy promiscuo me dijo:

-Jefe, una buena y otra mala ¿Cuál prefieres?.

No contesté.

-Pues primero la buena para que te animes y después la mala para que te hundas.

Seguí en silencio.

-La buena: por ahora, los primates sólo reproducen la enfermedad en la fase pulmonar. Esto quiere decir que, o es otra causa la que genera los síntomas digestivos, o que sólo cursa entericamente en hombres. Pero debo advertirte que aún es pronto y podría ser que tardase un poco en desarrollarse y atacar al intestino.

-¿Y la mala? -pregunté realmente asustado.

-¿Sabes el caso que te hago cuando criticas mis relaciones? -me preguntó.

-Que yo sepa ninguno -contesté.

-Pues es el mismo efecto que le produce el Bencomiol a nuestro parásito cuando está en un mono. Esto quiere decir que, o bien sólo es efectivo en hombres, o que no sirve para nada. Pero, Manolo, yo no tendría esperanzas ya que cuando tuvo lugar la primera infestación de los turistas, se hicieron pruebas en monos y los curaron con este antiparasitario. Nuestro asesino es diferente.

Después de machacar mi nuevo móvil delante mismo de la puerta de la tienda en la que lo había comprado y bajo la mirada atónita del empleado que me observaba horrorizado a través de los cristales, me sumergí en una desesperación que creí muy razonable.

Mi panorama no era demasiado alentador, por una parte unos hambrientos periodistas me esperaban ansiosos, por otro tenía a varios hospitales en pie de guerra y por último y más importante, esto quería decir que seguirían las muertes.

Mecánicamente volví a la tienda para comprar otro comunicador. Al entrar me dijo el tendero:

-Si no le gustaba tan grande podía haberle ofrecido uno que sólo tienen audio, es prácticamente invisible ya que se implanta en la oreja, tienen tecnología antirradiación y micro interno. Pero si lo que quiere es destrozarlo, tengo otro exclusivo para ello. Es la última novedad. Usted lleva el de verdad en la oreja y en la mano sostiene el falso. Si le vienen ganas de romperlo, tira éste último. Además, tiene como un pequeño explosivo que aumenta la sensación de escacharramiento, ayudando en la terapia.

Y lo más novedoso: si se le estropea el de verdad, no pasa nada, ya que al comprar dos de falsos, le viene, como oferta de lanzamiento, un seguro que le cubre los gastos de la reparación del verdadero.

-Esta es una buena campaña de marketing -pensé.

Me quedé dos pares de falsos y me implanté uno invisible para asegurar, de una vez, terapia y comunicación para toda la investigación. Subí a mi coche y puse el piloto

automático dirección a la jefatura. Por el camino intenté razonar un poco y ver qué posibilidades tenía. No eran muchas, ya que no había curación a la vista. Además, la histeria colectiva que empezaba a notarse a flor de piel, pedía a gritos algo con qué tranquilizar el ambiente. Podía anular la conferencia de prensa, pero con esto aumentaría el desconcierto y lo consideré contraproducente. Podía seguir con el plan anterior como si el Bencomiol fuera efectivo y así dar un poco más de tiempo a la investigación. Probablemente muchos de los que irían al hospital estarían sanos, con lo cual, todos pensarían que el fármaco funcionaba.

Una tercera opción era pedir la corbata rosa del jefe de policía y verificar en mi propio cuello que no aguantaba el peso de un hombre. Pero pensé que a Airón no le gustaría que dejase una investigación "colgada", así que decidí, por el bien de mi posible relación, continuar y me puse a rezar a no sé quién para que me perdonase.

La rueda de prensa se desarrolló como era de esperar, incluso algún periodista, como el de La verdad, salió de inmediato camino del hospital creyéndose contaminado. No es que me alegrara especialmente el que fueran reporteros los que primeros sintieran en sus mentes el peso de mis declaraciones, pero ese tipo en particular lo tenía de través y, verlo correr hacia unas pastillas que no servían para nada, me dio un cierto gustito inconfesable a venganza personal.

Como también era de esperar, cuando difundieron mis declaraciones, se crearon largas colas en los edificios acondicionados para ello. He de alabar la gran profesionalidad que demostraron todos los componentes de los distintos equipos de los diversos hospitales: su eficacia y buen hacer hizo que se relajara la atmósfera de psicosis hipocondríaca que había. Hasta admiré que para que no aumentara la transmisión del parásito por el hacinamiento de las salas de espera, se entregaba mascarilla y un juego de guantes a todos los que entraban en los edificios. Al final, todo el mundo se fue a su casa con unas pastillas que curaban más psicológicamente que físicamente, pero en la mayoría de los casos ésta era la terapia que realmente necesitaban.

Otra consecuencia positiva fue que Vacunillas Pepe pudo estudiar de cerca el proceso de la dolencia en algunos enfermos de verdad y, para desgracia suya, vio, sin poder hacer nada, cómo morían en sus manos con un espantoso final.

Pero todo esto no lo sabía en el momento de terminar la rueda de prensa y mis nervios estaban tan a punto de chocolate que decidí probar el nuevo sistema antiestrés y estrellé contra el suelo uno de los falsos teléfonos. Decididamente hacían las cosas bien, hasta creo que demasiado, ya que el estruendo creó tal caos en la jefatura de policía que aún suenan los disparos de algunos novicios asustados. Después de las disculpas pertinentes y de convencer a los agentes de que no era mi intención sabotear nada, me metí en la encerrona para ratas del jefe de policía.

Mis apreciados colegas de los otros dos grupos que habían contratado, entraron en la reunión con la mentalidad de que mi equipo estaba ya muerto. Estaban seguros que cogerían la investigación y, en un plis plas, salvarían al mundo. Así pues, llegaron con aires de victoria y casi me perdonaron la vida cuando les conté lo que habíamos descubierto. Hasta el grupo más joven y ejecutivo dijo que estabamos equivocados desde el principio y que tenían la seguridad de que la causa era una intoxicación alimentaria proveniente de unas latas de un refresco muy conocido. Como todo en la vida, después me enteré que a estas lumbreras les había pagado un buen dinero la empresa de bebidas contraria para difundir falsos rumores. "No hi ha un pam de net" como dicen en mi tierra.

Quedamos como enemigos y cada uno por su lado a romperse los cuernos con lo suyo. Por suerte logré que, por ahora, mi equipo fuera quien llevara la voz cantante y que los otros vinieran detrás tragando polvo. Esto les hirió su orgullo de presuntos vencedores. He de reconocer que quien está más preparado y es más experto, es el que debe marcar el ritmo. Y estos éramos nosotros, aunque también influyó, pero poco, que el jefe de policía me debiera más de un favor. ¿Por qué negarlo? También tiene su mérito.

Salí de la jefatura casi al mediodía, sumamente cansado y con la moral por los suelos. Entré en mi poco agraciado coche y le di la orden de que me llevase a casa. Por el camino no pude pensar en nada coherente, sólo se me ocurrían teorías estúpidas cómo la que acusaba al agua en sí de ser el origen de tantas muertes. Ésta decía que este líquido inocuo, después de haber pasado y formado parte de tantos cuerpos desde que el hombre se creó, había llegado a conocer perfectamente cada rinconcito de nuestro envoltorio. Pues bien, debido al azar y a ley de la probabilidad, estas moléculas se agenciaron una pequeña cadena de ADN y, aprovechando que podían, se sublevaron contra tanta explotación a la que estaban sometidas por parte de los organismos vivos. Dedicándose a jorobarnos igual a como lo hacen los virus, pero con un conocimiento más amplio de nuestra fisiología.

-No está mal -pensé-, aunque es mejorable.

Con un humor de gatos, ya que decir de perros es un insulto para Otón y no lo soporta, subí a mi apartamento con la idea de hacerme algo de comer y dormir un poco. Entré y Airón me vino a recibir. Por lo visto todos los del equipo estaban con algo entre manos y se había quedado sola.

Sólo verla empezó a atacarme con preguntas sobre si realmente funcionaba el Bencomiol y si toda esta movida de los hospitales era cierta y que si esto quería decir que habíamos triunfado y que si.... Me desplomé en el sofá.

Recuerdo que quería quedarme a solas y tomarme alguna de esas maravillosas pastillitas que recetan los médicos para sobrellevar la vida, cuando Airón fue hacia la ventana e hizo subir el filtro solar, quedando la habitación con una luz tenue. Me miró un rato en silencio y sin decir palabra se acercó, y con movimientos lentos y calmados, se arrodilló delante de mí. Con su mano empezó a acariciarme por encima de los pantalones hasta que consiguió que no sólo mi temperatura corporal subiera, sino que otro de mis barómetros también se elevara a los cielos.

Llevaba un vestido de tela fina de aquellos que bauticé con el nombre de “los cegatos” -ya que por poco que anden sus dueñas, siempre te dejas la vista creyendo ver algo-, y con él se puso majestuosamente de pie frente de mí. Con inequívocos movimientos fue bajando lentamente, piernas a lo lejos, esa otra pequeña prenda femenina. Su mirada permanecía fija en mis ojos y, sin rubor, se sentó envolviendo con sus rodillas mi cadera. Estábamos cara a cara en silencio y, sin mediar ningún acto como preámbulo, liberó mi apreciado y en desuso apéndice, y lo fue introduciendo muy lentamente en aquella indescriptible fuente de sensaciones, mezcla de calor y dulzura. Sus movimientos pasaron de describir rítmicos círculos horizontales a aros oblicuos y terminando con espasmódicos dibujos sismográficos. Toda una lección de delineación con borrón final.

Un segundo diseño con sus elipses, ángulos, círculos, parábolas, etc. se consiguió rematar con todos los honores, aunque esta vez con menos ropa para goce de los dos. Creo que fue la dosis justa para convertirme en un Airón-dependiente de por vida.

Estuvimos un buen rato gozando de los vapores que emitía nuestra carne en proceso de descongestión hasta que, sin darme cuenta, me desperté rodeado de Don Enrique, el

Cojonazos y el Datos, que estaban sentados a mi alrededor y mirándome sin decir nada. Caí en la cuenta de que Airón había desaparecido y que, debajo de una manta que me cubría, no había ni rastro de ropa. Toda ella estaba a medio metro de mí y en manos de aquel que había recuperado su espíritu tocacojones.

-Vaya, vaya, nosotros por ahí trabajando duramente y nuestro jefe de relax -dijo el Cojonazos mirando a D. Enrique-, aunque, a lo mejor, ha estado investigando más arduamente que nosotros, ya que por la vestimenta de faena que lleva y que, al entrar, vimos una silueta familiar que corría a esconderse en el lavabo; podría ser que se hubiera metido en el campo de Vacunillas Pepe y que hurgara en las entrañas de los muertos resucitados.

A esto entró Airón como si no pasara nada y Michael el Datos remató la faena diciendo:

-Pues creo que iré a la sala de autopsia por si encuentro algo parecido para investigar a fondo.

Y se fueron, uno tras otro, con la media sonrisa asomando por debajo de la nariz y soltando frases como “buena idea”, “yo también voy” o la temida “quién lo diría”, dejándonos solos con la evidencia de nuestra travesura en la mente, no sin antes llevarse arrastrando, como si fuera lo más natural del mundo, la manta que me cubría y que me dejó en una situación peculiar y evidente. Aún puedo oír las risas en la habitación contigua.

CAPÍTULO VIII: EL PARÁSITO SE INTERNACIONALIZA.

-¡Manolo! -gritó el Datos- han aparecido tres muertes en un pequeño pueblecito de la Bretaña francesa y cinco en Italia. Todos ellos han fallecido de la misma forma que los nuestros. Parece que empieza a difundirse la enfermedad fuera de nuestras fronteras.

-Buenas noticias -dije.

-Buenas noticias -aclaré para que no me tomaran por un desaprensivo- Y lo son porque puede que al fin encontremos un nexo de unión entre los que están allí y los de aquí. Por lo tanto, con un poco de suerte, descubriremos la vía de transmisión.

-Cojonazos -grité- coge el medio más rápido y ve a meter tus narices en la Bretaña y después te pasas por Italia. Llévate los equipos de aislamiento integral y rígete por el protocolo 1 de máxima seguridad para cada cosa que hagas. Piensa que puede irte la vida en ello.

Podía existir una esperanza si lográsemos conocer el medio que utiliza para transmitirse, ya que al cortar el ciclo vital, sólo sería cuestión de tiempo que desapareciera. ¡Estaba animado!

Pero sucedió lo que siempre ocurre cuando lo estoy, sonó el "Y ahora dónde c... está". Me volví loco buscándolo hasta que me di cuenta de que por mucho que andara siempre sonaba con la misma intensidad. Malditos aparatos modernos, uno llega a odiar esta manía del mundo comercial de favorecer la comodidad del usuario hasta tal límite en que uno se vuelve vasallo de ella.

-Malas noticias jefe -dijo Vacunillas Pepe por el comunicador-, el parásito pulmonar no responde al Bencomiol. Pero aquí no termina la cosa, y espero que realmente estés sentado, he analizado la sustancia tóxica y es muy parecida a los restos del parásito que encontramos en el intestino. O sea, que lo más probable es que este la lleve dentro y que, cuando se rompe su membrana celular que mantiene encerrado este tóxico, se libere a la sangre y cause la muerte. De otra manera te lo cuento, para que me entiendas mejor y espero equivocarme: al intentar destruir al parásito, destruimos al que lo alberga, o se...

-Que el que ya lo ha cogido, tiene los días contados -continué yo con la frase.

-Exacto -me respondió.

-Pero ¿es el mismo el que está en el pulmón y el del intestino? -pregunté para aclararme.

-No son idénticos, pero tienen un parentesco muy cercano. Ambos parecen ser protozoos y creo que esporozoos; pero uno ataca a las células pulmonares y otro a las intestinales. Si es cierto lo que intuyo, parece que agente mortal es solamente el del intestino y que, nace, crece y muere, para matar. Y lo más sorprendente: éste no se reproduce, por lo tanto, algún otro debe hacer esta labor. Lo que creo es que el encargado de multiplicarse es el pulmonar. Por alguna broma de la naturaleza, tenemos a un parásito que no es letal pero que se reproduce fácilmente. Unas veces, con descendientes obedientes que siguen los pasos de sus padres y van al pulmón; y otras, no sé por qué, con hijos psicópatas que tiene gustos muy distintos a sus progenitores y van al intestino. Lo peor de todo es que, cuando la prole mortal se muere de vieja o es eliminada, mata a los que la albergan mediante la emisión de un tóxico. Es increíble, pero parece que es la teoría que tiene más peso.

-Lo que no sé aún -continuó Vacunillas-, es si el parásito letal forma parte del ciclo vital de un único agente, o si es una anomalía producida por alguna manipulación genética. Pero tanto si lo es como no, tengo claro que voy a dirigir mis investigaciones hacia el parásito pulmonar, o sea el padre, e intentaré encontrarle su punto flaco.

¡Joder cómo se estaba poniendo el asunto!, y perdonar la expresión, pero la situación realmente se estaba pasando de lista. Normalmente te hacen pasar un mal rato, desgraciadamente mueren varias personas, pero al final encuentras el "intríngulis" y, cuestión acabada. Euros y fama al bolsillo. Pero de ser cierta esta hipótesis, significaba que teníamos a un asesino nacido para matar y que, si no le cortábamos las alas, todo el que se acercase a él tenía pocas esperanzas de sobrevivir. Además, no le podíamos dar una paliza porque el muy hijo de su madre, al liquidarlo, también sentenciábamos a la víctima que lo hospedaba. Tenia bastantes huevecillos el no dilema este. Es como quien te dice que si sale cruz te pega un tiro y si sale cara te pega otro.

-Una cosa está clara, si esto se verifica, el trabajo de los que estamos aquí debe encaminarse a descubrir la vía de transmisión del parásito con capacidad de reproducirse, ya que muerto el perro, muerta la rabia -les dije muy seriamente a los que quedaban del equipo en el apartamento.

Noté a faltar el comentario que hubiera hecho el Cojonazos si no se hubiera ido dirección a la Bretaña. Seguro que habría sido algo referente a mi inteligencia y habilidad de deducción.

-Cinco más en Alemania -gritó el Datos como si estuviera retransmitiendo un partido de fútbol.

Fui a tomarme un buen vaso de lejía, esto requería algo fuerte y definitivo.

-Ocho en Turquía -dijo exaltado como si fuera la bella azafata de un concurso televisivo.

-¡Y treinta en Pakistán! -le contesté con mala leche para ver si se enteraba de que no podía más.

-Si no hubieras..., ya sabes..., este mediodía..., a lo mejor ahora tendrías más....-se le ocurrió murmurar a Marmitón para estudiar mi reacción.

Esta vez fue Airón la que me ayudó al darle una colleja al pobre hombre que se quedó más pasmado que yo. Decidimos dar el tema por terminado, aunque no le gustó demasiado al aprendiz de psicólogo.

-Bien D. Enrique, llame al John Wayne y retuézcale el pescuezo, pero traiga algo, quiero saber más cosas sobre el malnacido microscópico.

La espera que tuvimos que aguantar hasta que el Cojonazos nos diera una pista con que trabajar, fue realmente indescriptible. Sabíamos que cada minuto era potencialmente el último que vivía un igual a nosotros. Hasta Otón parecía tener más picores que de costumbre. Además, como le encanta lamerse sus partes cuando está nervioso, costumbre que conlleva un ruidíto líquido que me parece particularmente molesto, se puso en ello en mitad de la habitación en la que estabamos sentados todos, agregando el calificativo de repugnante al de catastrófico.

D. Enrique, intentando comunicar con el Wayne; Marmitón, observando a Airón con mirada de desconfianza; Michael, jugando con sus maquinitas; y yo, sin poder evitar oír el alboroto que Otón emitía con sus partes. Así soportamos el rato de espera sin que nadie dijera nada.

Creo recordar que estuve a punto de preguntar si la fuerza de la gravedad se había vuelto loca y estaba agrandando su poderío, ya que la expresión más acertada para describir la atmósfera del momento era: "Reinaba un espeso y negro silencio entre las tropas del apaleado y sangriento ejército".

De pronto, para infarto de todos los presentes, sonó el comunicador del despacho. Corrimos a conectarnos cuando una voz chillona dijo por el auricular.

-Manoooolo, hombre, ¿no me reconoces?, soy Mariano Fernández.

¡Increíble!, sabía de la gran habilidad que tenía el Bipelma para ser inoportuno, pero creo que se había superado con creces.

-¿Que no vienes al gimnasio?, hoooombre, que se te hincharán los flotadores y luego las niñitas no te querrán.

-Vale, vale, quedamos mañana a las diez -le dije algo, sin ninguna intención de dar un paso.

-Que nooo, que no puedo, que mañana tengo visita con el jardinero y ya sabes cómo van de ocupados.

La verdad es que en esto tenía razón, con lo difícil que se ha puesto hacer que una planta viva, no hay manera de encontrarlos. Pero éste no era el tema y quedé a la una del mediodía.

-Que le den por el que suena bastante -pensé sin ánimo de crítica, y colgué.

Todos me miraron como preguntando sobre el tipo de amistades que tenía, a lo que hice un ademán de que me dejaran en paz.

Cuando ya volvíamos a la habitación central, sonó otra vez. Corrí y...

-Ooooye, Manolo, precioso, ¿podría ser a las dos? Es que me he acorda...

-Síííííííííííííííííííííí jodeeeeeeeeeeeeeeeeeerrrrrrrr - dije más o menos y desconecté.

Me senté resignado. Eran las doce y no habíamos cenado. Nadie tenía hambre, pero decidimos hacernos una taza de una buena imitación de café y D. Enrique, que era hombre de mundo, empezó a contar aventurillas de la guerra fría:

-Recuerdo cuando estaba entrando en una gruta con un equipo de guerrilleros, allá por el año 2007. Era un túnel que parecía hecho expresamente para destruir psicológicamente al personal. Y teniendo en cuenta que a mi grupo se les consideraba expertos rastreadores de armas biológicas, esto era mucho decir. En teoría, sólo nos asustaban los virus pasivos.

Sí hombre -dijo al vernos la cara de no saber a qué se refería-, recordad que ahora están prohibidos, pero que en aquella época se utilizaron hasta que la comisión internacional contra las armas biológicas penalizó su uso. Os refrescaré la memoria -continuó-, hace unos años las mentes más avanzadas en ingeniería genética descubrieron que se podía crear un virus casi invulnerable, que fuera evidente e inofensivo a la vez. Querían marcar al enemigo. Y lo desarrollaron en secreto. Después de muchas investigaciones, lograron un ser no letal y que indicaba su presencia con una marca oscura en la piel de la cara. Una especie de botón oscuro. De esta manera, todo el mundo sabría que el individuo estaba contaminado y, por lo tanto, que era un enemigo ya que había estado en un objetivo militar infectado.

Al principio, las primeras pruebas mostraban unos resultados que daban a entender que era cierto lo de su nulo poder mortal. Pero más tarde, se dieron cuenta de que, por un aumento de la tensión emocional del contaminado, se desarrollaban de improvisto y de un modo vertiginoso, matando al hospedador casi instantáneamente. Lo trágico del caso es que, este aumento podía ser debido a cualquier causa: desde a un exceso de deseo por haberse relacionado con la guapa del pueblo, a la emoción por encontrarse con un ser querido, hasta un enfado con la señora. Resumiendo, a los que les salía este botón en la cara no podían ni desear, ni ilusionarse, ni enfadarse, ni esperar nada de la vida, ya que cualquier pequeño descontrol podía causarles la muerte.

Aún recuerdo el pánico que esta no vida en la vida, provocaba en los hombres. Todos decían que la existencia en estado contaminado era como jugar a la ruleta rusa con un revólver de aquellos del siglo XX.

Pues bien, y volviendo a la gruta, estábamos entrando en ella cuando Marco Estrenio, que era el experto en explosivos, nos dijo todo entusiasmado que estaba oliendo a DM325M, que era la sustancia que utilizaban para hacer esos petardos tan demoledores. Esto quería decir que probablemente habíamos encontrado la fábrica de bombas de los malditos comedores de barro que llevábamos buscando hacía más de tres meses.

Entonces, Felix Sobrino, que era el más asesino del grupo, dijo asustado que algo le había pasado por entre las piernas. En aquella oscuridad, todos hicimos el mismo ademán de activar el ojo nocturno y, para horror y sorpresa nuestra, la más escalofriante y espantosa visión se nos apareció delante de nosotros. Nunca podré borrar esa imagen de mi mente y aún, cuando sueño, me despierto asustado recordando tal escena.

-Tendrá buenos reservorios de esperma -pensé al verle que se tomaba todo el tiempo del mundo en llenar un vaso de agua y beberlo lentamente antes de continuar.

-Pues bien -prosiguió al fin- delante de nuestros ojos apareció...

Y..., sonó el teléfono, descolgué, y para sorpresa mía, ya que estaba más por las guerras de D. Enrique que por el asunto del parásito, salió la voz de Juan el Cojonazos desde la Bretaña:

-¿Qué tal necrófilo?, ¿cómo van tus intromisiones en el mundo de los no vivos? Tengo algo para ti. De las dos muertes de Francia, una tenía parientes en Valls, que, por lo visto, es una curiosa ciudad de la provincia de Tarragona. Y digo curiosa, porque, aunque cueste creerlo, sus habitantes se sienten orgullosos de tener la peculiar manía de atiborrarse de cebollas asadas. Y lo más sorprendente: consideran indispensable someterse a un proceso de regresión a la infancia ya que, según dicen, deben comerse con los dedos y llevando un babero infantil.

Ya ves, qué diversa es la naturaleza humana.

-Por favor "Cojonazos", y de la investigación ¿qué? -pregunté absolutamente crispado.

-Ah, de eso sé que la víctimas han recibido recientemente un pastel de sus parientes catalanes. Pero, lo más, más, más, es que aún queda un trocito con una dedicatoria escrita en un papel que dice “que te ayude a gozar de unos minutos de paz interior”. Y antes que lo pidas, ya lo he enviado de camino al laboratorio fuertemente custodiado y precintado. Ahora voy hacia Italia y en sesenta minutos volveré a informar -dijo y desconectó la comunicación sin esperar confirmación.

-De “Va..” no sé que, busca si hay algún muerto -indiqué al Datos.

-Sí que lo hay, más de uno -contestó con su habitual profesionalidad.

El paso siguiente no era fácil, y menos conociendo la eficacia y rapidez que siempre había demostrado Vacunillas Pepe para interrelacionarse con el sexo femenino. Me parecía un auténtico suicidio pedir lo que sabía tenía que pedir, pero hay veces que debes asumir el papel que te toca jugar en la vida.

-Airón, si te parece lo más oportuno y no te causa ninguna molestia por minúscula que sea -le dije friamente, intentando parecer duro para que no se me notara la gelatina-, ve al laboratorio y ayuda a Vacunillas en su investigación. Que dos ojos ven más que uno, pero recuerda que debes seguir todas las indicaciones que marca el Protocolo 1 de máxima seguridad. Este cabroncete no perdona -apunté con una clara segunda intención.

-D. Enrique, por favor, ves a “Va…” no sé que.

-Valls -apuntó el Datos.

-Pues bien, ves a Valss e intenta conocer todo lo referente al pastel y vuelve a comunicarte con el americano.

-Y, Marmitón, ya que te gustan los retos psicológicos, acompaña a D. Enrique y descubre qué mentes retorcidas pueden comer cebollas asadas con indumentaria propia de críos.

Me había librado de casi todos, únicamente el Datos estaba por allí, pero como cuando está con un ordenador es como si fuera autista, me sentí prácticamente sólo. ¡Era el momento más esperado y deseado! El instante adecuado para inspirar, cerrar la glotis, contraer los músculos abdominales para presionar sobre la masa intestinal y poder quitarme de encima unos latosos y olorosos gases que llevaban toda la noche torturándome.

Y así lo hice y de este modo rompí el silencio reinante para sorpresa de Otón que levantó las orejas asustado.

CAPÍTULO IX: NECESITO IR AL SERVICIO.

Soñaba con dormir un poco, pero, como era previsible, justo al acostarme llamó el Cojonazos:

-Siempre he dudado de la pasión que pueda despertar una muerta -me dijo- pero como para todos los gustos hay en la viña del señor...

Y sin darme tiempo a que pudiera echar espumarajos por la boca, pasó a contarme lo que había encontrado en Italia:

-Vengo de varias de las casas de los muertos y he entrevistado a más de veinte personas cercanas a las víctimas. Pues bien, en ninguna muerte hay pastel ni nada de comida. Lo que sí es curioso es que varias de las víctimas trabajaban en una empresa que tiene relación indirecta con una española.

-Aquí huelo a posible pista. Pregunta a los de la segunda muerte de la Bretaña si su trabajo tenía algo, aunque sea remoto, que ver con nuestro país y de qué tipo era. Y busca en las otras víctimas italianas si hay relación comercial entre sus empresas y nosotros. Me parece que vamos por buen camino, ¡animo! -le dije.

-Ah -continué sin darle tiempo a colgar- y ya sabes: “Más vale muerta en mano que ciento de virtuales”, que por lo que he oído eres de los que mucho ladrar y poco morder.

No desconecté expresamente la comunicación con el propósito de rematar la faena, dejándole un buen rato para que largase todo lo que le apeteciera sobre sus liges por lo ancho y largo de este mundo, hasta que creí que era suficiente y le interrumpí diciendo:

-Perdón ¿puedes repetirlo? es que no estaba prestando atención... -y colgué después de contar hasta cinco. No es que ésta sea una estrategia muy innovadora, pero siempre funciona.

-Donde las dan, las toman -pensé.

Llamé inmediatamente a Vacunillas y a Airón para que no mirasen solamente el pastel y que buscasen en cualquier otra cosa. El componente más estúpido podía ser el transporte que usaba el asesino.

También me puse en contacto con D. Enrique para preguntarle sobre el americano y contarle lo que me había dicho el Cojonazos. Por lo visto, el Wayne no respondía a sus llamadas, hecho que le pareció muy extraño. En cuanto al pastel –me aclaró-, era una receta de varias generaciones y que nunca había cambiado. Además todos los ingredientes eran del pequeño invernadero de la abuela cocinera.

-¿Y marmitón? -pregunté.

-Comiendo esas cebollas alargadas rarísimas que las hacen asadas. Se ha tomado tan en serio tu encargo que ha ido rápidamente a probarlas. Él dice que, en toda buena investigación psicológica, el deber de un buen profesional es ponerse en situación y vivir las costumbres del entorno social. También asegura que esta es una de las corrientes en el psicoanálisis y no sé qué rollos me ha estado metiendo todo el viaje. No es que Marmitón me caiga mal, pero… ¿no tendrías alguna enfermedad que dejara temporalmente mudo a los que la sufrieran? Te lo agradecería eternamente.

Después de darle ánimos, le aconsejé que cambiara de táctica y que si quería evitarse enormes y pesados monólogos, indujera a Marmitón a psicoanalizase a sí mismo en vez de a otras personas.

-De esta manera -le dije- lo tendrás dale que dale desmenuzando su personalidad y no te importunará.

Y me respondió:

-Por el poco tiempo que respiramos, respiremos a gusto.

-Impresionante mentalidad –admití.

-Despierta Michael -le dije zarandeándole- ha salido un nuevo procesador con un sistema de bio-inteligencia que adapta cualquier Xsión a las necesidades personales.

-¿Qué es un Xsión? -me preguntó con unos ojos como platos.

-Pues no lo sé, me lo he inventado, pero era la única forma de despertarte rápidamente. Tenemos una pista. Debes buscar si hay algún tipo de relación comercial entre las empresas en que trabajaban las víctimas. Creo que por este camino cogeremos al cabroncete.

Ya eran las ocho de la mañana y el sol estaba cogiendo fuerza. Me dirigí, con la barriga deseosa de comida, en búsqueda de la compra que Marmitón y Don Enrique habían realizado.

Algo que masticar sí que había y mucho, pero todo eran platos precocinados, pastillas energéticas, chorradas con composición desconocida para aperitivos y mucho chocolate artificial. Según me enteré más tarde, el Datos sobornó a la pareja de compradores para que le trajeran su casi única fuente energética y, por la cantidad que había de chocolate, deduje que el pago había sido cuantioso.

Comí, pues, mi dosis de alimento y con el retortijón típico después de la media cerveza caliente que me introduje en el cuerpo, tragué saliva y, mentalizándome para ello, previa valoración de la posibilidad de volver a abonar las plantas de la vecina, me adentré en el servicio. Miré asustado la tapa del tragadesechos humanos y con el alma encogida, desabroché los pantalones para, con mucho acojone, aposentar mis nalgas en la que era, posiblemente, la última superficie que tocaría en vida si la teoría de los waterianos fuera cierta.

Primero descargué mi peso con reparo, manteniendo los músculos de las piernas en tensión preparados para levantarme de inmediato a la primera cosa anormal que notase. Al cabo de unos segundos, y viendo que no pasaba nada, decidí reposar más el cuerpo, aunque como no me fiaba, aún mantenía las piernas en estado de alerta.

Sabía que el tiempo era un factor determinante para mi supervivencia, así que me encomendé a Santa Ermenegilda y cerrando los ojos, reposé bruscamente mis dos nalgas que se separaron ofreciendo vía abierta a los posibles gusanillos, a la vez que inspiré profundamente y apliqué otra vez la táctica que tan buenos resultados me había dado anteriormente al intentar expulsar los gases: cerré la glotis con energía, contraje los músculos abdominales con tal fuerza que hasta creo que me lesioné, e hice toda la presión del mundo para que la masa intestinal desterrara una gran parte de los nutrientes que tanto dinero me habían costado y que desperdiciaba cual rico potentado

-Suerte que me han contado la técnica y sus pasos -pensé.

Y decidí, por aquello de no tentar la suerte, levantarme casi a la vez que estaba en plena fase de expulsión, creando un efecto muy curioso de desplazamiento en direcciones opuestas partiendo de un mismo punto.

Miré el resultado que reposaba plácidamente, me inspeccioné por si había alguna anomalía en mi estado y respiré a gusto. Había superado con éxito el lance.

Satisfecho como estaba, salí del habitáculo olorosamente familiar con el ánimo exaltado, y después de jugar con el sorprendido Otón que no daba crédito al caso que le hacía, se me ocurrió leer los titulares de los periódicos televisivos en que estaba suscrito.

Deprimente, todo mi gozo en un pozo y bien hondo. Mientras estaba con mis pequeños problemas intestinales, otros habían sufrido algo parecido pero con final fatal.

Lo realmente grave eran los cuatrocientos muertos en España, cien en Francia, cincuenta en Italia, noventa en Alemania, ciento veinte en Suiza, diez en Filipinas y treinta en Argentina. Por ahora.

El asunto se nos había ido de las manos y probablemente muchos equipos parecidos al mío ya debían estar en marcha. Seguí leyendo en la pantalla y me di cuenta de que se empezaban a tomar decisiones drásticas como la que se propuso en Andorra: que al ser un país pequeño, decidieron cerrar fronteras a los productos exteriores, y como sólo tenían turismo como actividad productiva, se corrió el rumor que se lo comerían cuando terminaran con las reservas alimentarias propias. Empezaba el caos a nivel internacional.

Mandé a Michael que hiciera una búsqueda de todos los investigadores que estuvieran, de una forma oficial, trabajando en este caso, y que les mandara toda la información y las conclusiones que habíamos sacado, proponiéndoles unir fuerzas para derrotar al minúsculo enemigo.

Casi de inmediato recibimos, aunque de bastantes pocos, mensajes de agradecimiento acompañados de informes detallados de sus avances.

Llamé a Vacunillas y a Airón para preguntar si tenían algo nuevo. Me respondieron, pero primero quisieron aclarar una cuestión previa que, según ellos, no tenía demasiada importancia. Además hicieron hincapié en que me aconsejaban que no lo tomase muy a pecho ya que siempre se podían haber equivocado en la metodología de trabajo utilizada. ¡Yo estaba cada vez más asustado!, recuerdo que me fui sentando progresivamente en el suelo en espera del golpe final.

-Mi apreciado compañero -me dijo Vacunillas- Airón y yo hemos estado toda la noche haciendo pruebas en los primates. Al final y, contrariamente a los que pensábamos, hemos logrado reproducir las dos sintomatologías: la pulmonar y la intestinal. He pinchado a los pobres monos con casi todo lo que hay en la actualidad que pueda combatir al parásito, sólo me falta probar la mayonesa. Además, han salido los resultados definitivos del tóxico y los análisis de los dos tipos de agentes causales; y te puedo decir, mi distinguido Manolo, que tenemos un problema de los gordos ya que todo lo que te dije como hipótesis de trabajo se ha confirmado. O sea, hay un parásito en el pulmón que se reproduce asexuadamente y que es prácticamente imposible eliminarlo. Además, por lo que hemos visto, éste puede desarrollar esporádicamente una conducta sexuada que es la causante de la aparición de un ser letal: el parásito intestinal. El cual tiene unas características peculiares, ya que no se reproduce, pero su propia composición química le convierte en una bomba de relojería tan sofisticada que si intentamos desactivarla, explota, y si no la tocamos, también.

-¿Y lo del retrete, qué relación tiene con la enfermedad? -pregunté con un hilo de voz.

-Fácil -contestó- por lo que hemos visto, este parásito intestinal paraliza los movimientos intestinales. Es como si anestesiara el intestino grueso y esto provocara que estuvieran de tres a cuatro días sin ir al servicio, guardando, por lo tanto, tal cantidad de materia que cuando el agente deja de inactivar el tubo digestivo, sucede algo parecido a lo de un embalse cuando abren todas las compuertas. Por eso, a las futuras víctimas les venían ganas de eliminar todo lo almacenado un poco antes de que el parásito se descompusiera y dejara ir la sustancia tóxica que alberga en su cuerpo. Provocando, de este modo, la muerte casi inmediatamente después de levantarse de la taza.

-¿Y el desbordamiento? -insistí intrigado.

-Pues la solución está en las leyes físicas referentes a los volúmenes acuosos.

-Y sobre al pastel ¿qué hay?

-Hemos encontrado parásitos del tipo pulmonar. Pero lo más curioso es que, al ser inoculados en monos, contrariamente al comportamiento de sus iguales, no han reproducido la enfermedad.

-¿Cuál, el respiratorio o el digestivo? -pregunté.

-Ninguno de los dos, ¿y sabes por qué?

-No

-Porque están muertos y por lo tanto son inofensivos.

-Continúa con ello y, por favor, dile a Airón que venga al despacho que hay bastantes informes de otros equipos que revisar. Y no olvidéis que debéis seguir el protocolo 1 para cualquier cosa que hagas.

Inmediatamente después D. Enrique me llamó para contarme que habían encontrado el cadáver del americano muerto de un infarto normal, de esos que ocurren porque sí. Eran malas noticias, pero si no era una coincidencia la relación comercial existente entre las diversas empresas de las víctimas, teníamos un camino abierto hacia la resolución del enigma. Le recordé lo del protocolo y que si Marmitón quería quedarse que no insistiera en traerlo y colgué.

Sólo nos faltaba encontrar un factor común a todas las muertes y ya sabríamos por dónde empezar. Me puse a leer todos los informes de los otros grupos y, a parte del clásico texto de relleno que se utiliza cuando tienes que presentar algo y no hay nada que explicar, tampoco tenían ninguna hipótesis seria ni una pista fiable. El cabroncete se las traía con ganas.

Sonó el “Ramón, tu madre otra vez al aparato” y al activar la comunicación, sonó la voz de el Cojonazos:

-¡Oye Manolo!, tenías razón, casi todos los muertos trabajaban en empresas que tenían alguna relación con España, pero no he encontrado ninguna actividad comercial común. Las hay desde las que se dedican a la genética y venden y compran animales, pasando por empresas de construcción, imprentas, fabricas de ropa interior, abogados, aparatos ortopédicos, etc., y terminando con una empresa de preservativos. Por cierto, hacen unos al estilo mortuorio de color negro muy adecuados para tu nueva y particular relación, y que, según dicen, se puede apreciar una amplia gama de reflejos con una gran riqueza cromática, si después de usarlo lo pones frente a una ventana donde le dé el sol.

-¡No será que lo viste puesto en el negro que te acaba de ensanchar el sueltagases y en realidad era transparente! -le dije intentando no subir el tono de la voz.

-Yo también te quiero -me dijo.

-¡Más te quiere el negro! y centra, por favor, tus esfuerzos en descubrir el cómo ocurrieron las muertes que no tenían relación con empresas españolas -y desconecté.

No había dicho “amén” cuando sonó otra vez. Ya estaba apunto de lanzar bellos insultos a mi apreciado amigo, cuando oí la no menos detestable voz del jefe de policía que me dijo con tono de extremo enfado:

-Manolo, o vienes de inmediato a dar la cara delante de ciento cuarenta ciudadanos honrados que están en estos momentos chillando y lanzando lo que encuentran a mi ventana, o me suicidio y mi muerte pesará sobre tu conciencia.

El rato que estuve en silencio valorando seriamente si ir o quedarme, creo que le puso en elevado estado de erupción, ya que seguidamente ocupó mas de diez minutos en enumerar mis muchas cualidades y las de mi familia, cosa que le agradecí con estas palabras:

-Ha sido un gran placer el oírte describir y desmenuzar tan detalladamente mi personalidad, como sólo un amigo puede hacerlo; aunque debo decirte que en lo referente a que soy como un ser rastrero, baboso y hemofodito, debo decirte que esta cualidad tan admirada por algunos, se llama hemafroditismo y no hemofoditismo. Pero por todo lo otro te doy mi más sincero agradecimiento y para demostrártelo pienso quedarme en casa y esperar.

-Cabr... -y se quedó en silencio pero con la respiración propia de un hombre a punto de infarto. Poco a poco fui notando como la frecuencia de sus emisiones de aire iban disminuyendo, alargándose paulatinamente cada una de ellas hasta casi lograr un estado de normalidad, por lo que le pregunté admirado:

-¿Cómo lo has hecho? ¿te has tomado algo? Un nivel tan alto de autocontrol sólo se consigue con ayuda de pastillitas o con una buena descarga de las partes. ¿No tendrás a ninguna becaria haciendo trabajos extras? Ya sabes lo que dice la historia sobre el uso de boca ajena en el lugar de trabajo.

-Oye Manolo -me dijo- me caes bien pero si no vienes de inmediato me encargaré personalmente que se te haga realidad la teoría de los waterianos pero, además, pienso dedicar más de tres días en pensar qué clase de animal tendrá el placer de desgarrar lo que ya te imaginas.

Dicho esto, que no es poco, cortó la comunicación.

-Yo creo que no es de buena educación hacer esperar a un hombre tan considerado -pensé, y salí de inmediato hacia la jefatura de policía.

Por el camino me di cuenta que el ambiente estaba bastante alterado. Casi todos los comercios estaban vacíos, y en mucho de ellos, los aterrados ciudadanos estaban haciendo estragos con las existencias de cualquier cosa.

El trayecto que siguió mi insustancial coche para llevarme a la comisaría, pasaba por delante de unos grandes supermercados. Puedo decir, sin ningún tipo de temor a equivocarme, que cuando aparece la más mínima excusa para saltarse las normas establecidas, la naturaleza humana puede llegar hasta límites de barbarie sin igual

La expresión ¡son como animales!, la he oído muchas veces, y siempre me ha parecido una obviedad, ya que lo somos por naturaleza. No hay cultura humana que lo pueda enterrar tan bien que no salga a la superficie de vez en cuando. Y emerge, precisamente, al querer esconder demasiado nuestra propia naturaleza, generando un cúmulo de insatisfacciones que nos llevan a provocar estas escenas en que todos los instintos se desbordan.

Me sería fácil utilizar como ejemplos las situaciones inverosímiles por su crueldad y terriblemente reales que ocurren en una guerra, sin embargo sólo necesito recordar el placer que nos provoca sentirnos arrastrados por la fuerza animal cuando atravesamos el tramo final que nos conduce a un orgasmo. En estos momentos, no somos quienes somos en nuestra vida social: no somos el padre de familia, ni el político sobreviviente, ni la empresaria agresiva, ni la peluquera o el tendero. En estos momentos, sentimos como animales que cumplen con su propia esencia, y nos dejamos llevar por ello -que no es mal negocio, por otra parte.

De lo que también estoy seguro es que, en esos momentos, estos pensamientos ayudaron, de una forma definitiva, a que el grado de pavor subiera hasta límites insospechados en mí. Tan elevado era, que cuando estaba a punto de subir el primer peldaño de los diecisiete que llevaban al piso en el que me esperaban el “benévolo” jefe de policía y sus ciento cuarenta honrados ciudadanos ávidos de sangre, sonó el “Fernando no te olvides de comprar los pañales”, y con el susto tropecé con el borde del primer peldaño de la escalera, dando con la rodilla derecha en el tercero y con el codo

izquierdo en el quinto. Por suerte el sexto sólo golpeó el lateral de la cabeza y no en plena frente como era de esperar. Pero lo que no pude evitar de ninguna de las maneras, es que un experto y supereducado perro policía que trabajaba allí, aprovechara mi estado de total desconsuelo para levantar encima de mí su pata trasera y no precisamente para saludarme.

Estuve bastantes minutos tirado en el suelo en un estado deplorable, con mi chaqueta mojada, mis extremidades cantando el "O sole mio" y la cabeza rugiendo a pleno dolor. Durante este rato tuve un único objetivo: intentar recobrar la sensación de que existía algo más en el cosmos que mi sufrimiento.

Cuando ya fui, poco a poco, divisando el mundo exterior, me di cuenta de que el causante de todo este estropicio aún seguía sonando, así que lo activé con la misma rabia de quien está a punto de arrancarle a cucharazos el corazón a alguien.

-Sabes que dijo un tal Camilo hace ya muchos años: "Mujer grande, potorro grande. Mujer pequeña, todo potorro". JO, JO, JO. ¿Qué te parece Manolo? "todo potorro" ¿Que lo coges? Sí hombre, cuando dice todo potorro se refiere a eso, pero enorme, y cuando lo dice de una mujer grande es porque ya lo tiene así y es cuestión de escalas. ¿Que me escuchas Manolo?

Yo no podía dar crédito a lo que oía. En plena crisis mundial, con mi cuerpo en estado de rebeldía y con la espalda mojada de algo que prefiero no recordar, aún existía un ser tan depravado que se dedicaba a hacer bromas estúpidas y a comentarlas.

-¿Quién es? -pregunté con el hilo de voz que logré emitir.

-¿Quién va ser? -contestó alegremente- pues tu amigo del alma y que te está esperando en el gimnasio para echar una partidita y unas risitas. ¿No me digas que no te acuerdas que habíamos quedado?

Realmente impresionante, toda una lección de inoportunidad. Había que reconocerlo, Mariano Fernández el Bipelma era un genio.

Le dije que tenía noticias de que su mujer era en realidad un hombre -pensando aquello de que a grandes males, grandes remedios para que, de esta manera, dejaría definitivamente de hablarme-. Lo curioso del asunto es que, antes de colgar, me contestó que ya lo sabía y que no le importaba.

Me incorporé como pude y subí intentando parecer un respetado ciudadano. Al entrar sorprendí al jefe mirándose muy seriamente su corbata, a lo que le recordé que el tiro era más eficaz. Después de un peculiar intercambio de alabanzas, me indicó la ventana que daba a la sala central, en la que se podían ver a los ciento cuarenta indignados contribuyentes.

Argumenté que no tenía nada determinante. Que otro engaño no funcionaría. Que la única solución era ponerse a llorar en un rincón. Por contesta, el jefe levantó ligeramente los hombros y me miró con la expresión más parecida a un interrogante que supo desarrollar. Frente a ello, y con un aterrador y totalmente desafortunado movimiento, mi cuerpo reaccionó cogiendo el micro y abriendo la ventana.

El silencio que asaltó de improviso ese inmenso recinto fue de verdadero infarto. Recuerdo que las piernas me temblaban y que una alma benévola, con muy mala intención, me acercó un taburete para que no me desmayara. Gracias a ello, me desapareció la única salida airosa a la situación.

Dije algo parecido a:

-Buenas tardes

Y nos quedamos todos, incluido yo mismo, esperando que de mi boca saliera algo más. Pero no parecía que mis cuerdas vocales estuvieran ansiosas de ejercicio.

CAPÍTULO X: CARA DE PEZ

La situación se estaba convirtiendo en insostenible cuando oí una voz a mis espaldas que dijo:

-Ese cara pez está acabado.

Me giré lo justo para ver que la frase la había soltado uno de los jovencitos ejecutivillos sabelotodo y engreído mamarracho del tercer grupo contratado. Éste fue el detonante para que apretara el micrófono, echara el taburete hacia atrás de una patada y, con una seguridad que desconocía en mí, dijera con una tensa tranquilidad:

-“Hay más de mil muertes en todo el mundo y más de trescientas en nuestro país. Hay más de cincuenta equipos trabajando día y noche para descubrir la causa y su curación. Hay más de mil quinientos ordenadores analizando cualquier indicio. Hay más de tres mil millones de euros que se están invirtiendo en intentar salvar vidas humanas y más de dos mil más preparados. Pero sólo hay cien voluntarios que se hayan presentado en los hospitales, en la policía, en los servicios de ayuda civil.

Hay atracos, robos, incendios, violaciones, basura. Los enfermos mueren solos y asustados. Las familias de los muertos son apartadas y algunas exterminadas. Falta sangre en los hospitales, falta ayuda en el cuerpo de policía para controlar la situación, faltan bomberos.

Pero contrariamente, lo que no falta es: anarquía, histerismo, destrucción. Pero sobre todo, nos sobra la actitud de esconderse detrás de los derechos. ¡Todos tenemos derecho a que se termine esta pesadilla pero todos, también, tenemos obligación de hacer algo!

Si alguno de ustedes tiene la solución que lo diga ahora -y dejé un eterno minuto de reflexión- si no, hagamos que nuestros hijos se sientan orgullosos de nosotros porque hemos luchado unidos y no, precisamente, porque hemos ayudado a hundir el barco.

Que cada uno se pregunte qué puede hacer para ayudar y entre todos venceremos”.

Cerré la ventana y me volví hacia el estúpido engreído que soltó lo de la cara de pez y sin dejar de mirarle, caminé con paso decidido hacia él y a un palmo de su cara le dije:

-¡Gracias mamón!

Supongo que hubiera sido más acertado haber desconectado el micro después del sermón, ya que la última palabra sonó en todo el edificio con la fuerza que solamente estas cinco letras saben dejarse imprimir cuando las sueltas con todo el corazón.

Miré al jefe y con una leve inclinación de cabeza como aquellos que Humphrey Bogart sabía hacer, me despedí. Con movimientos más adecuados de una película contemporánea a este actor, abrí la puerta y me despedí con el gesto de la mano en la sien.

Como sabía que lo más propio del momento era caerse escaleras abajo, puse toda mi atención en no hacerlo. Llegué con buen pie a mi automóvil que conduje con toda la maestría que soy capaz hacia la cola del experto y educado perro de policía.

De camino a casa recibí una intrigante llamada de D. Enrique que me citó en la plaza de la Amistad utilizando un sistema en clave que hacía mucho tiempo que no practicábamos. Como todo esto era muy raro, ya que para contarme algo no hacía falta tanto misterio y menos quedar en una plaza llena de gente pudiendo vernos en mi casa, cogí los mandos de mi coche, desactive el piloto automático, el sistema de guía por satélite y dando un rodeo fui al encuentro de D. Enrique

-Oye, Manolo, no sé si es importante -me dijo utilizando todavía el lenguaje en clave- pero el americano me envió antes de morir un mensaje a una dirección electrónica que hacía mucho tiempo que no utilizaba.

-Podría ser que la empleara por equivocación -le dije.

-Sí que podría ser, pero lo raro es que sólo la utilizara para escribir: “Operación Ave Fénix”.

-¿A qué se refiere?

-No tengo ni idea, pero llamé inmediatamente a su viudo para darle el pésame y me contestó un hermano suyo que se me quitó de encima alegando que el hombre estaba destrozado.

-¿Y de qué te extrañas?, es normal.

-Pues resulta que conozco muy bien a la familia Monroe y John, que era mi contacto, no tiene hermanos que sepan hablar tan correctamente.

-Curioso sí que es.

-Pero no termina aquí la cosa -me dijo- lo más interesante es que me quedé un poco intrigado y pedí a un amigo mío exespía y que actualmente trabaja en el D.I.O.S. ...

-¿DIOS? -interrumpí.

-Es el Departamento de Investigaciones Ocultas del ejército y una de sus actividades es el seguimiento de las comunicaciones.

-Supongo que a algún iluminado se entretuvo en jugar con las palabras.

-Exacto, y aprovechando que están en todas partes, le pedí que siguiera el camino y el destino de la segunda llamada que hice al viudo.

-¿Y?

-¿A que no sabes a dónde realmente estaba llamando?

-No sé, ¿al presidente?

-Casi. El que me contestó esta segunda vez, era el mismo de la primera y no lo hacía de casa de John. Me estaba hablando desde algún despacho del Servicio de Inteligencia Americano.

-No me lo creo.

-Pues hijo mío, es tan cierto que hasta el endurecido ex espía y amigo mío se puso muy nervioso cuando se dio cuenta. Pero hay algo más, y ésta es la verdadera razón por la que estamos aquí y hablamos con este leguaje propio de subnormales, he hecho comprobar las líneas de nuestros comunicadores y están intervenidas. Me parece que somos marionetas de algún macabro teatro.

-¿Y por quién? –pregunté con el rostre más pálido que sonrosado.

-Por alguien de fuera de nuestras fronteras.

Nos despedimos y acordamos ir con mucha precaución con lo que decíamos y hacíamos. De camino a mi casa fui pensando el motivo de las escuchas y no se me ocurrió nada que fuera razonable. Parecía que no hubiese ninguna razón aparente para que nos vigilaran mientras realizábamos las investigaciones. No estábamos haciendo nada ilegal y la reputación del grupo estaba demasiado consolidada para que alguien dudase de nuestra profesionalidad. Además estaba lo de la operación Ave Fénix y la CIA.

-Qué coj... hacen estos pistoleros metiéndose en mi vida privada -me dije encabronándome cada vez más.

Además, para invadir el espacio de las comunicaciones de un país, necesitan algún tipo de permiso y esto quería decir que no era una simple comprobación de rutina, sino más bien algo planeado.

Al llegar a mi apartamento, y después de que Otón dejara mis partes al nivel de dolor acostumbrado al saludarme, fui directamente a buscar un artilugio milagroso que detecta cualquier pequeño componente electrónico, sea el que fuera.

Lo activé y como era de esperar había miles, desde el regulador de la luz ambiental hasta el controlador de fechas de caducidad. Hice una selección por utilidades y comparé la lista con la que tenía en la memoria de hacía más de un año. Casi todo era igual excepto las diez o doce nuevas adquisiciones recientes; como era el caso del abrelatas.

Pero había algo extraño en las fechas de instalación de los motores que abren y cierra las cortinas. No es que me vuelvan loco estos trozos de tela delante de las ventanas pero, por lo que se ve, este apartamento lo tenía alquilado una señora de esas que sin cortinas no pueden vivir. Lo paradójico es que a ella le debían de parecer maravillosas y a mí me obligan a preguntarme constantemente cómo podía vivir con ellas -unos colores tan espeluznantes debieran estar prohibidos por la Real Academia del Buen Gusto-. Me acerqué a uno de ellos como quien piensa que se han estropeado y lo mira con detalle. Hasta recuerdo que para que pareciera más natural, silbé una canción de aquellas que usan las mentes para entretenerse cuando trabajan. Todo parecía normal excepto por el detalle que junto al motor había una pequeña cámara.

Bajé de la silla con la misma cancioncilla en mis labios, y para poder pensar sin despertar sospechas, me puse a mirar los informes. El asunto tenia su gracia, después de haber estado más de un año sin relaciones no virtuales, encuentro a la mujer de mi vida, nos dejamos ir por el impulso y resulta que grabamos una película porno sin cobrar por nuestra actuación. Todo parecía indicar que los Waynes estaba observando todos nuestros pasos y oyendo nuestras conversaciones.

Lo primero que debía hacer era limpiar la sala de reuniones de espías como quien está arreglando una cortina y luego, esperar a que llegasen todos. Así lo hice y me fui a comer mi ración de patatas tranquilamente.

CAPÍTULO XI: TEATRILLO SURREALISTA

Cuando ya estaba masticando el segundo trozo laminado y frito de tubérculo, llegó Marmitón con una expresión de júbilo en su cara.

Le pregunté por la causa y me contó que la experiencia regresiva a que se había sometido comiendo esas cebollas había sido definitiva y que la recomendaba ya que, dejando aparte lo buenas que estaban, ponerse un babero como cuando era un crío y poder comportarse como tal comiendo con las manos, era una de las sensaciones más reconfortantes nunca vividas. Y lo más importante, hacerlo delante de otros adultos en la misma situación hacía que se sintiera cual Ave Fénix resurgiendo de sus cenizas.

Ya lo dijo que sería de gran ayuda cuando me convenció para que lo aceptara en la investigación. Al oír su última frase no mostré ninguna reacción y puse cara de póquer porque no quería darle argumentos que le permitieran echarse atrás en el pacto de las mensualidades gratis, pero este aprendiz de brujo había dado el pistoletazo de salida de una terrible carrera hacia el conocimiento de algo que mejor viviría ignorándolo en la actualidad.

Después llegó D. Enrique, que hizo gala de su pasado y no mostró ni la más mínima señal que hiciera pensar que él y yo habíamos tenido esa reunión tan secreta. La tercera fue Airón, que entró maravillosa, llevaba otro de esos vestidos “cegatos” que obró el milagro de que mi mente volara hacia aquellos momentos vividos en el sofá. Le di un beso y los informes, y le pedí que les echara un vistazo. El último fue el Cojonazos, que llegó de Italia con muchas ganas de contarnos que sus suposiciones eran ciertas, lo que no pudo hacer ya que D. Enrique se encargó de impedírselo hasta no aclarar lo de las escuchas.

Una vez logré cortar el cordón umbilical que unía a Michael el Datos a sus ordenadores, pedí que todos se sentaran en la mesa de reuniones –única habitación a salvo de extraños- y disculpé a Vacunillas Pepe. Después de unos minutos de aguantar las típicas bromas de rigor, les dije mirando de reojo a Airón:

-Muy a mi pesar y por supuesto sin mi consentimiento, han puesto cámaras en este apartamento y han estado grabando todos nuestros pasos y conversaciones telefónicas.

Airón me preguntaba con sus ojos si lo que se temía era verdad. Le cogí la mano, se la apreté y continué.

-Creo saber quién ha sido, pero no sé el motivo, aunque me parece que hay algo en este asunto que va más allá de una simple, aunque mortífera epidemia. Propongo que pongamos a votación si destruir las cámaras o mantenerlas y jugar con la información que les suministramos. He estado pensando sobre esta segunda posibilidad y no creo que sea precisamente nuestra información la que ellos buscan, sino más bien, parece que nos hayamos convertido en unas simples herramientas y que nos utilicen para un determinado fin que desconocemos. Mi impresión sobre lo que debemos hacer es demostrarles que sabemos que nos observan y destruir las cámaras excepto una, la de la despensa e intentar establecer un diálogo mediante algún sistema que nos inventemos.

-¿Y quién ha sido? -preguntó Marmitón.

-El Servicio de Inteligencia Americano.

-¿Cómo en las películas? -ironizó el Cojonazos.

- Como en ellas -sentencié.

Así que acordamos, por consenso, destruir todas menos una y evidenciar, por lo tanto, que conocíamos su existencia. Pero, y según propuesta de Marmitón, debíamos hacerlo de una forma que demostrara nuestra supremacía imaginativa. Y como los

ánimos estaban demasiados ofuscados y necesitábamos divertirnos, decidimos interpretar, antes de destruirlas, una representación surrealista frente a las cámaras:

****

En la sala de estar no queda ni un alma, sólo se oye de fondo el ronroneo del paso de los coches en el exterior. Es media tarde pasada y la luz se ha atenuado dejando una atmósfera de apacible migración hacia la luz artificial de la noche.

Cuando, de pronto, se abre lentamente la puerta como solía pasar cientos de veces y entra en escena el Cojonazos, que se desplaza hacia el extremo opuesto a la entrada y se queda quieto.

En este momento aparece Marmitón con un paquete enorme que deposita en mitad de la sala, de él saca lo que parece como un vestido.

El Cojonazos se desplaza hacia nuestro aprendiz de psicólogo y entre ambos empiezan a discutir sobre quién es el que se queda una parte u otra. Las frases van subiendo de tono hasta que deciden jugárselo a cara o cruz. Tiran la moneda y...

Gana Marmitón, que con alegres saltos demuestra su victoria. Pues manos a la obra, se reparten las partes correspondientes y Cojonazos cubre medio cuerpo con unos pantalones grisáceos muy anchos y que parece que tengan rellenos hasta en las piernas. Marmitón se ríe de su aspecto.

Mientras tanto, el comecocos autodidacta empieza a ponerse un jersey de cuello alto del mismo color que los pantalones de su compañero y con un completísimo relleno que le hace parecer tres veces su tamaño. Ahora es el turno de su compañero para reírse.

-Seguro que piensan que es un prototipo de traje de aislamiento –comenta Cojonazos.

En este momento Marmitón se gira y con rápidos movimientos se coloca lo que parece ser la cab... . ¡Una cabeza de elefante!

-Corre, corre, unámonos que llega -exclama Cojonazos.

Y entra por la puerta una dulce pastora (Airón) vestida con angelicales ropajes acabados en pálidos encajes de delicadas formas. Sus cabellos rubios con tirabuzones de oro perfilan la etérea expresión de su azucarado rostro. Todo en ella desprende aires de montaña y florecillas cariñosas.

-¿Dónde está mi bello elefantón? -pregunta la damita entonando una dulce melodía mientras va dando saltitos por la sala cual linda ovejita.

A lo que responde el animal con patosos y excitados movimientos de la trompa.

-¿Quién me quiere más? -repite la bella pastorcilla con la misma melodía de pastel de nata.

-Yo te quiero más -y levanta su trompa el elefante con gran obscenidad en el gesto.

-Tontorrón, tontorrón -le dice la dulce damisela mientras juega coquetamente con el vuelo de las faldas dejando entrever más arriba de la rodilla.

Cuando de improviso, entra de un salto un atlético y masculino personaje, vestido de negro (un servidor), capa del mismo color, sombrero español y un antifaz que le cubre el rostro.

-¡No poseerás a mi linda pastorcilla! -grita enfurecido.

A lo que responde la damisela con un:

- ¡Dios mío, mi marido! Y se retira al fondo aterrada.

-¡Te mataré! -le dice el presunto cornudo al elefantón.

Y empieza un duelo entre espada y trompa. Todo son golpes, ahora un revés, ahora una estocada, ahora un trompazo.

-¡Alto! -grita alguien desde la puerta- el matrimonio entre la pastorcilla y el enmascarado no es posible y por lo tanto queda anulado.

-¿Por qué? -preguntan todos a la vez.

-Porque ambos son hijos míos -y entra solemnemente el rey de reyes, el gran rey, el más rey de todos los reyes (D. Enrique), con una bien cebada barriga, barba blanca, reluciente corona, un candelabro dorado en la mano y paso propio de un gran monarca.

-¿Tus hijos? -vuelven a preguntar todos.

-Mis hijos -afirma contundentemente.

-Esto quiere decir que... -comenta el elefantón lanzando miradas ilusionadas a la pastorcilla.

-¡No! -dice otra voz gritando desde la puerta.

Y entra en escena la reina de todas las reinas y esposa del anterior (Michael el Datos). Hermosa aunque entrada en años, refleja en su pose toda la seguridad de quien ha aguantado muchas infidelidades de su marido y le ha llegado la hora de la venganza.

-Ninguno es hijo tuyo, la pastorcilla es de tu primo real Eufebio el "Bocabierto" y el otro del lavandero -aclara la reina.

-O sea siguen siendo hermanos -dice eufórico el elefante.

-¡Pero no son hijos míííos! -grita el rey muy enfurecido, mostrando el frío metal de su daga a su esposa.

-¡No matarás a mi madre! -dice el enmascarado desenvainando la espada y penetrando con ella el cuerpo del enloquecido rey.

-Muero, pero antes debo confesar -dice el recién ensartado-, tú, mi apreciado elefantón, que siempre te he tenido a mi lado, eres el producto de un gran amor de juventud con una bella elefanta africana. Tú eres el único hijo que me queda y por lo tanto heredero del trono que dejo. Muero en paz.

-¡Ah, maldito asesino de mi padre! -grita el cuadrúpedo y con un preciso trompetazo destroza el cráneo del gallardo enmascarado.

-¡Mi hijo!, exclama la reina y con una daga abre una profunda brecha en el costado del elefantón por la que lentamente, pero sin pausa, pierde la vida.

-¡Mi amor!, ¡mi único amor!, ¡el amor de mi vida! -grita la pastorcilla que garrote en mano incrusta la corona en la senil cabeza de su progenitora.

-¡Qué he hecho!, ¡he dado muerte a mi madre! -y viendo a su hermano, a su padrastro y a su querido elefantón también sin vida en el frío suelo, coge la daga que aún estaba en la mano de la reina y con voz de final dice:

-Muero por no vivir en mí -y la dulce dama se hunde el cortante filo en pleno corazón.

De pronto, se apagan las luces de la habitación y se vuelven a abrir con todos los actores de pie y saludando.

El Cojonazos, martillo en mano y con una cartel en la otra, pone delante de la cámara la frase "The End" y descarga toda su fuerza contra la minúscula cámara.

Lástima que no viésemos la reacción que tuvieron los espías al visionar el registro. Aunque, en el fondo, sabíamos que esta tan poco común obra que habíamos representado, era una original alternativa a la clásica, típica y aburrida reacción de ira por saberse espiados; y que pasaría mucho tiempo antes de ser superada. La verdad es, como supimos más tarde, que ha llegado a ser un clásico, primero, en los anales del servicio de espionaje internacional, y después, en la cultura "underground" neoyorkina, iniciando una corriente narrativa surrealista con raíces animales de gran interés en las clases intelectuales.

Sin embargo creo, en mi minúscula e inconfesable faceta de artista, que para que realmente tuviera un toque de dignidad, se hubiera tenido que colocar como espectador, en un rincón de la sala, a ese enclenque cuerpo pegado a un maravilloso rostro llamado

Buster Keaton. Sus ojos hubieran sido el mejor reflejo para la pasmosidad que intentamos impregnar en la atmósfera. Además, pienso que un gran actor y director como él se merece que aparezca su pétrea y terriblemente expresiva cara, como referente y ejemplo para las futuras generaciones del logro de establecer una perfecta comunicación utilizando sólo el simple hecho de saber estar.

****

La situación estaba resuelta, únicamente faltaba saber el porqué nos espiaban. Mandé a Michael que investigara todo lo que pudiera sobre la operación Ave Fénix y nos pusimos manos a la obra a repasar lo que teníamos referente al parásito.

En esto llamó Vacunillas Pepe para informar que definitivamente no había manera de eliminar el agente causal. Habían fracasado todas las tentativas de curar a los pacientes.

-¿Y los monos? -pregunté.

-Desgraciadamente me sobran cobayas humanos para experimentar y no los necesito.

-¿Y del pastel?

-Aquí sí tengo algo interesante. ¿Te acuerdas de que me dijiste que mirara cualquier componente?, pues se me ocurrió buscar en la dedicatoria y, contrariamente a los que estaban en la masa del pastel, encontré parásitos vivos y con elevada capacidad de reproducir la enfermedad.

-¿Y esto qué significa?

-No lo sé exactamente, pero puede que la dedicatoria tenga algo que mantenga al parásito en vida.

Siempre que me noto que voy a descubrir algo importante, me vienen unas ganas irrefrenables de ir a llenar el váter del liquido secretado mediante la parte externa de mi aparato reproductor –por decirlo de otra manera-. Y mientras estaba con ello en la mano, como cuando enciendes una lámpara de pie de esas antiguas en las que tienes que estirar un cordoncito, se me iluminó la cabeza. Estaba del todo claro.

Salí sin esconderla y con los brazos en alto fui dando saltos y gritando:

-¡Ya lo tengo!, ¡ya lo tengo!

Y así me encontré, con mi hermanito sacando la cabeza por entre mis pantalones, yo gesticulando con las manos levantadas y doce ojos mirando, primero a la cabecita juguetona, después a la mía y por último a mis extremidades superiores con verdadera cara de asco.

-¡Perdón! -dije y fui corriendo a esconderla y a limpiarme las manos, haciendo mucho ruido con el agua, para que se diesen cuenta de que lo estaba realizando a consciencia.

CAPÍTULO XII: EL GRAN DESCUBRIMIENTO

-Cojonazos, cuéntanos lo que has descubierto -le pedí mientras reunía a todo el grupo incluyendo a Vacunillas que asistía por el visualizador del teléfono.

-Nada especial, solamente a destacar que no me he decidido si las Bretonas o las Italianas, aunque -y esto lo dijo mirando a Airón- no hay ni de lejos, comparación con las españolas.

-¡Cojonaaaazos! -reprochamos todos al unísono.

-Referente al caso, puedo decir que no hay nada nuevo. Los primeros que sucumbieron trabajaban en compañías que tenían relaciones comerciales con empresas españolas, sin embargo, no ocurre así en las muertes que siguieron. Probablemente se contaminaron a partir de los anteriores.

-Resumiendo – les dije-, los primeros casos aparecieron en empresas que no tenían nexo aparente en común entre ellas. De compañías españolas pasaron a extranjeras, pero entre ellas no se dedicaban a la misma actividad. ¿Todo esto qué nos indica?

-Que no es aconsejable trabajar y menos en una empresa -aclaró Cojonazos.

-Que el vehículo de transmisión es algo que pasa de empresa a empresa -dijo Marmitón.

-Esto también lo sé yo, pero no tiene impacto psicológico -le contestó el anterior.

-¡Cojonaaaazos! -volvimos a reprochar todos al unísono.

-No tendrá impacto pero por lo menos es más...-intentó replicar Marmitón a lo que todos murmuramos:

-¡Marmitóoooon!

-Pues sigamos -intenté imponer respeto-. Si una de las víctimas se contaminó porque recibió un pastel y en los restos analizados sólo se encuentran parásitos vivos en la dedicatoria, esto nos indica...

-Pues que era de muy mal gusto y que...

-¡Cojonaaaazos!

-Entonces -continué- ¿Cuál es la única materia común en todo este embrollo?

-La neurosis como respuesta a una actividad no desea...

-¡Marmitóoooooon!

-¡EL PAPEL! –grité desesperado.

Se produjo un silencio en la sala, cada uno intentaba estructurar sus ideas y fue curioso que todos tuviéramos algún que otro folio en las manos y que siguiéramos jugando con ellos hasta que Michael los apartó bruscamente. Es innecesario describir cómo nos separamos asustados de la mesa y empezamos a mirar a nuestro alrededor. Estábamos rodeados de papel, papel en los pósters, papel en los libros, papel en los envoltorios de los caramelos, papel dentro de nuestros bolsillos, papel en las revistas, papel en las muy reciclables botellas de zumos, papel en los recibos de los bancos, papel en mi vieja colección de CD’s, papel en los listados de ordenador de Michael, papel en los avisos de la comunidad de vecinos, papel en las ofertas comerciales, papel en las fotos, papel en los cuadernos de verano para escolares, papel en el váter, papel como servilleta, papel en el calendario, papel en la constitución española, papel en muchas obras de arte, papel en la lencería comestible, papel para enviar notas, papel de carta, papel de encargo, papel de albarán, papel en las tarjetas de visita, pañuelos de papel, papel en los cigarrillos, papel en los reposa cabezas de los vehículos, papel en las flores artificiales, papel en las cajitas anticonceptivas masculinas y femeninas, etc.

En todas partes había papel y para los que os habéis perdido estos primeros años del S XXI, os explicaré la razón de que no se hayan cumplido los pronósticos que se hicieron a finales del siglo pasado acerca de la profunda penetración de la informática en todos los campos. En esos tiempos se pensaba que, en un futuro, no se tendría que escribir notas en un trozo de papel, sino que cada uno llevaría un micro ordenador personal de pulsera con prestaciones virtuales en el que se pudiera emitir o recibir cualquier información: desde el texto de un libro que hayas adquirido segundos antes, a los recibos de nuestras transacciones económicas, a los avisos de la comunidad de vecinos, a las ofertas comerciales, a las multas, etc. Y por lo tanto, el papel quedaría relegado a su uso por motivos románticos.

Esta trayectoria clara hacia la informatización total, se ha visto frenada por un juego de poderes difícil de explicar. Para intentarlo, utilizaré una estrategia poco usada pero muy útil: simplificaré la trama hasta que parezca un cuento para críos; por lo que pido que el lector no se sienta ofendido ya que mi intención no es menospreciarlo, sino lograr comunicarme sin un parecido demasiado evidente con los personajes reales. Aunque creo que no lo he logrado.

****

Era una vez en un país muy lejano un rey que gobernaba un amplísimo territorio, dividido por varios condados. Este monarca no era ni más ni menos justo, ni más ni menos honrado, ni más ni menos sabio que los otros, pero tenía un gran problema y era la comunicación.

En ese reino usaban una lengua muy antigua de costoso aprendizaje y de difícil empleo, hasta que apareció un joven que, poco a poco, fue desarrollando otro lenguaje mucho más practico y efectivo. Al principio el rey se alegró mucho, pero con el paso de los años se evidenció que las ansias de poder del joven descubridor no tenían fin, llegando a estar hasta el trono real en peligro. Como era un país en que el asesinato por razones políticas estaba abolido, y además el personaje en cuestión se había protegido muy bien, decidieron alentar la creación de otras lenguas -como hizo el dios cristiano en la torre de Babel.

Resultado: un mar de idiomas que pugnaban por ser los únicos, pero que ninguno tenía la mayoría de los seguidores para lograrlo. Y si alguno, como era el caso del que promovía el joven inventor, ganaba adeptos y terreno, se aplacaban sus ansias imperialistas con argucias legales tales como la ley antimonopolios.

Todo era válido dentro de la constitucionalidad, ante la posibilidad de que el rey perdiera el trono o que el vasallo refrenara sus ansias de poder.

Y así pasaron los días, los meses y los años, hasta el día de hoy en que no ha habido manera de crear ese lenguaje único para comunicarnos.

****

De esta forma, por una no tan simple lucha de poder, seguimos utilizando el papel para muchas más cosas que las que debiéramos -ya que este medio sí que asegura, sin lugar a dudas, su uso común en todo el mundo.

También ésta es la historia por la que aún siguen en la actualidad los pleitos entre algunas empresas y gobiernos, aunque, claro está, nuestro joven inventor del cuento ya tiene sus años.

-Michael, cuéntanos lo que has descubierto -dije con el fin de romper con la atmósfera de crispación reinante.

-Por ahora nada, parece que la operación Ave Fénix no exista -contestó poniéndose una mascarilla. Acción que imitamos todos y, en breves instantes, estábamos hablando convertidos en astronautas.

-¿Qué hacemos? -preguntó muy acertadamente D. Enrique- esto tiene más repercusiones de lo que parece.

-Primero, confirmar tal hipótesis. Michael, busca si hay algo que relacione a los parásitos y el papel en tu ordenador. Vacunillas, empieza a analizar todo lo que tengas de celulosa dentro de la sala de aislamiento. Cojonazos, ¿hubo alguna víctima que sólo recibiera cartas procedentes de España?

-Espera que repase mis notas, que por suerte están en mi ordenador personal. Ya lo tengo: dos en Italia y cinco en la Bretaña.

-¡Esto está que arde! -exclamé.

-¡Más de lo que piensas! -dijo Michael mientras miraba atónito un informe que le estaba llegando por pantalla- ¿recuerdas que me has pedido que buscara puntos de unión entre parásitos y papel?, pues resulta que, aparte de varios que atacan a las moléculas de celulosa, no aparece nada más en ninguna base de datos conocida.

-Esto va mal -murmuré.

-Pero, por lo que se ve, hay alguien que quiere que sepamos más cosas.

-¿Por qué?

-Porque acabo de pedir por segunda vez una información, por aquello de sí se me había olvidado algo, y ha aparecido un fichero que antes no estaba. Y estoy seguro de ello ya que he comparado los directorios de ambos envíos.

-¿Y qué dice? -preguntamos todos a la vez.

-Que existe un parásito que utiliza la celulosa como reservorio, que puede aletargarse en ella durante muchos años y sólo puede ser eliminado por el fuego. Además, este agente patógeno fue el resultado de una modificación genética con finalidades militares y, ¿a qué no sabes a partir de cual se creó?

-Sorpréndeme -le dije con pocas ganas.

-De unos protozoos recogidos de los turistas que regresaban de Panamá, allá por el 2000.

-Y lo modificaron para que fuera letal y ésta es la razón de la existencia del agente entérico -aportó Airón con aire sombrío.

-Pues no. Según dice aquí, el proyecto era crear un parásito fácil de enviar a las tropas enemigas y que expandiera una epidemia de toses secas y espasmódicas. De este modo, mientras se daban cuenta y ponían remedio temporal con píldoras antitusígenas, la tos delataría la localización de las tropas escondidas -en una guerra de guerrillas ya sabéis que es crucial el no ser sorprendidos-. Para ello, debía ser un agente patógeno muy resistente a todos los fármacos que pudieran tomar los combatientes excepto a uno, por si se contaminaban las tropas americanas. También era vital su cualidad de transmitirse vía papel porque, de este modo, se podían usar sistemas tan simples como lanzar reproducciones de mujeres con poca ropa desde un helicóptero o enviar cartas e infestar a todo un país en pocos días. Pero lo más importante, es que no causara bajas ya que debía ser aprobado por la Comisión para el Uso de Armas Biológicas (CUAB).

-¿Y las muertes actuales?

-Según el informe, lograron demasiado bien su propósito, ya que crearon un nuevo parásito a partir del de los turistas de Panamá, extremadamente resistente y que se mantenía el tiempo necesario en la celulosa del papel esperando turno.

-¿Y?

-Pues que se pasaron de rosca. Resulta que este parásito se reproduce a partir de la división de una sola célula en dos pero, sin haber ninguna causa aparente, también utiliza la reproducción sexual -que es la que crea el nuevo parásito a partir de la unión de dos células progenitoras-. Este nuevo hábito generó otro tipo de agente diferente, que es el que tiene apetencias intestinales y las características mortales que conocemos. Esto hizo que el proyecto se desestimara después de varias pruebas.

-¿Y cómo se llamaba la investigación? -preguntó Marmitón.

-¡Proyecto Pañuelo Sucio!

-Muy ocurrente -concluyó el aprendiz de psicólogo.

-Has dicho que era resistente a casi todos excepto a un fármaco. ¿Dice el informe cuál es? -pregunté esperanzado.

-He aquí la mala noticia, el parásito en cuestión también se hizo resistente a este último.

-La jodimos -oí a Vacunillas decir por el teléfono.

-Pero, ¿si el proyecto estaba desestimado, cómo es que han salido a la luz? o ¿quién lo ha provocado? -preguntó D. Enrique.

-Y ¿qué pinta el servicio de inteligencia americano en mi casa? ¿y el cuento de la operación Ave Fénix? -dije- Demasiadas preguntas por responder y muchos muertos en el exterior.

-Y resurgirá de sus cenizas cual Ave Fénix -repitió Marmitón como un murmullo.

-Además -continuó Michael- pone una nota a final de página que creo muy edificante y que dice textualmente:

"Al encargado de la investigación: Mi nombre en clave será Sherpa y deseo que todo salga a la luz. Sigue mis pasos y la verás, pero no cuentes a nadie este informe, tu vida puede depender de ello.

-Otro nombre más para la colección -dijo Vacunillas Pepe.

CAPÍTULO XIII: LA CONFIRMACIÓN

-¿Qué hacemos? -preguntó el Cojonazos.

-Primero, esperar a la confirmación de que el papel es el medio que utiliza el asesino, y después pedir audiencia con alguien importante -improvisé.

Había algo en todo este embrollo de las cámaras que no terminaba de cuadrar. Tenía una sensación de hormigueo cerebral que no me dejaba en paz, así que volví a repasar los pasos que di para descubrir a los espías y ¡sorpresa!, las fechas de instalación de esos aparatitos, aunque muy posteriores al montaje de las cortinas, eran de antes de que nos encargase la investigación. Esto quería decir que ya tenía cámaras espiándome desde un poco antes de las primeras muertes. O una cosa no tenía nada ver con la otra, o ya sabían de antemano que yo me dedicaría a buscar el parásito.

Sólo un hombre podría aclararme algo y lo llamé.

-¿Qué tal está nuestro jefe de policía?

-Hola, Manolo. Tengo que felicitarte por lo del otro día; realmente pensaba que no podrías con ello y, por el contrario, le diste la vuelta a la situación de una manera que hasta yo me hubiera apuntado como voluntario en la policía sino fuera porque entonces no cobraría por serlo.

-Ya, pero tú no me ayudaste mucho y menos al dejar entrar a ese mamoncete del tercer equipo.

-Pero te picaste y esto te dio agallas, ¿no?

-Sí, pero nunca más vuelvas a meterme un moscardón detrás de mí, ¿OK?

-Vale, vale

He de confesar que, aunque parezca un inepto, el jefe de policía es el hombre más manipulador y conocedor de las posibilidades de cada uno, que conozco. Seguro que meter a un equipo compuesto por jóvenes agresivos, lo hizo para motivar mi orgullo de madurito. Y lo del moscardón en su despacho el día de la protesta popular fue otra de sus estrategias. Por algo le habían contratado para ocupar ese puesto.

-Oye, jefe -le dije como quien está por allí de paseo- te llamo porque como últimamente no consigo avanzar en la investigación y como sé que los otros grupos están preparados y deseosos por ocupar el primer lugar, pues ¿que te parece si me destituyo y les doy vía libre?

El silencio que salía del teléfono complementaba perfectamente la turbación que demostraba su rostro por la pantallita.

-Jefe, ¿me has oído?

-Imposible -contestó

-¿Por qué?

-Porque tú eres el mejor y los otros son principiantes a tu lado.

-Buena respuesta, pero no me la creo.

-¿Por qué?

-Porque en una situación de tal envergadura y a nivel internacional, hay gente mucho más preparada y que, por lo menos, nos hubieras impuesto su colaboración. Que lo normal es que trajeran a los mejores especialistas en parásitos y en epidemias del mundo y se hicieran cargo de la investigación. En cambio, primero escoges a nuestro grupo, que no está mal para cosas pequeñas y medianas, pero que le viene un poco grande tanta movida; segundo, nos metes a dos equipos, que son peores que el mío, para que parezca importante y cubrir las apariencias; tercero, te has acojonado cuando te he propuesto

dejarlo y cuarto, me estás haciendo tanto la pelota que se te ve el plumero ¿Qué pasa realmente?

-Que te viole un pez de los más gordos -me contestó.

-Pues que a ti te la den con nata -aporté.

-Que no, hombre, que son imaginaciones tuyas. Que te escogí porque eres el mejor.

-No sé, ya veremos, por ahora te creo -le dije- y me has animado. A ver si dentro de poco puedo darte algo -y colgamos.

Estaba claro, aunque no lo parezca. “Que te viole un” quería decir que se lo habían impuesto y “un pez de los más gordos”, que quien le obligó era alguien muy importante del gobierno. Por esto le contesté “que te la den con nata” para agradecerle su apoyo, ya que cuando tienes a los de arriba presionando no es nada aconsejable jugársela como lo había hecho él al contármelo.

-Será lo que será, pero tiene huevos el hombre -murmuré.

Lo que también tenía “eggs”, era el hecho de que unos americanos pusieran cámaras en mi casa y obligaran a alguno de mucho peso de mi país a que nos contratasen para salvar a la humanidad de una epidemia que aún, en principio, nadie sabía que existía. Y por si no éramos lo suficientemente espabilados para solucionar el rompecabezas, alguien, cuyo nombre en clave era Sherpa, nos envió una solución que no era tal, pero que era presumiblemente la única viable. Aunque parezca una contradicción, en esos momentos parecía que alguien había diseminando un parásito incontrolable y, a la vez, existía otro alguien, posiblemente distinto, que estaba interesado en que conociéramos el medio de transmisión que utiliza con el fin de que se evitaran más muertes.

Si esto es correcto, y siempre basándome en la norma de "piensa mal y acertarás", lo primero que se me ocurrió es que había entes muy importantes que querían sacar beneficio en que no se utilice el vehículo de diseminación, o sea, que se deje de hacer uso del papel. Aparte de descartar a las papeleras, papelerías y otras empresas que empiezan por "pape", las que podían estar interesadas eran las de informática. Pero entonces ¿qué pintaba el servicio de inteligencia americano y las autoridades españolas dándoles vía abierta a mi intimidad?

-¿Qué pasa? -le grité a Vacunillas cuando me llamó por teléfono.

-Antes de que oigas lo que voy a contarte y tal como te veo, ¿por qué no le pides a Airón que te descongestione un poco para aliviar tu estrés?, temo por tu vida -me contestó.

-Vale -asentí y sin pensar en todos los que estaban en mi apartamento, fui a buscar un teléfono de los especiales. Sólo me quedaban tres y lo lancé con todas mis fuerzas. Fue debido al estruendo o a que todos estaban de por sí en estado de crispación, pero se desencadenó una manifestación impresionante de histeria con los gritos desgarrados de rigor. Una de las reacciones más impresionantes fue la que tuvo el Cojonazos, pero, como a mi parecer, se lo merecía y aún me debía varias facturas pendientes de cobrar por sus sutiles y reiteradas intromisiones en mi forma de vivir, fue la que menos me dolió. Sin embargo, y como es muy propio de él, me obligo a entrar en el regateo de cuántas eran a cambio de ese telefonazo. Al final decidimos que mi acción valía como tres de las suyas, aunque creo que me cogió bajo de reflejos y me salió excesivamente caro el trueque.

Ya empezaba el resto del equipo a intentar sacar partido a sus taquicardias pidiéndome daños y perjuicios, cuando me acordé de Vacunillas, que estaba presente en el comunicador que me había dejado en la sala de reuniones. Fui a recogerlo y al verle la cara me preguntó admirado:

-Si lo que he oído ha sido el resultado de un vaciado de bajos, o Airón ha pasado a mejor vida explotando de placer o tus expresiones corporales son, cómo te lo diría, excesivamente extrovertidas.

-¿Qué tienes de los parásitos y el papel? -cambié radicalmente de tema.

-Alucinado me tienes, pero en fin, sigamos trabajando. Los he estado buscando en todo papel que me ha caído en mis manos y...

-¿y...?

-y... -repitió.

-Bueno, Vacunillas, o me lo explicas o te hago comer todo un rollo de papel higiénico relleno de concentrado de parásito.

-Tenías razón.

-¿Qué?

-Que sí, que es el papel el vehículo de transmisión de nuestro amigo. Aunque me temo que hay más.

-¿Qué puede haber más?

-Pues, que se transmite con otros soportes que tengan características parecidas al papel. O sea, cualquier cosa que tenga células vegetales.

-Pero esto quiere decir que puede estar hasta en la ensalada o en las flores de mi vecina.

-Pues sí, pero por las pocas pruebas que he hecho es menos grave. Parece que solo pudiera ser un soporte útil para el parásito cualquier célula vegetal muerta.

-¿Menos grave?

-Hombre, menos grave sí que es. Pero ya te confirmaré algo más -y colgó.

Necesitaba el consejo de D. Enrique, como hombre bregado en muchas guerras, y fui a su encuentro para relatarle los últimos hechos, mi charla con el jefe de policía y mis suposiciones. Contestándome de la siguiente manera:

-Yo te sugeriría que si quieren que seas una marioneta y esto, en principio, no parece que pueda volverse contra ti, sígueles el juego y a ver cómo se desarrolla. Además, si los que manejan los hilos son gente de peso, mucho más te interesa tenerlos contentos, aunque esto no quiere decir que no estés alerta y preparado para salvar el pellejo. Ah, y por si acaso, no digas nada de lo del Sherpa y el chivatazo del proyecto Pañuelo Sucio.

-¿Y en cuanto a quemar todo el papel y no usarlo más, que harías? ¿Propondrías una alternativa o dejarías la decisión a los del Gobierno? -le pregunté- Ya te puedes imaginar lo que una cosa así puede representar para la humanidad.

-Esto es trabajo de ellos, y si es verdad lo que sospechas, seguro que ya tienen algo pensado; pero ten en cuenta, Manolo, que sea cual sea la solución siempre será menos que morir en un servicio con los pantalones bajados.

-Entonces ¿qué pasos me aconsejas?

-Que pidas que se constituya un gabinete de crisis con el presidente por cabeza.

-¡Jodeeeer! -exclamé impresionado.

-¡Que ya eres mayor, Manolo! y si eres capaz de templar las cuerdas de una mujer como Airón, qué no puedes hacer con un viejo estúpido.

-Pero es que este viejo estúpido tiene más poder que diez mil como yo.

-Te equivocas, mi querido Manolo, en este instante tienes tu más poder que diez mil como él. Ahora la supervivencia de la raza humana depende de ti.

-Será menos, D. Enrique, no te pases.

-La única razón por la que acepto que me he pasado, es porque sé que si no eres tú el que da la buena nueva como ángel anunciador, se buscarán a otro hombre de paja. Seguro que tienen otros preparados.

-Pero ¿quiénes son y qué buscan?

-Esto, apreciado Manolo, deberás descubrirlo. Pero piensa que como Ángel Salvador serás agasajado y mitificado. A lo mejor es más sensato sentarte a gozar del éxito que enfrentarte a alguien poderoso.

-Ya, pero ¿por qué? y ¿quiénes?

-Mal te veo, Manolo

-¿Me ayudarás?

-Cuenta con ello.

CAPÍTULO XIV: EL PRESIDENTE

-Según me han comunicado, Sr. Manolo Boada, tiene usted nuevas sobre la epidemia de muertes que asuela nuestro país y que, según mi Ministro de Seguridad Nacional, puede cambiar el mundo. ¿No exageras un poco? -e hizo un gesto pidiéndome permiso para tratarme de tú a tú, a lo que tuve que acceder. Y, la verdad, lo hice porque me había dado pena, allá arriba, creyéndose tan importante y pensando que demostraba algo al bajarse de su pedestal y tratarme de hombre a hombre.

-Usted mismo puede valorarlo.

-Por favor, háblame de tú, que aquí estamos para trabajar –lo sabia.

-De acuerdo, Presidente, tú mismo deducirás las consecuencias: Todo indica -continué- que el papel es el medio que utiliza nuestro indestructible asesino para transmitirse. Y creemos que también todo lo que lleve célula vegetal muerta, pero esto último está por confirmar.

-¡Dios mío!, pero esto quiere decir que millones de millones de libros, historiales, archivos antiguos, recuerdos históricos, pactos, escrituras de propiedades, dosier de investigaciones, documentos por clasificar...

-Cartas de antiguos amores, notas en un cajón, fotos de los hijos, de la boda, de los amigos de juventud, de aquellos años que no volverán... -aporté.

-Pases, informes secretos, presupuestos, planes de seguridad, planos, organigramas...

-Carpetas, folios, fotocopias, libros, almanaques, etc. y no empecemos con lo que está hecho con cartón -le dije.

-Entonces estás insinuando que, para asegurar la erradicación, debemos desinfectar todo ese papel. ¡Pero Manolo, no sabes qué estas diciendo!, esto quiere decir un trabajo de titanes.

-Ya, pero hasta este momento, no hemos encontrado el sistema para eliminar el parásito ni del papel ni de la víctima. O sea, que actualmente no hay posibilidad de inactivarlo si ya está instalado.

-¡Qué estás diciendo!, ¿que tenemos que quemar todo el papel del mundo?

-No necesariamente si se mantienen los viejos archivos en habitaciones aisladas y a las que sólo tenga acceso personal debidamente protegido.

-No puede ser, seguro que en algún sitio hay algo que lo pueda eliminar.

-No lo creo.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Porque -y me arriesgué contra la opinión de D. Enrique- me ha llegado un informe que demuestra que este parásito ha sido diseñado para fines militares. Esto quiere decir que lo hicieron muy a conciencia -y le expliqué con detalle lo de tirar fotos eróticas desde un helicóptero y todo eso.

-¿Y los americanos se han dejado escapar un bicho que puede hacer que todo el mundo les haga culpables de una crisis a nivel mundial? Y además, ¿alguien te lo cuenta para que lo vayas diciendo por ahí?. No me lo creo.

Y pidió a un tipo enclenque, pero con mirada inquietante, que se encargara de saber más sobre el proyecto Pañuelo Sucio y que preguntara a los Waynes si se les había escapado algo últimamente.

Confieso que me dio pena, no tenía que ser tarea fácil el encerrar todo el soporte no verbal en que las civilizaciones occidentales se han basado para comunicarse durante trece siglos y, a la vez, prohibir el uso de ese emplaste de celulosa en el futuro.

-Suerte que –añadió- existe la informática y esto puede solucionar parcialmente el caos que tu descubrimiento ocasionará.

-Pensaba -le dije- que esto no sería posible hasta que alguno de los litigantes, o bien las empresas o el Gobierno Internacional, dieran el brazo a torcer.

-Estás en lo cierto, Manolo, pero, y esto aún no lo sabes porque se difundirá en prensa mañana, la empresa de Software más poderosa y el Gobierno Internacional han suavizado las diferencias y parece que se podrá, al fin, crear un sistema informático de manejo de la información estándar.

-¿Y no le parece sospechoso tanta casualidad? -le pregunté en un arrebato de valentía.

-Aparentemente sí, si hubiera sido de improvisto. Pero en ciertos círculos del poder ya se sabía que se estaban puliendo diferencias desde hacía unos años, y que ahora se podía llegar a pactos concluyentes.

-Además -prosiguió- ¿qué beneficio podrían sacar de poner a toda la raza humana en crisis para suprimir el uso del papel, si con este acuerdo que te he contado ya se llegará, de una forma menos traumática, al mismo final? No Manolo, no creo que esto sea la herramienta de una estrategia comercial, sino que más bien, parece obra de un demente o de un error fortuito.

-Otra cosa, Presidente, hasta ahora hemos descubierto el ciclo vital del parásito que nos permitirá cortar la escalada de contagios, pero, para encontrar el remedio definitivo, necesitamos la ayuda de expertos bioquímicos celulares y un laboratorio especializado.

-No hay problema -me contestó-. Vosotros debéis terminar vuestro excelente trabajo de campo y descubrir si existen otros substratos que utilice el parásito para transmitirse. En cuanto a descubrir un fármaco eficaz que lo elimine, ya que se trata de un tema de ámbito mundial y con una de las naciones más poderosa en entredicho: es el Gobierno Internacional el que encargará a los mejores centros de investigación que lo intenten. Dicho de otra manera, vuestro trabajo acaba cuando conozcamos qué costumbres tiene.

-Pero, Presidente, por lo menos uno de nosotros debería seguir en colaboración con las investigaciones.

-Por mi experiencia en casos similares, seguro que la decisión del Gobierno Internacional será de descargaros totalmente de cualquier peso que pueda llevar la investigación a partir de ese punto. Pero si lo crees necesario, ya les comunicaré la decisión que he tomado de que uno de los tuyos continúe con las investigaciones como asesor.

Con el encargo de que siguiera investigando por si podía descubrir alguna alternativa a la gran quemada y determinar la magnitud exacta de la tragedia, muy sutilmente hizo un gesto para que un fiel besamanos me indicara el camino hacia la puerta.

Al salir, el reportero de La Verdad me asaltó en plena calle para pedirme respuestas. Evidentemente no podía contarle todo y menos a él; así que estuve tentado de explicarle la teoría que elaboré hace unos días en la ducha, por si acaso fallaba el proceso racional que seguíamos para descubrir a nuestro asesino, y que bauticé como la del virus tímido.

Esta hipótesis dice que, desde tiempos inmemoriales, el hombre ha sido afectado por un virus que reside en sus neuronas, pero que no se atreve a manifestarse debido a su timidez. Lo curioso es que es así porque las descargas que emite el cerebro de su huésped en el transcurso de un día normal le imponen tal respeto que anula su vocación asesina. Pero, con la introducción de la realidad virtual, el hombre no sólo obtiene de su vida cotidiana los impulsos que hacen funcionar sus sinapsis neuronales, sino que puede mantener un nivel mucho más alto de excitación emocional o sexual, según las apetencias de cada uno, con enchufar el aparatito. Esto ha hecho que se multiplicara por

tres el grado de actividad frenética de las neuronas y esto, también, ha provocado que los virus tímidos tocaran fondo y se hartaran de ser tan poco atrevidos, dando rienda suelta a su vocación frustrada.

Estaba valorando si endosarle al periodista de La Verdad esta historia cuando me acordé de que en su profesión se acostumbraba a llevar alguna grabadora escondida para evitar lo que precisamente quería hacer yo. Así que desestimé mi pequeña venganza y le expliqué que ya no estaba en mis manos y que próximamente se daría una rueda de prensa.

Dado que esto podía volver a ocurrir y que mi presencia en las calles provocaba reacciones de todo tipo, algunas no muy apasionadas, decidí ir directamente a casa y llamar a Airón.

No fue necesario, ya que nada más entrar me vinieron a recibir Otón con su saltito y Airón con su besito

-Una de cal y otra de arena -pensé.

Y con el alma dolorida por mis partes inferiores y exaltada por mis partes superiores, hice repasar por D. Enrique y Michael todos los aparatos del apartamento, buscando alguna otra cámara o un micro, ya que era demasiada coincidencia que al descubrir el medio que utilizaba el parásito para contagiar a sus huéspedes, llegase el fichero explicando el proyecto Pañuelo Sucio y, por tanto, la confirmación de nuestras suposiciones. Miramos por todos los rincones y, cuando estuvimos seguros de que no había nada excepto la cámara que dejamos funcionando en la despensa, nos reunimos todo el equipo.

-Probablemente fuera cosa del azar -dijo Michael.

-Otro misterio a resolver –dije, ya harto de tanto peliculón.

Entonces le conté a todo el grupo la entrevista con el presidente. Únicamente D. Enrique puso mala cara cuando oyó que le había soltado lo del proyecto Pañuelo Sucio, pero relajó su semblante cuando comenté que de la operación Ave Fénix no había abierto boca, ejemplo que aconsejaba seguir a todos los presentes ya que algo me decía que había más tela de lo que parecía.

-Por cierto, Michael, ¿has podido encontrar algo al respecto?

-Nada de nada, Manolo.

-Yo tengo algo -dijo D. Enrique- Hoy he vuelto a recibir otro mensaje de mi difunto contacto americano en mi antigua dirección electrónica y que, por lo que se ve, ya que era un fichero visual, no está tan muerto como decían.

-Como Airón -dijo Vacunillas Pepe, que aún tenía reciente el recuerdo del pasmo que sufrió cuando se cruzó con la supuesta difunta por el pasillo.

-O también podría ser que estuviera pregrabado y que realmente su cuerpo se haya convertido en humo -continuó D. Enrique-. Pero en todo caso lo importante era el contenido, que decía algo así:

"Me han cortado las alas antes de descubrir al mundo la atrocidad que han planeado. Pero otros lo harán por mí. Ándate con cuidado, hay gente muy importante detrás de esta barbaridad".

Como no entendimos nada, les conté la noticia de que habían llegado a un acuerdo la mayor productora de software y el Gobierno Internacional para difundir un estándar de comunicación, decisión que celebró Michael con un gruñido.

-Cuando el agua suena... -aportó Cojonazos.

Y entonces repetí las explicaciones en contra de la hipótesis de que hubiera sido una maniobra comercial.

-¿Y los otros productores de software? ¿Y los miles de usuarios de los otros sistemas?, ¿qué pasará con ellos? -preguntó Michael.

-Creo que la respuesta la tendremos en los próximos días -comenté-, pero en todo caso nuestro trabajo ha terminado excepto para Vacunillas, que seguirá investigando.

-Pues vaya qué bien -rechistó el interesado.

-No te quejes, que he conseguido que te nombre asesor del futuro grupo especializado en bioquímica que será el encargado de estudiar cómo actúa el parásito a nivel celular. A partir de ahora, de ellos dependerá encontrar el tratamiento, ya que no disponemos ni de la tecnología ni de los conocimientos que requiere esta especialidad. Nosotros hemos descubierto que no hay terapia eficaz y que el único medio que tenemos a nuestro alcance en la lucha contra él, es romperle el ciclo vital destruyendo el medio de transmisión que utiliza. De esta manera, y a medio plazo, como no existirá celulosa para que el parásito pueda utilizarla como soporte transmisor entre los humanos, esperemos que no haya nuevos casos y se logre erradicar. Además, debemos tener en cuenta que existe la posibilidad de que estos bioquímicos celulares encuentren el medicamento adecuado. Pero, en cualquier caso y por ahora, el Vacunillas debe seguir trabajando hasta detallar exactamente la vía de contagio.

Y en lo referente a los otros, como la investigación ha entrado en un punto muerto en espera de acontecimientos y seguro que deseáis unos días de descanso, podéis iros con la condición de que estéis localizables, ya que no sabemos cómo se nos puede torcer el tema. Y recordad que debéis eliminar cualquier rastro de papel de vuestras casas

Después de recoger todo el equipo y que cada uno se despidiera con inequívocos gestos de alegría por estas pequeñas vacaciones inesperadas, pedí a Marmitón que me acompañara y le dije:

-Debo agradecerte todo el apoyo que has dado en la investigación y, sin que ello quiera decir que anulamos el trato referente a las mensualidades gratis que tenemos tú y yo, me gustaría que aceptases el cobro de la misma minuta que reciben los otros, así como seguir contando con tu ayuda.

Nunca había visto a un hombre ya mayor llorando de esa manera. Entre sollozo y sollozo logré entender que reaccionaba así porque era una manifestación de la alegría que su ego más interno sentía y que emergía a la superficie de su carácter con textura acuosa. También me pareció entender algo sobre que la frustración que se iba implantando en su vida por el hecho de sólo dedicar el tiempo a entretenerlo y no a trabajar en algo con alguna finalidad, hacía que desarrollara neurosis depresivas de grado medio y que estos días habían sido una terapia reconstructiva de valor incalculable. Entonces terminó con un:

-Si no sigues contando conmigo, soy capaz de aplicarte mis más recientes descubrimientos en materia de guerra psicológica obtenidos gracias a la experiencia de D. Enrique.

Además de anotar mentalmente que debía sugerir al exespía que no facilitara ideas a Marmitón, le di un fuerte apretón de manos y le aseguré que antes morir que sufrir sus represalias.

-¡Al fin solo¡ -pensé cuando se hubieron ido todos-, pero la verdad es que no quería estarlo y busqué a Airón por el apartamento. Cuando ya me disponía a salir a la calle para perseguirla camino de su apacible pueblo, me di cuenta de que Otón tampoco revoloteaba entre mis pies. Desesperado, me puse a llamarlo temiendo que hubiera decidido que una mujer y veterinaria sería mejor compañera que un hombre e investigador privado.

Para alivio mío, oí sus ladridos, que venían de mi habitación, entré en ella y frente a mí, como cuando abres una foto en el ordenador, apareció Airón dentro de la cama cubierta hasta el cuello con la sábana y asomando una sutil y elegante tarjeta de invitación en su mirada. No me hice de rogar y después de convencer a Otón para que saliera, cosa poco fácil ya que le tengo por un "voyeur" consagrado, me fui acercando a ella. No pude terminar el trayecto porque lo que mostró Airón al apartar la sábana de su cuerpo con lentitud, recreándose en los edificios más interesantes, hicieron que la ruta turística que me ofrecía inmovilizara toda reacción por mi parte. Pero, como era de esperar, los que cambiaron su estado fueron mis atributos, que trazaron una línea vertical desde el suelo hasta el techo con una total sincronización a las distintas paradas que ella iba realizando para deleite mío. Sólo cuando llegamos al centro de convenciones me di cuenta de que lo cubría la misma prenda que me había regalado cuando nos conocimos; y con voz suave me dijo:

-¿Por qué no terminas el trabajo?

No hay frase que me guste más, así que sin dar tiempo a que mi mente pudiera elaborar algún pensamiento elemental, entreabrí la sensual puerta de encaje de ese último edificio y metí la cabeza para ver, oír, oler y degustar cualquier olor, textura, reacción, vibración, sonido y gusto que pudiera haber en sus estancias.

No me acuerdo de nada más, únicamente sé que después de estar disfrutando de la visita, ella me arrancó de la sala que inspeccionaba con deleite en ese momento para que prosiguiera mi recorrido a los otros edificantes puntos de interés. He de decir que el arquitecto que los diseñó utilizó uno de los materiales más cálidos e interactivos a mi contacto que nunca he sentido. Todas esas monumentales construcciones se elevaban, retorcían y explotaban a cualquier roce con mi piel. De hecho, era una hermosa, sensual y deseosa demostración del arte de edificar una perfecta ciudad de placer.

Me es difícil comparar la sensación que noté al desaparecer mi exaltado apéndice en su atrayente y cálido interior, con alguna impresión que se pueda percibir en una visita turística a una urbe. Sólo se me ocurre imaginar que podría ser parecido a que una de las callejuelas cobrara vida a mi paso para absorberme en un excitante torbellino de placentera presión, terminando la experiencia con una regurgitación explosiva de volúmenes y luminosos espacios llenos de sensaciones.

Lo que sí puedo equiparar fácilmente fue la sensación de ensueño y placentero descanso que me invadió una vez acabada la visita. Es como si el último y explosivo palacio admirado diera paso a un tiempo de relax en una terraza hecha de cálida tarima al borde de un acantilado y con una tranquila puesta de sol en el horizonte. Todo un final para un inolvidable día.

También es justo decir que como me gustó tanto, repetí dos o tres veces más, descubriendo nuevas rutas con edificios dignos de ser explorados, habitación por habitación, en la portentosa ciudad llamada Airón.

CAPÍTULO XV: MIÉRCOLES

Al día siguiente nos levantamos pronto y rápidamente, casi sin dar tiempo a vivir aquella situación estúpida de no saber bien qué papel representar después de la primera noche compartida enteramente. Conectamos el televisor para conocer las noticias que traían los periódicos. Primero visualizamos las páginas de El Imparcial y, para sorpresa nuestra, los titulares que aparecieron fueron los siguientes:

"El Gobierno Internacional absorbe ROOMSOFT"

En el texto que seguía se explicaba que, como ya todos conocíamos, Roomsoft era la más importante empresa de software y que, con esta acción, el gobierno rompía la política de privatizaciones y convertía a una compañía privada en pública para el bien de la humanidad. También explicaba que, con este pacto, se llegaba al final de una lucha casi centenaria en búsqueda del software estándar para que todos los ciudadanos del mundo pudieran utilizar un mismo lenguaje informático de comunicación, sin problemas de compatibilidades entre sistemas. Y seguía relatando todas las ventajas de lo que ya llamaban "La nueva era del estándar".

Pero nada aparecía de los últimos descubrimientos sobre el parásito. Cambié de periódico y fui directamente a La verdad, por si por lo menos ellos decían algo. Pero en éste tampoco decían nada. Eso sí, como era de esperar, su titular tenía grandes dosis de agresividad:

"El Gobierno Internacional monopoliza el software"

Y aclaraba lo de la absorción, haciendo énfasis en la competencia desleal que con esta decisión estaba haciendo respecto a las otras empresas de soft y, además, apostillaba que este acuerdo sería el fin para ellas. También tachaba al Gobierno Internacional de ejercer la dictadura y aseguraba, que después de tantos años sin tener un sistema común de transmisión de la información, la imposición de un sistema frente a otros era un acto de abuso de autoridad. Incluso pronosticaban un largo y penoso pleito legal con las otras empresas y usuarios.

Me pasé a Al Filo de la Noticia. En este medio explicaban lo que era el Gobierno Internacional, qué finalidades tenia y que estaba formado por representantes de todos los países del mundo. También describía la afortunada trayectoria que había seguido para preservar el bienestar de los habitantes del planeta y cómo se había llegado a un nivel de sanidad y de vida aceptable en todos los países. Comentaban, también, cómo su intercesión en los conflictos bélicos hizo que reinase la paz en el mundo y cómo una de las principales metas de dicho organismo era la lucha para preservar la naturaleza. Terminando el reportaje con una equiparación al amigo comprensivo que se preocupa por todos nosotros.

Como podéis imaginar este periódico estaba en manos del Gobierno Nacional y, por lo tanto, del Internacional.

Pero lo más grave era que a cada minuto que pasaba iba aumentado el número de muertes y que, si no se difundía pronto lo del papel, habría muchos más contaminados. Así que llamé indignado al Presidente. Me contestó el tipo enclenque pero con mirada inquietante del otro día, para, con muy buenas palabras, decirme que el Presidente gustosamente hablaría conmigo, pero que ahora le era absolutamente imposible y que si tenía alguna novedad que él se la transmitiría inmediatamente. Le pregunté por qué no

se había difundido lo del papel, recalcándole que no olvidase que todo hombre contaminado quería decir, inequívocamente, otra víctima del parásito.

Él, con la flema típica de quien tiene como profesión llevar la mentalidad del jugador de póker, me contestó que estaban preparando la estrategia y que dependían de que yo les dijera qué otros materiales podían transmitirlo, que el presidente había halagado mi trabajo y que me tenía en gran estima.

-Ahora resulta que todo depende de mí -le dije a Airón después de desconectar-. Si tenemos en cuenta que se instalaron las cámaras en mi apartamento antes de que saliera a la luz la enfermedad y que nuestro grupo había estado seleccionado de antemano, según el jefe de policía, así como lo del confidente autobautizado como Sherpa y su oportuno fichero explicando el proyecto Pañuelo Sucio y no hablemos de la enigmática operación Ave Fénix. Creo que nada depende de mí, que todo está muy bien planeado y que soy una marioneta en manos de alguien más poderoso que el Presidente.

Llamé a Vacunillas y me contestó que aún no había tenido tiempo de sacar conclusiones definitivas y que le daba miedo adelantar unos hechos que no estaban completamente demostrados. Me aseguró que al día siguiente tendría las respuestas que pedía.

De pronto me encontré a mí mismo mirándome como si otro yo estuviera enfrente de mí y observara cómo me debatía, por una parte, en si debía tener remordimientos o no por no hacer nada respecto al parásito, y por otra, si tenía que hacer realmente algo o no.

Por muy profundo que esto fuera, lo curioso del caso es que también se me ocurrió cuestionarme, en ese mismo instante, si el momento en que estaba requería que me comportase como un bobo enamorado o si lo mejor era que intentara aparentar que la situación de estar junto a Airón después de una noche de intercambio de fluidos, ya formaba parte de una normalidad que sólo se consigue con los años de convivencia.

Una vez un amigo me dijo que lo primero que debes hacer, en un amor recién estrenado, es romper el hielo con algo que forme parte de la faceta menos agradable de un matrimonio; de esta manera, se consigue envolver la situación extraordinaria del momento de una atmósfera de extraordinaria cotidaniedad.

Mi opinión sobre esta teoría no es muy entusiasta, ya que creo que estar sentado junto a Airón y descansar de mis gases inferiores no es la mejor estrategia para romper el hielo y unir a una pareja. Así que decidí probar otro sistema y se me ocurrió recrear una situación fácilmente predecible en un matrimonio con hijos. Así le dije con expresión muy seria:

-Creo, Airón, que nuestro hijo ha descubierto que hay otros sistemas más gratificantes de disminuir el tamaño de eso que le cuelga que sentarse a esperar a que se le pase.

La cara con que miró y el silencio que se estableció me dio miedo de que mi estrategia no funcionara como yo esperaba. La verdad es que requiere cierto grado de absurda imaginación.

-Bien, mi amor -me respondió de repente- ¿qué piensas hacer?

Maravilloso, lo estaba cogiendo.

-Creo que antes de que se haga daño debo explicarle ciertas técnicas como las que aprendí de Biscúter.

-¿Biscúter?

-Sí, Biscúter. ¿No lo conoces?

-¡No!

-Es el ayudante de otro investigador, pero esto es otra historia.

-¿Y el método que este Biscúter utilizaba?

-Él decía que si ponía su mano derecha debajo de sus posaderas el tiempo suficiente, lograba que se le durmiera de tal forma que parecía que fuera otra persona quien estaba jugando entre sus piernas.

-¿Y esto se lo explicarías a un hijo tuyo? -me preguntó con cierta segunda intención.

-Si prefiere volver al sistema natural y dejarse de realidades virtuales ¿por qué no? Es una alternativa y la creo mejor que optar por una postura exclusivamente receptiva. Todo lo que le sirva para desarrollar su imaginación, le hará más independiente.

-¿Y con la mano en ese estado puede sujetar suficientemente el eso para conseguir su cometido?

-Pues no lo sé, pero cuando se nos envuelven las neuronas de una fina y terca tela hecha de deseo de sexo, no sabes de lo que somos capaces.

-¿De tanto?

-¡De tanto!

Y nos quedamos un rato en silencio hasta que me preguntó acerca del estado de mis células cerebrales, a lo que le respondí que las cubría un tupido velo y que necesitaba urgentemente ayuda para liberarlas.

Lo que pasó el resto de la mañana, y debéis perdonar la expresión, pero creo que lo comprenderéis perfectamente, es privado.

Al mediodía, y para descansar de tanto despegar tela neuronal, que, por cierto, era más extensa y estaba más enganchada de lo que yo imaginaba, le expliqué mis preferencias gastronómicas y específicamente la gran devoción que proceso a las patatas de churrero. No entendí mucho, por una parte, la objeción que ella dio a mi dieta y, por otra, aquello que dijo sobre sus amplias posibilidades de mejora.

-Arroz blanco con un huevo frito -exclamé, ya que sólo este manjar se me antoja mejor que los cortes de tubérculo.

Esta exquisitez le pareció más adecuada y estuvo de acuerdo conmigo que mis apetencias gastronómicas eran "diferentes", pero no terminó de estar convencida de que mi paladar fuera tan exquisito como yo alardeaba. Y aún no sé por qué, si me considero un aficionado avanzado en cuestión de vinos.

Estábamos en ello cuando sonó el comunicador y:

-Manolo, querido amigo. Le conté a mi mujer que tú habías descubierto que era en realidad un hombre y desde entonces dice que ya no hay por qué esconderlo y quiere renovar todo su vestuario para salir a la calle luciendo imagen masculina. Esto quiere decir que usará demasiado mi tarjeta y que yo tendré que asumir mi condición de homosexual.

-Pero, Mariano, ¿después de tantos años de matrimonio aún no lo has hecho?

-Sí, pero era diferente, ya que para todo el mundo yo figuraba como el marido de una exquisita mujer y, por lo tanto, un heterosexual con éxito. Esto que al principio era un juego, al final ha terminado siendo una verdad para mí y ahora me encuentro demasiado viejo para asumir mi nueva condición.

-¿Y la condición de bisexual te sería tan costosa?

-La mitad menos.

-Pues entonces pídele que algunos días salga vestido de mujer y otros de hombre, así ahorras dinero y te será más llevadero el cambio.

-¡Manolo, eres un genio! Por cierto, hoy me han contado no sé qué de un parásito y que tú estabas por medio ¿te suena algo?

-Algo me suena, Mariano, no te inquietes que es poca cosa, lo único que no debes es tocar ningún papel.

-¿Papeles? ¡No entiendo nada!, aunque mejor que no me lo expliques. Y referente a lo de mi media mujer ¿lo has contado a mucha gente?.

-A nadie, ni pienso hacerlo.

-Mejor, así será una sorpresa y me convertiré en el personaje del año.

Y colgó. Realmente Mariano Fernández el Bipelma era un tipo peculiar, de aquellos que se te cuelgan al cuello y no los descuelgas por miedo a aburrirte.

El resto de la tarde y noche lo dedicamos teóricamente a aliviar mis neuronas. Y digo lo de en teoría porque después del tercer o cuarto encuentro, la tela que me las envolvía se había vuelto translúcida y ya me dejaba pensar en otras cosas. Pero, por lo que pude sentir en mis carnes, ella no era de la misma opinión y aprovechó muy eficazmente la excusa textil para no darme tregua. Tuve que mentalizarme que éste no sería un paseo descansado, sino más bien una maratón para la que no estaba preparado.

Aún me cuestiono quién era el que tenía más revestimiento, o si el que envolvía a las de Airón era de textura más fina pero mucho más difícil de eliminar que el mío. Sólo sé con certeza que cuando llegué a la meta estaba casi en coma y que logré finalizar una proeza de tal envergadura para un aficionado como yo, gracias a seguir a ciegas la máxima de John Wayne: ¡Antes morir que dejarse vencer! Aunque es una actitud que no la aconsejo a nadie ya que casi dejé todo mi árbol genealógico en ello.

CAPÍTULO XVI: JUEVES

Al levantarme fui directamente al televisor y tampoco apareció nada acerca de los últimos descubrimientos. Pero lo que sí ocupaba la primera página de todos los periódicos y de los programas televisivos, era la reacción de los otros productores de software y de sus asociaciones de usuarios.

El Imparcial informaba de que se habían unido en una sola noche todos los otros sistemas informáticos y a primera hora de la mañana habían presentado una denuncia por monopolio y competencia desleal contra el Gobierno Internacional por su reciente adquisición. También en La Verdad dedicaban toda una sección a las opiniones de los usuarios, tanto de los partidarios del sistema que defendían Roomsoft como de los otros. De hecho, existían opiniones para todos los gustos. Unos declaraban que si tenían que cambiar el suministrador de software y todos los programas a los que estaban acostumbrados, alguien debería pagar daños y perjuicios. Otros, que ya era hora de que esto se hiciera y que de esta manera ampliaban su red de comunicaciones. Muchos aseguraban que, si querían que cambiase de software, tendría que ser su suministrador quien acogiera el sistema de Roomsoft, porque ellos no pensaban mover ni un dedo.

Pero lo que realmente contaba eran las denuncias y éstas, por lo que leí, se habían cursado muchas y por muchos motivos. La más poderosa era la de antimonopolio puesta por la recién creada asociación de software internacional y que venía respaldada por los miles de trabajadores que dependían económicamente de las empresas litigantes. Se quejaban de que poseían una gran red de máquinas que suministraban a los usuarios el acceso a los programas en sus terminales personales. Un cambio de estas dimensiones quería decir que sobraba hardware y en zonas donde antes coexistían varios centros de suministro de software de sistemas diferentes, ahora sería innecesario y con un solo punto de servicio había suficiente para cubrir todas las necesidades.

Sólo un periódico, el de Al Filo de la Noticia, abría una puerta a la posibilidad de que Roomsoft se ampliaría y que absorbería a los programadores de los otros sistemas, así como que este software sería de difusión gratuita y actualizado a cargo del gobierno.

El ambiente estaba realmente ardiendo, pero no me podía quitar de la cabeza que si no se frenaba al parásito, no habría usuarios y que, por lo tanto, era igual el sistema que se utilizara. Es curioso cómo el software saltó a primera página, supongo que la infestación ya llevaba demasiado tiempo ocupándola y los índices de audiencia habían disminuido. Pero no logro entender que si el caos reinante en las calles existía, que si cualquier ciudadano conocía, por lo menos, a un muerto ¿cómo es que les importaba más el asunto del software que su propia vida? Supongo que la respuesta está en que de desgracias y muertes van llenas las noticias y nuestra capacidad de ser impresionables ha terminado siendo muy baja. Además, casi siempre cualquier tragedia termina con un mutis informativo por el forro y, por lo tanto, se difumina el horror en el olvido y crea la impresión de que nada es cierto o que todo se soluciona. También influye que la medicina ha avanzado una barbaridad y casi cualquier mal se puede curar, apaciguando el temor a la muerte, además, si todo falla, siempre existe el razonamiento de "a mí no me tocará".

Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que si sale un conflicto más real que la muerte, como es el grave problema del software que hace temblar este enramado artificial que es la informática y su implicación en el día a día, pues, que la posibilidad de la aniquilación la humanidad quede en segundo plano.

Pero a mí me molestaba especialmente esta docilidad frente a la diosa información y por esto decidí llamar al esbirro del Presidente, mi apreciado tipo enclenque pero con mirada inquietante. Un segundo besamanos me dio largas alegando que el señor inquietante estaba en una reunión por la crisis del software, pero que había dejado dicho que si llamaba yo que me transmitieran que también estaban en ello y que si tenía algo nuevo que se lo comunicara. También aseguró, otra vez, que el Presidente me tenía en mucha estima y que había halagado mi trabajo.

Ya empezaba a estar bastante mosqueado con tanto darme lustre, así que decidí llamar al periódico Imparcial. Me pasaron con el redactor de turno, que, inmediatamente después de presentarme, me pasó con su jefe. Éste, sin darme tiempo a que dijera algo, me comunicó que mi identificación telefónica no coincidía con el registro de mi voz que él tenía y que mi imagen podía ser imitada y que, por lo tanto, no podía asegurar que yo era yo y, por consiguiente, no debía escuchar, en honor a la verdad, una información que podía ser falsa.

Le repliqué que también mi voz podía ser imitada, pero me contestó que si ni en esto pasaba el filtro de identificación, no valía la pena proseguir con los otros sistemas de seguridad. Entonces le propuse vernos y me dijo que tampoco era posible porque habían sucedido casos en que, al enviar un periodista a entrevistarse con un sujeto no identificado, había puesto en peligro su vida y que, claro está, esto no pensaba hacerlo. Así que le dije que me presentaría en la redacción, a lo que no puso reparos.

-Quién puede ser el hijo de su madre que ha distorsionado mi voz -grité.

Aunque era fácil adivinarlo, sólo un organismo oficial tenía acceso a manipular mis comunicaciones. Activé la búsqueda de posibles intrusos en mi teléfono y no detectó nada, ya que sólo se cambiaba la voz y esto resultaba ser no identificable.

Le expliqué el tema a Airón y me dispuse a salir cuando me di cuenta de que había un "dos metros y músculos de acero" en mi puerta que no me lo permitió por orden de la presidencia. Aunque intenté argumentar estupideces como el derecho a la libertad, etc., él persistió de tal manera que no tuve más remedio que volver a entrar.

Algo tenía que hacer, así que me fui directamente a la despensa y después de levantarle un dedo a la cámara que habíamos dejado activa por si acaso era necesaria, me puse a hablarle muy flojito, muy flojito y, cuando consideré qué estarían intentando entender lo que decía, tiré con todas mis fuerzas mi penúltimo teléfono explosivo para ver si el estruendo destrozaba algún circuito o, por lo menos, causaba alguna molestia auditiva al pobre espía que no tenía culpa de nada. Lo siento por el mencionado, pero en ese momento no estaba para escrúpulos y esta acción me dejó más relajado.

Intenté llamar a los otros medios de comunicación y hasta a mi amigo el jefe de la policía. En todas esta llamadas recibí la misma historia del sujeto no identificado. Estaba aislado y aunque a Airón no le pareció mal la idea, a mí me exacerbaba mucho.

Fue entonces cuando me acordé de Vacunillas y también intenté llamarlo, aunque esta vez, curiosamente, no hubo ningún problema. Estuve pensando si merecía la pena pedirle que se comunicara con los periódicos, pero si se habían tomado las molestias de impedir que yo lo hiciera, qué no harían con mi amigo. Así que decidí no meterlo en líos y dejar pasar el tiempo.

-Jefe, tengo malas noticias, nuestras más pesimistas suposiciones son ciertas. El parásito utiliza la celulosa como soporte para refugiarse y aguantar las condiciones ambientales de fuera del cuerpo humano en espera de que un nuevo huésped lo recoja con los dedos y que, por casualidad, se lo introduzca en la boca, se lo coma o entre directamente por vía respiratoria que es donde finalmente se hospeda. Pero contrariamente a lo que pensaba, aunque toda molécula de celulosa le sirve, este asesino

se muere si a la membrana a la que quiere agarrarse forma parte de una célula vegetal activa, o sea, que tenga sus orgánulos citoplasmáticos funcionando. Por lo poco que he podido investigar con los medios de que dispongo, creo que la sustancia responsable de matar al parásito es alguna relacionada con la actividad de los plastos celulares. Pero en cualquier caso, esto nos indica que la lechuga verde, el tomate rojo o la zanahoria color zanahoria, no pueden transmitirlo, aunque desde el cartón hasta los muebles pueden estar contaminados.

Entonces caí en la cuenta.

-¿Y las patatas? -pregunté angustiado.

-Pues no lo sé seguro, pero me parece que no y menos si están fritas. Se tendrá que investigar.

-Pero la mesa que tengo delante -dije retomando la cordura- ¿puede ser el vehículo de transmisión?

-Esto depende de si tiene alguna película protectora como el barniz. Si es afirmativo no hay problema, pero si es negativo ves con cuidado, ya que esto quiere decir que también puede almacenar el parásito.

Después de observarla detenidamente, pero a cierta distancia para intentar esclarecer si tenía esa maravillosa capa o no, se me ocurrió que casi todos los muebles la tienen y que esto no provocaría ningún inconveniente, a lo que me respondió a mi consideración con:

-Tienes razón, pero no es el caso para los que los fabrican y por tanto la profesión de carpintero, así como las industrias de tratamiento de la madera serán, en un futuro, actividades de alto riesgo. Por todo ello te aconsejo que compres todos los muebles de madera tratada que encuentres porque en pocos años, estos serán más buscados que los diamantes naturales.

-Por suerte -pensé- los libros están casi todos en formato virtual, el cual te permite leerlos mediante los microvisualizadores como si realmente tuvieras una página de papel en las manos, evitando de esta manera, problemas de salud debidos a la iluminación inadecuada o a la postura corporal.

De pronto, y como una premonición pavorosa, se presentó frente a mí una tragedia superior a no poder usar muebles o a no garabatear notas en un papel o a no saborear nunca más una buena dosis de patatas de churrero blandas y por eso se lo pregunté. Él, en pleno estado de shock al darse cuenta de la gravedad del asunto, contestó:

-Sí, Manolo, también.

Mi estado de ánimo decayó a los más oscuros rincones de la depresión.

-Moral, Manolo, que siempre pueden utilizar saboreantes que le den el aroma y el sabor parecido.

-Pero nunca podran igualarlo ¡Una de las pocas cosas que aún poseen el sabor de la tierra y ahora se convertirá en un placer sólo accesible para muy pocos!

Sí, mi estimado lector, aunque el vino no tiene celulosa en su composición, como que para conseguir que envejezca con orgullo necesita madera, esto provocó que las bodegas también fueran consideradas centros de alto riesgo. Irremediablemente esta situación desembocó en el final de una cultura milenaria de masas.

-Pero, Manolo, que siempre te queda el del año.

-¿Y esto me lo dices tú? -le repliqué- que cuando éramos jóvenes nos gastamos más de la mitad de nuestro primer sueldo en saborear gran reservas. Te acuerdas cómo gozamos de las sensaciones de un Cabernet del 98 o de aquel excelente Tempranillo de esta misma inmejorable cosecha. Momentos inolvidables que desaparecerán para siempre.

-¿No hay alternativa a las barricas de roble? -me preguntó angustiado.

-No, Vacunillas, que no sea madera, no.

-¿Sabes qué?, que de lo perdido sácale lo que puedas.

-¿Y?

-Que voy a comprar toda botella de tinto envejecido que encuentre. Esto será oro líquido dentro de muy poco.

Realmente era verdad, y después de llamar al Presidente y contar a algún besamanos este último y desgraciado hallazgo de las nuevas apetencias del parásito y de la línea de investigación que se había abierto con lo de los plastos, le rogué que se lo comunicara. Inmediatamente después conecté con todas las bodegas para invertir en vino la tercera parte de mis ahorros. Y fue gracias a esta operación que se confirmó la sospecha de que este embrollo se conocía de antemano y, por lo tanto, fue premeditado y no precisamente por un loco.

Resulta que alguien había comprado una buena parte de las botellas de las bodegas con caldos más cotizados, así que, después de adquirir las que podía o mi presupuesto daba opción, llamé a Cojonazos para explicarle lo de la madera y para que metiera la nariz e investigara quién era el comprador.

-Aparte de no dejarme gozar de mis vacaciones, ¿has dejado alguna botella para los amigos? -me preguntó con su acostumbrada e inquisitiva inteligencia.

-Alguna, pero pocas -le contesté y desconectamos.

Después de contar todo el asunto al resto del equipo y que, supongo que, cada uno intentaría hacer su agosto, no se me ocurrió qué más podía hacer. Mi mirada se cruzó con Airón que, sentada frente a mí y con un inconsciente movimiento de abanico en sus rodillas, consiguió dirigir mi atención hacia la confluencia de ambas. Con un movimiento del cuello intenté acceder a un ángulo de visión más prometedor y, poco a poco, fui contorsionando el cuerpo hasta que me miró sorprendida. Creo que entendió inmediatamente mis intenciones ya que sin mediar palabra se levantó y con descaro deslizó su ropa interior piernas abajo, volviendo a sentarse en la misma posición de antes.

Como si nada hubiera ocurrido, reemprendió el rítmico movimiento anterior en sus rodillas con, cada vez, más obertura y por lo tanto, campo de visión. Aunque había buena predisposición por su parte, mi situación era desfavorable, así que torciendo, torciendo, terminé en el suelo. Ella apartó la mirada del libro informatizado que leía cuando oyó el golpe, y sin inmutarse se volvió a levantar, pero no para acostarse a mi lado o sentarse encima de mis partes aprovechando mi postura estirada, sino para situar ambas piernas a cada lado de mi cabeza favoreciendo, de esta manera, la total contemplación de lo que estaba intentando ver segundos antes. Lentamente aprecié cómo aquel amasijo de sedosa materia se iba acercando a mi cara, hasta que pude percibir en todos mis sentidos su presencia. Yo, consciente que mi futuro estaba en juego, quise asegurar que realizaba una buena degustación acorde con la calidad del producto, así que le dediqué más tiempo de lo estipulado. Airón agradeció mi esmero en la cata aplaudiendo con un temblor convulsivo acompañado de extraños sonidos guturales, poco corrientes, y menos aconsejables en el caso de que hubiera estado sentada en una terraza tomando un café. Todo ello me indicó que realizaba un buen trabajo y, animado, le dediqué más empeño. "Una labor agradecida siempre es de mejor continuar que una ignorada", afirmé mientras estaba en ello.

Airón no tardó demasiado en inclinar su cuerpo y apoderarse de mis atributos inferiores. Por lo que pude apreciar, dominaba perfectamente el sutil arte de degustar un buen Tempranillo viejo como el mío, modestia a parte, aunque en este caso, apuró la

botella por completo con una rapidez sorprendente tanto para ella como para el recipiente, o sea yo.

Y así pasamos el resto del día, maridando sabores y texturas distintas.

CAPÍTULO XVII: VIERNES

Recuerdo que me desperté en medio de una pesadilla en la que un parásito, que poseía las piernas de Airón, me tenía apresado entre ellas, obligándome a soplar y calmarle los calores que provenían de un sexo en rojo incandescente. Si no soplaba lo fuerte que él quería, acercaba mi cara a su ardiente entrepierna quemándome con fuertes dolores.

No supe ni quise saber, ni quiero que alguien intente descubrir su significado, pero intuí que era mejor no comentarlo a Airón. Así que me levanté inmediatamente antes de que se despertara y quisiera nuevos brindis.

Ya en el comedor, y mientras me jugaba el tipo masticando lonchas fritas de mi tubérculo preferido, se me ocurrió lo evidente: que el gobierno estaba retardando a posta la salida a la luz pública de los últimos descubrimientos referentes al parásito. Por lo tanto, de ser verdad, esto quería decir que estaban utilizando la epidemia de muertes para conseguir un fin. ¿Pero cuál?

Lo que no me esperaba tan pronto fue que dieran el pistoletazo de salida esa misma mañana y por los titulares de la pantalla de la televisión mural. Cuando me conecté a las páginas de Al Filo de la Noticia pude leer: "El papel puede ser la causa de transmisión" y luego como segundo titular "Investigadores españoles descubren el secreto del parásito causante de las muertes", pasando a nombrar cada miembro del equipo y a relatar con detalle todo el proceso que sigue el asesino en su camino destructivo, dando, a su vez, las recomendaciones oportunas para evitar la contaminación.

En El Imparcial se trataba el tema con una orientación más catastrofista, ya que pronosticaban las repercusiones que en la vida cotidiana podía tener esa noticia. Describían cómo, al prohibir el uso del papel y de todos los materiales que llevasen células vegetales, modificaría la sociedad y su forma de comunicarse. También citaba a nuestro equipo como motivo de orgullo nacional.

Miré en las páginas de La Verdad y, como podéis imaginar, los titulares eran algo distintos. En éste se decía: "El papel mata", como si algo así se pudiera tragar sin que se te haga un nudo en la garganta. Luego pasaba a pedir cuentas al gobierno por cómo lo había llevado, e incluso se atrevía, de una forma muy irónica, a insinuar la curiosa coincidencia con el conflicto del software. También en este medio nos nombraban como si fuéramos los salvadores del mundo.

El caos que generaron estos titulares en nuestra sociedad, tanto económico como organizativamente, fue de infarto. Las empresas, aunque por suerte estaban muy informatizadas, tuvieron que rehacer su metodología de trabajo y adaptar sus necesidades a otro soporte que no fuera el papel. Así pues, por ejemplo, una compañía internacional de comida ecológica que basaba su imagen y la campaña de comunicación en el envoltorio de cartón reciclado, se encontró, de la noche a la mañana, que empaquetaban sus productos con la piel del demonio. Otras se vieron obligadas a cambiar la fórmula de sus productos, como pasó con la cosmética, para horror de muchas pieles envejecidas, o como ocurrió con los fabricantes de comidas prefabricadas, para desespero de familias con poco tiempo. Aunque el descalabro de las empresas dedicadas a dar el servicio de correos, tampoco dejó precisamente indiferentes a sus trabajadores.

También hubo las compañías que tuvieron menos suerte y no pudieron reaccionar, siendo obligados a cerrar por ser la celulosa el principal componente de sus productos. Claro está que se les pagó una compensación, pero el trastorno que sufrieron fue para nota.

También puedo citar, por ejemplo, que las lacas, las lentes, algunos recipientes, los letreros de exterior y un tipo determinado de explosivos, poseían esta sustancia vegetal, así como algunos tejidos sintéticos. Y por suerte, el formato cinematográfico y musical no era el de las cintas magnéticas y película de cine, como antaño, ya que esta crisis hubiera terminado con estos medios de comunicación que tanta pasión y dinero siguen desencadenando.

Sería interminable describir cómo, a cada paso, nos aparecía la celulosa de una forma u otra. Lo que sí puedo asegurar es que el ciudadano medio tuvo que atravesar una de las épocas de desconcierto más importantes de la historia de la humanidad. Muchas de las acciones cotidianas se tuvieron que suplir por otras menos peligrosas; y una gran cantidad de objetos que para esos momentos eran usuales dejaron de serlo. Se podría decir que, a todos los niveles, fue tan amplio el nivel de turbación que se me escapan todas las repercusiones en que la ley anticelulosa dio lugar. Lo que está claro es que fue realmente difícil adaptarse a la nueva situación.

Pero volviendo a la trama de esta historia, lo que provocaba cosquilleo en mis neuronas era que habían dado la noticia con una brusquedad desacostumbrada. No tenía claro si se hubiera podido tratar una crisis de estas dimensiones y con una repercusión tan turbadora para la sociedad de esos momentos, con algo más de delicadeza. El Gobierno había tenido tiempo de sobra para reaccionar y, aunque aparentemente se habían acumulado dos grandes aprietos, la población merecía un poco más de cuidado y no ser golpeada con un shock de estas dimensiones.

En contraposición, parecía estar todo perfectamente organizado, ya que me parecieron sospechosamente acertadas las pautas a seguir para evitar ser contaminados. En ellas se aconsejaba el uso constante de mascarillas en nuestra vida cotidiana como medida de precaución, también se detallaba el sistema para eliminar todo el papel, guardando en bolsas herméticas de plástico azul, suministradas oportunamente por el gobierno, todos los documentos oficiales para un posterior paso a formato informático mediante su escáner compulsado en centros autorizados. Con el resto de los documentos no importantes, sugerían que, si se podía, se escanearan en el propio domicilio o empresa o que se tomaran las anotaciones oportunas en el ordenador, pero que, en ningún caso, se debía guardar ningún trozo de esa masa de celulosa. Y añadían que si se deseaba almacenar archivos antiguos, el gobierno habilitaría grandes pabellones de seguridad para este fin.

Otra cosa que también consideré sospechosamente acertada, fue el sistema de recogida del papel no importante para su posterior eliminación. El gobierno, como prevención de un incremento de la temperatura ambiental por la desmesurada e incontrolada quema de los documentos, con el consiguiente peligro de descongelación de los casquetes polares, así como el aumento de la contaminación atmosférica y otros efectos predecibles, había organizado un sistema de recogida en el que se suministrarían a domicilio bolsas de plástico de color rojo para meter en ellas el resto del papel que no se hubiera guardado en las de color azul. Más tarde, vehículos protegidos pasaron a recogerlas para llevarlas a centros de eliminación y destruirlas de una forma organizada. También hacían hincapié en tranquilizar a la población, alegando que, al llevar la mascarilla todo el día, no había posibilidad de enfermar.

También se había previsto la recogida del otro material susceptible de ser vehículo de transmisión y se recomendaba que no se utilizaran muebles sin barnizar.

Para mostrar hasta qué punto estaba todo extrañamente organizado, debo decir que en sólo dos días habían encontrado una utilidad a ese desecho de celulosa y habían planeado perfectamente el reciclaje de las miles y miles de toneladas de papel y otros derivados en energía proveniente de su combustión. He de reconocer, en honor a la verdad, que hemos vivido muchos años gracias a la energía obtenida con las reservas de ese papel y otras sustancias vegetales. Han sido unos años en que la humanidad ha dado un respiro a las otras fuentes energéticas, y así hemos dedicado más dinero y esfuerzos a estudiar e implementar otras energías alternativas, con la consiguiente mejora medioambiental.

Como era de esperar, el uso de las mascarillas generó una atmósfera visual apocalíptica. Al principio, pudo ser divertido tanto enmascarado, pero más tarde nos dimos cuenta de la incomodidad de tales artilugios. Así pues, llevar este atuendo durante las comida familiares, podía parecerles muy cómico a los críos, o al coincidir en el servicio por la mañana con la señora de cada uno, o al verte por el espejo evacuando aguas mayores con los pantalones por la rodilla y esa ridícula prenda en la boca, o incluso, el simple hecho de ir a trabajar con americana y corbata podía ser motivo de chanza. Hasta muchos modistos añadieron estos protectores antiparasitarios como accesorios en sus modelos de alta costura para que fuera más llevadero y elegantemente aceptado el relacionarte con esa pinta con tus semejantes.

Como era previsible, al poco ya se hizo pesado llevar ese preservativo en la boca. Pero como, en el fondo, era un mal menor, la publicidad fue la encargada de transformar su imagen y casi ponerlo de moda. Lo que ya no fue un mal menor y el marketing no pudo remediar, fue el conflicto de estructuras y el desencanto visual que se generó en las parejas. Hubo una disminución alarmante del acto amoroso, hasta los prostíbulos notaron el efecto. Y lo comprendo perfectamente ya que a mí me sucedió lo mismo. Al principio, podía ser excitante ver a Airón solamente vestida con mascarilla, pero el tacto de ese complemento junto con la incomodidad de chocar constantemente artilugio contra artilugio, hizo que nuestras relaciones decayeran alarmantemente. Y esto que no utilizábamos preservativo masculino sino, es fácil imaginar, la poco excitante y cómica imagen de un hombre protegido en boca y miembro, puesto de pie, aflorando un poco de odiada barriga y con su cobijado órgano orgullosamente preparado; o la lánguida y patética imagen del mismo hombre después de que su acompañante cayera en manos de una risa incontrolable.

Pues debido a que la perpetuación de la especie peligraba por este efecto indirectamente ligado al parásito, se comunicó a la prensa que estudios recientes habían asegurado que no había posibilidad de contaminación si se quitaba esta prenda protectora para dormir. Creo que, y como consecuencia de ello, hasta un centro de investigación muy serio dio cifras, contrastadas a nivel nacional, que demostraron que existió un anómalo temblor generalizado de origen no sísmico en todos los edificios en esa misma noche del comunicado.

Como diría alguien dedicado al estudio del comportamiento humano: ¡Cosas nuestras!

Y otra consecuencia que, paradójicamente, fue sólo problema de una minoría, la tuvieron de afrontar los privilegiados que vivían en contacto con la naturaleza. Estos no tenían nada a temer de los árboles, de las flores o de sus cultivos, pero sí que debían protegerse de las ramas secas, de los restos vegetales que eran movidos por el viento, de los componentes de sus casas hechos de madera sin tratar, etc. Para ellos, el deseo de

seguir vivos conllevaba el uso para siempre de mascarilla y por lo tanto, como es muy comprensible, el comunicado anterior les abrió las puertas del cielo. Y así lo manifestó por la televisión una familia de agricultores llamados los Catalanes y que, curiosamente eran del pueblo de Airón.

Según me explicó mi preciada veterinaria, ellos renegaban de ese nombre, no por tener tirria a esa tierra, sino por el simple hecho de que el marido era de Toledo y la mujer de Sevilla y, contrariamente a lo que imagináis, nunca habían vivido en Cataluña y, creo que tampoco habían pisado su suelo para visitarla. También se me ocurrió que podía ser que un antepasado tuviera alguna relación con alguna de las cuatro provincias catalanas, pero, según Airón, tampoco había constancia de ello. Esto fue suficiente para que estimulara mi curiosidad de investigador, quedándome con las ganas de saber más sobre el origen de este apodo, ya que intuía la existencia de alguna historia turbia en su interior. Por suerte, el misterio se desveló en un viaje que hice años más tarde para visitar a la familia de mi esposa (je, je), en el que me explicaron que, el apodo de los Catalanes, era debido a que el marido se llamaba Agustín y la mujer Agustina.

Supongo que estaréis poniendo la misma cara de no entender nada que puse yo cuando me lo explicaba mi suegro, aunque en mi caso tenía que aparentar comprenderlo todo, por razones obvias para todo hombre casado. Pues bien, después de estar todo un día preguntándome qué había querido decir con aquello de Agustín y Agustina, a la mínima oportunidad retomé el tema muy sutilmente.

-Y a los Catalanes ¿quién les puso el apodo?

-Un amigo -me dijo y continuó callado.

Tenía y sigue teniendo la misma jodida costumbre de su hija, aunque sea adoptiva, de dejarme con la incógnita en la mente.

-¿Y?

-Pues que era un hombre muy ahorrador.

-¿Quién?

-El amigo

-¿Y el amigo era catalán? -pregunté por aquello del tópico típico y porque, a lo mejor, podía atar algún cabo.

-No, soriano.

-¿Entonces?

-Que ahorraba hasta en los nombres.

-¿Y? -pregunté casi desquiciado.

-Que se dirigía a ellos como Agustí y de esta manera con un solo nombre llamaba a los dos a la vez.

Y lo entendí todo de golpe:

-Entonces -aclaré exclamando- Agustí sonaba tanto a catalán que a base de llamarlos así se les quedó el apodo.

-Claro -y siguió sin inmutarse como si fuera la explicación más lógica.

-En vaya tontería he ocupado el tiempo -pensé, y como pese a todo lo hice, he creído razonable hacer perder al lector un período equivalente ya que en una trama no todo tiene que ver con ella o con el sexo, también los misterios de la vida normal tienen cabida.

****

Debo reconocer que no pude resistir la tentación de buscar en los canales extranjeros, por si cada país tenía su héroe o en todos éramos nosotros las únicas estrellas. Después

de leer en italiano, inglés y alemán, deduje que si no utilizaba el traductor instantáneo no me enteraría de nada, así que lo activé y, para grata sorpresa mía, mi equipo de investigadores era el descubridor oficial del parásito a nivel mundial.

Estuve un rato oyendo a mis neuronas cómo sufrían el aumento repentino de trabajo generado por el enfrentamiento entre mi vanidad por el triunfo y mi consciencia por saberme un mero peón de una partida mayor. Por una parte, era muy grato gozar de la gloria, y por otra, intuía que estaba a punto de entrar en la gloriosa categoría de los hombres de paja. Pero como a nadie le amarga un dulce, me apiadé, cual amo comprensivo, del exceso de actividad que padecían mis trabajadoras neuronales y les di vacaciones, otorgando a la vanidad la victoria temporal. Así que fui a despertar a Airón todo excitado.

Confieso que, con ver sus curvas por entre las sábanas, tuve que resistir la tentación de dirigir esta excitación de carácter intelectual hacia una que fuera más visceral. Por unos momentos, la idea de ponerme las gafas y el tubo de submarinista para hacer una inmersión nocturna adentrándome en las profundidades de su entrepierna, era excesivamente atrayente para un débil mortal como yo, pero como aún estaba reciente mi encuentro con el parásito de bragadura ardiente y la terrible visión de su masa incandescente, se me aplacó súbitamente mi vocación buceadora.

Después de conseguir despertar a Airón y convencerla de que era más importante lo que le decía que seguir durmiendo, me puse a llamar al resto del equipo.

Primero, me contestó el buzón de Vacunillas, siguió el de Cojonazos y más tarde estuve hablando con los de D. Enrique y Marmitón. El único que se puso al aparato, aunque con un penoso aspecto, fue Michael el Datos, que se alegró mucho y con un gruñido desconectó.

-Maldita sea -me dije- y ahora qué hago a las siete de la mañana y con toda esta euforia encerrada en mi cuerpo. Miré a Otón, que era el único que parecía despierto, y le hice un gesto con la invitación implícita de festejar y celebrar la victoria, a lo que me castigó con el látigo de su indiferencia y aparentó dormir. Regresé a la habitación y me encontré con Airón bailando con Morfeo (que en sus manos me suena fatal). Así que solo, emocionado y sabiendo que debía descansar, me senté en el oscuro comedor e intenté dormir, cosa que no conseguí.

Cuando ya eran las ocho, los teléfonos empezaron a sonar. Miré la relación de llamadas y decidí empezar por contestar a la de mi amigo el "Presi" y dejar a las otras para mi contestador automático.

-¿Presidente?

-Hola, Manolo, por si no has leído los periódicos, eres el héroe del nuevo siglo. Seguro que las generaciones venideras conocerán más tu nombre que el mío.

Me quedé mudo. Con una afirmación de este tipo se te caen los pantalones y ni te das cuenta.

-Manolo ¿ me recibes bien?

-Sí, Presidente -balbuceé como pude.

-Pues, felicidades por tu trabajo. He convocado una rueda de prensa para hoy a las doce. Tu equipo y tú sois las estrellas invitadas, no me faltéis.

-Vale -dije rotundamente atontado.

-Otra cosa, Manolo.

-¿Qué?

-Poneos guapos que vendrá la prensa internacional y será retransmitida por todos los canales de televisión que existen en el mundo y en la luna.

Y desconectó dejándome solo, como si realmente se me hubieran caído los pantalones y por proximidad los calzoncillos. Hasta creo que me quedé sin sensibilidad en mis, últimamente, excesivamente usadas partes.

-Cartón -dije en voz baja-, es como si la tuviera de cartón.

Cuando me recuperé, miré los mensajes de las otras llamadas y, dejando aparte todos los medios de comunicación existentes, estaba la de mis padres, que ya podéis imaginar lo asustados y orgullosos que estaban a la vez. También una exnovia impresentable, que deseaba hacerse presentable de improvisto, y la inevitable llamada de Mariano Fernández el Bipelma para felicitarme por el consejo que le di referente a su esposo-sa, como si no existiera ninguna otra crisis que la suya. Otra llamada curiosa fue la que recibí de una asociación para la defensa de la vida microscópica, que no pienso relatar por lo absurdo de sus minúsculas acusaciones que dejó grabadas en el visualizador un pequeño hombrecillo con una voz de jilguero.

Volví a llamar al resto del equipo y esta vez, logré contactar con D. Enrique, que me dio la bienvenida al mundo de los cabezas de turco. También Marmitón se puso al visualizador y, contra lo que yo esperaba de él, se mostró totalmente impasible ya que me dijo que había entrado en una catarsis íntima mediante la profunda revisión de los pilares de su personalidad. Que estaba estudiando el tercero, que le quedaban seis más por repasar.

Le pregunté si yo también tenía tantos y me contestó, casi excusándose, que él poseía algunos más de los usuales porque su inconsciente era más complejo y, por lo tanto, necesitaba un periodo más largo de introspección y que rogaba que no le interrumpiera más porque eran momentos decisivos para su bienestar intelectual y espiritual.

-Pero Marmitón -le dije argumentando rápidamente- ésta es una oportunidad de oro para investigar el fenómeno del triunfo social desde la perspectiva del ídolo.

-Vale, allí estaré -y colgó.

Inmediatamente después de recuperarme de la sorpresa por su inesperada aceptación, logré comunicar con Michael el Datos, que aceptó con el gruñido de rigor. Tampoco Vacunillas Pepe tuvo ningún reparo, así como el Cojonazos, que vio la posibilidad de aumentar su poder adquisitivo sexual.

-Y acerca del comprador enólogo ¿qué has decubierto? -le pregunté.

-Pues mucho y nada. Mucho, porque tengo una lista completa de nombres diferentes; y nada, porque todos son compradores a cargo de empresas distintas.

-¿Y ninguno como particular?

- Tú y yo

-¿Le has seguido la pista a las empresas?

-Estoy en ello, pero es complicado.

-Nos vemos a las doce.

-¿Dónde?

-En la casa blanca española.

CAPÍTULO XVIII: SPANISH WHITE HOUSE

Todos llegamos casi al mismo tiempo. Como aún faltaban algunos preparativos para la rueda de prensa, nos reunieron en una de las dependencias adjuntas.

Debo reconocer que realmente estabamos bastante nerviosos, hasta creo que a D. Enrique le sudaban las manos. Cojonazos, que como siempre estaba metiéndose con quien no debía, le preguntaba si se encontraba bien al tipo enclenque pero con mirada inquietante que siempre estaba alrededor del Presidente. Vacunillas Pepe hablaba con Airón de encajes, cosa que me mosqueó un poco y, completando la escena, Michael el Datos estaba convenciendo a Marmitón para que le dejara toquetear el aparato electrónico que éste tenía para dictar sus apuntes psicológicos. Según oí, el Datos argumentaba que se sentía desvalido y como pez fuera del agua sin algún cacharro con lucecitas y teclas en sus manos para manosear, fenómeno que pareció muy interesante a Marmitón.

Recuerdo que pensé que si éste era un equipo de profesionales de última generación, serios y duros, "déu n'hi do" lo poco que hemos evolucionado desde que nos colgábamos de los árboles.

Al entrar, el Presidente saludó uno a uno a todos los miembros de mi equipo con la acostumbrada energía que da el mando y se detuvo enfrente de D. Enrique para casi susurrarle:

-Sabía que estabas en esto Quique, pero no me esperaba que vinieras.

-Ya ves, me gusta saber que mis amigos están fuera de peligro.

-Como cuando lo de Gibraltar.

-Igual

Creo que la mejor descripción para el momento, es la de "aquí se moldea el hierro en frío" o la de "caray, caray, carayyy", pero, en cualquier, caso me apunté mentalmente que debía recordar preguntarle a "Quique" de qué iba lo de Gibraltar y a quién se refería cuando dijo lo de amigos.

Después llegó mi turno, y sin decir nada me cogió por el brazo y me llevó a un apartado de la sala para aclararme el origen de la infestación:

-Mira, Manolo, mis contactos internacionales me han contado que, a partir de tus investigaciones, han seguido la pista del proyecto Pañuelo Sucio y han descubierto que uno de los investigadores que formaron parte del equipo de dicho proyecto se quedó con unas muestras del parásito como seguro de vida para posibles épocas flacas. Este investigador las pasó a su hijo como legado póstumo y éste a su hija que, por lo que se ve, atravesó una temporada lo suficientemente mala como para intentar venderlo a una potencia extranjera, pero fue descubierta cuando intentaba hacer el primer contacto. Ella, que no era muy hábil en lo referente a temas de contrabando internacional de armas biológicas, sí que tenía muy mala leche, y pensó que era la oportunidad para vengarse del novio que la había dejado recientemente. Así pues, antes de ser arrestada y creyendo que sólo causaba toses molestas, envió tres cartas contaminadas a su examante español y a sus distintas direcciones, por aquello de asegurar blanco. Y las tres consiguieron su propósito, hasta creo que una llegó cuando ya estaba muerto, como si el azar quisiera asegurar una dosis de parásito para que una vez cadáver no se le ocurriera dejar de toser.

Hasta aquí no deja de ser, en el fondo, un fallo de seguridad del gobierno americano, muy grave y sancionable, pero como ellos se amparan en que estamos hablando de

principios de siglo XXI y que en aquella época no había los controles actuales, se creen libres de culpa. Además, dicen que su acción fue ejemplar ya que se destruyó el parásito al conocerse que era un peligro para la humanidad, pese a la gran ventaja bélica que le hubiera otorgado.

-Pero, en todo caso, es un patinazo que les encantará a la prensa.

-Yo que tú no lo filtraría, ya que el investigador que se guardó la muestra era español y uno de los grandes ídolos de nuestro país.

-Pero su nieta ya nació allí.

-Te equivocas, Manolo, tiene nacionalidad española.

-¿Entonces?

-Que me ha costado un alto precio que no lo divulgaran.

-¿Entonces?

-Qué solo tú y yo lo sabemos.

-¿Y?

-¿Qué piensas hacer?

O sea que yo debía decidir si destruía a un ídolo nacional y ponía en entredicho la imagen española, o me inventaba una tontería y corría el riesgo de que si al final salía a la luz todo el tinglado, me explotara en plenos morros.

-Siempre podré decir que me engañaron -murmuré para mí.

-¿Y cual es la historia alternativa? -pregunté.

-Tú eres el especialista, tú decides -me dijo y se quedó tan tranquilo-. Aunque -continuó- mi gabinete de crisis me ha aconsejado que no lo atribuyamos a ningún país de nuestro planeta.

-¿Y quién queda?

-Una forma de vida alienígena traída por error en alguna nave de transporte.

No pude reprimir una sonrisa, al final mi teoría de los waterianos sería cierta, aunque sólo aparentemente.

-Pero esto puede crear una psicosis de temor a una invasión extraterrestre en la población –apunté inteligentemente.

-Depende de que dejes bien claro que no son seres inteligentes y que sólo es una catastrófica pero causal infestación y no una fase de un plan para apoderarse de la tierra.

Estábamos en esto cuando llegó el aviso de que estaba todo preparado.

-¿Qué opinas? -me dijo mirándome a los ojos.

-Que es una forma de pasar la pelota a alguien sin rostro.

-Exacto.

-Una cosa más –dije utilizando más la boca que la cabeza. ¿Por qué tanto esfuerzo en hacernos parecer como héroes, si tú y yo sabemos que todo es una farsa desde el inicio?

Se quedó un buen rato mirándome pensativo hasta que contestó:

-Manolo, te voy a ser sincero, no te lo puedo contar. Pero lo que creo que debería preocuparte seriamente en estos momentos, no es lo que me acabas de preguntar, que está fuera de tu alcance, si no el decidir en qué bando estarás dentro de unos minutos cuando la prensa te obligue a hacer declaraciones que no son del todo ciertas. Piénsalo bien, te aseguro que es un paso muy importante en tu vida.

Y dando por finalizada nuestra conversación, preguntó a los asistentes si estaban a punto y nos fuimos todos hacia la gran sala de prensa. Fue al entrar que me di cuenta de la dimensión real que había tomado el asunto. Entre la blanca y reluciente sábana de luz producida por los miles de flases que se disparaban al unísono y el murmullo reinante de expectación que era tan denso que impedía cualquier intento de razonamiento, logré tomar consciencia de que la sala estaba llena a rebosar, de que había periodistas de todas

las nacionalidades y de que, probablemente, éste sería, junto con la fusión de Roomsoft por parte del gobierno, uno de los eventos más importantes del siglo XXI.

Me hubiera gustado salir un momento y gastarme el último teléfono en una buena explosión, pero no podía ser y allí estaba, con malas noticias que contar y con una historia ridícula de hombrecillos verdes en la manga.

Los aplausos con que nos recibieron ayudaron un poco a aliviar el acojono, pero, a la vez, nos dejaron bien claro que habíamos entrado en una ratonera y que únicamente saldríamos de allí con vida manteniendo la cabeza muy despejada.

Primero parlamentó el Presidente con alusiones directas a nuestra gran profesionalidad y nivel técnico. Amplió estas alabanzas al resto del colectivo investigador, enorgulleciéndose del alto grado de preparación de los técnicos españoles y bla, bla, bla -lo típico en un político que tiene algo, cosa poco frecuente, con que lucirse-. Pero cuando llegaron las preguntas comprometidas nos pasó la palabra muy sutilmente como quien se sabe conocedor de todas las respuestas, pero es tan gentil que hasta deja que los otros participen de la gloria.

Las cuestiones fueron previsibles y debidamente contestadas por cada componente del equipo hasta que llegó la temida pregunta.

-Buenas tardes -dijo el de la Verdad- se comenta que esta epidemia ha partido de unos turistas, pero también hay rumores de que este parásito proviene de algún banco genético con finalidades militares. ¿Nos puede contar el origen exacto de tal engendro?

En otras palabras, ¿a quién debían cortarle la cabeza como chivo expiatorio? Y la contestación que di desmintiendo lo de los turistas y argumentando lo del origen alienígena, dejó alucinada a la sala y, especialmente, a los que me acompañaban en la mesa presidencial. Marmitón se quedó con la boca abierta, a Vacunillas se le derramó un poco de agua del vaso que sostenía, D. Enrique arqueó una ceja intentando comprender, Airón cayó definitivamente perdida a mis pies, al Datos se le cruzaron los bytes intentando recordar de donde procedía esta información, y el Cojonazos no se enteró de nada porque su atención estaba exclusivamente dedicada a una periodista de muy buen ver.

La reacción de todos los medios fue para despeinarte, cada periodista intentó colar su pregunta generando un caos de interrogantes sin respuesta. Por lo que vi, las cuestiones más solicitadas eran las referidas al origen planetario del parásito, o también, de qué nacionalidad terráquea era la nave que lo trajo, y especialmente, quién era el negligente que lo dejó pasar; para terminar con la fácilmente previsible de si la epidemia formaba parte de alguna invasión de hombrecillos verdes.

No detallé mucho, como podéis imaginar, exclusivamente hablé y hablé sobre plastos, celulosa, labor de equipo, azar, coincidencia, fenómeno esporádico, espíritu de trabajo y confianza en el futuro. La única cuestión que tenía clara, era no dejar ninguna duda sobre la existencia de una invasión alienígena, ya que sólo faltaba una reacción de pánico generalizado con miradas atemorizadas hacia el cielo y, mucho más, cuando la razón era inventada y podía ser yo el blanco de las iras si se descubría el engaño.

No sé por qué tuve que hacer caso precisamente a él de entre la gran masa de manos levantadas que pedían turno, supongo que busqué a un periodista de apariencia agradable e inofensivo sin caer en la cuenta de que precisamente ésta es una imagen propia de la que no lo es. El personaje aparentaba mediana edad, pequeñito, regordete, llevaba un vestido clásico de color crema oscuro y tenía una cara de no demasiado inteligente; todo en él era como el diseño del envoltorio de las galletitas de la abuela aunque, en este caso, las galletas tenían sabor a pimienta picante.

-Me gustaría repasar los hechos de los últimos días -dijo-. El miércoles se difunde la compra de Roomsoft por el gobierno. El jueves explota la reacción de los productores y consumidores de software anticipo de una crisis mundial, y justamente el día después se descubre que el parásito utiliza el papel como medio de transmisión. Cualquier persona puede ver en ello una relación y, lo que es más grave, una intencionalidad ¿Qué opina el Sr. Presidente de los rumores que corren sobre la excesiva coincidencia y oportunismo de los hechos de estos últimos días?

La sala se quedó en silencio mirando al preguntado. Todos, hasta yo, estábamos realmente interesados en su respuesta.

-Muy apreciado amigo -contestó- ¿Usted cree que el Gobierno Internacional, votado por todos los pobladores de este mundo, puede llevar a la muerte intencionadamente a ciudadanos, con el único e intencionado propósito de que se le facilite la tarea para unificar un software a nivel mundial? ¿No cree que, más tarde o más temprano, se hubiera llegado a algún acuerdo entre todos los programadores, por el bien de la humanidad y sin necesidad de asesinar a personas inocentes? ¿No cree que es un poco atrevido por su parte el sugerir que estas muertes son intencionadas y que sólo han servido para adelantar un acuerdo, que por otra parte, no es de urgente resolución? ¿Puede usted levantarse y decir a los familiares de los difuntos que son sus gobernantes los causantes del dolor que están sufriendo en estos momentos porque antepusieron un acuerdo comercial a la vida de sus seres queridos?

Y calló un buen rato para que el silencio aplastase con todo el poder que la ausencia de palabras puede poseer en momentos determinados. El articulista, pobre, se iba convirtiendo en un niño regordete sentado en una silla de mayores, con los pies sin tocar al suelo y la mirada de quien intenta decir “yo estoy de paso”. A cada minuto de silencio que transcurría, lo incómodo de la situación hacía que más ojos cayeran sobre él y se volviera más minúsculo hasta que el Presidente dijo a su favor:

-Por otra parte, entiendo perfectamente y es una muestra de la profesionalidad de un buen periodista, el transmitir la voz del pueblo a los gobernantes para que demos cuenta de nuestras acciones y aclaremos cualquier duda. Le felicito, pues, por su pregunta y aprovecho para dejar bien claro este punto: ¡La posible vía de solución del conflicto del software ha sido una casualidad y una bendición que se haya desencadenado coincidiendo con el descubrimiento del medio de transmisión que utiliza el parásito! ¡Porque ahora, señores, podremos dedicarnos a nuestro objetivo primordial, que es el salvar vidas humanas sin tener que diversificar los esfuerzos en improvisar soluciones para subsanar el desequilibrio que ocasionará el que no podamos utilizar el papel en nuestra vida diaria! ¡Ahora, señores, el gobierno ya buscará el mejor medio para que no se perjudique a ningún productor de software pero, y no debemos perderlo de vista, nuestro primordial objetivo, repito, es asegurar la existencia de cada uno de ustedes – y añadió mirando a las cámaras de televisión- y de las generaciones venideras! ¡Es en ello que debemos unirnos para hacer un frente común dejando aparte intereses personales! ¡La raza humana debe sobrevivir! ¡La raza humana debe unirse como seres inteligentes que somos y hacer frente al parásito de las estrellas! ¡Juntos seguro que le ganaremos!

Aplausos exaltados por toda la sala, no sé si incitados por algunos infiltrados, pero aquella rueda de prensa, retransmitida por todos los medios de comunicación internacionales y lunares, se había convertido en un mitin de los que hacía mucho tiempo no se veían. Supongo que a Marmitón le sería fácil descubrir las implicaciones emocionales por las que el unir a miles de personas en un objetivo común e importante, juntamente con el deseo generalizado de terminar con la pesadilla de la terrible epidemia, hizo que saliera a la superficie la parte más positiva del ser humano. La

sensación placentera de compartir el mismo objetivo el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el campesino y el industrial, me recordó al antiguo espíritu de Navidad que antes se empecinaban en exaltar cada diciembre. Pero lo que sí quedó definitivamente claro fue que, con tanto fervor popular, los que ponían pegas a la lucha contra el parásito de las estrellas estarían mal vistos.

Así pues, esta reacción de la opinión pública junto a un aceptable acuerdo económico entre el gobierno y los afectados, hizo que se retiraran las demandas de los productores de software y que el mundo caminara unido de la mano de una única y universal plataforma para los distintos programas informáticos. El sueño iniciado a fines del S. XX, al fin se había hecho realidad.

Yo estaba en la gloria, toda la sala nos miraba y veneraba, sabía que muchas de mis ex novias se estarían comiendo los dedos y además podía regalar a Airón todo ese espectáculo como inicio de lo que esperaba que fuera una larga y fecunda relación. Hasta que el Presidente hizo callar a los presentes y dijo:

-Pero por si acaso aún existe alguna duda, que respondan los que realmente saben de esto. Manolo, por favor, dinos si vuestro descubrimiento era anterior o posterior a la compra de Roonsoft por el Gobierno Internacional.

-¡Joder! -pensé-, el muy hijo de su madre me ha tendido una buena encerrona. Por una parte, si desmiento sus palabras probablemente desate la cuarta Guerra Mundial y, por otra, si acepto hoy la mentira y la corroboro, puede que mañana se descubra el pastel y en este caso resultaré ser yo quien ha liado todo el asunto. O sea, o monto la de Dios y piernas para qué os quiero, o me convierto en el personaje que tiene más números para ser cabeza de turco si se descubre el engaño. Interesante questión. Es el gran dilema que el presidente me ha pronosticado hace unos momentos. En todo caso hay que reconocer que si este gurú gubernamental ha llegado donde ha llegado no ha sido por su cara bonita, sino por su habilidad para pasar la pelota cuando conviene.

Miré de reojo al resto del equipo y vi como D. Enrique me aconsejaba con un gesto en clave que siguiera el juego. Esto, unido a que tardé más tiempo de lo recomendado para responder una pregunta que presumiblemente debía ser contestada casi inmediatamente, me hizo decidirme y dije:

-Exacto Sr. Presidente. Aunque desconozco el desarrollo de las negociaciones, puedo asegurar que el parásito no entiende de ordenadores y, por lo tanto, le importan bien poco nuestros acuerdos informáticos.

Risas generalizadas en la sala.

-Aunque puede que todo llegue -remarqué.

Y la broma hizo su efecto descongestionante y se dio por terminada la rueda de prensa con aplausos y felicitaciones. Todo un éxito.

El Presidente nos reunió en una sala contigua para dejar en claro, por si no lo había hecho suficientemente antes, nuestra valía profesional. Tanto énfasis puso en sus alabanzas que hasta nos hizo sonrojar. Todos estábamos gratamente halagados y como no era precisamente un calvario, nos dejamos acariciar. El toque definitivo vino cuando nos comunicó que habían preparado una recepción en nuestro honor y que un coche gubernamental nos pasaría a buscar a las siete de la tarde. ¡Había empezado el carrusel de los héroes falsos!

-¿Y vendrán los medios de comunicación? -preguntó Cojonazos muy interesado.

-Ya os entiendo -dijo el Presidente al mal interpretar la intención real de la pregunta-, pero la fama tiene su precio y aunque sea duro se ha de pagar.

Miré de reojo a mi amigo buscándole la cara de ilusión de quien ya ha hecho planes para una velada prometedora del tipo “a ver si hay suerte y le doy un repaso” y, efectivamente allí estaba.

-Bueno, por lo menos a uno no le asustan los periodistas -pensé.

Regresé con Airón a mi casa y por el camino me di cuenta de que mi acompañante no estaba lo radiante que se debía estar en estas circunstancias, por lo que le pregunté por su estado

-Manolo, quiero preguntarte algo importante.

Y se quedó en silencio un buen rato. Y cuando yo ya estaba a punto de soltar un "Qué" con signo de admiración e interrogación a la vez, continuó.

-¿Tú eres de los desean creer en la monogamia y luchan por la pareja o eres de los que conciben el futuro como una polimonogamia y por lo tanto, me dejarás colgada a la primera bronca.?

-¡No querías caldo, Manolo, pues ahí va la segunda taza! -y recordé una estadística que se había publicado hacía poco en la que se concluía que un sesenta y dos por ciento de la población era seguidora de la filosofía de cambiar de pareja cada poco tiempo, frente a un treinta por ciento de partidarios de conservarla tozudamente pese a todo (había ocho de cada cien con otros sistemas). Los primeros lo tienen bien claro: como la poligamia es de difícil aplicación en la cultura occidental, mezclan ésta y la monogamia y crean otra nueva fórmula en la que después de una relación monógama, viene otra igual, pero con una persona distinta. De esta manera diversifican, pero ordenadamente. Y si esto les puede causar algún insomnio, se toman esas maravillosas pastillas que inhiben el mal de amores y borrón y cuenta nueva.

Y por otro lado estamos los antiguos, los que buscamos... La verdad es que no sé muy bien qué. Supongo que es lo mismo que si tiras de un hilo de color rojo que sale de una caja opaca, pero te cansas de ver siempre el mismo color y decides empezar con otra cajita de hilo de distinta tonalidad como, por ejemplo, el azul. Probablemente también la dejes por otra de color marrón y ésta por la de amarillo y más tarde por la verde, etc. Además, muy posiblemente, cada vez te aburras más rápido y al final, habrás sembrado tu vida de cajas de hilos de muchos colores distintos, pero, esto sí, casi todas ellas con la madeja prácticamente completa en su interior. Esto puede parecer interesante a vista de pájaro, pero, en primer lugar, casi todos los inicios se parecen bastante y a la larga puede llegar a fastidiar el pasar por todas las fases en cada nueva relación. Y por otra, no tiene por qué salir siempre de igual color el hilo que hay dentro de una caja, también puede sorprenderte cambiando a otras tonalidades como pueden ser los colores más apacibles, más sosegados y más comprensivos. Matices policromáticos que sólo se pueden apreciar cuando ya has desenrollado mucha madeja de una sola caja.

Claro está, que también puede ocurrir que el ovillo se desenrolle a otro ritmo o en otra dirección que la que desea el que tira, entonces, la tensión puede hacer que se rompa el hilo, en este caso, mejor es dejarlo y no hacerle un nudo para seguir, no sea que nos pasemos la vida reparándolo tozuda y estúpidamente.

-Tipo M -respondí.

-¿M de...? -preguntó

-M quiere decir que no soy PM.

-¿Sabes, Manolo, a dónde puedes ir con tu M y tu PM si no me contestas correctamente?

-A la M -se me ocurrió hacerle la broma. No siempre soy un ser muy afortunado escogiendo el momento adecuado para desplegar mi humor mordaz, pero creo que en

esta ocasión superé la indescriptible inoportunidad de Mariano Fernández el Bipelma, que no es poco. Para remediarlo intenté repetir la teoría de las cajitas de los hilos de colores, hasta que me hice tal lío que decidí soltarlo francamente y llanamente.

-¿Deseas casarte conmigo?

No me digáis que no impresiona la frase. La creo de una fuerza emocional tan descomunal que hasta puede llegar a desbancar a la de "hijo mío, te he de confesar que no eres producto de mis entrañas, que te adoptamos. Tus verdaderos padres son el rey y la reina".

-Me lo pensaré -me contestó y se quedó en silencio.

Supongo que es prerrogativa de a quien se le hace la pregunta, el torturar a quien la ha formulado. Pero en este caso creo que Airón se recreó demasiado teniendo en cuenta mi estado. Aunque considerándolo desde el punto de vista actual en el que tengo la experiencia de haber compartido con ella el día a día durante siete años, no es tan grave como al principio creí, sólo es un defecto genético. Yo considero normal acabar la frase cuando noto que he generado expectación, pero para Airón y toda su familia no lo es. Es más, a veces en las comidas con los parientes de ella, me encuentro en medio de guerras de silencio llegando a vivir interminables minutos de absoluto mutismo en la mesa. Y esto es debido a que ha coincidido que cada uno de los comensales está aguantando su frase no terminada esperando a que el otro no resista la tensión y explote. Me es verdaderamente desquiciante esta manía familiar. Además creo que a muchos de los vecinos del pueblo les ocurre lo mismo que a mí, hasta han pasado a la ofensiva, cogiendo la costumbre de ponerse un pañuelo en la cabeza cada vez que algún miembro de la parentela de Airón empieza con sus "terrible silence", como diría John Wayne. De hecho, llegué a conocer a la célebre familia "los Catalanes", gracias a que pregunté asombrado a mi suegro por el hombre de mediana edad y que en mitad de una plaza llevaba un trozo de tela en tan insólita posición mientras estaba hablando con un sobrino de Airón. No sé qué tal les funcionará su estrategia combativa a los habitantes de esta apacible villa, pero la versión de los hechos que percibe mi familia política es absolutamente alarmista, ya que creen que se han vuelto todos locos en el pueblo.

Pero por entonces aún no conocía esta costumbre y esto me costó casi un ataque. Yo, sentado en el coche de vuelta a mi apartamento, nervioso por la tensión, con las manos sudadas y la mascarilla restringiéndome la oxigenación, no se me ocurrió nada más que intentar gritar, cosa que no hice porque ante todo soy un ser civilizado, aunque también ayudó, he de reconocerlo, el hecho de que ya habíamos llegado a mi apartamento. Subimos en silencio por el ascensor y al entrar en el piso me dijo algo así como:

-Como me falles, te mato.

Y acto seguido, sin apartarnos dos pasos de la puerta y bajo la mirada atónita de Otón, le dimos una pequeña exhibición de cómo se prepara un buen pan con tomate al estilo catalán, o sea: estrujar bien entre sí ambos componentes hasta que una de las partes pierda toda su esencia para que la otra la asuma en su superficie.

Hablando de pan, y cambiando radicalmente de registro –lo siento-, debo aclarar que si bien es verdad que el trigo tiene celulosa y cuando está seco es susceptible de transportar el parásito, el que se hace hoy en día es de harina blanca, y ésta se obtiene después de largos y laboriosos procesos de refinamiento que dan como resultado una masa compuesta principalmente de almidón y casi nada de celulosa. Sobra decir que estos restos que pudieran quedar han desaparecido totalmente desde la crisis del parásito de las estrellas. También hemos barrido de nuestra dieta algunos de los principales ingredientes que forman parte de los platos más comunes en la gastronomía terrestre occidental tales como el pan integral, el de centeno, el arroz con cáscara, el cacao

(pobres chocoadictos), la pasta (pobres italianos), los cereales del desayuno (pobres americanos), los pasteles (pobres golosos), las almendras, las avellanas, los cacahuetes (pobres monos), los garbanzos, las judías secas, los guisantes, las habas, las lentejas, muchas salsas de comida precocinada (pobres amos-as de casa), etc.; por ser ricos en fibra y, por lo tanto, difícilmente controlables y peligrosos. En cambio, y por suerte, las verduras, las frutas y las hortalizas, que también tienen celulosa, se han librado de la quema porque sus células poseen esos orgánulos llamados plastos e impiden que el parásito se aposente en la pared celular. Y digo por suerte, porque hasta que no se constató que estos alimentos no eran potencialmente contaminantes, pasaron varios meses en los que los únicos que se alegraron fueron los fabricantes de supositorios de vaselina. Más de un "¡la madre que lo p.., sal de una vez!" se oyó por entre las puertas de los excusados.

CAPÍTULO XIX: GIGANTES CON PIES DE BARRO

La ducha relajante en las cabinas de agua hizo el efecto esperado y con el alma atiborrada de optimismo y buenos augurios en cuanto a nuestro futuro laboral y sentimental se refiere, nos vestimos con nuestras mejores telas. Abrimos la puerta y, con paso firme, nos dirigimos al coche oficial que nos estaba esperando. Nada más entrar en él sonó el comunicador. Era D. Enrique que me dijo con gesto preocupado:

-Manolo, me retrasaré un poco debido a que he recibido la visita de unos viejos amigos, amigos de aquellos que no se olvidan.

Algo no iba bien, y era lógico. En todo cuento de hadas, como el que estaba viviendo en esos momentos, siempre existe alguna bruja malvada tramando algo y, en este caso, me pareció que D. Enrique había encontrado una pista sobre su identidad. Ya hacía tiempo que este experimentado exespía me había enseñado a leer entre líneas y la frase "amigos de aquellos que no se olvidan" era la típica que encerraba un mensaje inquietante en su interior. Pero como sólo era una impresión, pensé en gozar de la calma mientras durara y me dispuse a saborear las mieles del triunfo sin restricción alguna.

Subimos la escalinata del hotel en el que se celebraba la recepción agasajados por el Pepopu como si fuéramos dos estrellas mediáticas. En la antesala nos esperaba Vacunillas Pepe disfrazado de elegante. Aparte de reírnos mutuamente de la vestimenta, excepto de la de Airón, que la respetamos por aquello de guardar las formas y porque realmente estaba preciosa, comentamos lo típico en estas circunstancias, o sea, estupideces para entretener al nerviosismo. Poco a poco fueron llegando el resto del equipo; cada uno iba ataviado con sus mejores galas, aunque las de Michael el Datos estaban un poco antiguadas debido a que ya llevaba demasiado tiempo encerrado en el mundo de sus maquinitas y el tema de las modas en el vestir le quedaba muy lejano. El que realmente parecía cosa buena era Marmitón, con una imagen moderna y elegante que distaba mucho de lo que nos tenía acostumbrados. Normalmente lucía un “look” que se podía considerar el mayor reto imaginativo para cualquier amante de las adivinanzas, ya que no es tarea fácil hacerse una idea de cómo puede ser un hombre que viste con un atuendo síntesis muy particular entre el estilo de profesor loco que lucía Albert Einstein y la corrección de la época de Sigmund Freud. En cualquier caso y, según me enteré más tarde, este cambio tan aparente en su imagen pretendía parchear el proceso incompleto de regeneración interior que yo había interrumpido y que le provocaba, como cuando tienes que salir a la calle en calzoncillos, una sensación de vulnerabilidad.

-Tipo curioso -pensé.

Aunque no más que el Cojonazos, que entró emitiendo una aureola de hombre que ha olido una conquista y se la cree en el bolsillo o, más en concreto, a medio camino entre los situados a los laterales de los pantalones. Recuerdo que hasta Airón me hizo el comentario, constatando lo terriblemente estúpidos que parecemos cuando se nos levantan las plumas de macho en celo. Aparte de sentirme solidario con el aludido porque, al fin y al cabo, todos nos torcemos el pie en la misma puñetera piedra, esto me dejó un poco preocupado, ya que para un grupo de investigadores que tiene algo que esconder no es muy adecuado que uno de ellos se líe con una periodista, nunca se sabe cuándo se le puede escapar lo que nunca debe salir a la luz pública.

Unicamente faltaba D. Enrique, que entró un segundo más tarde y perfectamente vestido para la ocasión. Le pregunté por la entrevista, pero como era en el preciso

instante que pasábamos a la sala, únicamente pudo lanzarme a la oreja la palabra "viaticum", que como todos sabéis es latín y se refiere al sacramento cristiano de la eucaristía que se administra a una persona en peligro de muerte.

La entrada fue impresionante, tan sólo comparable a la recepción que tuvieron a la vuelta los primeros astronautas que pisaron la luna. Luces, aplausos, música triunfal y derroche de adrenalina saliéndonos por los poros de la piel. Nos situaron en un podio elevado y el presentador dio la palabra al Presidente, que se desvivió en elogios. La verdad es que no me enteré de nada del discurso de más de quince minutos que soltó, pero, según dijeron, fue uno de los mejores que le había hecho su equipo de oradores.

Ya sentados en la mesa presidencial y habiendo empezado a servir la cena, los flashes y las cámaras seguían incansablemente dirigiendo sus miradas mecánicas a nuestros mínimos movimientos. Tanto era el acoso que se me ocurrió que era el momento adecuado para formalizar mi relación con Airón frente a la gran Diosa de la época moderna, o sea la venerada, deseada, todopoderosa y autoritaria diosa llamada Comunicación. Así que le pedí que me respondiera claramente y de una vez por todas a la pregunta sobre el matrimonio que le había hecho antes de lo del pan con tomate. Me miró sorprendida por la inoportunidad del momento y, supongo que gracias a este motivo, me contestó con un sí que revolvió todo mi ser.

Para que no se enteraran de que habíamos convertido la recepción en una celebración matrimonial, pero que, a la vez, quedara bien claro a los presentes que estabamos comprometidos, decidí no hacer una declaración pública de nuestro compromiso. Así que ideé un plan y se lo expuse al resto de mi equipo. Después de que cada uno se lo contara al que tenía a su lado y que se les pasara el desconcierto por tan inusual petición, decidieron participar siempre que fuera por un buen fin y la boda lo parecía. Lo que me extrañó fueron las dudas de D. Enrique, pero al fin se decidió. Los personajes eran, por un lado el Datos y el Cojonazos, que actuarían de monaguillos y de testigos, Vacunillas Pepe de niño de los anillos y Marmitón de segundo cura encargado del sermón y, por último, D. Enrique como sacerdote principal.

Así pues, cuando la bebida ya había alzado la barrera de la suspicacia y el Presidente se había ausentado, D. Enrique se levantó, y seguido de Marmitón, se puso delante de la mesa como si se hubieran parado casualmente a intercambiar unas palabras con los compañeros de equipo. De espaldas al foro, nos preguntó solemnemente si deseábamos contraer matrimonio por la venerada iglesia de la comunicación y que si nuestra decisión había sido tomada voluntariamente. Yo dudé un poco como marca el ritual, sólo lo justo para recibir una mirada amenazadora de Airón. Después de ello, le llegó el turno a Marmitón para que cumpliera su misión, que no era poca, ya que debía sintetizar todo un sermón matrimonial en dos o tres frases, por aquello de que la situación obligaba.

-Queridos amigos, gracias a mis viajes por lo largo y ancho de este mundo de la pareja -y todos nos quedamos mirándole ya que a nadie se le había pasado por la cabeza que el aprendiz de psicólogo hubiera estado enamorado- puedo asegurar que no sirven para nada los consejos. Únicamente las frases que parecen importantes pueden obrar el milagro de que ocupes el tiempo en intentar entender su significado y, por lo tanto, al final algo se te quede aunque te lo hayan metido por la puerta de atrás.

Por esto os digo: “In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas” que quiere decir “En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad, y en todo caridad”.

Y con este canto a la libertad de pensamiento, al diálogo, a la convivencia y al respeto que proclamó San Agustín, os deseo que vuestro camino sea beneficioso para ambos.

Como podéis ver no estuvo nada mal; sin embargo, todos pasamos un rato intentando decidir si era muy bueno o una solemne tontería. Al final convenimos a favor unánimemente y hasta creo que aplaudimos disimuladamente. Después el Cojonazos repartió bebida espumante para que se consagrase tal simbólico matrimonio y el niño de los anillos, o sea Vacunillas, ofreció unas arandelas metálicas como sortijas nupciales procedentes del fondo de los bolsillos de Michael el Datos.

-Manolo ¿deseas a Airón como legítima esposa, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la tristeza hasta que vuestra mente os separe?- me preguntó D. Enrique.

-Sí –dije, aparentando seguridad y le puse el anillo.

-Airón ¿deseas a Manolo como legítimo esposo, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la tristeza hasta que vuestra mente os separe?- le interrogó.

-No -y dio paso a un tenso e incómodo silencio hasta que acabo la frase- me podrían separar de este hombre ni con explosivos.

Conociendo a Airón como ya la conocemos, qué menos que hacer gala de su desquiciante manía de origen genético en una ocasión tan especial.

Y me puso el anillo.

-Que lo que la Diosa comunicación ha unido, que solo lo puedan separar los cónyuges. Os declaro marido y mujer.

Y con la bebida espumante brindamos por nuestra felicidad. Sin embargo, para ser oficial se necesitaba la constatación de los otros sacerdotes de la divinidad, o sea los periodistas, y del público presente, así que D. Enrique pidió la palabra a la sala y dijo:

-Hoy es un gran día para los componentes de este equipo, un gran hecho por todos conocido ha ocurrido ya que vosotros mismos habéis sido testigos, por lo que pido un fuerte aplauso para Manolo y Airón y su futuro.

No creo que se enteraran de nada, más bien creyeron que el que estaba hablando llevaba alguna copa de más. Seguidamente besé a la novia y esto hizo que todos los periodistas perpetuaran el momento, constatando para la eternidad en sellado lapidario que éramos una pareja legalmente instaurada.

Lo de “sellado lapidario” he de decir que siempre me ha gustado, aunque debo reconocer que la versión original es catalana y fue escrita por uno de los poquísimos poetas que he leído. Y he gozado de tan pocos no por cuestión de criterio sino porque yo, Manolo Boada, no hay manera de que me entre una poesía. Me pasa lo mismo que con la ópera, tampoco la entiendo y desde que tienen que cantar con mascarilla menos. Pero sigamos con la historia:

También ayudó a distraer a los que empezaban a sospechar algo, el hecho de que inmediatamente después siguieron muchos más brindis en honor de personajes distintos, desde Marmitón, pasando por el Presidente ausente y terminando por la mujer de la primera mesa. Fue una celebración memorable, hasta prometí amistad eterna a algunos periodistas, incluyendo al de la Verdad.

Lo que sí también fue digno de observación detallada fue el amplio despliegue de encantos que el Cojonazos lanzó a la reportera objeto de su deseo. Movimientos controlados pero aparentes, un acercamiento progresivo con alguna frase más elevada de tono que otra para hacer blanco en los oídos deseados, una especial pero comedida atención a la dama, algún roce pretendidamente involuntario, alternancia de una moderada expresión de forzada dulzura con caras de ligera despreocupación y sobre todo, representar una teatral confianza en sí mismo. Debo decir que todo este despliegue le funcionó muy bien, resultado que a la postre es lo único que autojustifica con honor pasar por un estado tan delicado.

Pero no creáis que sólo él se puso en evidencia, también ella lanzó sus artes seductivas, emitiendo miradas entre coquetas y deseosas, incrementando el movimiento sutil de cruzar pierna sobre pierna cuando estaba sentada o si estaba de pie, mostrar la parte más destacable de su silueta. Pero ante todo, poner actitud de atención y ojos de admiración. Y, muy importante también, para evitar que el galán se confíe en exceso, dar salsa picante al tema, lanzándole algún gesto de desinterés producto de la célebre indiferencia femenina que tan minuciosa y eficazmente saben representar.

Pero, y volviendo a lo nuestro, antes de que estos tortolitos se fueran, debía prevenir al galán de que pisaba terreno de arenas movedizas y que le podría costar muy caro el negocio. Le abordé para recordarle que no estaba solo y que una indiscreción por su parte podía ser el inicio de un tormentoso final para todo el equipo. Concepto que, por suerte, logró adentrarse en su cerebro abriendo una brecha en el monotema del momento que anulaba cualquier tentativa de razonamiento que no fuera de carácter sexual.

Con el alma colgada de un hilo hice un gesto para que D. Enrique nos acompañara de vuelta a mi apartamento y, de esta manera, pudiera contarnos lo del "viaticum", que por qué desmentirlo, me había dejado bien asustado.

Él comentó distraídamente que prefería que fuéramos en su coche porque le parecía que yo había bebido demasiado, como si no supiera de la existencia del piloto automático.

Al entrar en su vehículo nos enseñó una nota en su pizarra electrónica pidiéndonos que no hiciéramos referencia a la visita que él había tenido antes de la celebración y que charlásemos de trivialidades. Y así lo hicimos, comentamos el sermón de Marmitón, hicimos repaso del vestuario del Datos y coincidimos en la opinión de que el Cojonazos tenía cierto arte en su forma de lanzar las redes de la conquista. Referente a este punto, Airón criticó ligeramente a la periodista, pero como era un cotilleo casi obligatorio que lo hiciera no le echamos más madera al fuego. Seguimos con las tonterías que dijo el Presidente hasta que me di cuenta de que había desconectado cualquier sistema de localización por satélite y que empezábamos a dar vueltas sin dirección alguna. Le hice un gesto de interrogación y él me lo correspondió con una señal de paciencia.

Asustados nos tenía hasta que paró en un descampado y, después de alejarnos del coche y de habernos pasado el detector de micrófonos, nos dijo:

-¿Te acuerdas de que te dije que todo esto olía raro?, pues es verdad. Y lo más grave es que no puedes sentarte y gozar del triunfo como te aconsejé. Creo, Manolo, que tu vida está en peligro. Y lo más grave es que si Airón está muy cerca de ti, también pueden considerarla víctima necesaria.

-Pero, pero... -sólo logré balbucear.

-La visita de antes fue para prevenirme y pedirme que organizara un encuentro discreto entre tú y ellos.

-¿Ellos?

-Únicamente unos pocos cientos en todo el mundo conocen la existencia de una hermandad secreta llamada Helmsmen, que se traduce como timoneles, o dicho de otra manera, sus componentes pretenden salvaguardar, desde la sombra, el buen rumbo de la raza humana. Y todo ello lo intentan conseguir usando la libertad de acción que permite el no tener que estar sometido a las restricciones propias de un sistema democrático, como en teoría, debe guiarse el Gobierno Internacional.

Los componentes de esta logia pseudomasónica son seleccionados por sus cualidades, trayectoria y relaciones, siendo algunos de ellos los mismos que forman el Gobierno y que han sido elegidos democráticamente en cada país. Los restantes son filósofos, biólogos, sociólogos, economistas, jueces, historiadores, grandes empresarios,

etc. Esta organización trabaja en secreto y lleva muchos años velando para que la línea evolutiva del hombre se encamine hacia su propia supervivencia y no hacia la destrucción, pero, cuestión importante, siempre desde un prisma no religioso.

Pues bien, hoy, antes de ir a la recepción, me vino a buscar un viejo amigo de cuando estaba metido en política y me pidió que lo acompañara para presentarme a unos conocidos. Le seguí, y después de dar muchas vueltas para asegurarse de que no teníamos compañía, me llevó a un apartamento a las afueras. Dentro me esperaban dos hombres y una mujer que me invitaron a sentarme. Se presentaron como miembros de Helmsmen y el hombre más alto me contó los hechos referentes al asesinato de mi enlace americano en manos del Gobierno Internacional. Como es lógico, les dije lo del mensaje visual que me había enviado recientemente, pero me contestaron que lo había tramitado el difunto días antes a su muerte, programándolo en un ordenador del que ellos desconocían su existencia. Por lo que se ve, si no recibía una orden determinada, esta máquina estaba preparada para enviarnos el correo.

Al final resulta que la causa por la que le quitaron la vida fue algo que pasó referente a la operación Ave Fénix, pero aseguraron que no me contarían más detalles si no estabas tú presente.

-¿Y quién me quiere matar? -le pregunté angustiado.

-Según ellos dijeron, por lo poco que hablamos, es una organización relacionada con el Gobierno Internacional quien ha enviado un asesino para que cumpla su encargo.

-¿De qué va la dichosa operación?

-No lo sé, pero creo que las respuestas a estas y muchas otras preguntas las tienen ellos -me dijo y de vuelta a su automóvil añadió- Te están esperando.

-¿Y si son ellos quienes quieren mi muerte y esto es una trampa?

-Daré mi vida antes que la des tú.

-D. Enrique esta es una buena respuesta –afirmé casi convencido.

Decidimos, no sin muchas protestas, dejar a Airón en un taxi para que la llevara a una habitación de hotel que mi amigo había alquilado como medida de precaución. El trayecto hasta el lugar de encuentro fue tenso y lleno de dudas y malos augurios. El silencio negro que reinaba hizo que el habitáculo que me transportaba se convirtiera en un espacio inmenso, vacío y lúgubre en el que se perdían mis intentos de comprender por qué deseaban mi muerte si les había seguido su juego como un niño bueno. A lo mejor era el punto final más adecuado para un engaño de tales dimensiones, pero ¿cómo sabían que yo no me había hecho un seguro de vida y todo les podía explotar en las narices? ¿Qué harían, liquidarían a todo el equipo también? y si ya me tenían en el saco como había quedado claro en la rueda de prensa ¿por qué hacerme desaparecer si parecía más arriesgado?

Por un lado, todo indicaba que alguien organizó todo el montaje del parásito y se encargó de asegurar que yo lo descubriera; pero por otra, no veía con qué fin. A lo mejor el conflicto del software era suficiente motivo para poner a la humanidad al filo del abismo, pero tampoco parecía razonable. Además estaba la operación Ave Fénix. Muchas preguntas sin respuesta y demasiados muertos sin culpable.

-Enrique, contéstame a una pregunta -le dije, y él me miró sorprendido, ya que su coche no era un lugar seguro para remover temas delicados- ¿qué cojones visteis cuando estabais en la gruta y algo os pasó por entre las piernas?

-¿Qué?

-¿No te acuerdas de que nos contaste una batallita para entretenernos cuando esperábamos la llamada del Cojonazos desde la Bretaña y la dejaste a medias?

-Pues vimos unos extraterrestres dentudos y con cresta.

-¿Dentudos y con cresta? -repetí sorprendido.

-O mejor: a cada uno se nos aparecieron sus miedos más terribles e íntimos.

-¿Más terribles e íntimos? -volví a repetir con cara de incrédulo.

-Pues lo que prefieras, ya que toda la historia era una invención, pero creo recordar que tenía preparadas estas dos alternativas, aunque debo reconocer que me sentí bastante aliviado cuando sonó el teléfono.

-¿Y lo de Gibraltar y el presidente? -le pregunté un poco cabreado.

-Esta es una historia larga de explicar y no tenemos tiempo, otro día te la cuento -me contestó sin inmutarse.

Y seguimos en silencio transitando por calles prácticamente desiertas hasta que paramos delante de una sala de fiestas. Apretó un botón de un mando a distancia y se abrieron las puertas del garaje contiguo. Una vez dentro, D. Enrique me indicó que le siguiera en silencio. Nada más abrir la pequeña puerta del habitáculo me di cuenta de que estábamos entrando en un edificio distinto al que yo me esperaba, no había bullicio, ni copas, ni camareros, ni música, ni siquiera una mujer; únicamente animales disecados, oscuridad y el silencio propio de un Museo de historia natural. Atravesamos unas siete u ocho salas, a cual más lúgubre. Recuerdo especialmente la dedicada a los mamíferos. Ojos cristalinos e inexpresivos, siluetas oscuras devorando presas inmóviles, bocas repletas de dientes faltos de saliva pero no de semblante sangriento. Los techos altos, la tenue luz de las ventanas, el rítmico golpeteo de nuestros zapatos sobre el suelo de mármol y los amplios portales, que al franquearlos nos introducían a otro nuevo ambiente más imponente que el anterior. Todo esto constituía el marco de un espléndido espectáculo dantesco muy apropiado para un hombre que tiene que enfrentarse a su propia muerte. Y así lo entendió mi acompañante, ya que en voz baja me dijo:

-Están muertos.

Como si no lo supiera, sólo faltaba que me dijera “como lo estarás tú” para animarme. A lo mejor –pensé- dentro de dos días me pueden embalsamar y ponerme en la galería de mamíferos bípedos como un típico ejemplar de *homo estupidus* o de *Homo erectus,* dependiendo de la mano del taxidermista y de su especial habilidad para rellenar lugares difíciles.

La última puerta que atravesamos era la que siempre te encuentras en cualquier edificio público, pero que nunca te dejan abrir, la que está reservada al personal. Entramos en un pequeño despacho y sentados en la mesa nos esperaban los dos hombres y la mujer.

El más alto se dirigió a mí con la sonrisa pegada en su rostro, cosa que no me gustó ya que estas máscaras de amistad suelen esconder segundas intenciones. Éste parecía un típico ejecutivo, bien educado, elegante, con buenas maneras, gentil, con cultura y mucho saber moverse entre situaciones peligrosas. No así el que aún estaba sentado y que tenía un parentesco con el teniente Colombo. La mujer ya era otra cosa y no era porque fuera una hembra rubia come hombres, voluptuosa y con labios carnosos; ni una joven delgada, caprichosa, frágil pero espantosamente segura de sus poderes. Tampoco se parecía a una morena madura, entrada en carnes pero con el reflejo de multitud de distintos lechos sudorosos en su retina; y mucho menos a una robusta nórdica lesiona hombres. Ella era él. Bueno, en verdad era ella ya que vestía y supongo que sentía como ella, pero era él porque tenía apéndices más propios de él que de ella. No sé si me explico.

Cada uno tiene la libertad de escoger sus inclinaciones sexuales y éste es un tema muy asimilado en la sociedad del siglo XXI, pero lo que no me esperaba era encontrar a

un transexual precisamente en esta reunión. Recuerdo que pensé que no era serio, que en una convocatoria de estas características le correspondía más alguno de los tipos femeninos que he nombrado antes o, a lo sumo, un hombre con cara de matón, antes que este personaje. Es como si en un entierro vas con un traje amarillo, no le pega aunque el atuendo en sí pueda ser maravilloso.

Creo que se dieron cuenta de mi sorpresa porque lo primero que hicieron fue presentarme al aludido.

-Sr. Manolo, quiero que conozca al último esposo y actual viudo de Mr. Monroe.

-El americano -aclaró D. Enrique con el gesto propio de quien habla de un muerto.

-Siento lo de su marido -le dije honestamente entristecido. A lo que me respondió con un movimiento de agradecimiento. Y me enseñaron una silla para que me sentara.

-Supongo que Mr. Enrique le ha puesto al corriente de a quienes servimos y cuáles son los intereses que persigue nuestra asociación -empezó a hablar el que parecía el hijo borde de Colombo-. Primero debo presentarme, soy el que vosotros conocéis por el nombre de “Sherpa” y también el responsable del mensaje que intentó guiar vuestra investigación dando la pista del proyecto Pañuelo Sucio. Aunque, por lo que sé, debo felicitaros, ya que por entonces habíais descubierto la vía de transmisión del parásito por vosotros mismos, sin nuestra ayuda.

También, debo confesarlo, me encantó vuestra puesta en escena previa a la desactivación de las cámaras que, como muy bien descubristeis, estaban colocadas desde hacía algún tiempo. La verdad es que guardo el original de la grabación en la caja fuerte de la asociación y ya tengo varias solicitudes para adquirir una copia. El elefante enamorado de la dulce pastorcilla realmente me llegó al corazón.

-¿Y el telefonazo explosivo? -pregunté intrigado aprovechando la amigable atmósfera.

-Por suerte, al dejar vosotros una sola cámara decidimos poner un servicio automático de vigía que, por cierto, conseguiste destrozar.

-Lo siento.

-Cosas del oficio -contestó-. Pero, como seguro que tenéis muchas preguntas, empezaré por el principio:

A finales de siglo pasado, como ya sabéis por ser un tema obligatorio para cualquier escolar, salió a la luz el crítico estado de la capa de ozono. Las causas eran varias, pero principalmente el promotor de tal reducción eran los clorofluocarbonos que estaban en los aerosoles, neveras, aires acondicionados, algunas industrias, etc. Para que os hagáis una idea de la agresividad de estas sustancias, puedo decir que una pequeña molécula de cloro puede destruir hasta 100.000 moléculas de ozono.

Por otro lado, ya conocéis también, que el ozono reacciona con los rayos ultravioletas que provienen del sol dando moléculas de oxígeno que se vuelven a rejuntar para crear un nuevo ozono, y esto impide que no todos los rayos ultravioletas lleguen a la tierra. Estas reacciones nos libran de que un exceso de radiación provoque desarreglos funcionales en organismos tan importantes en nuestro mundo como son las bacterias, las algas y las plantas. Sin hablar de que a esos rayos les encanta nuestra piel y sistema inmunitario, generando cánceres varios y otras enfermedades.

Pues para poner remedio a tal peligro se intentó enmendarlo por primera vez en Monreal en 1987. Pero a la humanidad le faltaba tener más miedo para que reaccionase y más tarde en 1990 en Londres, 1992 Rio de Janeiro, 1995 Berlín, 1996 Ginebra, 1997 Kyoto, etc.) se formalizó un tratado en que se comprometían los países desarrollados a interrumpir totalmente la fabricación de clorofluocarbonos para finales de siglo, aunque

para los que estaban en vías de desarrollo se les amplió plazo hasta el 2010, en el que podrían seguir destruyendo.

-¡Buenas noches! -dijo una voz con determinación desde la puerta y que casi infarta completamente los corazones de los presentes- soy la mujer de la limpieza y vengo a buscar mis herramientas.

Y entró sin dar tiempo a replicar. Por el rabillo del ojo vi cómo el viudo buscaba disimuladamente algo, que yo interpreté como un arma, por entre los pliegues de sus ropas femeninas. El resto del personal se levantó nervioso con arrastre de sillas incluido. Todo ello me hizo segregar la suficiente adrenalina para que se me secara la boca y con ella bien pastosa vi cómo la técnica en desalojo de suciedad sacaba unos botes de líquidos de colores y unos cubos de un armario y se dirigía a la puerta mientras decía:

-A la paz de dios -que quiere decir más o menos adiós muy buenas.

-El problema era -continuó después de que todo el mundo se serenara y volviéramos a estabilizar los corazones- que existían demasiados stocks de clorofluocarbonos a finales del siglo pasado y estos, debido a intereses económicos, se han ido utilizando todos con el consecuente empeoramiento de la situación. Además, se ha descubriendo que los sustitutos que se utilizaron también perjudicaban la capa de ozono, e incluso han aparecido nuevas sustancias igualmente peligrosas. Todo esto y teniendo en cuenta que no todos los países lo firmaron, ha hecho que con el tiempo se haya visto que cuesta mucho más recuperar la capa de lo que se predijo en ese tratado y por ello, en la actualidad, aún sufrimos los efectos de esas radiaciones solares en demasiada intensidad.

-Pero se ha regenerado una gran parte -dijo D. Enrique.

-Exactamente -afirmó el Sherpa-, pero los polos aún sufren el descongelamiento de sus casquetes y esto, unido al recalentamiento de la tierra que este deterioro ha favorecido, nos ha quedado un mundo con posibilidades de supervivencia, pero también con algún órgano importante seriamente dañado.

-¿Y todo esto qué relación tiene con la operación Ave Fénix? -pregunté un poco saturado de tanto dato.

-Como ya debes haber imaginado, el tema es mucho más grave que la reducción de la capa de ozono, ya que si sólo tuviéramos este problema, poco a poco se iría solucionando si se aplicara una política de mano dura. Pero desde hace unas décadas se ha ido agravando otro conflicto mayor y paralelo, el cual se ha anunciado repetidas veces, e incluso se le ha intentado poner remedio con una estructura legal de apoyo y, por lo tanto, penalizando severamente a los infractores. Y aunque se han dedicado muchos esfuerzos para la concienciación de la sociedad, no ha habido la respuesta suficiente y, por ello, nos hemos visto obligados a crear la operación Ave Fénix.

-Y resurgirá de las cenizas cual Ave Fénix -dijo el que tenía pinta de ejecutivo mientras yo descubría que en un rincón de la habitación había dos ratoncitos, pequeños y colilargos que, contrariamente a lo que se puede esperar si asistes a un discurso tan educativo y formativo como el que nos ofrecían, estaban saboreando con total descaro las mieles que les brinda la libertad de ser animales no racionales. El que supuse macho iba siguiendo las posaderas a la hembra en un alarde de galanteo olfativo. Ella disimulaba interesadamente con el fin de culminar algo que yo predecía inminente.

-Ya sabéis también -subió el tono Mr. Colombo para que le hiciera un poco de caso- que otra sustancia que puede elevar la temperatura terrestre es el dióxido de carbono, o sea el CO_2. Si este gas aumenta su proporción en la atmósfera se produce un fenómeno que se ha llamado efecto manta, o sea, no deja escapar el calor que la superficie de la tierra previamente ha absorbido del sol y esto puede provocar la desertización de las

zonas cercanas a las más áridas y un aumento peligroso de lluvias en las zonas húmedas del planeta, desarreglos climáticos devastadores, aparte de que el progresivo deshielo de los polos ya está disminuyendo de una forma peligrosa los límites de la tierra habitada.

Se ha de tener en cuenta que aunque el mar empieza a ser un buen sitio para vivir gracias a la construcción en las últimas décadas de ciudades submarinas, no deja de ser un medio ajeno a nuestra naturaleza de seres terrestres.

Otro fenómeno ligado al aumento de dióxido de carbono es, por tanto, la disminución de oxígeno libre disponible para la respiración, tanto acuática como terrestre y, por tanto, es fácil imaginar lo complicada que se puede volver la vida sin la presencia de este gas. Todo ello más el efecto producido por la reducción de la capa de ozono nos ha llevado a un nivel casi en el límite de la línea que, una vez traspasada, la recuperación de la atmósfera será prácticamente imposible. Es como el que llega a la mitad del un viaje con provisiones justas para la otra mitad del camino y tiene que decidir si da un paso hacia adelante o vuelve al origen. Es una decisión que no permite rectificaciones ya que la comida sólo da para volver o para llegar al final, aunque, desgraciadamente, en el caso del dióxido de carbono el destino último del viaje es la destrucción de la raza humana. Pensad que cada año se incrementa la cantidad de carbono en la atmósfera en 3000 toneladas y esta inercia productora de CO2 es muy difícil de frenar.

-Bueeenas -dijo otra voz desde la puerta y otra vez más adrenalina en mis arterias para que mi boca se fuera pareciendo a un recipiente en el que se mezcla goma arábica con alquitrán. Por lo que vi la atmósfera de la reunión se estaba caldeando peligrosamente con tantas interrupciones. Al ejecutivo le empezaba a botar exageradamente el ojo pareciendo más un yoyo que un órgano para la visión. El viudo sacó de entre sus faldas un arma enorme que intentó disimular con su otro brazo. El substituto del teniente Colombo hizo lo mismo pero de entre sus pantalones, cosa que me hizo gracia ya que imaginé a los dos hombres compitiendo frente a frente para ver quién la saca más rápido de entre sus dispares ropajes.

-Pedón, pedón -dijo el intruso con un monumental resfriado- Soyd el consedje de la madnana, no sadía que hudiera nadide.

Y se fue dejándonos con una buena dosis de virus en el aire y con las armas de algunos de los presentes desenfundadas.

-Por todo ello -continuó el aprendiz de Colombo- en una reunión de Helmsmen convocada hace dos años se decidió buscar una vía, por los medios que fuera, de disminuir la tasa de CO2. El sistema más lógico que se encontró fue proteger a los organismos que transforman mediante la fotosíntesis, el dióxido de carbono en compuestos orgánicos más oxígeno, o sea: incrementar y recuperar el número de esas máquinas naturales de regulación que son las plantas y las algas microscópicas marinas. Sólo los vegetales nos pueden salvar de la muerte progresiva pero, precisamente ellos, son las más destruidos por el hombre en su acción directa o indirecta. Además hace no menos de 10 años sufrimos una grave enfermedad que eliminó un elevado porcentaje de las algas marinas, agravando de una forma alarmante la situación. Así mismo, ya conocéis el excesivo grado de deforestación que sufre el planeta y el alto consumo de combustibles fósiles para obtener energía que utilizamos en nuestra vida los humanos.

-¡Isidro! -dijo otra voz desde la puerta-. Perdón, ¿no está Isidro el conserje?, es que soy su mujer y se ha dejado el medicamento para el resfriado en casa. ¿No lo habrán visto?

De hecho, teniendo en cuenta las circunstancias, no fue de extrañar la reacción que tuvimos los presentes al contestarle al unísono un "no" muy laaaaargo y bastante subido de tono, a lo que soltó ofendida un "vale, vale" y cerró la puerta. Recuerdo que el

ejecutivo estuvo un rato buscando algún sistema para bloquear la puerta, mientras se disculpaba nerviosamente con su jefe Colombo descafeinado, poniendo excusas sobre la evidente falta de seguridad del lugar escogido para esta peligrosa y supersecreta reunión.

Cuando los ánimos y pistolones habían vuelto a su lugar, el Colombo light siguió con la historieta:

-Frente a ello se barajaron varias alternativas, pero se descartaron rápidamente todas la que implicara solucionar este problema vía el diálogo debido a la patente falta de eficacia del método. Así pues sólo quedaron dos: una demasiado radical y la operación Ave Fénix.

No es función de un ejecutor como yo -continuó el Colombo descolorido- cuestionar si hubiera existido alguna vía no tan expeditiva, y mucho menos es la de valorar las implicaciones éticas y morales que una decisión tan grave pueda tener en el futuro. Sólo puedo decir que se estudiaron todos los pros y los contras y, al final, se optó por soltar el parásito mortal de un antiguo proyecto llamado Pañuelo Sucio que no llegó a aplicarse en el campo militar. Este ser había sido previamente manipulado genéticamente para que se transmitiera por la celulosa que no estuviera en las células vegetales vivas y que, además, fuera prácticamente imposible eliminarlo. O sea, un asesino fabricado a medida, que siempre estará controlablemente al acecho y que infundirá un respeto tal que será la clave para la resolución del problema.

Como empezaba a estar peligrosamente saturado de tanta estrstegia global, se me ocurrió intentar localizar a mis amiguitos y sus lances amorosos para ver si la película porno en formato reducido había llegado al tema en cuestión. Me puse a buscarlos con la mirada por toda la habitación. Al principio creí que sería una empresa perdida de antemano debido al estruendo que había habido últimamente en la sala, pero para sorpresa mía aparecieron en un rincón. Mi primera impresión fue que ella le había rechazado indignada ya que el macho tenía una expresión inequívoca entre dolido y desanimado. Ya le daba a mi amiguito la batalla por perdida cuando entró en escena otro ratoncito que, por sus movimientos de cadera, me dio en la nariz que era otra hembra ¡Hay caray!, qué suerte tienen algunos, en cuestión de segundos pasó de abandonado, desilusionado y perdedor a deseado, exaltado y ganador. Y me quedé con las ganas de ver más debido a que fueron saliendo por orden de mi campo de visión. Primero la última hembra aparecida, seguida del macho y en tercer lugar, la reina destronada suspirando por tiempos pasados.

-¿Y por qué empezar por España? -pregunté por aquello de que se había esfumado la diversión.

-A cambio de la gloria del descubrimiento.

-Joder con el Presi bonachón -pensé.

-¿Cuántas muertes habíais calculado necesarias para que la humanidad reaccionase?

-Sólo un 0,00001 por ciento.

-¿Y cuántos son? -le pregunté ya que de geografía humana iba un poco flojo y aunque la cifra parecía pequeña intuía que no lo era tanto.

-Si tenemos en cuenta que vivimos en la tierra actualmente unos 9. 462 millones de personas, pues, vienen a ser más o menos unos 100 mil habitantes en todo el mundo.

-¿Sólo? -dije horrorizado, pero como por el tono que utilizó parecía que esta cifra fuera una propina, seguí adelante con el curso acelerado de cómo se gobierna en las altas esferas y pregunté- ¿Y lo de la crisis del software?

-Aprovechando que la supremacía de Roomsoft ha decaído considerablemente, se ha intentado matar tres pájaros de un tiro y ha salido bien.

-Si las cuentas no me fallan -le dije- el primer pájaro era el ecológico, el segundo el tecnológico, pero ¿y el tercero?.

-El tercero es paliar temporalmente la necesidad de energía de la humanidad con un incremento impresionante de su reserva producto de la quema controlada de la madera y sus sucedáneos, como es el caso del papel.

-¿Y el Presidente lo sabía?

- En su caso es un Helmsman, además de miembro del Gobierno Internacional.

-¿El Gobierno Internacional sabía esto?

-Una gran parte de los que componemos Helmsmen son figuras destacadas de la política y, por lo tanto, la mayoría de ellos regentan una plaza en el organismo internacional.

-¿Y por qué me tocó a mí todo este embolado? -pregunté.

-Porque alguien conocía tu trabajo y, después de seleccionar a diversos candidatos, te escogimos, aunque había varios de repuesto por si fallabas o un plan alternativo por si algún otro equipo se te adelantaba.

-Así que todo esto es para que las plantas no sean cortadas -resumió D. Enrique.

-Más o menos

No me pidas, querido lector, que haga un juicio moral sobre esta acción, porque no puedo. En principio es detestable cualquier imposición y más si ésta representa muertes humanas, pero delante de una realidad tan dramática tampoco se puede ir con sutilezas. Podían haber buscado otras alternativas menos drásticas, pero ¿no estaríamos haciendo lo mismo que hasta ese momento? ¿no es este caso el mismo que cuando un país está en guerra y un organismo internacional envía tropas para restablecer la paz, matando de paso a bastantes civiles? Dejo la respuesta en el aire y en la conciencia de cada uno. Suerte.

-O sea, que he sido una marioneta destinada a la gloria. Porque la verdad, demasiada fama para un perro como yo -afirmé.

-Era imprescindible -me explicó-, por una parte necesitábamos un personaje que sirviera para disipar las posibles dudas sobre la sospechosa coincidencia de la resolución de la crisis del software con el descubrimiento del parásito; por otra, al conseguir que nos siguieras el juego, anulábamos cualquier intento por tu parte de descubrir todo el pastel y nos asegurábamos una pieza clave en el engranaje. Y para terminar, era fundamental crear una cortina de humo en forma de festejo internacional y qué mejor que un homenaje al héroe del siglo. Se ha de dar al pueblo un respiro de vez en cuando.

¡Al fin! me dije. Los tres estaban en un rincón de la sala y ahora era el ratoncito quien se había convertido en el centro de atención de sus bellas doncellas. ¡Olé! así da gusto. No hay nada como dos hembras dispuestas para devolver el ego a un macho. Mi compadre, que ya lo consideraba como tal, dio al fin el do de pecho y con unos ágiles movimientos subió encima de una de sus amantes para, como si de una escena de coito entre humanos a triple velocidad se tratara, esgrimir unos treinta rápidos, precisos y convulsivos golpes de riñón en apenas dos segundos. Seguidamente cayó en el sopor propio del momento y volvieron a desaparecer de mi vista. Y esta vez, al igual que la anterior pero con la satisfacción del trabajo bien hecho, la afortunada primero, seguida del conquistador y la insatisfecha cabizbaja como coche escoba.

Yo ya no podía más, entre todo este rollo y lo animoso que me habían puesto los ratoncitos, hacía rato que mi cabeza daba vueltas sobre un mismo asunto y, aunque consideraba las explicaciones como una lección indudablemente merecedora de poner a prueba mi capacidad de asombro, mi mente siempre terminaba con la misma pregunta.

Así que, con el atropello propio de quien al fin puede entrar en el servicio de su casa para aliviar una tormentosa presión, pregunté de improviso y casi gritando

-¿Por qué me quiere matar el Gobierno Internacional?

Todos se quedaron sorprendidos de la reacción, hasta creo que el viudo de Monroe exclamó algo asustado acerca de mi madre que no quise entender.

-No exactamente Mr. Manolo, los que le quieren eliminar son solamente una parte del gobierno. Los otros desean que viva.

-Pues es un consuelo -murmuré.

-Como es fácil de entender, no todos los dirigentes que forman este organismo pueden acceder a ser miembros de Helmsmen. Sólo los países realmente influyentes y decisivos para la marcha de la civilización pueden tener un sillón en nuestra hermandad. Si dejásemos entrar a todas las naciones restringiríamos nuestra capacidad de maniobra convirtiéndonos en otro Gobierno Internacional. Nos transformaríamos en una organización burocrática, lenta y poco efectiva al tener siempre que pedir permiso a todos los componentes antes de cualquier acción. Y al final, como pasa con el gobierno, cada miembro estaría más preocupado en cómo influirían sus acciones en la opinión pública de su país y ésta en su reelección, que de buscar soluciones.

-Bueeenas, ¿peddonen la indomidion pedo ¿a padado pod adi mi muded pada traedme un medidamento? -dijo el pobre conserje desesperado por ser la cama en la que millones de bichos microscópicos se reproducían de una forma orgiástica y sin limpiar las sábanas.

Desesperado estaba también el viudo, ya que sin mediar palabra se levantó y espectacularmente le mostró su enorme arma. No sé si fue el pistolón en sí, su tamaño o que quien estuviera detrás del artefacto fuera un personaje tan peculiar, pero creo que se le cortó de golpe el resfriado al pobre conserje. Haciendo mutis por el forro, o más bien dicho, hadiendo mudis pod el fodo, desapareció rápidamente.

Mi boca había llegado a niveles extremos de apelmazamiento, hasta creo recordar que para abrirla necesité centrar toda mi atención en ello. Así que, después de calmar al hombre con faldas, el teniente Colombo de segunda mano prosiguió con este “culebrón” digno de emitirse en el propio infierno.

-El grupo de países que están poco representados en Helmsmen son los que están en vía de desarrollo. Se ha considerado que estas naciones pobres poco pueden aportar a la marcha del mundo actual; y así lo habían entendido sus dirigentes hasta que el líder de una de ellas, la cual prefiero no nombrar, ha unido al resto y, junto con el poder económico y político de la secta los Hermanos Eternos, han emprendido una cruzada contra nuestra organización. El poder que les ha otorgado esta simbiosis les ha convertido en realmente un peligro para Helmsmen y para la humanidad. Creemos que los Hermanos Eternos pretenden convertirse en la secta con el mayor número de adeptos, y que éstos sean los mejores situados en sitios clave de los diferentes estados. El objetivo que persiguen a medio plazo con esta acción, a cambio de ofrecer a sus socios mayor potestad en el Gobierno Internacional, es introducirse en la clase gobernante para, de este modo, llegar a manipular las decisiones políticas a nivel mundial según sus criterios.

-¿Se puede? siento interrumpir, pero soy la hija de la mujer de la limpieza y me ha enviado a buscar un bote de Bloob quitamanchas ¿Puedo?

Nos quedamos todos alucinados. Primero, porque si se suponía que habían escogido el sitio de la reunión por sus especiales condiciones que permitían mantenerla en secreto, la presencia de esta chica estaba demostrando la falta de profesionalidad de la elección. Y segundo, porque la intrusa en cuestión era una belleza de aquellas que te

desintegra cualquier intento que hagas para defender el argumento de que la vejez tiene encanto.

Para más goce o tormento, según se mire, de los presentes, este ejemplar de raza humana digno de ser clonado una y mil veces, cruzó la habitación con dos nalgas pegadas al final de su espalda que clamaban que se instaurara un día de fiesta nacional en su honor.

No es difícil de adivinar en qué punto de lo que había dentro de la habitación apuntaron nuestras pupilas. El vaivén de esas dos masas besadas por los dioses hizo soñar a casi todos los presentes con la existencia de un paraíso de perfecta armonía. Sólo nuestro amigo viudo tuvo la suficiente fortaleza, debido a sus otras apetencias, de echarla de la sala. A todos nosotros, sobra decir, nos pareció una acción absolutamente desafortunada, aunque tuvimos que reconocer que era necesaria.

Así pues la copia del teniente Colombo prosiguió por enésima vez:

-Como ya sabéis, en la actualidad hay una gran mayoría de tendencias semirreligiosas en las que pueden guarecerse todas las posibles formas de ser. Uno necesita amor libre y libertad de pensamiento, tiene varias que lo predican: Uno precisa vivir en castidad, mano dura y resignación, tiene otras tantas. Uno desea gozar todo el día del amor químico, también tiene donde escoger, pero si requiere dolor, tampoco hay problema. Todo sea para llenar el vacío interior.

Los Hermanos Eternos en concreto, permiten seguir con la vida personal de cada uno sin necesidad de tener normas que acoten el comportamiento y guían a sus discípulos en el inmenso desconcierto de la información. Ellos te orientan, responden a tus dudas y sugieren criterios para valorar los hechos tanto personales, laborales y, ¡cómo no!, políticos. Y lo más importante, te mantienen al día de las novedades tecnológicas en el campo del saber humano que desees, además de obtener sustanciales ventajas tanto en la adquisición de bienes como en ámbito de las relaciones personales y laborales. Es como una fuente de pensamiento avanzada, progresista y experimentada que te lleva de la mano por el camino del saber y la verdad, favoreciendo por todos los medios posibles y de una forma fácil y entendible, el estar al día en lo referente a conocimientos. Es como los seguidores de una corriente filosófica que abarque el pensamiento, la tecnología y la adquisición de deseos materiales. Y todo esto, sin necesidad de obligaciones ni de presencia física ya que todos los contactos dentro de la secta se realizan mediante realidad virtual. Y además tan solo cuesta unos euros la conexión a su satélite.

Hasta me sentí emocionado cuando descubrí a mis pequeños amigos debajo de un viejo archivador con toda la euforia propia de los seres diminutos. Es como si cualquier movimiento normal, al reducirlo, aumentara espectacularmente su velocidad. Y en pleno desahogo le encontré, dale que dale, con la que era hasta este momento la desatendida. Estuve a punto de aplaudir, alegrándome enormemente por este desenlace tan bien aprovechado.

-Pero hasta hace unas décadas con el antiguo sistema llamado Internet ya existían centrales de información y de compras -continuó el que iba de ejecutivo queriendo ganar puntos.

-Exacto -aclaró Mr. Colombo descafeinado-, pero no manipulaban de una forma tan efectiva las formas de pensar. Tampoco creaban una dependencia tan vital a la secta como la que tienen sus seguidores al acostumbrarse a que cualquier problema o duda, por pequeña que sea, con una simple e instantánea comunicación con la central de los Hermanos Eternos la tienen resuelta de una forma ejemplar. Ya no es necesario depender de los conocimientos de uno mismo ni asumir la responsabilidad de tomar decisiones, ellos pueden llegar hasta a comprometerse personalmente respaldando tu

acción si eres buen hermano. Y esto, como podéis imaginar, es como si fueras por la vida con un ángel de la guarda moderno y tan eficaz que, su falta, te puede hacer sentir terriblemente solo, desamparado y perdido en un mundo tan competitivo como el nuestro.

De hecho, esta secta intentó entrar en los Helmsmen, pero no fue aceptada por su tendencia ególatra y manipuladora. Desde entonces nos han declarado una guerra a muerte con constantes intentos de meter espías o ganar adeptos en los miembros de nuestra logia.

-Y todo esto ¿qué tiene que ver conmigo? -pregunté con una mezcla de cansancio y saturación.

-Mr. Monroe era un miembro ejecutor de Helmsmen, como lo somos los tres aquí presentes, pero se le ocurrió la feliz idea de caer en las redes de los Hermanos Eternos sin que nos diéramos cuenta. Esto hizo que tuvieran conocimiento de la operación Ave Fénix y vieran una oportunidad, siempre respaldados por los países en vías de desarrollo, de aflorar a la luz nuestra organización, desprestigiarnos y, por lo tanto, destruirnos, allanando, de esta manera su camino hacia el dominio del Gobierno Internacional.

-O sea, la competencia -dije con un poco de mala intención.

-Hay diferencias vitales, pero éste es otro tema. Así pues, no sabemos exactamente qué pasó, pero por lo que nos ha contado Mr. Donovan, que es el viudo -dijo señalando al travestido- Mr. Monroe pretendió arrepentirse y, al intentar confesarnos su traición, lo mataron.

-Pero antes me lo explicó todo a mí -dijo el enlutado.

-Y por lo tanto también está en peligro -continuó el aspirante a Colombo-. Pero volviendo al tema y según nuestros espías en los Hermanos Eternos, su plan es eliminarte en nombre nuestro mientras estás en medio del objetivo mediático para, con el estrépito de tu muerte, sacar a la luz una grabación tuya descubriendo la operación Ave Fénix y a sus promotores, así como presentar pruebas de nuestra existencia. Y como tú ya no estarías para desmentirla, podría ser el fin de Helmsmen.

-¿Qué grabación? -pregunté sorprendido mientras veía con admiración como mi pequeño amiguito volvía a la carga y perseguía otra vez a una de sus solícitas amantes. "Un ejemplo de resistencia a envidiar", me dije.

-Una que han montado sobre la base de imágenes tuyas y mediante técnicas audiovisuales muy avanzadas y difíciles de detectar. Nosotros hemos intentado solucionar el problema mediante pactos, pero los Hermanos Eternos no atienden a razones.

-Por lo tanto... -dije.

-Por lo tanto, si mueres ellos abrirán la jaula de la bestia y ganarán. Por el contrario, si sigues vivo para atestiguar la falsedad de cualquier grabación, las pruebas que pueden presentar son poco definitivas y no creo que se arriesguen a caer en descrédito.

-¿Y qué pensáis hacer? -salió de la boca de D. Enrique.

-Primero poner a vuestra disposición un guardaespaldas personal. Y quién mejor que a alguien que se juega su futuro y su credibilidad. Mr. Donovan ha pasado por los controles psicológicos con éxito, por lo que no puede ser el asesino ni miembro de los Hermanos Eternos. Por otra parte, es uno de los mejores agentes que tenemos en Helmsmen y después de lo de la traición de su marido necesita volver a ganarse la confianza de la organización.

-Pero con esta indumentaria... -sólo logré balbucear.

-No se deje engañar, Mr. Manolo -dijo el aludido-, que mi indumentaria sólo ha sido necesaria para llegar hasta aquí de incógnito. Cuando estemos en la casa me cambiaré.

-¿En la casa?

-En segundo lugar, -continuó Colombo deslucido- hemos preparado una mansión en las afueras con las máximas medidas de protección para que residas en ella durante el periodo necesario. Y tercero, en todos los actos organizados para dar realce a vuestro descubrimiento dispondremos de los mejores especialistas en salvaguardia de individuos.

-¿Actos?

-Por si no lo sabías Manolo, a todos vosotros os tienen reservado un amplio programa de ceremonias de homenaje. Son una pieza muy importante del engranaje de la operación.

-¿Y el resto del equipo está en peligro?

-Nunca se sabe de lo cierto por lo que también quedarán bajo nuestra tutela. A lo peor se les puede considerar como objetivos secundarios para el caso de que falle lo de matarte. Pero, en cualquier caso, a cambio de nuestra protección deberán pasar por un estudio psicológico para descubrir cualquier conexión con los Hermanos Eternos y, como segunda condición, nunca sabrán nada sobre lo que se ha contado en esta reunión. A ellos sólo se les dirá que todos estáis en peligro por causa de una secta pseudoreligiosa y que deben cooperar.

Y de pronto, otra voz interrumpió nuestra charla intranscendente para posteriormente abrirse la puerta y empezar a entrar y llevando, bandeja en mano, el desayuno. Después de que entrara el último apareció un hombre de estatura mediana, delgado, pelo blanco y barba cuidada a desgana. Usaba vestimentas propias de un coleccionista de mariposas, e incluso remataba su imagen con restos de comida en sus solapas. Todo un genio despistado venido a director de museo.

Resulta que la institución que nos amparaba en esos momentos tenía a Helmsmen como mecenas, cosa que facilitaba a su director el poder seguir con su razón de ser. La zoología y la taxidermia eran su vida y sólo este trabajo le permitía servirlas con devoción. Pues debido precisamente a esto, al hombre no se le ocurrió nada más oportuno que agasajar a sus invitados con un buen desayuno.

Aún me viene a la memoria la cara de asombro de ese pobre ser cuando el teniente cara de Colombo se transformó en el Dr. infierno y comenzó a insultarle y a maldecir hasta la quinta generación de su árbol familiar. Recuerdo que cuando le preguntó si de tanto embalsamar se le había escapado la mano con su propio cerebro, pensé que se estaba pasando ya que, si lo piensas mejor, la intención del director era solamente la de agradecer a sus protectores por permitirle seguir vivo emocionalmente.

Después de despedir a los camareros, calmar al supuesto teniente Colombo, al director del museo, al ejecutivo que veía peligrar su trabajo, al pistolón del viudo y de no dejar rastro de la comida, decidimos continuar con un nuevo episodio de la telenovela titulada "Manolo, que mal lo tienes".

-Ésta es nuestra propuesta -me dijo el ejecutivo poniendo cara de intentar recuperar las riendas de la situación-: Si das tu apoyo a Helmsmen en esta acción tan crucial en el futuro de nuestro mundo, entrarás por derecho propio como el investigador jefe de nuestra hermandad y sobra decir las ventajas de todo tipo que esto significa. También, a su debido tiempo, podrás incorporar a quien lo desees de entre tu actual equipo.

-¿Y si no acepto el trato?

-No podemos permitirnos ningún error. Pero estoy seguro de que si lo piensas a fondo te darás cuenta de que, como es imprescindible que exista un perro que defienda a

este mundo de locos, mejor que sea de talante pacífico aunque de vez en cuanto deba morder, que un ser movido por fanatismo como es el caso de los Hermanos Eternos.

-¿Y el Gobierno Internacional? -pregunté por decir algo, ya que mi mente estaba ocupada en intentar esclarecer qué había querido decir con lo de que no se podían permitir ningún error.

-¿Tú crees -me dijo- que una acción como la operación Ave Fénix se hubiera podido ejecutar desde este organismo?

Estuve valorando si debía horrorizarme por esta pregunta hasta que decidí cambiar de tema e ir a lo que realmente me preocupaba.

-Antes de seguir debéis devolverme el vídeo de mi relación con Airón que grabasteis en el apartamento.

-Como muestra de nuestra buena voluntad, aquí lo tienes -y me lo dio- con la promesa de que no se han hecho copias y que sólo lo han supervisado mentes profesionales y objetivas.

-Como tú -pensé yo, o más bien era mi bestia interna sedienta de venganza la que deseaba exprimir su cerebro para extraerle cualquier imagen relacionada con el asunto.

Entonces, para terminar de poner la guinda entró alguien, con la ya consabida reacción de los presentes, que al principio no reconocí. Pero un poco más tarde, cuando volví a notarme mi garganta desatascada y había eliminado por el sudor una dosis importante de adrenalina que me sobraba, me vino a la memoria el recuerdo de ese hombre. Era el supuesto periodista que había hecho las aparentemente atrevidas pero a la vez oportunas preguntas al Presidente en la rueda de prensa. Ése que parecía una mosca muerta. Recuerdo que pensaba “no n’hi ha un pam de net” mientras el hombre con su cara cándida nos decía:

-El transporte está preparado.

En el trayecto que separaba la sala de nuestra supersecreta reunión de donde teníamos el vehículo, pudimos ver cómo al fin la señora del conserje estaba dando a su marido el medicamento mientras éste hacía claras alusiones al elevado nivel que había alcanzado su estado catarral. Y lo más importante, la hija de la mujer de la limpieza nos deleitó con la visión de sus maravillas posteriores moviéndose al ritmo de los pasos que realizó enfrente de nosotros ¡Maravilloso! ¡maravilloso! y ¡maravilloso!

Aunque mi último pensamiento antes de salir del edificio fue para mis pequeños amiguitos y sus refriegas sentimentales.

CAPÍTULO XX: LOS TRES CERDITOS

El viaje fue bastante instructivo gracias a que el falso periodista me explicó cómo sabía que en la rueda de prensa le iba a escoger a él de entre la gran masa de sus supuestos colegas. La respuesta vino precedida de una sonrisa de aquellas que te bautizan burlonamente con el apodo de "pobre infeliz", aunque intenté que no me impresionara demasiado. La explicación que me dio posteriormente hizo que admirara y envidiara una vez más aquel tiempo en que el 40% de una persona era propiedad de ella misma.

En esa época dorada, la información que se conocía de cualquier ciudadano era su identificación, el año y peculiaridades de su nacimiento, quién era la familia, qué trabajo tenía, si era o había sido juguetón con las mujeres o con los hombres, qué amigos frecuentaba, su historia tanto laboral como sentimental, aficiones, debilidades, corriente política, costumbres y pasatiempos. Pero se desconocía su forma de pensar, sus inconscientes motivaciones y tendencias, sus frustraciones y hasta sus probables reacciones frente a una situación determinada. Según me han contado, resulta que los propios humanos pagaban muchos euros a los antiguos psicoanalistas para que les ayudaran a descubrir las respuestas a estas preguntas.

Pues hoy en día este porcentaje ha disminuido hasta un 20 %. En la actualidad sólo puedes mantener en secreto, de la parte psíquica de tu persona, este mínimo tanto por ciento y esto, os lo puedo asegurar, cabrea mucho. Por el genotipo que tomaron cuando nacimos más el hecho de que conocen todos nuestros actos desde entonces, pueden describir la personalidad de cada uno casi a la perfección y lo que es peor, predecir tu forma de actuar en el futuro dadas unas circunstancias determinadas.

Esto me recuerda a un simbolismo que usó hace tiempo Michael el Datos para representar lo que es la vida de una persona, todo ello, claro está, después de una reconfortante cena a base de pescado y, cuestión importante, regada con un excelente Chardonnay. Él me dijo que, desde que nacemos hasta que morimos, somos como aquel histórico juego mecánico en el que hacías bajar una bola de acero por un tablón casi vertical al cual se le habían clavado diferentes obstáculos. La bola iba descendiendo y rebotando en cada uno de ellos, una vez a la izquierda, otra a la derecha y, de este modo, describía una trayectoria hasta la base, en la que existían diferentes casillas con distinta puntuación.

Pues mi amigo decía que nosotros somos la bola y nuestra vida es todo el tablón. Nacemos y empezamos a bajar por la pendiente rebotando a cada obstáculo hasta que llegamos a una casilla y éste es nuestro final. O sea, no es predecible cómo terminará la vida de cada uno ni qué pasará por el camino ya que depende de los tropiezos que uno encuentre en su trayectoria. Pero, añadió, lo que sí se puede calcular es hacia dónde saldrá despedida la bola si conoces y cuantificas con qué fuerza caerá sobre el estorbo, qué ángulo llevará y las características del propio esférico y del obstáculo.

Y es así como sabían qué tipo de periodista me atraería más la atención ya que conocían todos los factores, o sea cómo era yo, lo que me había pasado y predecían lo que estaría ocurriendo por mi mente. Aunque el experto manipulador, después de soltarme todo este rollo psicológico, me confesó:

-Pero por si todo esto fallaba, teníamos a ocho colaboradores más situados en lugares privilegiados, y si tampoco conseguíamos que escogieras a uno de los nuestros, el Presidente hubiera alargado el turno de preguntas y después de una o dos más me hubiera dado la palabra.

-Fácil ¿no? - le dije.

-No tanto, pero es mi trabajo.

Me sorprendió la apariencia externa de la casa, como si de un escarabajo se tratara. Realmente estaba pensada para proteger lo que escondía en su interior. Pasamos a través de la única abertura que tenía el búnquer y entramos en lo que me pareció una copia exacta, aunque algo modernizada, del país de las maravillas; hasta nos vino a recibir un hombre con cara de conejo. Sólo le faltaba que mirase el reloj nerviosamente para que yo empezara a buscarme los incipientes atributos de Alicia en mi cuerpo.

Aunque no había luz natural en su interior, la sensación era de que estaba naciendo el nuevo día. Todo en esa casa estaba calculado y programado para que la estancia en ella fuera lo más parecido a la libertad. Por lo que se ve, era un centro especialmente concebido y utilizado para albergar a personajes que necesitaran protección.

Había amplias estancias con un gran surtido de ambientes, desde la agresiva e incitante atmósfera de una sala de música moderna con acompañantes virtuales, hasta el tranquilo y sosegado rinconcito de lectura. También, cosa que agradecí especialmente, tenía una amplia variedad de artilugios de acuaterapia como piscinas con diferentes esencias reconfortantes, camas de chorros de agua, baños de espuma sensorial, etc. Aunque el que me atrajo más fue la cabina del silencio. En ésta te sumergen en un líquido que tiene como una apariencia de gel acuoso y en el cual flotas en una absoluta y silenciosa falta de gravedad. La sensación de estar sin la noción del tiempo y sin un arriba o abajo te transporta hasta el claustro materno, olvidando por unos minutos, la propia existencia de adulto. Os lo puedo asegurar, después de haber pasado por una de ellas, uno se siente como si se hubiera apeado temporalmente de su propio tren.

Me he saltado la sala de creaciones virtuales ya que procuro no transformarme en un adicto a la pararrealidad. Pero puedo asegurar que aquellas valía su peso en oro. Se podían vivir aventuras apasionantes en las que escogías el marco, el estilo, la época y a los personajes principales. Es obvio comentar que disponías de recreaciones de casi todas las más maravillosas escenas del cine y de la realidad histórica, así como podías disfrutar de los placeres más deseados como el de comer todo lo que quisieras, reproduciendo a la perfección los gustos y sabores. O sea, por ejemplo: podías vivir una interesante y ensordecedora tertulia de intelectuales, así como estar en la mente de Barceló cuando pintaba alguno de sus cuadros; asistir a la botadura del Titanic y participar en una excitante guerra intergaláctica; luchar codo a codo con los más fieros piratas, así como vivir una dulce y casta relación a la luz de la luna; tocar el piano con los mejores bluesmen en una humeante cueva de jazz o bailar enloquecido en una discoteca neoyorquina; relajarte al lado del fuego en un refugio de montaña o deambular por una llanura a la luz de la luna llena; practicar tus deportes preferidos sin cansarte o, incluso, ganar al campeón mundial de la especialidad; andar al atardecer por una desierta y apacible playa de una pequeña isla en Indonesia besada por una cálida brisa marina o dirigir a una gran orquesta sinfónica cuando está tocando tu pieza musical predilecta; reírte enloquecidamente y descaradamente del sujeto público que más odies o visitar un museo de pintura impresionista a los sones de una rumba.

¿Y el sexo? pregunta que estoy seguro que se te pasará por tu mente, ya que es fácil imaginar las magníficas posibilidades que esta tecnología ofrece en este campo pero, y sin que se te ocurra que te trato de obseso, puedo decirte que... tienes toda la razón del mundo. ¡Es una pasada! Con sólo pulsar un botón pones a tu lado al hombre o mujer que deseas para vivir las situaciones antes descritas. Imaginad qué bonito sería, si eres heterosexual masculino, participar en la tertulia mientras te estas ligando a una sensual e inteligente intelectual, o pasear por la playa de Indonesia junto a un amor eterno. Luchar

para rescatar a la bella princesa y que luego atienda a todos tus deseos o tener una irremediable e imparable relación de puro sexo con una mujer inaccesible. Vivir una romántica pero nada casta velada incomunicados por la nieve con la actriz que más admiras o dar rienda suelta a las perversiones, quién las sufra, sin miedo a las ilegalidades y sin peligro para los otros.

Otra posibilidad que tienen los aparatos más potentes, es el introducir la imagen de otra persona y convertirla en virtual para que entre en tu mundo parareal. O sea, la top model del barrio, el compañero o compañera de trabajo, la jefa o el jefe, el ser amado muerto o desaparecido, etc., todos ellos pueden recobrar la existencia no física. Incluso se puede llegar al nivel en el que construyas un mundo ficticio tan igual al real que hasta recrees a las mismas personas que te acompañan en tu vida material pero, eso sí, sujetas a tu absoluto dominio. De esta manera se consigue que, por ejemplo, la vecina/a esté pendiente de contentar tus caprichos y esto, dependiendo del estado en carnes de la citada/o, te puede convertir en un adicto a la pararrealidad. Tanto es así que no me extraña cuando aparecen noticias en los periódicos de casos extremos en los que han encontrado personas que llevan más de treinta años sumergidos en la virtualidad o que han preferido convertir a su pareja en una imagen tridimensional antes que seguir con los inconvenientes de la relación. De hecho, se está imponiendo una tendencia clara en ambos sexos hacia un futuro de poligamia virtual con o sin pareja real.

Recuerdo una pintura en la que se presentaba a un hombre y a una mujer frente a frente pero con la cabeza cubierta. Ya en el siglo XX, que es cuando se creó esta obra, se habían dado cuenta y existía la constatación de que cada uno vive en un mundo íntimo, personal y totalmente independiente del que nos rodea. Es como si todos los seres percibiéramos la realidad tamizada por los gases que hay dentro de un casco de astronauta en el que hemos metido el cráneo. Nacemos con la testa al descubierto pero conforme crecemos vamos construyendo nuestro envoltorio hecho de sueños, frustraciones y miedos.

Antes sólo disponían de los recuerdos y la imaginación para agrandar las fronteras de este mundo personal pero, en la actualidad, además podemos ayudarnos de la virtualidad, facilitándonos, de este modo, el camino hacia un individualismo carente de interactividad con los otros coetáneos. Tanto es así que hoy en día te puedes pasar varios años sin tener ningún tipo de contacto físico con otras personas, hasta el trabajo lo puedes desarrollar enteramente vía virtual.

Otro historia es predecir los avances que se producirán en el S. XXII en esta tecnología. Puede ser que gracias a la instauración del software universal que ha sido promovida por la crisis del parásito, se pueda llegar a interconectar los distintos mundos virtuales y podamos desarrollar otra sociedad parecida a la actual, pero en formato no material. Aunque espero que tendremos la decencia de mejorar lo presente.

No sé si es lo óptimo para la raza humana el convivir en una colectividad de individuos unidos por una realidad hecha basándose en software. A lo mejor, si la operación Ave Fénix no hubiera conseguido el resultado que se predijo, hoy en día sería mucho mejor existir físicamente encerrados en nichos de supervivencia y vivir mentalmente en un mundo virtual bello, libre y común, que intentar subsistir encadenado a los desastres medioambientales que nosotros mismos hemos generado.

Pero no nos pongamos serios ya que el resto del equipo llegó con el alboroto típico de quien quiere saber de qué va todo eso. Encabezados por D. Enrique, que fue quien les había convencido para que se dejaran raptar, bajaron del vehículo y se dirigieron directamente a mí con el asombro en sus caras por el lujo que desprendía la casa.

Otón me mostró su alegría con el habitual y doloroso saltito. Me sorprendió especialmente la presencia de la periodista que había intercambiado fluidos con el Cojonazos, o por lo menos eso pensé, ya que el mal humor que el galán traía consigo hacía pensar en un *coitus* bastante *interruptus*. Vacunillas volvía a hablar con Airón y Michael el Datos ya empezaba a recorrer las estancias en búsqueda de la sala de máquinas, tal y como le había prometido D. Enrique a cambio de que viniera por su propia voluntad. Marmitón estaba radiante y, según dijo más tarde, los pilares de su personalidad se habían estabilizado de una forma sorprendente al regar su ego con la vanidad de sentirse un héroe. También añadió que si siempre era así que nos seguiría hasta el fin del mundo. Airón, cuando al fin dejó de hablar con el dichoso Vacunillas Pepe, se puso a mi lado para darme seguridad y todos pasamos a la sala de reuniones.

El ejecutivo, el teniente Colombo descafeinado y un atractivo y atlético personaje con un escandaloso parecido a la viuda de Mr. Monroe, nos dieron la versión reducida de los hechos que ya conocemos. A la periodista sólo le faltaba tomar notas; en su cara se dibujaba la palabra "exclusiva" en letras de oro, lo que me hizo pensar que le sería de mucha ayuda a Cojonazos cuando le dejaran proseguir con su tarea interrumpida. Supongo que la trajeron al ver que no podrían quitársela de encima y que sería una fuente de demasiados rumores, pero la verdad, me pareció como si metieran un lobo en un corral de gallinas.

Dieron tiempo libre hasta después de comer para que pudiéramos instalarnos y conocer la casa y sus posibilidades. Es sencillo suponer lo que hizo cada uno. Michael el Datos descubrió la sala de comunicaciones y la de juegos de intelecto. Marmitón se conectó rápidamente a la máquina de realidad virtual para asistir a unos interesantes cursos sobre psicología y sociología, aunque, sospecho que, como a nadie amarga un dulce, cambió a algún otro documental más "edificante" cuando tuvo ocasión. El Cojonazos fue corriendo con la periodista a resolver los conflictos que se le habían aparecido recientemente entre la realidad que los rodeaba y los deseos de sus cuerpos. Vacunillas me hizo caso y fue a probar la cabina del silencio. Y Airón y yo, aunque seguro que estáis esperando que os cuente y describa nuestra luna de miel y cómo hicimos un buen "Ay abuelita que boca más grande tienes; es para comerte mejor", no puedo complaceros, ya que después de una noche sin dormir lo único que mi cuerpo deseaba, por mucha testosterona que se moviese juguetonamente por mis venas, era bailar entre los sueños.

Nos despertó unas horas más tarde el intercomunicador con una voz chillona que vociferaba:

-Buenos días, buenos días, bueeeenos días. Tengo el inmenso placer de comunicarle que le ha tocado un excelente, maravilloso, increíble, indescriptible e inmejorable viaje a uno de los pocos paraísos naturales protegidos que aún quedan: la sala de reuniones.

Era Marmitón, que había recibido el encargo de despertarnos para asistir a la reunión de media tarde y había aprovechado la ocasión para practicar viejas costumbres.

En la sala nos pasaron una batería de test psicológicos para descubrir si alguno estaba afiliado en secreto a la secta enemiga. Todo ello con un pequeño aparatito en la cabeza en forma de corona que registraba nuestras reacciones. Las pruebas eran sencillas y, por lo poco que pude entrever, se basaban en crear situaciones que requerían una solución inmediata. Uno podía dudar o incluso no contestar, pero lo que no debía hacer es tener el reflejo inconsciente de buscar la ayuda de alguien. Era lógico pensar que un adepto a los Hermanos Eternos tendría, por muy preparado que estuviera, la reacción no consciente de buscar ayuda de ese ángel de la guarda que es la hermandad, ya que ésta es la razón primordial por la que se vuelven adictos a ella.

Otro factor que estudiaron fue el grado de ser potencialmente asesino, con preguntas e imágenes relacionadas.

La cena fue animada y realmente espléndida. Cojonazos estaba eufórico, Vacunillas con cara de relajado, iba repartiendo paz y amor. D. Enrique, tan en su sitio como siempre, y Michael el Datos comentaba ilusionado las maravillas electrónicas que había en la casa. Marmitón asaltaba a preguntas al sucedáneo del teniente Colombo y mientras Airón intentaba entablar relación con las ojeras de la periodista que, cambiando de tema, eran tan profundas que reafirmaban mi admiración por Cojonazos, yo iniciaba una charla con el que sería mi guardaespaldas personal.

Recuerdo que pensé que si no se hubiera cambiado de ropa y siguiera con la indumentaria femenina para desempeñar su trabajo, ahora tendríamos una versión muy particular de una antigua película de Kevin Costner y Whitney Houston llamada “El Guardaespaldas”. Un transexual con talones de aguja y falda ajustada defendiendo a un tipo feo como yo, no es precisamente un calco del original. Y como mi imaginación retorcida no podía parar aquí, añadí que no terminaba enamorándose del protegido, como pasaba en la película, ya que resulta que bajo el halo de duro con peluca existía un alma sensible y con tendencias lesbianas. Y digo lesbianas porque nunca he entendido por qué no existe un hombre transexual, por lo tanto que vista y sienta femeninamente, pero que le atraigan las mujeres, con lo que se le puede considerar lesbiana. O sea, un transexual masculino lesbiano.

No sé si le hubieran hecho demasiado gracia estas reflexiones, así que decidí hablar de otras cosas y dejar mi particular visión para otro día.

Pasamos el resto de la tarde deambulando y descubriendo las posibilidades de la casa, hasta creo que D. Enrique cayó en alguna que otra debilidad. El Cojonazos fue el único que dedicó todo el tiempo a un monotema, lo cual que me hizo sospechar de la veracidad de las numerosas conquistas que alardeaba tener casi a diario.

Y, por fin, mi amada veterinaria y yo nos metimos en un baño de espuma sensitiva después de conectar el cartel de “overbooking” en la puerta. Aquí sí que recitamos toda la retahíla de frases usadas en el cuento de Caperucita, véase: ¡qué rebordes más carnosos tienes! o aquella de ¡qué golosina más apetitosa tienes! o la de ¡qué estos más de aquello tienes!, etc., y así hasta la de ¡es para comerte mejoooor! que es cuando mi Caperucita es engullida por su lobo peludo y salivante. Aunque, como todos sabéis, no permaneció demasiado tiempo en el interior de la bestia debido a que un cazador que por allí pasaba la extrajo. Y en nuestro caso fue D. Enrique quien representó este papel secundario, llamando a la puerta insistentemente con el propósito de llevarme a otra reunión.

Por lo que vi al entrar en la habitación, de nuestro equipo sólo estábamos convocados D. Enrique y yo, situación que me intranquilizó bastante. Esta vez fue el ejecutivo el que, sin dar tiempo a saludos, empezó a hablarnos metódicamente explicando la naturaleza de las pruebas psicológicas que nos había hecho e intentado convencernos en dos frases que éstas eran totalmente eficaces. Después de soltarnos una amplia gama de nombres técnicos, acabó diagnosticando que casi todos estábamos limpios de pertenecer a los Hermanos Eternos.

Dicho esto, aclaró que nuestra articulista era la espía. Aunque anunció que no podía ser la asesina porque las pruebas lo habían demostrado.

Y se sentó con cara seria para preguntar a todos, incluido a él mismo, qué se debería hacer con ella y cómo y quién se lo diría a el Cojonazos.

-Pensadlo -se levantó y se fue.

Nos quedamos D. Enrique y yo sentados, inmóviles y asombrados porque en dos minutos, que es el tiempo que había pasado desde que entramos hasta ahora, nos habían comunicado un peligroso problema con una rapidez y frialdad sin parangón en los anales de la profesionalidad. Y, lo más grave, sin que nosotros hubiéramos abierto la boca.

-Sí, señor -murmuré-, toda una experiencia.

Mi buen amigo y yo nos miramos temiendo lo peor. El Cojonazos era mucho Cojonazos, e irle con esta historia era buscarte estar eternamente en su lista negra ¡Y no sabéis lo terrible que puede llegar a ser esto!

Como ya presentía que me tocaría a mí, dejé para más tarde esta papeleta y, por petición popular, según sugirieron nuestros compañeros cuando salimos de la reunión, se decidió visionar nuestra pequeña representación surrealista del amor ilícito entre la pastorcilla y el elefantón que habían guardado los espías de Helmsmen. Pasamos uno de los ratos más increíbles que recuerdo. Aún cuando lo revivo hoy en día se me ponen las hormonas productoras de optimismo en el nivel adecuado para creer que la vida es bella.

Después llegó la cena y, a la vez, el comunicado de que al día siguiente nos investían Doctores *Honoris Causa* por una de las universidades más importantes del país y que debíamos asistir. A Marmitón le hizo una especial gracia el que le dieran un titulo universitario sin haber pasado de los estudios primarios y repitió su frase preferida. "Si siempre es así, con vosotros al fin del mundo".

A la periodista se le prometieron ciertas exclusivas a cambio de que siguiera a nuestro lado sin comunicarse con el mundo exterior. Por supuesto que no nos fiábamos, pero era lo único que se les ocurrió a los de Helmsmen para entretenerla hasta que idearan algo.

La sobremesa fue un encanto, aparte de que la cena era de una calidad sorprendente, los vinos con que nos regalaron fueron de aquellos que se te caen las lágrimas de emoción. Se ve que, o no escatimaban en medios o eran ellos los que habían comprado la casi totalidad de la producción de las bodegas nacionales. Yo creo que fue esta última suposición y así estuvimos de acuerdo el Cojonazos y yo, dejando por zanjado el asunto del comprador enólogo.

Airón estaba radiante, aunque seguía hablando demasiado con el Vacunillas. Un historial demasiado amplio lo avalaba para que lo subestimara y no es que yo sea celoso, pero una cosa es una cosa y otra es otra y ésta era de ésas aunque pareciera muy diferente a las otras. O sea, que eso y que yo no estaba celoso. D. Enrique estuvo toda la velada hablando con el sucesor del teniente Colombo hasta que el alcohol arrastró su atención a las estupideces que contábamos. Especial y raramente irónico estaba Michael el Datos. Supongo que era debido a que su felicidad alcanzaba cotas poco frecuentes producto de la presencia en la casa del HGM1003. Este nombre escondía un aparato extremadamente sofisticado y poderoso que permitía, no sé por qué medios, acceder a cualquier base de dados y manipularla. Pero ésta no era la cuestión a resaltar, sino que lo más inaudito estaba en las bromas pasadas de moda que emitía por su boca sin ningún tipo de sentido del ridículo. Era como si se hubiera quedado en la época universitaria y, desde entonces, no hubiera recibido más información clasificable como potencialmente generadora de diversión. Aunque debo reconocer que su vestido contemporáneo a la época de sus chistes y la felicidad que irradiaba, le convertían en aquel ser querido que no deseas que nunca cambie.

Sólo un hecho turbaba la atmósfera y eran las caras de bobos enamorados que hacían el Cojonazos y la periodista. Se me rompía la alegría el pensar que tendría que darle una

ducha de agua helada a mi amigo. Pero como había tiempo, lo volví a dejar para una ocasión más idónea.

Nos despertaron a las nueve para que diera tiempo a desayunar y trasladarnos a la recepción. La universidad en que nos recibieron fue construida hace dos siglos pero, por lo que pude ver, se había actualizado a las necesidades del mundo del S. XXI, creando con ello una atmósfera anacrónica de objetos modernos en salas de techos altos y detalles ornamentales de época. La verdad es que no se peleaban demasiado entre ellos.

El comité de recepción de esa institución, además de un gran número de políticos ajenos a la cultura que pasaban por allí, estaba compuesto por unos seres que parecían más bien una muestra reducida de los animales del arca de Noé que la imagen seria que aún se pretendía mantener de los miembros de esa universidad. Desde la jirafa que siempre asoma el cuello por entre todas las cabezas intentando acaparar miradas, pasando por el hipopótamo gordinflón, resentido, retorcido y engañosamente pacífico y terminando por la falsa y sarcástica hiena. También se podía ver al poderoso y viejo león, tranquilo y bien aposentado en sus dominios; a la dulce cervatilla, juguetona y caprichosa o a la señora elefanta, temida y respetada por lo imprevisible de sus fatales reacciones. Otro animal que apareció fue el mono dormilón, siempre rascándose la barriga y bendiciendo cualquier actividad con su inactividad. El leopardo, creyéndose diferente al rey león pero inevitablemente encaminado a asumir la misma desidia de los poderosos, también estaba. Y por último, dos animales más, en el lateral izquierdo el avestruz, acostumbrado a sortear obstáculos y con la cabeza como si constantemente recibiera un fuerte viento que le molestase hasta el límite de no parar de moverla nerviosamente. Y en el derecho el búfalo, trabajador incansable que pasa desapercibido pero que a nadie se le ocurre menospreciarlo porque con su fuerza y tesón pueden derribar cualquier obstáculo.

Toda esa fauna es la que se nos presentó al bajar del vehículo y entrar en ese *sancta sanctorum* de la cultura. Fuimos recibidos con todos los honores y después de darnos un paseo por la histórica institución, siempre rodeados de grandes fuerzas de seguridad, entramos en la Aula Magna.

Si he de ser sincero nuestro grupo era un poco patético. El Cojonazos y la periodista parecían que estuvieran de viaje de novios, siguiendo, siempre cogidos de la mano, las explicaciones de los doctores con evidente interés y con cabeceos de admiración. Marmitón se había encaprichado de la figura de la falsa y sarcástica hiena e intentaba sacarle información, ya que, según dijo más tarde, estos tipos de personajes son los que lo sueltan todo a la mínima oportunidad. D. Enrique, con su porte de hombre de mundo, infundía el respeto de los que se podía denominar doctores de segunda, ya que los de primera me tocaban a mí por ser el principal en el escalafón. Cuestión de imagen.

Airón, Vacunillas y el Datos, que eran los que más podían entender de qué iba todo aquello por ser los únicos universitarios del grupo, estaban casi mimetizados en la larga cola de doctorados de tercera y aspirantes a ello que nos seguían obligados por el protocolo.

Después de vestirnos con las togas y aguantar dogmáticos y lapidarios discursos, llegó la investidura. Dejamos pasar primero a Marmitón, que sabíamos que le hacía ilusión, seguido por Vacunillas, el Datos, D. Enrique, Cojonazos, Airón y por último yo. Suerte que me cayó al suelo ese sombrero raro con borla, por aquello de los nervios, y no pude recibir en plenas narices un láser que partía de una de las flores e iba, inequívocamente dirigido a freírme unas cuantas neuronas. El susto fue de infarto ya que, si bien no me di cuenta de lo que pasaba y después de recoger el sombrerito intenté continuar con la investidura, el láser en cuestión al no darme a mí continuó su camino y

fue a calcinar justamente la entrepierna de uno de los grandes dioses de la ciencia que estaba representado en una pintura sobre soporte no celulósico de ocho por cuatro metros que presidía la sala. Yo, que aún no me había enterado de nada, oí murmullos en la sala, mezcla de risas y comentarios en voz baja que despertaron mi atención. Poco a poco, como las partes del personaje en cuestión empezaban a arder, el ruido de fondo aumentó y hasta alguna carcajada de algún estudiante con sentido del humor se pudo oír en la estancia. Curiosamente, al intentar ver qué pasaba a mis espaldas, también tuve la suerte de esquivar otra emisión silenciosa del láser asesino y ésta fue a dar en unos cables de la pared, dejando el Aula Magna a oscuras. Ya podéis imaginar qué espectáculo tan aterrador, prácticamente estábamos sin luz y solamente las partes ardientes del docto señor emitían el resplandor necesario para que resaltara la expresión estremecedora del propio personaje del cuadro. Segundo a segundo las llamas se fueron extendiendo por la superficie, y en cuestión de instantes la corrección y amabilidad de los asistentes se convirtió en un “sálvese quien pueda” desenfrenado. No me extrañaría nada que más de un estudiante aprovechara la ocasión para comprobar la autenticidad de los pechos de alguna compañera. Hoy en día no te puedes fiar de nada y menos de eso.

La desbandada fue general, todo el mundo corría y gritaba. Hasta la elefanta perdió los nervios y quiso salir a la desesperada de la sala arrasando a su paso cualquier indicio de vida. El computo final, entre muertes, heridos y pechos manoseados fue de escándalo.

Curiosamente toda la prensa trató el tema como si se tratara de un hijo propio que hubiera estado en peligro. Nos elevaron casi al nivel de mártires y se hicieron miles de conjeturas al respecto. Es de remarcar la de un grupo de amantes del 600 (coche español de la década de 1960) que proclamaron la autoridad del atentado y que pedían la refabricación de dicho vehículo si no querían que se repitieran las muertes. Además exigían que existiera la opción de escoger la versión descapotable.

Pero, en cualquier caso, quedó claro que, o era prácticamente imposible asegurar nuestra seguridad, o que las medidas de Helmsmen eran insuficientes. Sobra decir que después de una salida a toda velocidad con atropellos varios incluidos, llegamos a nuestro búnker con un humor de perros aunque, paradójicamente, el único que estaba contento era precisamente uno de ellos. Otón no paró de saltar y uno tras otro fue dañando las partes delicadas de los que acostumbramos a miccionar de pie.

Hubo reunión de urgencia y todos, tanto los que éramos agraciados con las caricias de Otón como las que no tenían este problema, nos sentamos dispuestos a preguntar a nuestros anfitriones sobre su eficaz sistema de seguridad. Como es lógico aceptaron nuestras sutiles recriminaciones y después de varias palmaditas en sus espaldas para que se animaran ya que los habíamos hundido en el más oscuro de los oscuros fosos de lodo maloliente y putrefacto, decidimos que a partir de ese momento nosotros participaríamos activamente en nuestra defensa. Pero como la periodista seguía en cuerpo presente apartamos el tema para después de la cena.

Había llegado el momento de hablar con Cojonazos y enfrentarme a su ira. Al fin y al cabo era un hombre maduro y responsable, aunque no lo pareciera.

Le llamé y no estaba en su habitación, así que salí en su búsqueda y nada más entrar en la sala de máquinas virtuales, lo vi dentro de una de ellas. Disimuladamente me acerqué para ver qué programa estaba visionando y, para sorpresa mía, no vivía ninguna apasionante aventura a bordo de un velero pirata ni esquiaba en las nieves vírgenes de los Alpes. Lo que sí me hubiera ayudado es que la película virtual tuviera curvas de mujer, esto indicaría que aún tenía una brecha en la que poder colarle las nuevas sin

producir demasiado descalabro. Pero no, no era ninguno de los anteriores, simplemente no era. O sea, estaba durmiendo el angelito. Supongo que sus hormonas, junto con las de la señora, le estaban apretando demasiado la tuerca y el pobre andaba sobrecargado de tarea. Al fin y al cabo no era tan joven para lidiar tantos toros. Así que me dio pena y le dejé que repusiera fuerzas para el siguiente “round” con la articulista.

Seguía teniendo un grave problema. Por una parte, en el exterior me estaba esperando alguien ansioso por mis vísceras y, por otra, no me podía pasar toda la vida escondiéndome. Tampoco podía confiar demasiado en la superpoderosa e hipervitaminada Helmsmen tras ver cómo habían acabado las partes del docto señor representado en el cuadro del Aula Magna.

¿Qué hacer? Imaginé varios sistemas para salir del aprieto, como por ejemplo el pedir la dirección de una buena clínica a mi guardaespaldas con el fin de convertirme en el transexual lesbiano que ya he nombrado anteriormente. Aunque lo desestimé por el miedo de que Airón le cogiera gusto a mi nuevo envoltorio y después buscase a hembras que lo fueran desde el nacimiento y me dejara por alguna. Otra posibilidad era la de entrar en alguna corriente estética de aquellas en que todos sus miembros se parecen y de esta manera diluirme entre una masa de iguales. Nada más fácil, primero tendría que saber cuál es la más numerosa y después adoptar su imagen. A lo mejor saldría de ésta sin demasiados tatuajes ni agujeros en la piel. Lo único realmente difícil de superar era el nexo común entre los adeptos, así que debía seleccionar a una que no prohibiese el sexo ni obligara a aparentar que me gustaba la música de moda y aguantar durante horas interminables ruidos atronadores.

Siempre me ha parecido curioso que los adolescentes busquen su individualidad a la vez que necesitan sentirse parte de algo. A primera vista son dos anhelos tan contradictorios como la vida misma.

-¿Por qué no te haces de los Hermanos Eternos? -dijo una voz detrás de mi que no reconocí. Me di la vuelta y allí estaba la periodista poniéndose en evidencia de una forma aparentemente inconsciente.

-¿Y qué ganaría con ello? -le dije haciéndome el bobo.

-Que no te mataran.

-¿A cambio de qué? -pregunté con el fin de saber hasta dónde llegaban sus conocimientos sobre el tema.

-A cambio de desenmascarar las atrocidades de Helmsmen.

-¿Sabías lo del atentado en la universidad?

-Sí, pero han fallado adrede. Es muy fácil matar a alguien.

-¿Por qué?

-Porque, si es posible, te quieren vivo y de su parte.

-¿Y si no?

-Muerto.

-Ah -dije como si usualmente recibiera revelaciones de este tipo. Y continué:

-¿Por qué te desenmascaras, no tienes miedo de que te encerremos?

-No soy ninguna ingenua y ya sé que, desde las pruebas que me hicisteis, conocéis mi dependencia de los Hermanos. De hecho, era una de las fases del plan que ha permitido que estemos hablando tú y yo.

-¿Y por qué escogiste a Cojonazos y no a Vacunillas?

-Era el más apropiado; además, me cayó bien.

-¿Y qué piensa él de todo esto?

-Es problema mío.

-Y mío ¿Qué nos impide hacerte desaparecer?

-No me importa lo que me pueda pasar, pero posiblemente a ti o a alguno de tus amigos sí que os duela dejar de existir.

-O sea, tu vida es nuestro seguro de vida hasta que me decida.

-Exacto.

-Por lo tanto, hay tregua.

-Sí, pero durante cuatro días, o sea, hoy es domingo y por lo tanto sólo tienes para decidirte hasta el jueves, después ya no habrá posibilidades de trato -me dijo fríamente.

-Me lo pensaré.

Y se fue andando por el pasillo que estaba frente a mí ¡Cómo son las cosas! Me temblaban las piernas, pero no podía dejar de admirar la figura de la espía y sus movimientos de cadera. “No cambiarás nunca, Manolo” me dije.

También me comenté de pasada que la cosa se estaba poniendo interesante. Demasiado para mi gusto.

CAPÍTULO XXI: VOY A COMPRAR TABACO

"Voy a comprar tabaco" o "si preguntan por mí, me he ido de viaje" o "yo bailo sevillanas y estoy de paso". Son tres de las frases que me hubiera gustado soltar y así poder vivir tranquilamente en el pueblo de los Catalanes, ayudando a mi veterinaria y poniéndome un pañuelo en la cabeza cada vez que me encontrara con alguno de mi familia política. A lo mejor esta manía genética de no terminar la frase sea contagiosa y llegaría el día que sería otro el que se lo colocaría enfrente de mí y por mi causa.

Pero no, era evidente que el piso que me sostenía se había convertido en arenas movedizas en las que cualquier movimiento podía hundirme más en el fango, y si optaba por el inmovilismo sólo no hacía más que prorrogar un final también igualmente evidente.

Una cosa tenía clara, nunca me han gustado las sectas de ningún tipo y, si he de escoger entre una de ellas y una logia, me quedo con ésta última sin pensarlo. Lo único realmente esperanzador era que había una tregua de cinco días y esto quería decir que en ese tiempo se debía elaborar un plan, prepararlo y ejecutarlo con éxito.

El primer paso era poner a mi equipo al día de los acontecimientos para que decidieran si seguir conmigo o apearse. Lo terrible del asunto es que para hacerlo con todos tendría que contarle a Cojonazos que su novia era una espía, que sólo lo estaba utilizando como semental para entrar en la casa y que de aquello de freírla a fuego lento con una manzana en la boca, nada de nada. Decididamente debía buscar alguna estratagema para retrasarle este descubrimiento.

Necesitaba información para completar un plan que estaba emergiendo de mi mente poco a poco como si de una oportuna gripe se tratara. Así que fui a la búsqueda de Michael el Datos y después de una serie de comprobaciones, pasé a visitar a Vacunillas Pepe para que me hiciese un pequeño pero vital encargo. Estuve a punto de preguntarle sobre su especial afición a hablar con Airón, pero me dio la vergüenza de quien teme ponerse en ridículo mostrando una debilidad inconfesable.

Para estructurarlo adecuadamente necesitaba ordenar mis ideas en una atmósfera de tranquilidad y qué mejor lugar que en la cabina del silencio, que como ya sabéis, es donde te sumerges en un líquido que tiene como una apariencia de gel acuoso y en el cual flotas en una absoluta falta de gravedad. Este aparato es lo más increíble que he sentido en mi vida, sin contar el sexo claro está, aunque tiene un grave inconveniente que ha sido el causante de que no se haya extendido su uso, encareciéndolo sobremanera. El problema es que el oxígeno necesario para poder respirar lo encuentras en el propio líquido que te rodea y necesitas pasar por una décima de segundo terrible antes de darte cuenta de que al inspirar esta sustancia acuosa no te ahogas, sino todo lo contrario. Son fracciones de tiempo en que tienes que obligar a tu cuerpo a que desobedezca su propio instinto de supervivencia y haga algo que es mortal en condiciones normales. Es como poner la mano en el fuego sin una razón para ello.

Así que, inspiré profundamente con la cabeza sumergida en ese líquido y después de creer firmemente que me estaba realmente suicidando, pude recuperar la calma y darme cuenta de que había vuelto a lo más parecido que pueda existir al claustro materno. Flotaba en medio de una masa que se adaptaba perfectamente a mi cuerpo sin necesidad de presionarlo y que lo masajeaba ofreciéndome sensaciones de plácido relax. Podías dormir o estar despierto, permanecer absolutamente relajado o moverte, todo era diferente y agradable. Pero lo que más me impresionó fue la sensación que vivieron mis

piernas. Ellas que estaban acostumbradas a sobrevivir congestionadas, dolorosas y cansadas, se encontraron con que se habían vaciado y eran solamente recipientes cónicos llenos de nada. Recuerdo que me lo agradecieron con unos cosquilleos de alegría.

Degusté la experiencia con todo placer y apunté mentalmente que debía preguntar a los técnicos de ese cacharro si el hecho de entrar en él acompañado de una veterinaria, podía ser perjudicial para la salud.

Cuando ya pude retomar el hilo de la historia, fui valorando todas las alternativas que tenía para salir de ésta. Una cosa estaba clara, si quería que no me matasen, o tenía que quitarles el motivo que tenían para ello, o, por el contrario, pasar a la ofensiva y seguir la máxima femenina que dice que la mejor defensa es un buen ataque.

Si quería dejarles sin motivo para matarme sólo había dos alternativas, o tenía que pasarme a su bando y hacer lo que ellos querían, o descubría todo el pastel yo mismo. Ambas opciones me parecieron propias de un cobarde, así que decidí pasar a la ofensiva.

Y fue a ello a lo que dediqué las casi tres horas en que estuve respirando líquido como cuando quieres presumir de estar bien ahogado. Después de volver a sufrir, pero a la inversa, los diez segundos terribles en los que redescubres el aire en los pulmones, me puse manos a la obra para preparar e iniciar todo el enramado de acciones que deberían permitirme sobrevivir.

Después de pedir el consentimiento y la ayuda de Helmsmen mediante nuestros guardianes, el primer paso que seguí fue visitar a Vacunillas y preguntar por el pequeño pero vital encargo que le pedí. Al entrar en el apartamento que tenía asignado oí un ruido que me hizo pensar que estaba acompañado y no era un acompañado en el recibidor o un acompañado en el mueble bar o un acompañado en el pasillo. Él estaba acompañado en la habitación y ya sabéis qué quiere decir estar acompañado en la habitación.

Sólo faltó que al entrar me dijera que sentía no poder dedicarme mucho tiempo porque estaba acompañado.

Esto no podía quedar así, tenía que saber si quien acompañaba a mi querido amigo era mi querida esposa y si mi querida esposa quería acompañar más a mi querido amigo que a mí.

Es increíble como, en situaciones con gran dosis de desasosiego, lo único que se te ocurre son estupideces, así que ocupé los pocos segundos que me estaba concediendo Vacunillas para que le explicara cuál era el motivo de mi visita, en meditar cómo podía ser posible que palabras como "amigo", "querido-a" y especialmente "acompañado-a" pudieran encerrar significados tan distintos a los que originalmente tienen. Y así me encontré, pensando obviedades y con la cara interrogativa de Vacunillas enfrente de mí.

-¿Y mi encargo? –al fin pregunté.

-Aún no sé exactamente para qué quieres esta pócima, pero si es para darle aliciente a tu relación con Airón, úsalo con mesura ya que puede terminar contigo -me dijo el cara dura.

-No te preocupes -balbuceé y salí de la habitación desencajado.

El plan era simple, debía colocar una cámara tan pequeña como la que había inventado el padre del submarinista asesino que ya he comentado, enfrente de la puerta de salida de los aposentos de Vacunillas. Fuera quien fuera la persona que estuviera en la habitación de mi probable examigo tendría que pasar por esa puerta y entonces saldría de dudas.

Y así lo hice. Fui a buscar una de mi equipo y conecté la monótona imagen de la puerta de Vacunillas en el visualizador de muñeca. A partir de ese instante me convertí en el típico hombre atareado que ha escogido el mirar constantemente el reloj como tic representativo de su estado. Tanto era así que hasta pasé al lado de la espía venida a periodista y no me di ni cuenta. Supongo que para ella fue como un menosprecio ya que no era precisamente indiferencia lo que esperaba de mí.

Pero, en cualquier caso, di muchos pasos y algún que otro tropiezo con los otros habitantes de la casa que se cruzaron en la ofuscada trayectoria hasta mis habitaciones antes de que viera como la puerta empezaba a moverse. Me quedé paralizado en medio de la sala de realidad virtual esperando que quien fuera que había iniciado la acción de abrirla terminara de una vez. Ocurrió, supongo, como cuando intentas salir puerta en mano de una sala y no acaba de soltarte la conversación. Pues así fue y así me tuvieron, para desespero mío, durante casi cuatro minutos. Con cada leve movimiento de la puerta entreabierta hacía que mi cerebro diera un doble salto mortal sobre sí mismo.

Recuerdo que cuando proseguí mi camino después de descubrir quién era, me di cuenta de que mirando y mirando la pantallita de mi muñeca me había sentado en una mesa de la sala contigua a la de la realidad virtual y que correspondía al comedor. Lo peculiar de la situación es que cuando me desperté del estado de shock, me encontré con un plato de algo marrón delante de mí, con dos hombres mirándome con expresión preocupada y una mujer de pie y nerviosa reclamando su sitio y su comida. Me disculpé como pude y absolutamente destrozado corrí a echarme encima de mi cama y lloriquear inconsolablemente.

Como habéis podido adivinar, fue Airón quién salió de esa habitación con cara de “aquí no ha pasado nada”.

Cuando entró en la estancia opté por disimular, pero me di cuenta rápidamente de que era evidente que no lo lograba, entonces decidí dejar enfriar esta situación *cuérnica* antes de que saltase a morderle la arteria yugular. Salí excusando una tontería y me dirigí a no sé dónde. Deambulé como un zombie por la casa hasta que me volví a encontrar sentado en la misma mesa que antes pero, esta vez, ya no tenía un plato con algo marrón delante, ahora era una taza de café.

Me bebí el líquido oscuro que tan amablemente habían puesto a mi alcance y con la voz chillona de su propietaria que había vuelto del servicio, por lo que se ve era de esfínter sensible y necesitaba ir constantemente a aliviarlo, me encaminé al salón en donde empezaban a aparecer los miembros del equipo para cenar. Lo intenté, pero como no tenía fuerzas para aguantar otra partida de póker sentimental, volví a mi claustro materno y aproveché el parecido que tenía el inspirar el gel líquido de la cabina del silencio con el hecho de morir ahogado, para representarme un simulacro de suicidio como exorcismo contra los demonios de la desesperación. Y por supuesto, me di mucha pena al imaginar el dolor de mis seres queridos al verme allí, en el féretro y cómo llorarían mi pérdida, especialmente la pareja de adúlteros. Creo que hasta llegaron a caerme lágrimas de tristeza por haberme privado de mí mismo para siempre.

Por lo que sé, al no aparecer en la cena y la manera como había salido de la habitación cuando huí de Airón, generó un estado de alerta en mis compañeros que desembocó en una búsqueda por toda la casa. Sólo Otón con su hocico cuadrado me tenía bien localizado; pero como no era, ni de lejos, un chivato, se dedicó a corretear entre las piernas de los componentes de la expedición. Me buscaron por todas partes y justo fueron a dar con los testigos de la mesa en la que había tenido mis dos pequeños contratiempos. Es fácil imaginar el estado de desasosiego que se generó al escuchar el

relato de los hechos y más si fue la mujer quien, aprovechando la situación, cargó las tintas exprofeso para vengarse de mí por lo del desplante con el café.

Lástima que me perdí el espectáculo porque, por lo que me explicaron, fue digno de una de las mejores escenas de pánico tipo *in crescendo*.

Por fin al viudo, que estaba muy asustado por ser el responsable de preservar mi integridad física, se le ocurrió mirar en el ordenador central de la casa y descubrió que la cabina del silencio estaba ocupada. Minutos después me encontraron en plena catarsis.

Sin apenas haber podido eliminar todo el líquido de mis pulmones, Airón me abrazó desconsoladamente, reacción que me alegró y desconcertó a la vez. Yo pertenezco a aquella clase de seres tan inseguros de sí mismos que las tonalidades de grises les desconciertan, o sea, que soy de los que necesitan colores puros y no medias tintas en las relaciones sentimentales, entonces, es fácil imaginar en qué estado de turbación me encontraba.

Intenté quitar pólvora a la situación argumentando que estaba muy atareado planeando la estrategia a seguir y me fui a sacar los restos de gel que quedaban en mi cuerpo. La ducha transcurrió mientras mi mente luchaba entre dos corrientes de pensamiento. La de "todo son suposiciones mías" y la de "piensa mal y acertarás". Valoraba cada pequeño gesto de Airón y, curiosamente, por más que lo revivía más se afianzaba la tendencia que preconizaba el ser desconfiado por naturaleza.

Salí de la zona de limpieza personal con bastantes restos de gel y con un dolor de cabeza horroroso. Sólo deseaba volver a mi claustro maternal y sumergirme en las placenteras aguas de la inconsciencia. Me vestí como quien usa la moral por felpudo y me dispuse a asistir a la cena más horrible de todos los tiempos. Salí de mis habitaciones tan profundamente desanimado que, al cerrarse la puerta a mis espaldas, casi estrujo el alma que me seguía a duras penas. Los pasillos que me llevaban al comedor se fueron convirtiendo en túneles lúgubres y llenos de fatídicas premoniciones. Por un momento se me ocurrió que podía pedir a Vacunillas y a Airón que vinieran a mis habitaciones para aclarar el asunto pero, la verdad, era más cómodo compadecerme que evidenciar ese cataclismo. La puerta se acercó y, casi inconsciente, la abrí sin pensar. En la sala estaban todos sentados como si nada ocurriera y, como era de esperar, faltaban los dos adúlteros. Me coloqué en mi sitio y en el momento preciso en que apoyaba mis dos posaderas en la silla ... se apagaron las luces y todos esos jodidos y malnacidos hijos de zorras tiñosas y rabiosas que tengo por amigos cantaron el cumpleaños feliz.

¿Cómo es posible que me ocurra a mí un enredo de teatro de aficionados? ¡Por favor!, es tan rotundamente tópica esta situación que, de la vergüenza que me da, he estado a punto de no relatarla, pero…, aquí está: Desde una puerta lateral entraron Vacunillas y Airón sujetando un pastel iluminado con demasiadas velas. Según me enteré, esta fiesta sorpresa ya se llevaba en mente desde hacía días y a los dos supuestos infieles se les había encargado su coordinación.

Después del desconcierto inicial, recuerdo me tocó autoconvencerme de que como nadie sabía de mi crisis pasional, era como si no hubiera existido y, por lo tanto, no tenía por qué tener vergüenza de mis reacciones de adolescente. Suerte que después de la tempestad viene la actividad, o algo así, y empezaron las risas, el buen humor, los arcaicos chistes de Michael el Datos y las estruendosas carcajadas, extremadamente contagiosas y curiosamente anacrónicas, del aprendiz de teniente Colombo que nos llevaron de vuelta a la normalidad, si es que se puede llamar así la situación que nos tocaba vivir.

-¡Jodidos celos! -pensé.

Los organizadores se esmeraron en su trabajo, hubo de todo un poco. La comida excelente y, como sabían que me vuelven loco los buenos vinos, desparramaron en nuestros estómagos un excelente surtido de tintos de casi la totalidad de regiones vinícolas españolas. El alcohol junto con la alegría de estar rodeado de gente predispuesta a la risa convirtió lo que debía ser uno de los tragos más duros de pasar de mi existencia, en una de esas situaciones que vives muy pocas veces, pero que las guardas celosamente en una parte de la memoria por si vienen tiempos peores.

Lástima que la periodista impedía dar rienda suelta a exteriorizar todos los recuerdos de la investigación. Pero para remediar esto, yo tenía un plan que permitiría entretener a nuestra espía y además ofrecer un regalo a Cojonazos. Todo él se basaba en el encargo que me hizo Vacunillas y que tenía en mi bolsillo. Este encargo tenía forma de un frasco lleno de minúsculas pastillas que se disolvían perfectamente en cualquier líquido produciendo un efecto que no voy a contar, pero que seguro que el lector malpensado ha descubierto.

En el momento oportuno tiré uno de esos comprimidos en la bebida de nuestra querida espía y en la de Cojonazos y me senté a esperar. Como veía que tardaban en beber sugerí un brindis por nuestros anfitriones con la intención morbosa de que mi enemiga se la tragara precisamente al hacer los honores a sus rivales. Dicho y hecho, todo para dentro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve segundos, la periodista empezó a moverse nerviosa, diez, once, Cojonazos redistribuyó dentro de los pantalones sus dotaciones para la refriega, doce, trece, la espía deslizó la mano por debajo de la mesa en dirección a los recién redistribuidos, catorce, quince, Cojonazos hizo lo mismo pero hacia los de su compañera, dieciséis, diecisiete, ambos estaban ligeramente alterados, dieciocho, diecinueve, ambos estaban bastante turbados, veinte, veintiuno, Cojonazos le dijo algo al oído a su articulista, veintidós, veintitrés, Cojonazos cogió la chaqueta y, situándola estratégicamente para disimular el orgulloso apéndice, argumentó que nuestra amiga tenía dolor de cabeza y que la acompañaba a su habitación. Después de mostrar nuestras más sinceras condolencias, con sonrisa de complicidad de Vacunillas incluida, casi no dio ni tiempo de decir amén que ya estaban, cual pareja de adolescentes, galopando eufóricos hacia su prometedor destino.

Después de que se fueran sentí con todo el corazón tener que pedirles a mis acompañantes que se tomaran otro tipo de pastilla que elimina de una forma casi diabólica todo el efecto del alcohol en nuestros cuerpos. Muchas fueron las protestas, pero una vez explicada la situación y habiendo quedado claro que teníamos los días contados y que la pérdida de una noche representaba un grave problema en el desarrollo de mi plan, se tomaron la dosis de anulador de bebida y empezamos la reunión.

Detallé mucho más la conversación con la espía, expliqué el método utilizado para entretenerla y argumenté mi decisión de pasar a la ofensiva. No es de extrañar que antes de seguir con el plan me obligaran a especificar los efectos de la pastillita que habían tomado los amantes y todos, incluido D. Enrique, se apuntaron el nombre y laboratorio que lo fabricaba. Incluso vi por el rabillo del ojo que Airón tomaba buena nota de él y no sé por qué, pero Otón también manifestó una atención a mis palabras poco usual en él. Así son las cosas propias de los mamíferos.

Al final, cuando ya estuvo todo claro, hice la pregunta clave. Los de Helmsmen hicieron el gesto aquel de los que no tienen más remedio que cooperar. D. Enrique dijo que no podía dejarme en la estacada. Michael el Datos gruñó algo parecido a que estaba de acuerdo. Marmitón sentenció que no se perdería por nada del mundo el conocer cómo saldríamos de ésta y Vacunillas comentó, con bastante buen estilo, que no caería

tan bajo como para contestar una pregunta tan innecesaria. Me quedé mirando a Airón, que se levantó toda enfadada para decirme que para ella el matrimonio no era una trivialidad y que si seguía aunque fueran dos segundos más esperando su respuesta era indicativo de que para mí lo era y que se sentiría ofendida y decepcionada y que probablemente dejaría de amarme porque no era de ésas que hoy tú y mañana otro. Y para terminar la escena con un toque dramático se puso a llorar.

Me quedé helado, de hecho creo que el tópico de la idiosincrasia femenina toma un nuevo matiz en Airón.

Inmediatamente después, pasé a explicarles la primera fase de mi plan. Para iniciar la contraofensiva necesitaba una maniobra que desconcertara al enemigo y por ello les pedí que escogiéramos la próxima visita homenaje a asistir de entre todas las previstas y que nosotros mismos planeásemos un atentado fallido durante el transcurso de ella.

También pedí a Michael el Datos que interceptara las emisiones del satélite de los Hermanos Eternos con el nuevo juguete informático que había encontrado en la casa y que había modificado muy acertadamente para tal fin. La función que debía desempeñar este artilugio en esta primera fase, era contaminar el satélite de los Hermanos con un virus que introdujera en los mensajes escritos que van de vuelta a sus seguidores y que son su punto fuerte. Un no delante de cualquier forma gramatical de los verbos haber, tener, ser y un tres por cada dos, un cinco por cada siete y un ocho por cada cuatro harían realidad el efecto deseado. De esta forma, si un adepto necesitaba saber, por ejemplo, cómo debía hacer para desgravar impuestos, le podía salir cara la consulta; o si un arquitecto requería que le hicieran unos cálculos, caería en desgracia si intentaba aplicarlos. También el coste de la cesta de la compra se vería extrañamente incrementado si se seguían los consejos de los Hermanos; en resumen, el usuario que había vendido su intelecto al depender totalmente del asesoramiento de la secta, se encontraría que aun estando igualmente asistido, la información que necesitaba para cualquier decisión del día a día sería errónea.

-Dicho de otra manera, vamos a desestabilizar la credibilidad de la información que ofrecen los Hermanos Eternos –sentencié orgulloso.

-Muy bien -dijo Marmitón-, pero este plan tiene un fallo -todos nos quedamos mirándolo interesados-. Si el atentado tiene que parecer verídico, el que lo sufre lo tiene que sentir como tal. O sea, propongo que Manolo y Airón salgan de la sala mientras nosotros organizamos todo el tinglado. De este modo, como no sabrán cuándo les ocurrirá, la sorpresa que manifestarán sus caras ayudará a dar la imagen de realidad que necesitamos.

"Jodido Marmitón" pensé y, como no hay mal que por bien no venga, decidimos hacer lo que pedía, aceptando de esa manera el trato. Y ya que había impuesto a un buen amigo mío el tomar una sustancia que yo desconocía, era mi obligación el ingerir otro tanto para sufrir los terribles efectos de dicha pócima. Y así lo hicimos en nuestra habitación.

-¡Lo que hay que hacer por un amigo! -exclamamos con una sonrisa picarona antes de tomarla.

-¡Lo que hay que hacer por un amigo! -exclamamos totalmente agotados después de tres horas de haberla tomado.

Nota: Como un sobresueldo nunca viene mal, los que estéis interesados en conocer el nombre de las pastillitas debéis mandar cinco euros a manolo&oton@investigadores.com

CAPÍTULO XXII: LUNES

Nos despertaron a las nueve de la mañana para ir a desayunar. De camino al comedor nos alcanzó Michael el Datos que, por su aspecto, ojeras incluidas, parecía no haber cerrado los ojos en toda la noche. La causa del cansancio era que había ocupado el tiempo desarrollando un virus informático prácticamente imposible de detectar en los filtros de entrada al satélite de los Hermanos, y esto era gracias a que lo que enviaba no era el propio virus, sino unos mensajes pidiendo asesoramiento que, al ser introducidos en el ordenador central de los sectarios para su posterior procesado y emisión de la respuesta, eran los encargados de implementarlo. Estos textos transmitidos tenían la peculiaridad de que eran sus propias palabras las que al recombinarse entre ellas creaban la estructura propia del virus, empezando, de esta manera, su acción malévola desde el propio interior del servidor de los Hermanos Eternos.

Según dijo, ya lo había introducido en el servidor de la secta y sólo faltaba enviar un inicializador del proceso en forma de otro mensaje. O más o menos es lo que entendí ya que cuando empezó a hablar de estructuras simétricas, de dBm, WAP o SIMD cerré mi mente como medida de precaución y, claro está, interpreté lo que pude.

El desayuno transcurrió menos animado que de costumbre; por un lado estaban los que habían trabajado durante toda la noche y, por otro, los que también se habían esforzado, pero con matices sudorosamente diferentes. En cualquier caso, el cansancio era notorio en todos.

Para disimular fueron los de Helmsmen los que argumentaron frente a una gratamente sorprendida espía y a un descompuesto Cojonazos que debido a las últimas nuevas, refiriéndose a la tregua, se seguiría con las celebraciones previstas y que ese día tocaba la inauguración de un nuevo concepto de galería de arte. La amenaza del parásito de las estrellas seguía vigente en cualquier acto de nuestra vida y esto había provocado que muchas instituciones cerraran sus puertas o buscasen alternativas para asegurar a sus clientes o usuarios que no había posibilidad de contaminarse. Y esto también atañía a las pinturas sobre telas o a las tallas. Tanto era así que se tuvieron que clausurar temporalmente museos de arte, requisar preventivamente colecciones particulares y cerrar exposiciones hasta que no se encontrara algún sistema que permitiera continuar exponiendo tales obras sin peligro para la salud física.

Tampoco no es de extrañar que de la salud mental no dijeran nada, aunque creo que al no hacerlo perdieron una ocasión de oro para cribar una serie de supuestas obras que, al presentarlas como arte, desequilibran el concepto de estética que cada uno tiene. Y eso debería estar penalizado por la ley ya que genera un grave síndrome psicológico de la confusión mental consecuencia del choque entre lo que debes pensar y lo que a ti te parece. He de reconocer que existe la duda razonable de que al no ser yo un experto en la disciplina puede que no llegue a comprender la evolución que ha sufrido ese pintor y, por lo tanto, la de su obra. Pero muchas veces me pregunto, ¿no será éste el argumento ideal para utilizarlo como encubridor de la desidia desencadenada por el endiosamiento del propio artista? No dudo que muchos pintores o escultores fueron excepcionales en una época; sin embargo, tampoco dudo que muchos de ellos han caído en las fauces de la fama.

Pero volviendo al asunto, resultaba que esta galería de arte era la primera que se reabría después del cierre, o sea tres días más tarde. Lo que ellos habían ingeniado era simple, sólo aceptarían estatuas que en su composición tuvieran elementos carentes de celulosa. Y en lo referente a las telas, se habían inventado como unas cajas transparentes

y perfectamente precintadas que permitían la contemplación de la obra sin el peligro de contaminarse con el parásito. Y aquí estaba la novedad de la inauguración de esta galería. Era, por decirlo de alguna manera, la primera exposición de arte al natural de ámbito mundial después de tres terribles días sin poder gozar de él.

También, he de ser sincero, creo que existía más expectación por el método de protección utilizado que por la obra en sí. Éramos los conejitos de indias que probábamos un sistema que podía dar el pistoletazo para que siguiera vigente la obra de arte como fuente de inversión. ¡Mucho dinero en juego!

Yo no dejaba de pensar cuándo sería la emboscada, si en el viaje de ida a Nueva York, que era donde se inauguraba, o durante la celebración. Venia a ser como la fiesta de cumpleaños sorpresa en forma de atentado, pero como iba con la seguridad de preservar la vida, dejé que me sorprendieran.

Se notaba que el arte estaba de moda ya que dicha inauguración había estado precedida de una gran despliegue mediático y esto hizo que en la céntrica avenida neoyorquina, que era donde estaba la galería en cuestión, sólo hubiera hueco entre el Pepopu para que nuestro transporte se posara enfrente de la entrada. Inmediatamente se llenaron los cristales del vehículo de caras y manos. Todos querían ver de cerca a esos héroes de no sé qué país extraño llamado “Spain”.

Esto me asustó especialmente, ya que no había pensado hasta ahora que pudiera existir otra mente depravada que no fuera de los Hermanos y que deseara nuestra muerte solamente por darse notoriedad. O que todo el montaje de la periodista fuera únicamente para que nos confiásemos.

Pero no pasó nada, entramos en la sala y aparte de dos azafatas realmente estupendas, no hubo nada que destacar en las caras que nos vinieron a recibir. Todos nuestros anfitriones eran artistas que iban de ello, y como tales vestían tan espantosamente peculiares, que una vez visto uno, ya tenías la capacidad para impresionarte totalmente saturada y los otros te pasaban desapercibidos.

Donde también me lo pase increíble fue en la sala dedicada a la escultura contemporánea y con una pareja de intelectuales. Ella aún usaba gafas estilo 1999 con montura negra y forma rectangular, pelo liso pero con dos franjas laterales más largas que el resto, traje chaqueta azul-grisáceo y camisa de corte masculino, metro setenta y cinco de estatura, rostro bien trabajado en el quirófano y silueta estilizada. Él era parecido, también vestía de oscuro con cuello alto, barba estéticamente descuidada y pelo canoso, nariz con carácter y altura respetable, figura cincuenta por ciento resultado de la cirugía, treinta de la genética y el resto de gimnasio. Lucían sendos catálogos informatizados debajo del brazo y eran poseedores de una forma de mirar las obras con la objetividad, conocimientos y tranquilidad propias de una mente rica en sensaciones estéticas. O sea, más o menos cumplían con el estándar de todo buen intelectual moderno que se precie.

Pues bien, resulta que era una exposición de escultura embebida en la cotidianidad. Al principio, no entendí nada, pero se me aclaró de pronto cuando descubrí a la pareja en cuestión admirando, con gestos que describían el universo creativo de la obra, a la chaqueta de Cojonazos que acababa de colgar en un perchero. Mi amigo, que con su consabida mente perspicaz la había puesto allí expresamente como cebo, se dio cuenta que su trampa había funcionado. Así pues, y después de echarme una mirada de complicidad, se dirigió directamente a la presa para entrar en su conversación y seguir a trío el comentario de la obra. Les dejé unos minutos en los que me recreé viendo gesticular a mi amigo dibujando en el aire sus impresiones, y pedí a uno de los medios de comunicación que estaban en esos momentos emitiendo en directo, que grabara los

comentarios del grupo. La pareja, al ver al de la cámara que les apuntaba, no sólo no pusieron ninguna pega, sino que empezaron a disertar sobre las excelencias de la obra -más tarde, nos enteramos que aquellos dos seres extraños resultaron ser los intelectuales de referencia en el arte neoyorquino-. Teníamos pues, en nuestras manos, dos piezas de caza mayor.

Ahora sí que todo estaba preparado para el momento y a un gesto de mi amigo me dirigí pausadamente, pedí perdón por situarme delante de ellos y tranquilamente cogí la chaqueta que estaban admirando y me la puse.

La escena que siguió fue todo un espectáculo que aún se comenta hoy en día. El hombre, al ver mi acción presuntamente inaceptable, intentó evitar que yo destrozara la supuesta obra de arte con claras alusiones a mi madre y a mi estado mental. Pero, para desesperación suya, cuando instantes después me reconoció y se dio cuenta de su error, se volvió agresivamente contra el cámara que lo filmaba entusiasmado sin perderse un detalle. La intelectual hembra, paralizada de horror al imaginarse el futuro descrédito social que presagiaba, intentaba esconder la cara entre sus mechones de diseño. Sólo faltó que a el Cojonazos se le ocurriera pedir a la mujer que se sentara en un objeto que resultó ser la estatua estrella de la noche y que se titulaba "el soporte del mundo". Lo penoso del tema no fue que cometiera el mismo error anterior pero al revés, o sea confundir una obra de arte con un objeto cotidiano, sino que, justamente esta pieza que tan desacertadamente utilizaba como asiento, recreaba la vanguardista y recuperada estética machista con claras alegorías fálicas. Así pues, cuando el intelectual macho dejó de chillar, la atención de los presentes se centró en su mujer que, acompañada por el Cojonazos y el shock emocional, se había sentado encima de los testículos que formaban la parte inferior de un gran pene semierecto que a su vez era utilizado por la propia señora como respaldo.

Paradójicamente, el paso del tiempo demostró a la intelectual que, lo que ella definió como el fin de todo, fue el principio de un leyenda intemporal. La imagen de la mujer y su improvisado asiento cogió tanta relevancia que la adoptaron como el icono representativo de esa corriente fálica que marcó tan profundamente toda una época del S. XXI.

Cuando que se calmaron los ánimos, seguimos con la visita a las otras salas. Primero pasamos por una en que se exponía la pintura de un artista del que no recuerdo su nombre, pero que estaba pasando por una época creativa oscura. Para mí, que si hubieran pintado las paredes de color negro hubieran conseguido el mismo efecto, ahorrando de paso bastante dinero. Lo que sí realmente me despertó la atención fue un cartel que indicaba la sala en que se celebraba una muestra de arte erótico funerario. Repetiré el concepto porque creo que vale la pena: arte que expresa erotismo, pero dentro de la estética funeraria. Como podéis comprender, nació en mí una curiosidad sin límites. Lo único erótico que lograba imaginarme en ese marco era la figura de una viuda minifaldera con unas piernas de infarto enfundadas en sutiles medias oscuras. Pero creo que no iba por ahí la exposición y para desgracia mía, no logré terminar la visita y ampliar mi cultura general, ya que sólo acercarme al cartel para leerlo mejor, explotó el indicador con un desproporcionado despliegue de extrovertismo. Hubo tanto humo como para conseguir que un vidente viera lo mismo que un invidente, tanto ruido como para que un sordo tuviera esperanza, tanta luz como si de una aparición divina se tratara y tantos gritos de dolor que se parecía a las mazmorras en la cristiana época de la Inquisición. Y todo esto simplemente para recrear la atmósfera que simulase un atentado. En honor a la verdad he de decir que cuando alguien me cogió del brazo para

llevarme a una habitación aparte, estaba tan impactado que ni la viuda anterior me hubiera sacado una gota de cualquier tipo de exudado de mi cuerpo.

En cuestión de segundos me convertí en un herido de pronóstico reservado. Para mi gusto demasiada sangre, pero para la prensa fue mano de santo. Las imágenes de mi cara ensangrentada dieron la vuelta al universo conocido y aunque comunicaron a los medios que había salido sólo con algún corte sin importancia, se montó otro de los espectáculos mediáticos más memorables de este siglo. La cantidad de saliva que se gastó en debates fue a litros y la multitud de grupos que proclamaron la autoridad del atentado no se pudieron contar con los dedos de treinta hombres. En resumen, mis amigos hicieron muy bien el trabajo.

El espectáculo en el camino de vuelta fue dantesco, la tristeza fingida por todos nubló la conversación, la rabia falsamente exteriorizada por un D. Enrique que hasta ese momento nunca había levantado el tono de voz, consiguió el efecto de trascendental gravedad que requería el plan. Hasta el Vacunillas representó una escena de pánico retenido que me dejó absolutamente admirado. Pero el que realizó un estupendo trabajo fue mi personal guardaespaldas, o sea el viudo, que callado en un rincón y sin un mínimo gesto teatral, proyectó en la atmósfera del momento un aire de derrota con solamente su estado de ánimo. Tan efectiva fue su representación que hasta la espía le estrujó el hombro como signo de apoyo moral.

A otro que también le tocó el cometido de víctima herida como a mí, fue a Marmitón, que lo escogió voluntariamente porque dijo que quería percibir a la vez el sentimiento de pena y el de admiración. Añadió que sentir solamente el primero indicaba que estabas acabado y que únicamente el segundo ya lo estaba viviendo en ese momento, pero que los dos a la vez y al nivel de héroe nacional, era una oportunidad única.

En cuanto a la espía a la que, por cierto, se veía algo desconcertada, intenté comunicarle, mediante expresión corporal, que a duras penas estaba manteniendo la serenidad, y que en mi interior corría una rabia a punto de desbordarse por sentirme rastreramente engañado. Más de dos o tres veces procuré cogerle la mirada, pero ella no fue capaz de mantenerla y la bajó, lo cual me animó para echarle más leña al fuego y evidenciar unos acallados dolores en forma de esas muecas que todos sabemos hacer cuando hace falta. Hasta Airón, que figuraba que era la casi viuda desconsolada, acudió en mi ayuda para contar a todos cuánto sufría su idolatrado amor.

Lo que sí nos hizo gracia a todos y creo que la consideramos nuestra particular venganza por las fechorías realizadas por el Cojonazos, fue que el tocacojones no paraba de lanzar adjetivos no demasiados bien sonantes con referencia a los miembros de la secta, así como juraba y perjuraba que si pudiera coger a los que habían organizado estos atentados los pondría en salmuera ¡Cómo son las cosas de la vida! En este instante tanto la secta como los promotores de este último fallido intento de asesinato, resulta que estábamos sentados a su lado.

El que no estuvo presente en toda esta pequeña representación fue Michael el Datos que desde otro departamento del vehículo estaba enviando el mensaje detonante del virus para que diera comienzo otro tipo de fiesta en un punto geográfico lejano.

Cuando llegamos, la casa estaba rodeada por el clásico Pepopu, aunque esta vez no era tan denso como en el caso de Nueva York y por ello, nos aventurarnos a desembarcar en medio de él esperando no ser masacrados y convertidos en souvenirs.

Aparte de algún empujón, fuimos recibidos con fuertes aplausos que nos proporcionaron la excusa necesaria para desembarazarnos de la tristeza fingida del viaje

y asumir, sin riesgo a levantar sospechas, un estado de humor más acorde al que disfrutábamos en nuestro interior.

Sin embargo, yo persistí adrede en mi falso estado de estar enojado y dolido con el fin de completar la primera fase de mi plan.

Una vez dentro y a salvo del Pepopu, pedí a Vacunillas que le dejara caer a Cojonazos, como por casualidad, que por la red vendían unos revitalizantes físicos impresionantes. Como estaba seguro de que caería en la trampa debido a su evidente estado de desgaste y como aún le esperaba más de una noche en la que su obligación sería entretener a la periodista, le pedí a mi amigo que se lo llevara y que realmente le buscara un reconstituyente digno de la situación.

Así lo hizo y así de fácil pude hablar a gusto con la espía.

-¿No me habías dicho que no habría más atentados? -le pregunté.

-Este atentado no ha sido nuestro. -dijo

-¿Y cómo sé yo que es cierto y no simplemente una excusa para que nos confiemos?

-Porque te lo digo yo.

-¿No has pensado que podría ser que te estén utilizando para que me engañes inconscientemente y les sea más fácil acceder a mí? -dejé caer con toda la mala leche del mundo.

Ella se quedó un rato dudosa como si esta frase hubiera colocado un tarro de mantequilla debajo de sus neuronas.

-¡Imposible! ellos nunca harían una cosa así -argumentó más para sí que para mí. Y cuando reaccionó pidió que la dejáramos salir al exterior para consultar.

Todo empezaba a marchar según mi guión. Era un buen comienzo.

-Si te vas, no volverás a entrar -afirmé- y no sé qué pensarán tus superiores si abandonas la misión.

Esto creo que fue el empujón necesario para que la mantequilla desplegara su efecto resbaladizo. Estaba realmente desorientada y esto no me lo esperaba. Yo supuse que el hecho de hacer una fisura en su fe ciega en la secta no sería para ella tan profundamente angustioso, pero me equivoqué. Podía matarla y después torturarla, que no le importaría en absoluto, pero lo que no podía soportar era que se le quebrantase el barro que la sostenía.

Y como si hubiera adivinado mis pensamientos, disfrazó su estado y me miró fría, despectiva y distante durante unos segundos, se dio la vuelta y se fue.

He de reconocer que, habiéndole visto un punto débil, la visión de sus caderas no me pareció tan sensual. Si eres una lectora, probablemente pienses, a razón de esta última frase, que todos los hombres son iguales, que necesitan palo para tenerlos permanentemente pendientes de ti y que es muy propio de ellos el utilizar un argumento precisamente de carácter sexual, como son las posaderas de la articulista, como símbolo de su victoria. Teniendo en cuenta que los hombres utilizan el sexo para canalizar ciertas reacciones, ¿qué utilizaría una mujer si se hubieran invertido los papeles y fuera la espía la vencedora y yo el que circulaba pasillo abajo de espaldas y hundido en la miseria? ¿También me miraría el trasero? Probablemente si eres un lector masculino no tengas ni idea, aunque, si no lo eres y crees saberlo, ya tienes mi dirección electrónica (cuando lo de las pastillitas). Te estaré enormemente agradecido de que me lo aclares.

Como mi charla con la periodista había dado excesivos buenos resultados y creí que podría llegar a sospechar algo si de improviso pasara de estar totalmente absorta en un jeroglífico mental a sentirse rotundamente deseosa de sexo, me replanteé el suministrar esa noche a el Cojonazos y a su pareja mi especial ”huracán” que es, como ya sabes muy bien, como he bautizado a los comprimidos en recuerdo del estado en que quedan

los muebles después de tomarte uno en compañía. Así pues, decidí que buscaría otro sistema más clásico para despistarlos y no me fue difícil, ya que mi amigo estaba tan agotado que ni con los vitalizantes de Vacunillas dio ningún problema. Ella desapareció en su habitación.

Como el búnker en que estábamos era a prueba de emisiones, no temí que pudiera comunicarse con el exterior y esto me dio la tranquilidad para convocar otra nueva reunión en la que se trataron los temas del martes.

CAPÍTULO XXIII: MARTES

Después de una apacible noche de descanso, nos reunimos para valorar, de una forma lo más aparente posible, la asistencia o no a otro acto social. La opción más razonable, si el dilema no hubiera sido ficticio, era la de evitar jugarse la vida asistiendo a visitas estúpidas. Pero mi plan necesitaba de más golpes de efecto, así que, tuvimos que seleccionar un argumento de peso para justificar el riesgo que correríamos. Era de vital importancia que la espía, la secta y la sociedad en general, se creyeran el farol que intentábamos colar.

Para ello, la noche anterior seleccionamos una visita de recogida de fondos a dos organizaciones no gubernamentales de ayuda a necesitados. De esta manera, conseguiríamos que pareciera que practicábamos un elevado acto de heroísmo altruista, que siempre va bien para los temas de imagen; y por otro lado, intentaríamos ayudar realmente a gente necesitada, que también va bien para sentirse algo mejor. Pero antes, y para que pareciera que todo esto estaba surgiendo de la propia reunión matutina, debíamos interpretar una pequeña representación frente a la espía que se mantenía callada y a la expectativa:

-Como habéis visto, las medidas de seguridad son insuficientes y por lo tanto la cordura aconseja que no salgamos más -dije consecuente con las circunstancias. A lo que todos asintieron.

-Así pues, como veo que todos pensáis lo mismo que Manolo, pasaremos una nota a la prensa anunciando nuestra retirada. Creo que todo el mundo podrá entender tal decisión -sentenció Mr. Colombo light.

Y cuando ya nos levantábamos dando por terminada la reunión, la voz de D. Enrique desde el fondo de la sala dijo:

-Antes de dar por definitivo este acuerdo, me gustaría que escucharais una de las invitaciones que hemos recibido. -Y leyó el mensaje:

“Apreciados señores, somos una organización no gubernamental que ayuda a encontrar un hogar, entre las familias de nuestro país, para los huérfanos necesitados de los países más pobres o en guerra. Para ello, ya disponemos de algunos donativos de particulares que permiten mantener un hospicio dedicado a la estancia para los que están a la espera de encontrar a los padres adecuados. Desgraciadamente, hace no menos de un mes nos llegaron siete bebes con graves malformaciones provenientes de madres drogodependientes. Lo terrible de este caso es que no hay familias que quieran adoptarlos debido a su estado. Y es precisamente este rechazo que sufren la razón por la que les pedimos que nos visiten y de este modo captar la atención y la ayuda de la opinión pública."

-Pero no termina aquí la cosa -continuó D. Enrique- cuando leí la nota pedí información a la policía sobre el caso, y ésta me envió al departamento de sanidad y drogas en donde me lo confirmaron y me enviaron el historial de esos recién nacidos. Efectivamente, provienen de madres extranjeras drogadictas. Pero lo trágico era que todas estaban enganchadas a un tipo nuevo de droga sintética que empieza a causar verdaderos estragos.

-Entonces si es tan grave como dices, ¿por qué no ha salido nada en la prensa? -pregunté.

-Porque aún no ha llegado a nuestro país. Tampoco el número de casos, en la patria de los bebés, no llega al porcentaje que oficialmente se considera necesario para tenerlo

en cuenta. Pero en cualquier caso, es fácil imaginar el peligro que puede llegar a representar para la población europea si este compuesto llega a nuestras costas. Creo que nuestro deber es denunciar esta nueva amenaza e intentar ayudar a esos pobres desgraciados.

Aunque todos conocíamos el caso y habíamos decidido de antemano asistir, nunca deja de impresionar la noticia de que están pagando inocentes criaturas por los juegos absurdos de los mayores. Así que se sugirió poner a votación secreta la decisión de ir o no. Preparamos un tablero informático y cada uno fue apuntando su voto. El resultado final fue el esperado, todos habían decidido dar apoyo a esa iniciativa (periodista espía incluida).

Convocamos una rueda de prensa para el mediodía con dos objetivos: el primero y principal, fue el contestar a algunas preguntas referentes a los atentados; el segundo, comunicar nuestra visita al hospicio. Era importante no mezclar ambos temas, ya que si hubiéramos utilizado esta última para informar sobre los ataques sufridos a nuestra integridad física, la problemática de los bebés hubiera pasado estúpidamente a segundo plano, no consiguiendo la repercusión que se merecían.

La asistencia del jefe de policía ayudó a que la rueda de prensa transcurriera mejor de lo previsto. He de decir que, aun siendo un miembro de las fuerzas de defensa del ciudadano y, por lo tanto insobornable, le habían filtrado desde las altas esferas mucha información referente a los Hermanos Eternos, así como la especial sugerencia de que se la estudiara muy atentamente. Teniendo en cuenta el cargo que ocupaba, el hombre captó inmediatamente la idea y representó su papel a la perfección. Sin decir nada en concreto, transmitió el mensaje de que los Hermanos Eternos estaban detrás de estos atentados.

La repercusión en la opinión pública fue acorde a las perspectivas. El mensaje que transmitimos fue claro y conciso: Los de la secta son probablemente los malos y los héroes éramos cada vez más héroes.

Antes de comer, di el pistoletazo de salida a Michael para activar la segunda fase del plan de desestabilización de la credibilidad que ofrecían los Hermanos Eternos. Esta nueva estrategia se basaba en introducir en el ordenador de la secta, por el mismo sistema que en la primera, varios virus que generaran mensajes con imposiciones demasiado exigentes y contradictorias. O sea, que obligaran a cumplir normas difíciles de sobrellevar, como la de tres días de ayuno voluntario a la semana a base de batido de calabaza caliente, o someterse a baños de agua fría cada mañana para purificar el alma, o visualizar programas virtuales de sexo con la prohibición explícita de llegar al orgasmo (como prueba para fortalecer el espíritu y el carácter, ¡sobre todo el carácter!), u orinar sólo una vez cada dos días y cerrar esfínteres el resto. También estaba previsto que, si duraba más de lo previsto esta segunda fase, los mensajes debían repetirse pero con información contraria a los originales. En resumen, cualquier adicto a este ángel de la guarda que son los Hermanos se encontró con que: primero ya no se pudo fiar ciegamente de sus consejos porque eran incorrectos; y segundo, le exigían unos sacrificios que no entraban en el trato inicial. Si a esto se le sumaba la campaña de desprestigio que hacíamos con los atentados, yo creo que se les puso muy cruda la cosa.

El único punto flojo de mi estrategia era que se enteraran demasiado pronto de que detrás de todo esto estábamos nosotros y que decidieran cortar por lo sano sin esperar al jueves. Pero confiaba que, con la sospecha pública de que eran ellos los que habían intentado atentar contra unos héroes nacionales (nosotros), consideraran poco conveniente ejecutar el proyecto de separar mi mente del bello cuerpo que luzco, modestia aparte.

Así que comimos durante el viaje y a las tres de la tarde ya estábamos enfrente del hospicio. El Pepopu volvía a estar mucho más denso que de costumbre. Curiosamente no se acercaban al vehículo, supongo que estar a nuestro lado se podía considerar extremadamente peligroso y por eso se mantenían a una distancia prudencial. Salimos del transporte y cuando nos disponíamos a entrar al edificio, un sujeto que me pareció familiar surgió de la masa humana que nos rodeaba para echarse sobre nosotros gesticulando amenazadoramente. Esto provocó que mi guardaespaldas saltara sobre el atacante como un felino sediento de demostrar que servía para algo y lo inmovilizó en cuestión de segundos. Desde luego, el viudo no fue el único en aplastar al supuesto agresor, también todo el que tenía algo que ver con la seguridad aprovechó, ya que estaba indefenso el asesino, para poner en práctica las enseñanzas y montar su número profesional. En unos segundos, la entrada de ese centro de recogida se convirtió en una muestra de cómo un arma se puede mover muy rápidamente describiendo semicírculos, o cómo deben hacerse las miradas precisas tipo búsqueda infalible. Lo más espectacular fue cuando me rodearon varios dos metros por dos y me llevaron volando hacia un lugar seguro, o sea a una sala del hospicio. Casi sin darme tiempo a respirar, me encontré sentado en una silla diminuta hecha para críos y un enjambre de guardas mirando detrás de los peluches.

Pensé que todo esto podría ser otra sorpresa de Marmitón y compañía, pero su mirada aclaró totalmente que no tenía ni idea de qué había pasado.

-Manolo, mira lo que dicen por mi televisor de pulsera -dijo Vacunillas mientras me lo enseñaba.

Parece increíble como, por ejemplo, si alguien descansa de sus gases en Barcelona y esto es noticia, a los dos segundos ya sale una editorial en todos los medios. No sé cómo se lo hacen, pero pueden investigar a un ciudadano casi instantáneamente y estructurar una noticia como si hubieran compartido la vida del sujeto en cuestión desde la niñez; y esto es lo que hicieron. Según se dijo, el agresor era uno de los miembros defensores del uso del seiscientos (cochecito español de la década de 1960) y que quería reivindicar tal artefacto llamando la atención con el atentado. Lo que no me gustó es que los medios que sostenían esta teoría, también defendían a los Hermanos Eternos y, según aprecié, utilizaban a ese pobre desgraciado como cabeza de turco para desmentir las sospechas que caían sobre la secta. Esto podía hundir mi estrategia para desacreditarlos.

Estaba en estos pensamientos cuando volvieron a pasar las imágenes del altercado y...

-¡Que me traigan al agresor! ¡Que me traigan al agresor! -grité con todas mis fuerzas. Los presentes se quedaron alucinados y creyendo que me había vuelto loco y quería venganza, intentaban tranquilizarme.

-¡Que me traigan al agresor! ¡Que me traigan al agresor! -volví a gritar histérico y viendo que mi estado no mejoraba, lo fueron a buscar.

Me entraron unas ganas incontenibles de reír y cuando estaba a punto de explotar a carcajadas, lo vi entrar maniatado y luciendo una mirada de desesperación en la retina.

-Manolo, Manolo -dijo casi llorando el presunto terrorista cuando me vio.

-Dejadle libre, es una amigo -les ordené a los guardias.

-Ya habéis oído, soy un amigo -repetía el supuesto asesino.

-Pero, pero...-protestaban los guardianes.

-Es una orden -intercedió Mr. Colombo que observaba la escena intrigado.

Y mientras desataban al irremediable y absolutamente inoportuno Mariano Fernández el Bipelma, me explicó de qué iba todo eso. El hombre había intentado dar conmigo para consultarme algo referente a su inclasificable mujer, pero no me encontró

en ninguna parte hasta que me vio en la tele anunciando la visita de hoy. Vino para darme una sorpresa, y a decir verdad, como ya es normal en él, consiguió sobrepasar en mucho lo que normalmente se entiende por ese término.

-¿Pero qué tienes que ver con el seiscientos? -le pregunté.

-Me gustan y me hice del club -y se quedó tan tranquilo.

-¿Y tu mujer, ya se ha decidido entre calzoncillo o braga? -dije con poco tacto, harto de su inoportunidad.

-Sí -me contestó como si le gustara que le hubiera hecho esa pregunta- ahora quiere ser definitivamente mujer y vestir como tal. Dice que después de dos días de ir de hombre se ha dado cuenta de que la ropa masculina da poco juego a la creatividad y que prefiere la femenina.

-Y por esto vas disfrazado de elegante -afirmé mientras admiraba el traje que llevaba y que le quedaba como un collar de perlas a un rinoceronte.

-Se ha comprado tanta ropa inútil de hombre que me podré vestir durante siete años como mínimo. Ha sido mi ruina, y lo trágico es que en estos instantes está renovando su vestuario femenino con los últimos modelos.

-Lo siento.

-No es culpa tuya.

-Necesito que me ayudes. Mariano, debes acompañarme y explicar a la prensa que tu intención no era matarme, sino dar una sorpresa a un viejo amigo. Después podrás continuar la visita conmigo.

-¿Y saldré en la tele?

-Puedes estar seguro.

El número que montó para explicar sus intenciones fue, digamos, tan peculiar que creo que todos se preguntaron qué clase de amistad podía tener con un personaje así.

Cuando quedó todo aclarado, seguimos con el programa y fue entonces donde realmente las repartieron a gusto. La visión de esos pequeños seres, irremediablemente sentenciados a estar encerrados en unos cuerpecillos deformes para toda su vida, transformó radicalmente nuestro estado de ánimo. Parecían tan indefensos e ignorantes del mundo, que era una imagen horrible y enternecedora a la vez. Todos, hasta los periodistas, nos quedamos mudos y estupefactos ante tan evidente muestra de la estupidez ajena. Sólo después de unos minutos de absoluto silencio se empezó a mover algo y ese algo era Mariano Fernández el Bipelma que estaba empezando a llorar. Sus dos ojos nunca habían expulsado tanto líquido como lo hizo seguidamente. El hombre estaba realmente afectado, hasta creo que si no llega a ser porque yo desempeñaba el papel de héroe, los míos hubieran seguido el mismo camino.

El que también estaba en la senda de los lloricones fue Marmitón, que no hizo el mínimo esfuerzo para disimular su estado de desconsuelo y se fue acercando, paso a paso, al Bipelma para así descargarse en compañía, que siempre es de mejor hacer. De Airón prefiero no decir una palabra, por si alguna vez se le ocurre leer este relato. Y en cuanto a la espía, parecía como si de la boca estuviera a punto de salirle vomitada toda la dureza en la que se había protegido una buena parte de su vida, sin embargo se mantuvo en su papel y no lo hizo. Creo que, en ese instante, empezó a odiar conscientemente esta trampa mental de la que era creadora y víctima a la vez. Ella también estaba encerrada, pero no en un cuerpo maldito sino en su mundo maldito. Necesitaba un detonante para explotar y esto me daba miedo. Una desgarro de esas características podía salpicar duramente al Cojonazos y al plan del que pendía nuestra libertad.

Los que no tenían ningún tipo de temor era la pareja de llorones inconsolables. Pero volviendo a lo de cómo era posible que Mariano fuera amigo mío, es fácil comprenderlo porque no hay nada que entender ¿Desde cuándo tiene que haber alguna razón para que un humano pueda ser nombrado amigo de alguien? A mí parece que ocurre y ya está, algunas veces con más suerte y otras con menos. Cosas de la vida. Pero en este caso hay algo a resaltar, ya que el rastrero y cabroncete hijo de su madre llamado Mariano Fernández el Bipelma dio una lección de sacrificio y amor al adoptar a dos de los bebés y no descansó hasta que todos los otros cinco tuvieron asegurado el cariño para que pudieran sobrellevar su deficiencia más dignamente.

Hay veces que me pregunto, si con esta acción logramos realmente mostrar al mundo los efectos perniciosos de esa nueva droga y así, levantar la voz de alarma y conseguir que cayera en desuso. Aunque este no fue el único motivo, me agrada pensar que los objetivos caritativos que nos habíamos propuesto se cumplieron con éxito.

Pero no terminó aquí la visita ya que antes de nuestra marcha nos tenían reservada una sorpresa. Ocho preciosas niñas nos salieron al paso para entregarnos un ramo de flores a cada uno. El detalle sería de agradecer de no ser porque el que me tocó a mí llevaba un dispositivo que me escupió unos polvos a la cara dejándome totalmente en blanco. La niña, que se hizo pasar por miembro del hospicio, desapareció como por arte de magia de la faz de la tierra y nunca más se supo de ella. Y yo, después de terribles y espasmódicos dolores encontré la muerte.

Es obvio pensar que si estáis leyendo este texto, es porque no fue una de aquellas tipo irremediable: ni tan sólo casi muerte. En realidad todo era ficción, y aunque he de reconocer, sin ánimo de parecer vanidoso, que no estuvo nada mal mi representación. Los “aggggh” y los “uha, uha” me salieron dignos del mejor actor, tanto es así que hasta Airón me preguntó en voz baja si estaba siguiendo el plan o me había encontrado con algún imprevisto fatal.

Se me llevaron ya en estado de coma en medio de una nube de sirenas. El resto del equipo fue trasladado a la casa de seguridad entre fuertes medidas de protección y todo el Pepopu se fue disgregando entre lloros y comentarios nerviosos. Sobra decir que el suceso ocupó los titulares de honor ¡Fue todo un espectáculo!

Mi coma se intentó aparentemente mantener en secreto con, claro está, las oportunas filtraciones a la prensa sobre el grave estado de mi salud. El hospital parecía una isla rodeada por un mar agitado. Un nuevo Pepopu había surgido de la nada en cuanto se conoció el atentado y acosaba el centro sanitario. Nunca me he explicado por qué el morbo atrae tanto a la gente, parece como si las desgracias ajenas ayudaran a intentar mantener en el olvido a las propias. En cualquier caso, me enterneció su reacción de pena cuando les fue comunicada oficialmente mi muerte. Eran las 23:07 y al día siguiente tocaba entierro.

CAPÍTULO XXIV: MIÉRCOLES

Lo lógico es pensar que si los Hermanos Eternos tenían un plan elaborado para cuando me mataran, qué menos que seguir con él cuando alguien se había anticipado. El único problema que podría existir era que no se creyeran el engaño de los atentados, que sospecharan que yo estaba vivo y que reaccionaran con una estrategia distinta a la del vídeo. Esto nos podría coger por sorpresa y con poco lugar para maniobrar.

Si queríamos intentar evitar que tuvieran tales pensamientos, teníamos que hacer algo pronto para que fuera más creíble la historia. Y al Gobierno Internacional se les ocurrió representar una película digna del mejor culebrón: Esta vez le tocó actuar a Mr. Donovan que, como ya sabéis, es el viudo de Mr. Monroe, o sea mi guardaespaldas. La escena se desarrolló dentro de la casa búnker. Acababan de llegar de presenciar mi supuesta muerte, eran las tres de la mañana y todos mostraban un semblante desconsolado. De vez en cuando, alguien irrumpía en el silencio para decir alguna frase propia de consuelo. El ánimo se arrastraba por toda la habitación…, cuando, precedidos de los permisos que se lo permitían, la policía irrumpió con muy pocas sutilezas en la casa. En segundos y un "no se mueva nadie" como manda el guión, se lanzaron para inmovilizar al viudo que empezó a lanzar insultos espectaculares contra las cada vez más enfurecidas fuerzas del orden público. El arma de mi guardaespaldas asomó su temperamento y diseminó al aire espumarajos de metal; con la segunda avalancha que emitió la susodicha, hubo al fin respuesta de la concurrencia armada y ya harta de que se la bautizara sin su permiso, ofrecieron a los presentes una ducha de hierro que modificó todas las paredes creando una estética digna del mejor Apocalipsis. O sea, y en otras palabras, el viudo intentó salir por tiros pero la poli no le dejó. Computo final: dos heridos de mentirijilla en los buenos y el malo indemne.

Se lo llevaron a la vieja usanza, con manillas en las manos. Mientras, el jefe de policía les explicó lo ocurrido:

- Ya sospechábamos de él desde hacía tiempo -dijo siguiendo el guión que previamente le habíamos dado- pero hasta hoy no hemos detenido a la niña y después de someterla a hipnosis virtual, nos ha descrito con detalle a Mr. Donovan como promotor de su acto.

-¿Y por qué? -le preguntó Vacunillas con excesiva expresión teatral.

-Porque cuando los Hermanos Eternos asesinaron a su compañero sentimental, éstos le hicieron creer que había sido el Gobierno Internacional el verdadero causante. Entonces, por venganza, él se infiltró y actuó desde dentro. Mr. Donovan fue la mente que coordinó todos los atentados.

-Pero, si no recuerdo mal, fue sometido a test para determinar su dependencia de la secta y evaluar su instinto asesino -dijo Marmitón.

-Correcto, pero Mr. Donovan no era adepto a los Hermanos ni tenía que ser la mano que perpetuase el acto. Sólo lo planificó. Además en un guardaespaldas se le acepta un elevado grado de agresividad por lo que fue fácil engañarnos.

La cara de la verdadera espía mostraba claramente la sorpresa al descubrir la existencia de este supuesto segundo enviado de los Hermanos y esto ayudó a que se le evidenciara más la creencia de que la estaban utilizando como cebo sin que ella lo supiera. Yo esperaba que esta representación hiciera el efecto deseado: por un lado conseguir que la espía se pasara a nuestro bando, reacción en la que no confiaba demasiado; y por el otro, poner suficientemente nerviosos a los Hermanos. Nuestro plan se basaba en que estos pensasen que podía ser verdad que el viudo utilizara a la secta

como disfraz, y que viendo que esta detención les apuntaba directamente, reaccionasen inmediatamente y aceleraran el presentar su chantaje al Gobierno Internacional.

Además, minutos después de la detención, D. Enrique le dio a la periodista un paquete como si fuera un deseo póstumo mío. En él había copia de filmaciones reales, documentos precintados y declaraciones, detallando y aportando pruebas de acciones muy poco respetables y mucho menos legales cometidas por los Hermanos. La espía salió de la sala sin decir nada y media hora después abandonó el edificio con un bulto debajo del brazo. Teniendo en cuenta que las pruebas eran irrefutables, si nuestra articulista se había ido directamente a exigir explicaciones a los Hermanos, la situación de acorralamiento que deberían sentir los dirigentes de la secta tendría que ser terminal.

Y así fue, las filtraciones que llegaron a la secta sobre la detención del viudo, más la periodista espía con sus dudas existenciales y el paquete acusatorio, hicieron su efecto: En apenas dos horas ya teníamos cita para una reunión secreta entre los Hermanos y el gobierno en la que tuve la oportunidad de asistir por vídeo.

Faltaba cerrar un cabo suelto y decidí hacerlo. Cuando entró el Cojonazos en la habitación de la mano de Vacunillas y vio a D. Enrique sonriente y a mí resucitado, pasó de que se le iluminara la cara de alegría a un semblante desencajado para continuar con la ira más profunda. Por suerte el Vacunillas ya estaba preparado y lo calmamos gracias a una cuerda que teníamos para ese fin. Aún recuerdo los movimientos de mi amigo queriéndose desatar cual embutido peleón.

Cuando por fin se tranquilizó, le intenté explicar todo lo sucedido. El pobre no salía de su asombro y realmente fue la primera y única vez que le vi descompuesto y perdido. Lo más doloroso fue confesarle las verdaderas intenciones que inicialmente tenía su novia, aunque también le transmití mi intuición acerca de su deseo de deshabituarse.

Al fin logramos que entrase en razón justo a tiempo para que me fuera a conectar con la reunión que empezaba en esos instantes. Antes de salir decidimos desatarle y todo iba bien hasta que al hijo de su madre del Vacunillas, un tercio inconscientemente y dos tercios adrede, se le ocurrió contarle lo de las pastillitas. Suerte que pude cerrar la puerta a tiempo y sólo oí el golpe que dio su cuerpo al encontrarse con el obstáculo que yo acababa de poner en su camino. No esperé para salir corriendo a que recapacitara y viera la parte buena a los comprimidos, que evidentemente la había. En el fondo presentía claramente que el Cojonazos sabría apreciar el detalle como buen gourmet que era.

Así pues seguí mi camino en búsqueda de la pieza clave del puzzle sin la cual el plan no tendría éxito.

Los representantes del Gobierno Internacional estaban sentados a la izquierda y los Hermanos a la derecha. El gong del primer asalto sonó y salieron los sectarios a la lona con la decidida idea de colocar un gancho en plena mandíbula de sus contrincantes. Pero éstos, al estar prevenidos de sus intenciones, pararon la acometida con una buena defensa. Un ágil juego de piernas les permitió a los buenos desplazarse, colocándose en posición de contraatacar. Los hermanos viéndose hábilmente superados, pusieron toda la carne en sus puños y con ánimo de descomponer a su adversario soltaron el siguiente cañonazo:

-Aquí podéis ver algunas imágenes de la filmación que pasaremos por diferentes medios simultáneamente al entierro del investigador Manolo Boada si no hay respuesta vuestra hasta ese momento, o sea dentro de dos horas. Como podéis apreciar en la pantalla, queda claro, ya que lo afirma vuestro héroe muerto, que el Gobierno Internacional es el responsable de las bajas causadas por el parásito. Es fácil predecir cuál será la reacción del ciudadano al enterarse de cómo juegan con la vida sus

representantes políticos. Y por si quedan dudas, tenemos preparado un paquete de pruebas que corroboran tal filmación y que serán puestas al servicio de la opinión pública.

He de decir que la cara de sorpresa de los gubernamentales engañó a los presentes, hasta yo llegué a dudar de que estuvieran al tanto de la estrategia que seguíamos.

-Es imposible, Manolo nunca filmaría ningún vídeo -afirmaron.

-Pues lo hizo -mintieron los condenados-. Además deben interrumpirse inmediatamente los sabotajes a nuestro sistema de información -por lo que se ve ya habían tropezado con los virus de Michael el Datos.

-Debemos consultarlo -dijeron los del Gobierno- pero ¿qué queréis a cambio de la filmación?, ¿que os permitan entrar a formar parte de Helmsmen?

-Mucho más -contestaron.

-¿No pretenderéis que se disuelva?

-Nos importa una mierda Helmsmen -afirmaron los malos con su vocabulario siempre tan pulcro y comedido.

-¿Que os demos el poder sobre el Gobierno Internacional?

-Mucho más -volvieron a contestar.

-Entonces ¿qué queréis? -dijeron realmente sorprendidos por este cambio en el guión.

Yo tampoco me esperaba esto y recuerdo que fueron los segundos más largos de mi vida. Temía alguna jugada inesperada que provocara un giro de noventa grados en la situación, dándoles la fuerza necesaria para dejarnos inconscientes en la lona.

-Que legalmente se nos dé el pleno control sobre todos los satélites de comunicaciones.

-¡Pero esto significa el dominio del mundo! -exclamaron alarmados los buenos.

-Exacto.

No eran tontos los Hermanos, controlando todas las comunicaciones les dábamos en bandeja el camino abierto al monopolio intelectual, económico y, por las características propias de la secta, al espiritual y emocional. Efectivamente, esto sería el fin del mundo aparentemente libre. Recuerdo que pensé que esto se parecía a las películas de Bond, James Bond en las que el protagonista luchaba contra un Hitler modernizado.

Por suerte, aunque al plan se le había añadido más dosis de peligro, no implicaba cambios en la estrategia marcada. Así que, después de las protestas obligadas por parte de los gubernamentales, dieron por terminada la reunión.

Una llamada rápida a Michael hizo que se desactivaran los virus y que ésto pareciera una reacción propia de quién está asustado. Sólo quedaban dos horas para mi entierro y aún teníamos trabajo por hacer.

Al salir de la sala me tropecé con Cojonazos. Después de que nos hubiéramos repuesto del susto, mi amigo se me quedó mirando fijamente a los ojos. Con cuatro lentos, pesados y cansinos movimientos de sus piernas, posó la cara a cuatro dedos de la mía. Pasaron uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis tensos segundos y sin prisas dijo:

-Te perdono con dos condiciones.

-¿Cuáles?

- Primera que me des el resto del frasco de pastillas.

-¿Y la segunda?

-Que nunca le cuentes este secreto a la periodista.

-¿Entonces piensas intentarlo y seguir con ella?

-¿Tú para qué crees que las quiero las pastillas?

-Ya -dije por no usar la palabra "evidente".

-Por cierto, ¿sabes dónde está? -me preguntó.

-Supongo que con su gente.

-Ya volverá -afirmó. No sé si el hecho de estrujar el frasco de las milagrosas pastillas que acababa de darle, le infundió la seguridad necesaria para contestar de esta manera tan poco dubitativa, pero presentí que entre el Cojonazos y la espía había surgido algo más que un simple "déjame visitar el garaje".

Una vez me había quitado de encima el problema de mi amigo, mi siguiente paso era hablar con el Presidente.

-Manolo -oí y vi por teléfono- primero quiero felicitarte y decirte que tienes todo mi apoyo y mi confianza -un claro ejemplo de parafernalia política-. Dicho esto, debo preguntarte si estáis seguros de lo qué hacéis. Todos sabemos que cuando lo consultaste te dimos el visto bueno a tu plan después de que una comisión de crisis valorara miles de alternativas en sus ordenadores; pero piensa amigo mío, que el que realmente tiene los ojos de varias de las personas más importantes y poderosas de este asqueroso mundo pegados en el cogote, eres tú. Así que ¡ánimo muchacho! nos vemos en maquillaje.

Y colgó. El muy señor diabólico desactivó la comunicación y me dejó temblando y pensando que probablemente Manolo, o sea el que narra esta aventura, era el ser más estúpido de los que intentaba sobrevivir en este impresentable mundo de locos. Parece mentira que un tipo blando como yo cayera tan fácilmente en este embolado. Estos lances sólo deberían estar para que los duros demostraran su condición.

Suerte tuve que, para tranquilizar los nervios, la visión de Airón viniendo hacia a mí y regalándome el sinuoso vaivén de esas dos brutales masas de tejido sorpresivamente denso y blando a la vez, únicos miembros que frontalmente se mueven a los sones de los pasos en una mujer, me transportaron a cuando los descubrí por primera vez de entre los pliegos de su ropa. Es curioso como es éste uno de los secretos más tentadores de investigar en la cita número uno con derecho a goce ¿Serán pequeños y pezoneros o grandes y poderosos; flácidos y arrugaditos o duros, salvajes y nada temerosos de dios?. Es igual cómo sean, todos son maravillosos y más cuando afloran a la luz esos portentos y te piden a voces que escojas entre amasarlos, endurecerlos o sumergir la cabeza entre ellos para zarandearlos al ritmo que te marca el "hay que me lo como todo". En cualquier caso, sean grandes, pequeños o medianos, es de conciencia felicitar a su diseñador, sea quién sea.

En mi caso y al darme ella un beso de buena suerte, pude notarlos presionando mi pecho. Buena señal, esto quería decir que incluso en las peores circunstancias en las que no se puede confiar en nadie, sólo hay una única cosa que no traiciona, y ésta es la libido. ¡Qué haríamos los hombres sin nuestra imaginativa y visceral válvula de escape! Así pues y siempre que su uso no coarte la libertad ajena, rindámosle homenaje en vez de menospreciarla.

La hora H se estaba acercando, y mientras tanto la mente de un servidor había entrado en un torbellino de dudas e inseguridades. El agobio y el pavor se habían apoderado definitivamente de mí. No sabía si funcionaría todo el complejo plan que habíamos montado y si saldríamos indemnes de ésta, aunque me tranquilizaba pensar que el Gobierno había previsto todas las alternativas y seguro que si algo salía de los cauces previstos, rápidamente se activaría un nuevo plan acorde a la nueva situación. Así pues, no debía preocuparme. De hecho, ahora estaba entendiendo el porqué los Hermanos Eternos tenían tanto poder sobre sus adeptos. En este momento, yo me estaba confiando a la protección paternal del Gobierno Internacional de igual manera que hace cualquier hermano con la secta. De pequeños admiramos a nuestros padres, de adolescentes lo seguimos haciendo sin enterarnos y de mayores desearíamos que nos

echaran una mano, pero siempre existe la figura paternal aunque tenga diferentes nombres tales como Dios, Hermanos Eternos, tecnología, consumismo o el propio progenitor.

A fuera del bunker ya me esperaba un vehículo de camuflaje y en menos de un bostezo me trasladaron a donde realmente debería estar para que mi plan funcionara.

Abrí la puerta de la sala de maquillaje y me senté en la silla que me indicaron. Empezaron con una base y la recubrieron posteriormente de una pasta oscura que me dio la imagen de quien está deformado por la hinchazón de sus carnes. Les hice quitar inmediatamente este efecto tan encantador, ya que me dio miedo que no me reconocieran. Probaron un estilo menos espectacular y, ahora sí, consiguieron el efecto que deseábamos: tener la cara que quien a sufrido un mal paso.

Y así lo comentó el presidente al entrar. Aún no entiendo por qué me había llamado por teléfono una hora antes si estaba previsto que nos viéramos en ese momento, supongo que es de esa clase de tipos que cuando tienen ganas más vale que te apartes o te quedarás cubierto por sus excrementos.

-Manolo, cuando termine esto tómate una vacaciones que tienes mala cara -dijo queriendo ser gracioso.

-Si son pagadas -contesté intentando también ser lo mismo.

-Ya sabes que si sale bien, la verdad de toda esta crisis no podrá ser nunca divulgada. Tu vida depende de ello -me advirtió con su flema habitual.

-Ya sabes que si a mi vida o a alguien de mi equipo le ocurre algo por culpa de Helmsmen o del Gobierno, la verdad dejará de ser un secreto y la conocerán todos los medios de comunicación. He tomado precauciones al respecto -contraataqué con cara de póker.

Y me extendió la mano como símbolo para cerrar el trato. Se la estreché y continuamos en silencio.

A él lo maquillaron su propio equipo de estilistas y pasamos a una sala que se había habilitado como centro de operaciones. Teníamos enfrente tres grandes pantallas. En la primera estaban emitiendo los preparativos del funeral, en la central todas las cadenas de las que se conocía su afinidad a la secta y la de la derecha estaba reservada para nuestra actuación.

Me quedé un buen rato en silencio viendo cómo entrevistaban a mis padres por la televisión –estaban al tanto del engaño-, a los conocidos de la infancia, a mis exnovias impresentables, al tendero, a los insaciables vecinos del quinto y a las muy diversas mujeres de la limpieza que han sacado el polvo a los muebles que miles de veces he ensuciado tan a gusto; hasta emitieron imágenes de Otón para realzar mi perfil sensible. Todos estaban de acuerdo en que yo era un personaje excepcional y lloraban muy especialmente mi pérdida. En resumen, los periodistas preguntaban lo típico y los otros contestaban otro tanto. Por suerte, tuvimos el acierto de prevenir una hecatombe de resultados incalculables y enviamos a Mariano Fernández el Bipelma de viaje de placer por la luna con los gastos pagados. Era demasiado peligroso arriesgarnos con su famoso y fatal don de la oportunidad cerca de nosotros. Dicho de otro modo, la ley de Murphy aplicada a ese personaje se transforma en la ley de Mariano, o sea, si alguna cosa es susceptible de que vaya mal ten la certeza absoluta que así será si nuestro amigo está por los alrededores.

Hice una llamada a Michael el Datos para avisarle de que reanudara el sabotaje a los Hermanos Eternos cuando éstos iniciaran su ofensiva. Pero esta vez con una intención distinta, la de añadir máximas acusando al Gobierno Internacional de mi muerte. O sea, que los mensajes ayudarían a reforzar la postura de la secta.

Otra cosa que me impresionó fue la llegada de mis amigos a los preliminares del entierro. Todos acompañaban sus rostros teatralmente desencajados por el dolor con vestidos oscuros de luto acordes a las circunstancias. La puesta en escena no tenía nada que envidiar a los mejores entierros cinematográficos de todos los tiempos. Hasta creo que viendo a Airón con su vestido negro de delicados encajes e intuyendo el atuendo íntimo que estaría rozando en ese momento sus aterciopelados relieves, me pareció que empezaba a comprender el concepto de erotismo funerario. Recuerdo que en ese momento decidí que si salía de esta me enteraría de qué iba toda esta nueva corriente estética, a lo mejor me estaba perdiendo algo verdaderamente interesante.

Marmitón, como era de esperar, consideró que mi muerte ficticia debía servirle para adentrarse en los secretos del sentimiento emanado de la perdida y, de esta manera, descubrir las repercusiones emocionales en la personalidad de un ser creativo como era su caso. Para ello y a pesar de que conocía mi estado corporal en "on", asumió tanto el papel de amigo destrozado que tuvimos realmente que consolarlo, ya que parecía que nunca llegaría a recuperase de mi supuesta pérdida. Incluso, cuando más tarde fui a verlo, me dijo que yo era un espectro producto de su imaginación enferma y que sufría esta alucinación debido a que no aceptaba mi desaparición. También añadió que agradecía el interés, fuera quien fuera yo, pero que nunca nadie podría sustituir a su amigo asesinado. Por suerte, un baño con agua helada y una terapia mejicana, o sea a base de comida muy picante, fueron mano de santo y volvió a la cordura, si es que se puede utilizar este calificativo en su estado supuestamente normal.

Otro momento digno de comentar fue la reaparición de la periodista espía en los preliminares del entierro. Su semblante y postura corporal decían a gritos que todo se le había derrumbado a su alrededor. Después de dar dos sentidos besos de pésame a mi viuda, fue rápidamente a coger la mano de Cojonazos al que se le iluminó la cara cual farola en un callejón oscuro. Parecía que el "déjame ver el garaje" se podría convertir en "hazme un lugar en él para guardar mi coche". Pero algo me tenía preocupado y era su reacción cuando descubriera el engaño de mi muerte, así que decidí darle un giro más a la tuerca y después de negociar un arreglo con el Gobierno, pedí a un esbirro que invitara a mi amigo y su desorientada amada a visitarme cuando terminase la rueda de prensa.

Irremediablemente había llegado la hora H, todo estaba preparado para el desenlace. Imprevistamente entró Michael con el rostro desencajado vocalizando a gritos las palabras “lo han descubierto todo y el plan se ha ido al carajo... ” (es una broma, no he podido resistirme).

Empiezo de nuevo: Irremediablemente había llegado la hora H, todo estaba preparado para el desenlace. Por un lado se emitía en directo mi entierro; por otro, los Hermanos Eternos debían estar ultimando los preparativos para su ofensiva. En este momento era preciso reforzar su impresión de victoria y, para ello, les llamamos pidiéndoles que prorrogasen la embestida hasta después del entierro, lo que desestimaron brabuconamente para nuestra satisfacción.

Ya estaba en marcha la ceremonia laica de mi sepelio cuando empezaron a emitir por las otras cadenas especiales informativos anunciando que los Hermanos Eternos habían descubierto una conspiración mundial contra los pobladores de la tierra. Y denunciaban al propio Gobierno Internacional de ser los generadores del complot. Además precisaban que yo había sido asesinado por dicha organización cuando intentaba divulgar al público tal confabulación. Y como plato fuerte y demostración de la veracidad de sus afirmaciones, anunciaron la emisión del vídeo que yo supuestamente había grabado horas antes del atentado que me había causado la muerte.

Inmediatamente se detuvo el sepelio, el Presidente convocó una rueda de prensa y los Hermanos también hicieron lo mismo. Supongo que a más de un periodista se le desgarró la masa cerebral ya que este colectivo pasó en cuestión de instantes de un despliegue de fuerzas mediáticas orientadas a cubrir una simple ceremonia, a tener tres frentes abiertos muy calientes. La crispación general duró unos quince minutos en los que nadie sabía nada y entendía mucho menos. Sólo faltó que un iluminado afirmara por una televisión local que le había sido revelada la inmediata invasión de unos extraterrestres debido a que la humanidad había eliminado a uno de sus dirigentes, o sea yo.

Es fácil imaginar la agitación controladamente profesional que debía reinar en las centrales de prensa. Por si acaso, nosotros habíamos tenido la precaución de recolectar una selección de los periodistas más influyentes en la sociedad para que asistieran a nuestra convocatoria. Por algo jugábamos con ventaja.

Lo que siempre recordaré, por mucha degeneración celular que sufra, es cómo se desarrolló esta rueda de prensa. La sala estaba a rebosar de artilugios y mentes deseosas de información, todos expectantes a la salida del Presidente y a sus declaraciones. Cuando el nerviosismo llegó a niveles alarmantes, el mandatario entró por la puerta del fondo. Se situó detrás del atril de diseño para, pausadamente, comunicar una grave e ilegal conjura de un grupo sectario para desequilibrar la confianza depositada por los ciudadanos en el Gobierno. Les explicó que esta enfermedad social intentaba afectar a los pilares en que se funda la libertad de pensamiento y que ponía en entredicho la supervivencia del mundo libre. Esto había obligado a los representantes políticos a tomar una decisión drástica. También esperaban que los ciudadanos la comprendieran.

-Miren la pantalla señores -y el presidente señaló con el dedo a un gran televisor en el que aparecía yo vestido con los símbolos de los Hermanos y acusando al Gobierno Internacional de ser el causante de la difusión del parásito que tantas muertes había causado. Y continuó- mírenla bien porque en estas imágenes está la prueba de qué organización es la culpable. ¡Delante de sus ojos está la evidencia de quién es el que realmente miente! - Y dejó un buen rato para que la gente entendiera algo.

-Puedo asegurarles que son los Hermanos Eternos los delincuentes, pero ¿quién mejor para demostrarlo que el que supuestamente ha pronunciado estas palabras?

Son comprensibles las caras de estupor de los presentes; lo que decía no tenía sentido: yo estaba muerto. Entonces aparecí en una silla de ruedas. Curiosamente no hubo imágenes grabadas de estos primeros instantes. Todo el mundo se quedó de cartón, o sea, vacíos por dentro pero con una estructura rígida que los obligaba a mantenerse de pie.

Curiosamente, en cuestión de segundos que se pasó del silencio más atónito al estallido más enloquecido. Miles y miles de imágenes empezaron a correr desesperadamente por los satélites y líneas de comunicación. Casi inmediatamente apareció en la otra pantalla que había en la sala, y al lado de la que se emitía mi falso discurso sectario, mi imagen acusando a los Hermanos Eternos de intento de asesinato y de atentar contra la salud física y mental de los ciudadanos. Todo esto generó un desborde energético sólo comparable al efecto producido por miles de orgasmos a la vez.

-¡Pero señores, que sea el propio implicado que nos aclare este misterio! -y me pasó la palabra.

-Aprecidos amigos -dije con voz de convaleciente- cuando salí con vida del atentado y el Gobierno Internacional me explicó la gravedad de los hechos y el peligro que existía a causa de los Hermanos Eternos, decidí que tenía que hacer algo para ayudar a

mi país. En este caso, se consideró que la mejor salida a esta situación pasaba por esconder a los demás que yo aún seguía con vida. Siento, apreciados amigos, que hayáis llorado mi muerte estando yo sigo vivo, pero ha sido necesario para desenmascarar la trampa que habían planeado los Hermanos Eternos.

Y luego afirmé con seguridad: -¡Nunca he grabado el vídeo que presentan los Hermanos Eternos! ¡Es una filmación falsa y esto demuestra hasta qué niveles de maldad pueden llegar las mentes tan ambiciosas de los dirigentes de dicha hermandad!

El alboroto que se montó fue de aquellos que hasta la silla de ruedas que me sostenía retrocedió medio metro debido a las ondas provocadas por la reacción.

Cuando se calmaron los ánimos, me sacaron de la sala para pasar a una dependencia en la que había un equipo de identificación privado y de probada honestidad. En ella se quedó demostrado que yo era yo y no otro.

Una vez identificado y argumentando cansancio, me fui rápidamente al centro de operaciones para ver cómo se desarrollaban los hechos. Primero, el Presidente debía rematar la escena aportando pruebas en contra de los Hermanos y ordenando el inmediato arresto de los dirigentes de dicha organización. Después, debía demostrar un especial dolor al ser en parte responsable de que muchos ciudadanos hubieran sufrido sin razón creyéndome muerto -este era un punto importante para evitar el rechazo de la opinión pública-. Debíamos ser capaces de comunicar que todo había sido hecho con un único y poderoso objetivo: el bienestar de los ciudadanos.

De cómo conseguirlo era otro asunto. Yo propuse lanzar una campaña en la que se transmitiera nuestra buena fe intentando sumergir a la población en una novela de misterio por capítulos. De este modo, le dábamos una explicación socialmente aceptable de los últimos hechos en un formato atractivo. La trama debía estar bien estructurada y tener todos los ingredientes necesarios, o sea: amor, odio, lujo, sexo, maldad, posesión, heroísmo y sacrificio personal. Esto conseguiría comunicar al público una imagen positiva nuestra y de nuestra decisión.

Dicho de otra manera, yo sugerí el inventar otra historia que solamente tuviera algo que ver con la verdad, pero que comunicara a ritmo novelesco el mensaje de quiénes son los buenos y quiénes los malos.

Por lo que vi, utilizaron mi propuesta pero la mejoraron reforzándola un poco más al estimular la atención por el juicio que hubo contra los sectarios. Honestamente considero que la solución de consolidar la trama melodramática con la atracción que despierta la mecánica de trabajo en un juzgado, fue mucho más acertada que la mía.

Puedes calificarme de manipulador, pero debido a mi nueva condición de héroe, en esos momentos tuve la ocasión de luchar por mi imagen futura. Y lo intenté con todos los medios que disponía.

Pero aún me quedaba un asunto pendiente:

-¡Hijo de tu madre! - me soltó la espía al entrar. El Cojonazos se mantuvo en su sitio y confió en mí, cosa que me emocionó.

-No voy a darte ninguna excusa ni argumento que pretenda disculparme –me defendí-. Sólo sé que el mundo en manos de los Hermanos Eternos hubiera sido volver a la esclavitud y esto no podíamos permitirlo. A ti te hemos utilizado lo mismo que la secta lo ha hecho. Además, piensa que en este país de locos no hay buenos ni malos, únicamente menos malos; así que tu decides: o te sometes a una terapia de deshabituación sectaria o te entrego a la policía y te puedo asegurar que caerá sobre tu cabeza el máximo castigo que la ley permita sin ningún tipo de contemplación.

-Pero.., pero.., -dijo sorprendida.

No era cuestión de ir con tonterías. No nos engañemos, a un adepto a una secta no le es nada fácil salir de ella y creo que en este caso se requería forzar la situación. Por suerte Cojonazos entendió la jugada y la cogió de la mano, esto ayudó a que no se sintiera sola y a vislumbrar un horizonte lleno de posibilidades. El dilema estaba encima de la mesa, por un lado podía optar por persistir en sus tambaleantes creencias y por lo tanto, encontrar la cárcel y la soledad; o por otro lado, se sometía a deshabituación y podría disfrutar de un futuro acompañada y en libertad. La decisión que tomó era la lógica: prefirió seguir libre. Yo sabía que a partir de ese instante todo dependía de la efectividad de la terapia y de las manos de Cojonazos para que, independientemente de las intenciones reales que tuviera en esos momentos de tomar la decisión, a la larga recuperase su individualidad.

Si alguien se pregunta qué le pasó al viudo guardaespaldas, os puedo asegurar que nada en absoluto, ya que como el numerito de la detención fue simplemente una representación y no hubo cargos. Así que todo el mundo feliz excepto los malos, y colorín colorado esta aventura se ha acabado.

CAPÍTULO XXV: DESDE UN PAÍS LEJANO

Para ser exactos, no acabó todo en ese preciso momento. Si no que, por miedo a que algún Hermano Eterno resentido por la encarcelación de sus dirigentes decidiera tomar venganza por su cuenta, acordaron darnos un año de vacaciones pagadas a cada miembro del equipo. Así pues, Marmitón se fue a buscar tribus primitivas para ver si encontraba la esencia del ser humano en su estado original. Creo entender que buscaba al animal que hay en cada uno, pero, según me confesó un año después, llegó a la conclusión de que, puesto a buscar animales, prefería a los irracionales ya que por lo menos era más fácil intuir sus reacciones. Me parece que la vuelta por el África profunda y los tropiezos con sus pobladores autóctonos, le reservaron más de un disgusto desagradable.

Cojonazos dedicó todo el año a su amada y alquiló una preciosa casa en un pequeño pueblecito para prosperar en la terapia. Por lo visto avanzaron considerablemente. A Vacunillas Pepe se le ocurrió que ya que era de “free” qué menos que apurar la ubre. Así que el hombre se pasó todo el año entre esquiar en los Alpes, retozar en las costas de moda y la asistencia a cualquier fiesta que se le cruzara en su camino. Entre lo famosillo que se había convertido y la imagen de playboy que se le pegó durante este año, más de una humedad desencadenó.

D. Enrique optó por comprarse un velero y navegar por esos puertos de dios. Ya me lo imagino sentado en la proa de su barco con una copa de buen vino mientras el piloto automático gobierna su barco por entre las islas de las aguas tranquilas del Mediterráneo. Toda una decisión a la altura de "Quique", aunque la visión sea un pelín tópica.

El que sí estuvo también al nivel esperado fue Michael el Datos. Él pidió que le dejaran seguir viviendo en la casa búnker donde nos habíamos refugiado. Por lo que se ve, allí entre maquinitas encontró la felicidad.

Y para finalizar, a Airón y a mí se nos ocurrió viajar. Simplemente pasarnos todo un año pisando estos mundos, unos días aquí otros allá pero sin prisas, con todo el tiempo a nuestra disposición. Cruzamos continentes, surcamos mares, hablamos lenguas extrañas, comimos lo impensable e hicimos el amor hasta hartarnos. Y si por acaso la situación requería medidas contundentes, durante todo el viaje nos acompañó fielmente un frasco maxi de los comprimidos levanta huracanes. Hasta Otón, que también vino con nosotros, tuvo la ocasión de probar sus efectos con las preciosidades cuadrúpedas que fue encontrando por el camino.

¿Mi futuro en Helmsmen? Lo tuve claro cuando me enteré de que el Gobierno Internacional, después de desmantelar la cúpula dirigente de los Hermanos Eternos, se hizo cargo de su organización argumentando que de ese modo no causaría una crisis profunda en los adictos. Anunciaron que seguirían ofreciendo el mismo servicio de ángel de la guarda que daban los sectarios pero desde la honestidad e imparcialidad de una institución gubernamental. También añadieron que, poco a poco, irían desmatelándolo a medida que la deshabituación de los adeptos fuera evolucionando. Por supuesto no tenían ni la más mínima intención de hacerlo. Estaba claro que después de encontrar el mejor sistema de control para manipular al ciudadano, no serían tan

estúpidos de dejárselo perder por triviales consideraciones morales. Así pues, el mismo perro pero con distinto collar.

De hecho, es lógico que en una sociedad cada vez más competitiva, impersonal y gregaria, surja una nueva religión del pensamiento basada en la dependencia de la información. Si es mejor o peor doctrina dependerá de quién la dirija; pero si he de escoger entre Helmsmen-Gobierno Internacional o los Hermanos, me quedo siempre con los primeros ya que, por lo menos y aparentemente, son instituciones con vocación no destructiva. Aunque después de saber lo que sabemos, me es difícil afirmarlo rotundamente.

Recuerdo que recibí la noticia de esta absorción cuando estaba presenciando un maravilloso pescado asado sobre leña de coco al que le quedaban breves instantes para ser devorado. No sé si fue el estado del pobre animal que tenía enfrente el que influyó en mis pensamientos, pero precisamente entonces fue cuando decidí que, al volver a la civilización, no aceptaría el cargo que me habían ofrecido; sin embargo, intentaría mantenerlos cerca para que me siguieran necesitando. Además, no están los tiempos para ir despreciando contactos tan lucrativos como éstos.

¿El resto del equipo? Pues me gusta mucho que me hagas esta pregunta porque justo antes de irse a sus respectivos destinos de vacaciones, los reunieron y les explicaron quiénes eran Helmsmen y les ofrecieron un lugar en su organización. Sobra decir que de la operación Ave Fénix no se dijo ni una palabra. Pues bien, me enorgullece saber que todos los miembros del grupo decidieron individualmente y libremente lo mismo que yo. De esta manera, una vez terminamos este año sabático que tanta envidia supongo que está dando al lector, pude seguir estrellando teléfonos bomba mientras el equipo al completo intentaba salir con dignidad de los otros casos de “Manolo y Otón, detectives sin perdón”.

Que, por cierto y ahora que lo pienso, aún me quedó uno de esos artilugios quita estrés que no utilicé ¿Será el amor el que me tranquiliza?

Informativo La Verdad, 28 de noviembre2021.

"Noticias de última hora de la vanguardia científica: Según fuentes contrastadas, se prevé encontrar un tratamiento contra el parásito de las estrellas en el transcurso de los cuatro próximos años".

O sea, justo el tiempo para empezar de nuevo ¿Tú te crees que lo haremos mejor esta vez?